Elías Canetti

MASA Y PODER

PREMIO NOBEL 1981

Muchnik Editores

MASA Y PODER

Elías Canetti

Traducción del alemán de Horst Vogel

Título original: MASSE UND MACHT

Muchnik Editores

Barcelona

España

1981

LA MASA

INVERSIÓN DEL TEMOR A SER TOCADO

Nada teme más el hombre que ser tocado por lo desconocido. Desea saber quién es el que le agarra; le quiere reconocer o, al menos, poder clasificar. El hombre elude siempre el contacto con lo extraño. De noche o a oscuras, el terror ante un contacto inesperado puede llegar a convertirse en pánico. Ni siquiera la ropa ofrece suficiente seguridad: qué fácil es desgarrarla, qué fácil penetrar hasta la carne desnuda, tersa e indefensa del agredido.

Todas las distancias que el hombre ha creado a su alrededor han surgido de este temor a ser tocado. Uno se encierra en casas a las que nadie debe entrar y sólo dentro de ellas se siente medianamente seguro. El miedo al ladrón se configura no sólo como un temor a la rapiña sino también como un temor a ser tocado por algún repentino e inesperado ataque procedente de las tinieblas. La mano, convertida en garra, vuelve a utilizarse siempre como símbolo de tal miedo. Mucho de ello ha pasado a formar parte del doble sentido de la palabra «agarrar». Tanto el contacto más inofensivo como el ataque más peligroso están ambos contenidos en ella, y siempre hay cierta influencia de lo último en lo primero. El sustantivo «agresión» se ha reducido, sin embargo, sólo al sentido peyorativo del término.

Esta aversión al contacto no nos abandona tampoco cuando nos mezclamos entre la gente. La manera de movernos en la calle, entre muchos hombres, en restaurantes, en ferrocarriles y autobuses, está dictada por este temor. Incluso cuando nos encontramos muy cerca unos de otros, cuando podemos contemplar a los demás y estudiarlos detenidamente, evitamos en lo posible entrar en contacto con ellos. Si actuamos de otra manera sólo es porque alguien nos ha caído en gracia y entonces el acercamiento parte de nosotros mismos.

La rapidez con. que nos disculpamos cuando entramos involuntariamente en contacto con alguien, la ansiedad con que se esperan esas disculpas, la reacción violenta y, a menudo incluso cuando no hay contacto, la antipatía y el odio que se sienten por el «malhechor», aunque no haya modo de estar seguro de que lo sea, todo este nudo de reacciones psíquicas en torno al ser tocado por lo extraño, en su extrema inestabilidad e irritabilidad, demuestra que se trata de algo muy profundo que nos mantiene en guardia y nos hace susceptibles de un proceso que jamás abandona al hombre una vez que ha establecido los límites de su persona. Incluso el sueño, que nos vuelve mucho más inermes, es demasiado fácil de turbar por esta clase de temor.

Sólo inmerso en la masa puede el hombre redimirse de este temor al contacto. Se trata de la única situación en la que este temor se convierte en su contrario. Es esta *densa* masa la que se necesita para ello, cuando un cuerpo se estrecha contra otro cuerpo, densa también en su constitución anímica, es decir, cuando no se presta atención a quién es el que le «estrecha» a uno. Así, una vez que uno se ha abandonado a la masa no teme su contacto. En este caso ideal todos son iguales entre sí. Ninguna diferencia cuenta, ni siquiera la de los sexos. Quienquiera que sea el que se oprime contra uno, se le encuentra idéntico a uno mismo. Se le percibe de la misma manera en que uno se percibe a sí mismo. De pronto, todo acontece como *dentro de un cuerpo.* Acaso sea ésta una de las razones por las que la masa procura estrecharse tan densamente: quiere desembarazarse lo más perfectamente posible del temor al contacto de los individuos. Cuanto mayor es la vehemencia con que se estrechan los hombres unos contra otros, tanto mayor es la certeza con que advierten que no se tienen miedo entre sí. Esta *inversión del temor a ser tocado* forma parte de la masa. El alivio que se propaga dentro de ella (y que será tratado en otro contexto) alcanza una proporción notoriamente elevada en su densidad máxima.

MASA ABIERTA Y CERRADA

Una aparición tan enigmática como universal es la de la masa que de pronto aparece donde antes no había nada. Puede que unas pocas personas hayan estado juntas, cinco, diez o doce, solamente. Nada se había anunciado, nada se esperaba. De pronto, todo está lleno de gente. De todos los lados afluyen otras personas como si las calles tuviesen sólo una dirección. Muchos no saben qué ocurrió, no pueden responder a ninguna pregunta; sin embargo, tienen prisa de estar allí donde se encuentra la mayoría. Hay una decisión en sus movimientos que se diferencia muy bien de la manifestación de una curiosidad habitual. Se piensa que el movimiento de unos contagia a los otros, pero no es sólo eso, falta algo más: tienen una meta. Antes de que hayan encontrado palabras para ello, la meta pasa a ser la zona de mayor densidad, el lugar donde hay más gente reunida.

Hay que decir algo más de esta forma extrema de espontaneidad de la masa. Allí donde se origina, en su mismo núcleo, no es tan espontánea como parece. Pero en el resto, si prescindimos de las cinco, diez o doce personas a partir de las cuales se originó, sí lo es. Desde el momento en que se hace consistente desea aumentar su consistencia. El ansia de crecimiento es la primera y suprema característica de la masa. Quiere integrar en ella a todo aquel que se pone a su alcance. Todo ser con forma humana puede formar parte de ella. La masa natural es la masa abierta: su crecimiento no tiene límites prefijados. No reconoce casas, puertas ni cerraduras; quienes se encierran se convierten en sospechosos. «Abierta» debe entenderse aquí en sentido amplio; lo es por todas partes y en cualquier dirección. La masa abierta existe mientras crece. Su desintegración comienza apenas ha dejado de crecer.

Porque con la misma rapidez con la que se constituyó, la masa se desintegra. En esta forma espontánea es una configuración frágil. Su apertura, que le posibilita el crecimiento, es, al mismo tiempo, su peligro. Siempre permanece vivo en ella el presentimiento de la

desintegración que la amenaza. Mediante un aumento acelerado intenta escapársele. Mientras puede lo incorpora todo; pero como lo incorpora todo tiene que desintegrarse.

En oposición a la masa abierta que puede crecer hasta el infinito, que está por todas partes y que precisamente por eso reclama un interés universal, está la masa cerrada.

Ésta renuncia al crecimiento y pone su mira principal en la perduración. Lo que primero llama en ella la atención es el límite. La masa cerrada se establece, se crea su lugar limitándose; el espacio que llenará le es señalado. Es comparable a un cántaro en el que se vierte líquido: se sabe siempre cuánto líquido puede aceptar. Se hallan vigilados los accesos a su propio espacio; a ella no puede ingresarse de cualquier manera. El límite se respeta. Puede que sea de piedra, de sólidos muros. Quizá se requiera un determinado acto de recepción; quizás haya que aportar determinada cantidad para ingresar. Una vez que el espacio está lleno con la densidad deseada no se admite a nadie más. Incluso si se supera el cupo de admisión, la masa densa en el espacio cerrado continúa siendo lo más importante; quienes han permanecido fuera no pueden realmente formar parte de ella.

El límite impide un aumento desordenado pero dificulta y retarda la desintegración. La masa gana en estabilidad lo qué sacrifica de posibilidad de crecimiento. Se halla protegida de influencias externas que podrían serle hostiles y peligrosas. Pero cuenta además y especialmente con la repetición. Ante la perspectiva de volver a reunirse, la masa supera una y otra vez su disolución. El edificio la espera, está allí por ella y, mientras esté, se volverá a encontrar reunida de la misma manera. El espacio le sigue perteneciendo aun en la bajamar y, en su vacío, le recuerda el período de pleamar.

LA DESCARGA

El acontecimiento más importante que se desarrolla en el interior tic la "masa es la descarga. Antes de esto, a decir verdad, la masa no existe, hasta que la descarga la integra realmente. Se trata del instante en el que todos los que pertenecen a ella quedan despojados de sus diferencias y se sienten como iguales.

Entre estas diferencias, debe hacerse especial hincapié en las impuestas desde fuera: diferencias de rango, posición y propiedad. Los hombres en tanto que individuos son siempre conscientes de tales diferencias, que descargan su peso sobre ellos y los mantienen claramente separados. El hombre se sitúa seguro en un lugar determinado y mantiene alejado a todo lo que se acerca con eficaces gestos judiciales. Como un molino de viento sobre una extensa llanura, así se encuentra el hombre de pie, expresivo y en movimiento; hasta el próximo molino no hay nada. Toda vida como él la conoce está hecha de distancias: la casa en que encierra su propiedad y su persona, el puesto que ocupa, el rango al que aspira, todo sirve para crear, para afianzar y aumentar distancias. La libertad se ve coartada en el momento en que existe un movimiento de mayor profundización hacia la otra persona. Impulsos y respuestas quedan embebidos como en un desierto. Nadie puede llegar a las cercanías, nadie alcanza las alturas del otro. Jerarquías sólidamente establecidas en todos los ámbitos de la vida impiden el intento de llegar hasta los superiores, de inclinarse hacia los inferiores, a no ser para guardar las apariencias. En sociedades diversas estas distancias están recíprocamente equilibradas de manera distinta. En algunas se hace hincapié sobre las diferencias de origen, en otras sobre las de la ocupación o propiedad.

No corresponde aquí caracterizar en detalle estas jerarquías. Lo esencial es que están ahí, en todas partes, que en todas partes anidan en la conciencia de los hombres y que determinan de manera decisiva su comportamiento para con los demás. La satisfacción de estar por encima de otros en la jerarquía no compensa la pérdida de

libertad de movimientos. En sus distancias el hombre se hace más rígido y hosco. Soporta estas cargas y no avanza. Olvida que él mismo se las ha impuesto y anhela una liberación de las mismas. Pero, ¿cómo ha de liberarse solo? Haga lo que haga para conseguirlo y por muy decidido que esté, sigue inmerso entre los demás, que malogran su esfuerzo. Mientras ellos mantengan sus distancias, no puede aproximarse a ellos.

Sólo todos juntos pueden liberarse de sus cargas de distancia, Eso es exactamente lo que ocurre en la masa. En la descarga, se desechan las' separaciones y todos se sienten iguales. En esta densidad, donde apenas hay hueco entre ellos, donde un cuerpo se oprime contra otro, uno se encuentra tan cercano al otro como a sí mismo. Así se consigue un enorme alivio. En busca de este instante feliz, en que ninguno es más, ninguno mejor que otro, los hombres se convierten en masa.

Pero el momento de la descarga, tan anhelado y tan feliz, comporta un peligro particular. Padece de una ilusión básica: los hombres, que de pronto se sienten iguales, no han llegado a serlo de hecho y para siempre. Vuelven a sus casas separadas, se acuestan en sus propias camas. Conservan su propiedad, no renuncian a su nombre. No repudian a los suyos; no escapan a su familia. Sólo en casos de cambios especiales y muy serios hay hombres que rompen viejas ataduras y contraen otras nuevas. A tales lazos, que por su naturaleza sólo pueden admitir un número limitado de miembros y deben asegurar su existencia mediante estrictas reglas, las denomino cristales de masa. Acerca de su función trataré posteriormente de manera exhaustiva.

La masa misma, en cambio, se desintegra. Siente que acabará desintegrándose. Teme su descomposición. Sólo puede subsistir si el proceso de descarga continúa debido al aporte de nuevos elementos humanos. Sólo el incremento de la masa impide a sus componentes tener que someterse otra vez a sus cargas privadas.

IMPULSO DE DESTRUCCIÓN

Se habla a menudo del impulso de destrucción de la masa; es lo primero en ella que salta a la vista y se puede advertir que se encuentra en todas partes, en los países y las culturas más variadas. Si bien se trata de un hecho comprobable que se desaprueba, jamás se explica satisfactoriamente.

Preferiblemente la masa destruye casas y cosas. Ya que muchas veces se trata de objetos frágiles como cristales, espejos, jarrones, cuadros, vajilla, se tiende a creer que sería justamente esta fragilidad de las cosas lo que incita a la masa a la destrucción, bien es verdad que el ruido que produce la destrucción, el fragor de la vajilla o el de los escaparates hechos añicos, contribuye en buena medida a su encanto: son los vigorosos vagidos de una nueva criatura, los gritos de un recién nacido. Que sea tan fácil provocarlos aumenta su popularidad; todo grita al unísono y el tintinear es el aplauso de las cosas. Una particular necesidad de este tipo de estruendo parece existir al comienzo de los acontecimientos, cuando la masa está todavía compuesta por un número bastante reducido de elementos y cuando no ha sucedido aún casi nada. El rumor promete el anhelado refuerzo y es un feliz presagio de lo que sucederá a continuación. Pero sería erróneo creer que la facilidad de romper objetos es el hecho decisivo. Se ha comenzado con esculturas de dura piedra y no se ha cejado hasta dejarlas mutiladas e irreconocibles. Los cristianos destruyeron las cabezas y los brazos de dioses griegos. Reformadores y revolucionarios hicieron bajar de su pedestal las imágenes de los santos, a veces desde alturas consideradas como de peligro mortal, y más de una vez la piedra que se procuraba triturar era tan dura que no se conseguía destrozarla por completo.

La destrucción de imágenes que representan algo es la destrucción de una jerarquía que ya no se reconoce. Se atacan así las distancias habituales, que están a la vista de todos y rigen por

doquier. La expresión de su permanencia era su dureza, han existido desde hace mucho tiempo, desde siempre, según se cree, erguidas e inamovibles; y era imposible aproximarse a ellas con intención hostil. Ahora están caídas y quedaron hechas escombros. La descarga se ha consumado en este acto.

Pero no siempre se llega tan lejos. La destrucción de tipo corriente, de la que se hablaba al comienzo, no es sino un ataque a todos los límites. Ventanas y puertas pertenecen a casas, son la parte más delicada de su limitación hacia el exterior. Destrozadas las puertas y las ventanas, la casa ha perdido su individualidad. Entonces, cualquiera puede entrar a su gusto, nada ni nadie está protegido dentro de ellas. Por lo común, en estas casas están metidos los hombres que pretenden excluirse de la masa, sus enemigos .Ahora se ha destruido lo que los separa. Entre ellos y la masa no hay nada. Pueden salir y sumarse a ella. Se les puede pasar a buscar.

Pero, aún hay más. El mismo ser singular tiene la sensación de que en la masa sobrepasa los límites de su persona. Se siente aliviado, ya que todas las distancias que lo volvían a sí mismo y lo encerraban en sí quedan abolidas. Al levantar las cargas de distancia se siente libre y su libertad le empuja a sobrepasar esas fronteras. Lo que le sucede también ha de suceder a los otros y espera lo mismo de ellos. Le irrita que en un jarrón de gres todo sean límites. De una casa le molestan las puertas cerradas. Ritos y ceremonias, todo lo que mantiene distancias, le amenaza y le resulta insoportable. Se intentará volver a llevar la masa fragmentada a esos recipientes preformados. Ella odia sus futuras prisiones que siempre le fueron cárceles. A la masa desnuda todo le parece la Bastilla.

El más impresionante de todos los medios de destrucción es el fuego. Es visible a gran distancia y atrae a otras personas. Destruye de manera irremediable. Nada, después de un incendio, es como fue antes. La masa que incendia se cree irresistible. Se le va

incorporando todo mientras el fuego avanza. Todo lo hostil será exterminado por él. Es, como se verá posteriormente, el símbolo más vigoroso que existe para la masa. Después de toda destrucción, el fuego, como la masa, debe extinguirse.

EL ESTALLIDO

La masa abierta es la masa propiamente dicha que se abandona libremente a su natural impulso de crecimiento. Una masa abierta no tiene una sensación o visión clara de la magnitud que puede llegar a alcanzar. No se atiene a ningún edificio que le sea conocido y que haya que llenar. Su medida fija no está establecida, quiere crecer hasta el infinito, y lo que para ello necesita son más y más hombres. Es en este estado primitivo cuando la masa llama más la atención. A pesar de todo, conserva algo de excepcional y el hecho de que siempre acabe por desintegrarse hace que no se la tome muy en serio. Quizás habría seguido siendo contemplada con muy poca seriedad si el enorme aumento de la población en todas partes y el acelerado crecimiento de las ciudades, que caracterizan nuestros tiempos modernos, no hubiesen dado ocasión cada vez más a menudo a su formación.

Las masas cerradas del pasado, de las que se hablará más adelante, se habían convertido todas en instituciones familiares. El peculiar estado en el que solían caer sus participantes parecía algo natural; siempre se reunían con un fin determinado, fuese de tipo religioso, festivo o bélico, y el fin parecía justificar tal estado. Quien asistía a un sermón, convencido de buena fe de que lo importante era el sermón, se habría mostrado sorprendido e incluso quizás indignado si alguien le hubiese explicado que lo que le causaba satisfacción era el gran número de oyentes más que el sermón mismo. Todas las ceremonias y reglas características de tales instituciones buscan en el fondo interceptar a la masa: más vale una iglesia segura, rebosante de fieles, que el incierto mundo en su totalidad. En la regularidad de la ida a la iglesia, en la familiar y exacta

repetición de ritos precisos, se le garantiza a la masa algo así como una vivencia domesticada de sí misma. La realización de tales quehaceres en tiempos establecidos se convierte en sucedáneo de necesidades de índole más dura y violenta.

Quizá tal especie de organizaciones habría bastado si el número de hombres hubiese permanecido más o menos estable. Pero las ciudades crecían sin parar, el aumento de la población en los últimos cien años avanzaba con creciente celeridad. Con ello se daban asimismo todos los estímulos necesarios para la formación de masas nuevas y mayores, y nada, ni siquiera una jefatura más experimentada y refinada, habría sido capaz de evitar este acontecimiento en tales circunstancias.

Todas las sublevaciones contra un ceremonial tradicional de que nos habla la historia de la religión tienen como objetivo acabar con la limitación de la masa que por fin quiere volver a sentir su crecimiento. Piénsese, por ejemplo, en el Sermón de la Montaña del Nuevo Testamento: se desarrolla al aire libre, pueden escucharlo millares y, no cabe duda al respecto, va dirigido contra el manejo de las ceremonias limitadas del templo oficial. Piénsese en la tendencia del cristianismo paulino a evadirse de los límites nacionales y tribales del judaísmo y a convertirse en una fe universal para todos los hombres. Piénsese en el desdén del budismo por el sistema de castas de la India de aquel entonces.

También la historia interna de las respectivas religiones es rica en acontecimientos de contenido semejante. Templo, casta e iglesia son siempre límites demasiado estrechos. Las cruzadas conducen a formaciones de masas de una magnitud tal que ningún edificio eclesiástico de entonces habría podido contenerlas. Ciudades enteras se convierten más tarde en espectadores de los manejos de los flagelantes, y éstos extienden su fama trasladándose de ciudad en ciudad. Wesley, todavía en el siglo XVIII, basa su movimiento en los sermones al aire libre. Es muy consciente de la significación de sus

enormes masas de oyentes, llegando incluso a hacer la cuenta en su diario: cuántos podrán haberle escuchado en tal ocasión. El estallido fuera de los habituales locales cerrados tiene sentido cada vez que la masa quiere recuperar su antiguo placer por el crecimiento repentino, rápido e ilimitado.

Por estallido denomino, pues, la repentina transición de una masa cerrada a una abierta. Este proceso es frecuente; sin embargo, no debe pensársele en un sentido demasiado espacial. Con frecuencia da la impresión de que una masa no cabe en los límites de un espacio en el que estaba bien guardada, y se extiende por la plaza y por las calles de una ciudad, donde, atrayendo y expuesta a todo, se mueve libremente. Pero, más importante que este proceso externo es el interno que le corresponde: la insatisfacción por la limitación del número de los participantes, la repentina determinación de atraer, la decisión pasional de alcanzar a todos.

A partir de la Revolución francesa estos estallidos han ido adquiriendo una forma qué percibimos como moderna. Quizá porque la masa se ha liberado en tal medida de las religiones tradicionales, nos resulta más fácil, a partir de entonces, verla desnuda, es decir, biológicamente, sin las inyecciones de sentido y metas trascendentes con que antes se dejaba vacunar. La historia de los últimos ciento cincuenta años se ha agudizado en un acelerado incremento de tales estallidos; incluso las guerras se han convertido en guerras de masas. La masa ya no se conforma con piadosas condiciones y promesas, quiere experimentar ella misma el supremo sentimiento de su potencia y pasión salvajes, y, para este fin, siempre vuelve a utilizar lo que le brindan las ocasiones y las exigencias sociales.

Es importante establecer de una vez por todas que la masa nunca se siente satisfecha. Mientras exista un hombre no incluido en ella, muestra apetito. Que siguiese mostrándolo una vez incorporados en ella todos los hombres nadie puede afirmarlo con certeza, pero es

incluso muy probable. Sus intentos de perdurar tienen algo de impotencia. El único camino en .que tiene posibilidades de sobrevivir reside en la formación de masas dobles, donde, después, una masa mide su potencia con la otra. Cuanto más se aproximen éstas en fuerza e intensidad, tantas más posibilidades tienen de sobrevivir, confrontándose.

EL SENTIMIENTO DE PERSECUCIÓN

Entre los rasgos que más llaman la atención en la vida de la masa existe uno, que se podría designar como cierto sentimiento dé persecución, una peculiar y furiosa sensibilidad e irritabilidad respecto a los enemigos señalados como tales de una vez y para siempre. Éstos pueden emprender lo que se les antoje, pueden pro-ceder con dureza o amabilidad, ser comprensivos o fríos, duros o blandos; sin embargo, se interpreta todo como si arrancase de una inconmovible malignidad, de una mala disposición para con la masa, de una intención preconcebida de destruirla abierta o solapadamente.

Para explicar este sentimiento de enemistad y persecución, debe partirse una vez más de un hecho básico: la masa, una vez constituida, quiere crecer con rapidez. Resulta difícil hacerse una imagen exagerada de la fuerza e imperturbabilidad con que se extiende. Mientras siente que está creciendo —por ejemplo, en situaciones revolucionarias, que comienzan con masas poco numerosas pero de alta tensión— acusa como si se tratase de una restricción todo lo que se opone a su crecimiento. Puede ser dispersada por la policía, pero eso tiene un efecto meramente temporal —es una mano que pasa por entre una nube de mosquitos. Pero también puede ser atacada desde el interior, accediendo a las exigencias que condujeron a su formación. Los más débiles entonces se apartan de ella; otros, que estaban a punto de sumársele, vuelven atrás a medio andar.

El ataque exterior a la masa sólo puede fortalecerla. Vuelve a cohesionar con tanta mayor intensidad a los físicamente separados. El ataque desde dentro es, en cambio, realmente peligroso. Una huelga que ha obtenido algunas ventajas se desintegra en forma visible. El ataque desde dentro apela a características individuales. La masa lo siente como un soborno, como algo «inmoral», ya que se halla en oposición con su clara y transparente convicción básica. Todo aquel que pertenece a tal masa porta en sí un pequeño traidor que quiere comer, beber, amar y ser dejado en paz. Mientras realice tales funciones sin hacer demasiado alarde de ellas, se le permite continuar. Pero no bien se hace notar en alta voz, comienza a ser odiado y temido. Se sabe entonces que ha prestado oídos a la seducción del enemigo.

La masa es siempre algo así como una fortaleza sitiada, pero sitiada de manera doble: tiene al enemigo extramuros y tiene al enemigo en el sótano. Durante la lucha atrae cada vez más partidarios ante todas sus puertas se reúnen nuevos amigos y con golpes impetuosos piden paso. En momentos favorables esta petición es acogida; pero también los hay que escalan los muros. La ciudad, se llena más y más de luchadores; pero cada uno de ellos trae consigo a su pequeño, invisible traidor, que se introduce cuanto antes en el sótano. El sitio consiste en un intento de interceptar a los afluentes. Para los enemigos que están fuera, los muros son más importantes que para los sitiados. Son los sitiadores los que siempre les refuerzan y les dan mayor altura. Procuran sobornar a los afluentes, y si no pueden disuadirlos del todo, se ocupan de cargar con la suficiente hostilidad al pequeño traidor que los acompaña en su camino.

El sentimiento de persecución de la masa no es otra cosa que este sentimiento de amenaza doble. Los sitiadores cercan cada vez con más fuerza los muros exteriores, los sótanos se ven cada vez más minados desde dentro. Las acciones del enemigo son abiertas y

visibles cuando trabaja en las murallas; ocultas y traicioneras en los sótanos.

Pero la utilización de tales imágenes sólo nos proporciona una parte de la verdad. Los que afluyen desde fuera, los que quieren ingresar en la ciudad, no son sólo nuevos partidarios, refuerzo, apoyo, también son el alimento de la masa. Una masa que no aumenta está en estado de ayuno; las religiones han sabido aprovechar con maestría tal argumento. Veremos a continuación cómo las grandes religiones conservan a sus masas sin que el proceso de crecimiento sea demasiado agudo o violento.

DOMESTICACIÓN DE LAS MASAS EN LAS RELIGIONES UNIVERSALES

Las religiones con pretensiones universales mundialmente reconocidas cambian pronto la tónica a seguir para alcanzar sus fines. Al comienzo les importa alcanzar y conquistar a todos los que puedan ser alcanzados y conquistados. Aspiran a una masa universal; una masa que dependa de cada una de las almas y en la que toda alma le pertenezca. Pero la lucha que deben sostener lleva poco a poco a una especie de respeto encubierto por los contrarios, cuyas instituciones ya existen. Advierten qué difícil es mantenerse. Cada vez les parecen más importantes las instituciones que les aseguren solidaridad y permanencia. Estimuladas por las de sus rivales, hacen todo para introducir otras nuevas; y, si lo logran, con el tiempo éstas se convierten en el asunto principal. El peso propio de las instituciones, que entonces tienen una vida propia, aplaca poco a poco el ímpetu de la finalidad inicial. Las iglesias se construyen de manera tal que acojan a los fieles que ya están. Se las amplía con reserva y cautela, sólo cuando hay real necesidad de ello. Hay una marcada tendencia a reunir a los fieles existentes en unidades separadas. Precisamente porque ahora han llegado a ser tantos, la tendencia a la desintegración es muy grande y un peligro que es preciso enfrentar permanentemente.

Las religiones universales históricas diríamos que llevan en la propia sangre un sentimiento de desconfianza ante la perfidia dé las masas. Sus propias tradiciones, que tienen carácter obligatorio, les enseñan qué rápido e inesperadamente han crecido. Sus historias de conversiones en masa les parecen milagrosas, y lo son. En los movimientos de apostasía, que las iglesias temen y persiguen, la misma clase de milagro se vuelve contra ellas, y las heridas que así les son infligidas en carne propia son dolorosas e inolvidables. Ambos, el rápido crecimiento en sus albores y las no menos rápidas apostasías más tarde, mantienen siempre viva su desconfianza hacia la masa.

Lo que desean es, en oposición a ésta, un obediente rebaño. Es habitual contemplar a los fíeles como corderos y alabarlos por su obediencia. Renuncian por completo a la tendencia esencial de la masa, es decir, al rápido crecimiento. Se conforman con una pasajera ficción de igualdad entre los fieles que, sin embargo, nunca es estrictamente real; con una determinada densidad, que es mantenida dentro de límites moderados, y una fuerte dirección. La meta la colocan con agrado a gran distancia, un más allá, al que no existe forma de acceder de inmediato mientras aún se esté vivo, y que debe ganarse a través de muchos esfuerzos y sumisiones. La dirección se convierte, paulatinamente, en lo más importante. Cuanto más lejana sea la meta, tanto mayor es su posibilidad de permanencia. En lugar de aquel principio de crecimiento, aparentemente imprescindible, se coloca algo muy distinto: la repetición.

En determinados espacios, en determinados momentos, los fieles se reúnen y adquieren mediante acciones siempre iguales un estado parecido al de la masa que los impresiona, sin llegar a ser peligroso, y al que se acostumbran. El sentimiento de su unidad les es administrado en dosis. De la corrección de esta dosificación depende la subsistencia de la iglesia.

Dondequiera que los hombres se hayan acostumbrado a esta vivencia repetida con precisión y limitada con exactitud en sus iglesias o templos, ya no pueden prescindir de ella. Mantienen con respecto a ella una dependencia como si se tratase del alimento y de todo lo demás que constituye su existencia. Una prohibición inesperada de su culto, la represión de su religión por un edicto estatal, no puede quedar sin consecuencias. La perturbación de su economía de masa cuidadosamente equilibrada debe llevar, al cabo de cierto tiempo, al estallido de una masa abierta. Ésta tiene entonces todas aquellas características elementales que ya hemos visto. Se expande con rapidez. Implanta una igualdad real en vez de ficticia. Se procura densidades nuevas y ahora mucho más intensivas. Abandona, por el momento, aquella meta lejana y difícil de alcanzar, para la que había sido educada, y se fija una aquí, en el inmediato entorno de esta vida concreta.

Todas las religiones repentinamente prohibidas se vengan por una especie de secularización: en un estallido de salvajismo inesperado el carácter de su fe cambia por completo sin que ellas mismas entiendan la naturaleza de tal cambio. Piensan en su antigua fe y. opinan que sólo se están aferrando a sus más profundas convicciones. Pero en realidad han llegado de pronto a ser otras muy distintas, con un agudo y singular sentimiento de masa abierta, que ahora constituyen y de la que no quieren desprenderse por ningún precio.

PÁNICO

Como se ha señalado con frecuencia, el pánico en un teatro es una desintegración de la masa. Cuanto más unidos hayan estado los espectadores por la representación, cuanto más cerrada sea la forma del teatro, que los mantiene exteriormente unidos, tanto más violenta será la desintegración.

Pero quizá pueda suceder que, por la sola representación, no haya existido de ningún modo una masa auténtica. A menudo el público no se siente cautivado, y permanece junto sólo porque ya está allí. Lo que la obra no logró, lo produce instantáneamente un incendio. No es menos peligroso al hombre que a los animales y constituye el más intenso y antiguo símbolo de masa. La percepción del fuego lleva hasta límites insospechados cualquier sentimiento de masa que haya existido entre los espectadores. Ante el inequívoco peligro común aparece un miedo común a todos. Así, durante un corto espacio de tiempo, existe en el público una masa de verdad. Si no se estuviese en un teatro se podría huir en conjunto, como una manada de animales en peligro, y mediante movimientos sincronizados aumentar la energía de la fuga. Un terror-masivo activo de esta índole es la gran vivencia colectiva de todos los animales que viven en manadas y que, como buenos corredores, se salvan juntos.

En el teatro, la masa en cambio debe desintegrarse de la manera más violenta. Las puertas sólo dejan pasar a uno o a pocos hombres a la vez. La energía de la fuga se convierte por sí misma en una energía del rechazo. Entre las filas de asientos sólo puede pasar un hombre, y cada uno está meticulosamente separado del vecino de butaca; cada uno está sentado para sí, cada uno tiene su puesto. La distancia a la puerta más próxima es distinta para cada uno. El teatro normal busca asentar a los hombres y dejarles sólo la libertad de sus manos y voces. El movimiento de las piernas está limitado lo más posible.

La repentina orden de huida que el fuego dicta a los hombres se ve confrontada de inmediato con la imposibilidad de un movimiento común. La puerta por la que cada uno debe pasar, la que ve, en la que se ve nítidamente recortado de todos los demás, es el marco de una imagen que muy pronto lo domina. Así la masa, apenas en su apogeo, debe desintegrarse a la fuerza. Este proceso

aparece en las más violentas tendencias individuales: se empuja, se golpea y pisotea alrededor de uno con frenesí.

Cuanto más se lucha «por la propia vida», tanto más evidente aparece la lucha contra los otros que lo obstaculizan a uno por todos lados. Allí están de pie como sillas, como balaustradas, como puertas cerradas, pero con la diferencia de que se abalanzan sobre uno. Empujan a uno para allá y para acá, a donde les plazca, o, mejor, hacia donde ellos mismos se ven empujados. No se perdona a las mujeres, los niños y la gente anciana, no se les distingue de los adultos. Todo esto pertenece a la constitución de la masa, en la que todos son iguales; y cuando uno mismo ya no se siente masa, aún está enteramente rodeado de ella. El pánico es una desintegración de la masa en la masa. El individuo quiere salir de su interior y escapar de una masa que está amenazada en cuanto todo. Pero como aún está inmerso físicamente en ella, debe arremeter contra ella, pues entregarse ahora sería su perdición, ya que la misma masa está amenazada. En un momento así no puede acentuar suficientemente su individualidad. Golpes y empellones tienen su réplica en otros golpes y empellones. Cuanto más da, cuanto más recibe, tanto más claramente se percibe a sí mismo, tanto más nítidamente se le hacen visibles los límites de su propia persona.

Es curioso observar hasta qué punto la masa asume para el que lucha en ella el carácter del fuego. Tal masa nace por la súbita visión de una llama o al grito de «¡fuego!»; juega con el individuo que intenta escapar como si estuviese formada por llamas. Los hombres que hace a un lado se le antojan objetos ardientes, su contacto es hostil y cada parte de su cuerpo le asusta. Cualquiera que se interponga en el camino está contagiado de esta intención hostil general del fuego; la manera en que se propaga, en que avanza poco a poco alrededor de uno y cómo finalmente le rodea a uno enteramente se asemeja mucho al comportamiento de la masa, que lo amenaza a uno por todas partes. Sus movimientos imprevisibles,

el dispararse de un brazo, de un puño o de una pierna son como las llamas del fuego, que pueden lengüetear de repente y por todas partes. El fuego como incendio de un bosque o de una estepa es una masa hostil, pudiendo llegar a despertar en cualquier hombre tal sentimiento. El fuego como símbolo de masa ha entrado en su economía psíquica y conlleva una parte inalterable de ella. Aquel enfático pisotear sobre seres humanos, que se observa tan a menudo durante pánicos y que parece tan absurdo, no es en absoluto diferente del pisotear para apagar el fuego.

El pánico como desintegración sólo puede desviarse prolongando así el estado original de miedo masivo unitario. En una iglesia que está amenazada, puede incluso provocarse: en medio de un miedo común se le reza a un dios común, en cuya mano descansa el poder de extinguir el fuego con un milagro.

LA MASA COMO ANILLO

Encontramos un tipo de masa doblemente cerrada en el caso de la Arena. Consideramos importante estudiarla en relación con esta peculiar cualidad.

La Arena está bien delimitada hacia afuera. Corrientemente es visible a gran distancia. Su emplazamiento en la ciudad, el espacio que ocupa, es de todos conocido. Siempre se siente dónde está, incluso cuando no se piensa en ella. Las voces que salen de ella llegan muy lejos. Si no está cubierta, buena parte de la vida que en ella transcurre se comunica a la ciudad circundante.

Pero por muy excitantes que sean estas comunicaciones, no es posible entrar en ella sin dificultades. El número de asientos es limitado. Su densidad tiene fijado el límite. Los asientos están dispuestos de tal manera que uno no se aprieta demasiado. Los hombres han de estar cómodos. Tienen que ver bien, cada uno desde su puesto, y no deben molestarse entre sí.

Hacia afuera, contra la ciudad, la Arena ofrece una muralla inanimada. Hacia adentro levanta una muralla de hombres. Todos los presentes dan su espalda a la ciudad. Se han desprendido del orden de la ciudad, de sus paredes, de sus calles. Durante la duración dé su estancia en la Arena no les importa lo que sucede en la ciudad. Dejan allí la vida de sus relaciones, de sus reglas, de sus usos y costumbres. Su estar juntos en gran número está garantizado por determinado tiempo, su excitación les ha sido prometida, pero bajo una condición muy especial: la masa debe descargar hacia adentro.

Las filas están escalonadas hacia arriba para que todos vean lo que ocurre abajo. Pero eso tiene por consecuencia que la masa está sentada frente a sí misma. Cada uno tiene mil cuerpos y mil cabezas delante de si. Mientras él esté, todos están. Lo que le excita, también les excita a ellos, y él lo ve. Los demás están sentados a alguna distancia de él; los detalles, que en otras ocasiones les distinguen y les individualizan, se borran. Todos se hacen muy semejantes, se comportan de modo semejante. Él sólo advierte en ellos lo que le llena a él mismo en este ahora. La visible excitación de los demás aumenta la suya.

La masa que así se exhibe ante sí misma no se halla interrumpida en parte alguna. El anillo que constituye es cerrado. Nada se le escapa. El anillo de rostros fascinados superpuestos tiene algo de curiosamente homogéneo. Engarza y contiene todo lo que ocurre abajo. Ninguno de ellos se lo deja escapar, ninguno quiere partir. Cada hueco en este anillo podría evocar la desintegración, el separarse posterior. Pero no hay tal: esta masa es cerrada hacia afuera y en sí, por lo tanto doblemente.

LAS PROPIEDADES DE LA MASA

Es oportuno antes de realizar el intento de una división de la masa, resumir brevemente sus propiedades principales. Deben destacarse estos cuatro rasgos:

1. *La masa siempre quiere crecer*. Su crecimiento no tiene impuesto límite por naturaleza. Donde tales límites son creados artificialmente, es decir, en todas las instituciones que son utilizadas para la conservación de masas cerradas, siempre es posible un estallido de la masa y, de hecho, se produce de vez en cuando. No hay disposiciones que puedan evitar el crecimiento de la masa de una vez por todas y que sean totalmente seguras.

2. *En el interior de la masa reina igualdad*. Se trata de una igualdad absoluta e indiscutible y jamás es puesta en duda por la masa misma. Posee una importancia tan fundamental que se podría definir el estado de la masa directamente como un estado de absoluta igualdad. Una cabeza es una cabeza, un brazo es un brazo, las diferencias entre ellos carecen de importancia. Uno se convierte en masa buscando esta igualdad. Se pasa por alto todo lo que pueda alejarnos de este fin. Todas las exigencias de justicia, todas las teorías de igualdad extraen su energía, en última instancia, de esta vivencia de igualdad que cada uno conoce a su manera a partir de la masa.

3. *La masa ama la densidad*. No hay densidad que le alcance. Nada ha de interponerse, nada ha de quedar vacilando; en lo posible todo ha de ser ella misma. La sensación de máxima densidad la tiene en el instante de la descarga. Un día será posible determinar y medir más precisamente esta densidad.

4. *La masa necesita una dirección*. Está en movimiento y se mueve hacia algo. La dirección, que es común a todos los componentes, intensifica el sentimiento de igualdad. Una meta, que está fuera de cada uno y que coincide en todos, sumerge las metas privadas, desiguales, que serían la muerte de la masa. Para su subsistencia la dirección es indispensable. El temor a desintegrarse, que siempre está vivo en ella, hace posible orientarla hacia objetivos cualesquiera. La masa existe mientras tenga una meta inalcanzada. Pero todavía hay en ella otra tendencia al movimiento que conduce a formaciones

superiores y nuevas. A menudo no es posible predecir la naturaleza de tales formaciones.

Cada una de estas cuatro propiedades que se han establecido puede estar presente en mayor o menor medida. Según se enfoque una o la otra de ellas, se llega a una división diferente de las masas.

Se habló de masas abiertas y cerradas, y también se explicó que esta división se refiere a su crecimiento. Mientras su crecimiento no se obstaculice, la masa es abierta; es cerrada, apenas su crecimiento se limita.

Otra distinción, de la que se hablará bastante, es la que existe entre masas rítmica y retenida. Tal división se refiere a las dos propiedades principales siguientes: igualdad y densidad, pero a ambas en conjunto.

La masa retenida vive con miras a su descarga. Pero se siente segura de ésta y la retarda. Desea un período relativamente prolongado de densidad, para prepararse al momento de la descarga. Es decir, se calienta en su densidad y retiene lo más posible la descarga. El proceso de la masa no comienza en ella con igualdad, sino con densidad. La igualdad se hace aquí la meta principal de la masa, en la que finalmente desemboca; todo grito común, toda exteriorización común expresa entonces de manera válida esa igualdad.

Muy al contrario, en la masa rítmica densidad e igualdad coinciden desde el comienzo. Aquí todo reside en el movimiento. Todos los estímulos corporales que han de producirse están predeterminados y se transmiten a través de la danza. Por esquivar y reaproximarse la densidad es conformada a conciencia. La igualdad se exhibe sin embargo a sí misma. Por representación de densidad e igualdad el sentimiento de masa es provocado artificialmente. Estas configuraciones rítmicas nacen con toda rapidez y es tan sólo la fatiga física la que les pone fin.

La siguiente pareja de conceptos, la de masa lenta y rápida, se refiere exclusivamente a la naturaleza de su meta. Las masas llamativas, de las que tan comúnmente se habla, las que constituyen una parte tan esencial de 'nuestra vida moderna, las masas políticas, deportivas, bélicas, que hoy tenemos a la vista a diario, son todas rápidas. Muy distintas de ellas son las masas religiosas del más allá o las de los peregrinos; en éstas la meta está en la lejanía, el camino es largo y la verdadera constitución de la masa es postergada a un país muy distante o a un reino de los cielos. De estas masas lentas en realidad vemos sólo los afluentes, porque los estados finales, a los que aspiran, son invisibles e inalcanzables para no creyentes. La masa lenta se reúne con lentitud y se ve a sí misma como algo permanente a remota distancia.

Todas estas formas, cuya substancia aquí sólo se ha esbozado, requieren una consideración más detenida.

RITMO

El ritmo es originalmente un ritmo de los pies. Todo hombre camina, y como camina sobre dos piernas y con sus pies golpea alternadamente sobre el suelo, ya que sólo avanza si cada vez vuelve a golpear, se produce, sea o no su intención, un ruido rítmico. Los dos pies nunca pisan con la misma intensidad. La diferencia entre ellos puede ser mayor o menor, según la disposición personal o el ánimo de cada cual. Pero uno también puede marchar más a prisa o más despacio, uno puede correr, detenerse de golpe o saltar.

El hombre ha prestado siempre atención a los pasos de otros hombres; con toda seguridad estaba más pendiente de ellos que de los propios. También los animales tenían su paso familiar. Muchos de ellos poseían ritmos más ricos y perceptibles que los de los hombres. Los ungulados huían en manadas como regimientos de tambores. El conocimiento de los animales por los que estaba rodeado, los que le amenazaban y los que cazaba, fue el saber más

antiguo del hombre. En el ritmo de su movimiento aprendió a conocerlos. La escritura más temprana que aprendió a leer fue la de las *huellas*: era una especie de notación musical rítmica que siempre existió; se imprimía en el suelo blando, y el hombre que la leía asociaba con ella el ruido de su origen.

Muchas de estas huellas aparecían en grandes cantidades y muy próximas. Los hombres, que originalmente vivían en pequeñas hordas, podían tomar así conciencia, en la tranquila observación de tales huellas, del contraste entre el escaso número de su horda y el enorme de algunas manadas. Estaban hambrientos y siempre en busca de una presa; cuanto más presas, tanto mejor para ellos. Pero también ellos mismos querían ser más. El sentimiento del hombre para su propia multiplicación fue siempre muy intenso. Por ello en ningún caso debe entenderse solamente lo que se designa con una expresión insuficiente como tendencia a la reproducción. Los hombres querían ser más ahora, en este preciso lugar, en éste momento. El gran número de una manada a la que daban caza, y su propio número, que deseaban se acrecentase, estaban vinculados en su sentimiento de una manera especial. Expresaban todo esto en un determinado estado de excitación común que designo como masa rítmica o palpitante.

El medio para ello fue en primer lugar el ritmo de sus pies. Donde andan muchos, otros andan con uno. Los pasos, que se suman de prisa a los pasos, simulan un número mayor de hombres. No se mueven del lugar; en su danza, siempre permanecen sobre el mismo sitio. Sus pasos no se apagan, se repiten y persisten por largo rato siempre igual de intensos y animados. Suplen con intensidad lo que les faltan número. Cuando pisan con mayor intensidad, suenan más. Ejercen sobre todos los hombres en su cercanía una fuerza de atracción que no cede mientras no cese la danza. Se les une y permanece unido a ellos todo ser vivo que se encuentre al alcance del oído. Lo natural sería que se les unieran siempre más hombres.

Pero muy pronto ya no hay más que puedan añadirse, deben simular el aumento a partir de sí, a partir de su reducido número. Se mueven como si se hicieran cada vez más. Su excitación aumenta y se acrecienta hasta la rabia.

¿De qué manera suplen sin embargo lo que no pueden tener en número creciente? En este caso es importante por una vez que cada uno de ellos haga lo mismo. Cada uno pisotea, y cada uno lo hace de la misma manera. Cada uno agita los brazos, cada uno menea la cabeza. La equivalencia de los participantes se ramifica en la equivalencia de sus miembros. Lo que siempre sea móvil en un hombre adquiere su vida propia, cada pierna, cada brazo vive por sí solo. Los miembros respectivos se hacen coincidir todos. Están muy próximos, con frecuencia descansan unos sobre otros. A su equivalencia se agrega así su densidad; densidad e igualdad se hacen uno y lo mismo. Finalmente ante uno danza una sola criatura, provista de cincuenta cabezas, cien piernas y cien brazos, puesto que todos actúan exactamente de la misma manera o con una intención. En su excitación extrema estos hombres se sienten realmente como un Uno, y sólo el agotamiento físico los derriba.

Todas las masas palpitantes tienen —precisamente gracias a este ritmo que predomina en ellas— algo parecido. La documentación que sólo sirve para ilustrar una de tales danzas, proviene del primer tercio del siglo pasado. Se trata del *haka* de los maoríes en Nueva Zelanda, que originalmente era una danza de guerra.

«Los maoríes se disponen en una hilera alargada, cuatro hombres en fondo. La danza, llamada *haka*, debía llenar de espanto y miedo a todo aquel que la presenciara por primera vez. Toda la sociedad, hombres y mujeres, libres y esclavos, estaba entremezclada, sin consideración del rango que ocupaba en la comunidad. Los hombres iban todos completamente desnudos, a excepción de una cartuchera que les pendía de la cintura. Todos armados de fusiles o de bayonetas que habían fijado al extremo de lanzas y palos. Las

mujeres jóvenes, también las esposas del jefe, participaban en la danza con el busto descubierto.

»E1 compás del canto que acompañaba a la danza era observado muy estrictamente. La movilidad de ellos era asombrosa. De súbito saltaban verticales desde el suelo hacia lo alto, todos a un tiempo, como si los bailarines estuvieran animados todos juntos por una voluntad. En el mismo instante blandían sus armas y deformaban la cara y, con las largas cabelleras que tanto hombres como mujeres suelen tener, semejaban un ejército de gorgonas. Al caer golpeaban a la vez con ambos pies sonoramente sobre el piso. Este salto hacia lo alto lo repetían con frecuencia y cada vez más rápido.

»Los rasgos eran distorsionados de todas las maneras que son posibles a los músculos de un rostro humano, cada mueca nueva era adoptada puntualmente por todos los participantes. Cuando uno contraía la cara tan severamente como si lo hiciese con un tornillo, los demás le imitaban de inmediato. Giraban los ojos de tal manera que a menudo sólo era visible la blanca córnea, era como si en el instante siguiente fuesen a caérseles de las cuencas. La boca la estiraban hasta las orejas. Todos sacaban la lengua a la vez, lo más larga que podían; un europeo no hubiese sido nunca capaz de igualarles en eso; un precoz y prolongado ejercicio les había capacitado para ello. Sus caras ofrecían un espantoso aspecto y era un alivio apartar la vista de ellas.

»Cada miembro de su cuerpo estaba en acción por separado, los dedos de los pies, los de las manos, los ojos, las lenguas lo mismo que los brazos y piernas. Con la mano plana se golpeaban sonoramente bien sobre el pecho izquierdo, bien sobre los muslos. Era ensordecedor el clamor del canto de las 350 personas aproximadamente que participaban en la danza. Puede imaginarse qué efecto tenía esta danza en época de guerra, cuánto aumentaba el coraje y cómo llevaba al punto más alto la aversión recíproca de ambos bandos.»

El girar de los ojos y el sacar la lengua son signos de porfía y desafío. Pero aunque la guerra en general es cosa de los hombres y, aún más, de los hombres libres, *todos* se entregan a la excitación del haka. Aquí la masa no conoce ni sexo, ni edad, ni rango: todos actúan como iguales. Lo que sin embargo distingue esta danza de otras de intención semejante es una *ramificación* particularmente extrema de la igualdad. Es como si cada cuerpo se descompusiera en todas sus partes singulares, no sólo en piernas y brazos, pues eso es un caso frecuente, sino también en dedos de pies y manos, lenguas y ojos, y entonces todas las lenguas se unen y realizan en el mismo momento exactamente lo mismo. Bien se igualan todos los dedos del pie, bien todos los ojos en una y la misma operación. Los hombres en cada una de sus menores partes son presa de esta igualdad, y siempre es representada en una acción que se acrecienta con violencia. La visión de 350 hombres que saltan a lo alto a la vez, que sacan la lengua a la vez, que giran los ojos a la vez, debe dar una impresión de unidad que es insuperable. La densidad no es tan sólo una densidad de la gente, es asimismo la de sus miembros por separado. Podría pensarse que los dedos y las lenguas, aunque no perteneciesen a los hombres, aún se reunirían y lucharían por sí mismos. El ritmo del haka destaca cada una de estas igualdades por separado. En su incremento y juntas, son irresistibles.

Porque todo sucede bajo la condición de que sea visto: el enemigo mira. La intensidad de la amenaza común constituye el haka. Pero, ya nacida, la danza se convirtió en algo más. Se la ensaya desde la infancia, tiene muchas formas diferentes y es representada en toda clase de ocasiones. A muchos viajeros se les dio la bienvenida con un haka. El informe citado se debe a una ocasión de este tipo. Cuando una tropa amiga se reúne con otra, ambas se saludan con un haka; y ello se hace con tanta seriedad que un espectador desprevenido teme que en cualquier momento estalle el combate. Durante las exequias por un gran jefe, después de los

momentos de más intensa lamentación y automutilación, que son costumbre entre los maoríes, tras una festiva y muy abundante cena, de pronto, todos se incorporan de un salto, echan mano a sus fusiles y se forman para un haka.

En esta danza, en la que todos pueden participar, la tribu se percibe como masa. Se valen de ella cuando sienten necesidad de ser masa y de aparecer ante otros como tal. En la perfección rítmica que ha alcanzado cumple con seguridad su fin. Gracias al haka su unidad nunca está seriamente amenazada desde el interior.

ESTANCAMIENTO

La *masa retenida* es compacta, no es posible en ella un movimiento verdaderamente libre. Su estado tiene algo de pasivo, la masa retenida *espera*. Espera una cabeza, que le ha de ser exhibida, o palabras, o contempla un combate. Aquí importa en especial la densidad: la presión, que se siente por todos lados, puede que también sirva a los afectados como medida para la fuerza de la formación, de la que ahora constituyen una parte. Cuanto más gente confluye tanto mayor se hace esta presión. Los pies no tienen donde ir, los brazos están comprimidos, libres permanecen sólo las cabezas, para ver y para oír; los cuerpos se transmiten los estímulos directamente. En todo el entorno se entra en contacto con distintos hombres a la vez con el propio cuerpo. Se sabe que son varios hombres, pero como también entre sí están tan unidos, se les percibe como unidad. Este tipo de densidad se toma su tiempo; su influjo es constante por una determinada duración; es amorfa, no sometida a ningún ritmo familiar y ensayado. Por largo rato no sucede nada; pero las ganas de acción se reprimen y rompen al fin con tanta mayor violencia.

La paciencia de la masa retenida quizá no sea tan sorprendente, si se tiene presente el significado que este sentimiento de densidad posee para ella. Cuanto más densa es, tanto más hombres nuevos

atrae. En su densidad mide su magnitud, pero la densidad también es el estímulo máximo para un crecimiento ulterior. La masa más densa crece más de prisa. El reprimirse antes de la descarga es una exhibición de esta densidad. Cuanto más se estanca tanto más tiempo siente y muestra su densidad.

Desde el punto de vista de los individuos que forman una masa, el momento del estancamiento es como un admirarse; se deponen las armas y los aguijones con los que en general se está tan bien defendido contra los otros; uno se toca con los demás y a pesar de todo no se siente cohibido; agarros dejan de ser agarros, no se tiene temor recíproco. Antes de salir en la dirección que sea se quiere tener certeza de que se permanece unido. Es un crecer juntos para el que se requiere tranquilidad. La masa todavía retenida no está muy segura de su unidad y, por tanto, se mantiene tranquila el mayor tiempo posible.

Mas esta paciencia tiene sus límites. Finalmente es indispensable una descarga; sin ella no puede afirmarse si es que en efecto existió una masa. El aullido, como antes era habitual en ejecuciones públicas cuando la cabeza "del malhechor era sostenida en alto por el verdugo, o el aullido, tal como hoy se conoce de los espectáculos deportivos, son la voz de la masa. Su espontaneidad es de la mayor importancia. Los gritos aprendidos y repetidos a intervalos regulares aún no son signo de que la masa haya logrado su vida propia. Han de llevar a ello, pero pueden ser exteriores como los ejercicios tácticos de una división militar. En cambio, el grifo espontáneo que la masa no puede predecir con exactitud es inequívoco, su efecto suele ser imprevisible. Puede expresar afectos de cualquier especie; con frecuencia tienen menos importancia los afectos de que se trate, que su fuerza y diversidad y la libertad en su sucesión. Son éstos los que conceden a la masa su espacio espiritual.

Por cierto, puede que sean tan violentos y concentrados que desgarren instantáneamente a la masa. Las ejecuciones públicas

producen este resultado; una sola víctima sólo se puede matar una vez. Ahora bien, si se trata de alguien a quien siempre se consideró invulnerable se duda hasta el final haber acabado con él. La duda, que aquí nace del motivo, aumenta la retención natural de la masa. El efecto será tanto más agudo y tajante al divisar la cabeza cercenada. El aullido que sigue será terrible, pero es el último grito de esta masa tan absolutamente determinada. Puede decirse que, en este caso, la masa paga el exceso de expectativa estancada, que disfruta de la manera más intensa con su propia e instantánea muerte.

Nuestros espectáculos deportivos modernos son más funcionales. Los espectadores pueden permanecer sentados; la paciencia colectiva se hace visible con toda claridad. Poseen la libertad de sus pies para patear el suelo, y sin embargo permanecen en el mismo sitio. Poseen la libertad de sus manos para aplaudir. Está prevista una duración del espectáculo que, normalmente, no tiene por qué verse acortada; al menos durante ese tiempo se permanece junto. Durante ese lapso pueden suceder multitud de cosas. No se puede saber de antemano cuándo y por qué lado se mete un gol; además, al margen de estos anhelados acontecimientos centrales hay otros muchos que conducen a ruidosos estallidos. La voz se oye con frecuencia y en distintas ocasiones. En cuanto a los efectos de la desintegración final se les ha quitado algo de su doloroso carácter con la predeterminación temporal. Por otra parte, el derrotado tendrá la oportunidad de tomarse la revancha y no todo ha terminado para siempre. Aquí la masa realmente puede estar a sus anchas; primero se congrega ante las entradas, luego se estanca sobre los asientos; grita de maneras que están al alcance de todos, cuando llega el momento preciso; e incluso anhela, cuando todo ha pasado, otras oportunidades semejantes.

Masas retenidas de naturaleza mucho más pasiva se forman en los teatros. El caso ideal se produce en actuaciones ante una sala

repleta. El número deseado de espectadores está dado desde el comienzo. Se reúnen solos, a excepción de las congestiones menores ante las taquillas, los hombres encuentran solos su camino hasta la sala. Se les acompaña a sus asientos. Lo conocen todo: la pieza que se representa, los actores, la hora del comienzo y los espectadores colocados en sus asientos. Los atrasados son recibidos con leve animosidad. Como un rebaño dispuesto a pastar, así permanecen los hombres sentados, tranquilos y con infinita paciencia. No obstante cada uno está muy consciente de su existencia separada; ha pagado y se da cuenta de quién tiene sentado a su lado. Antes de empezar se contempla en calma aquella serie de cabezas reunidas: despiertan un grato, pero no demasiado intenso, sentimiento de densidad dentro de uno. La igualdad entre los espectadores consiste únicamente en que desde el escenario todos acogen lo mismo. Pero sus reacciones espontáneas ante la representación están ahora restringidas. Hasta el aplauso tiene sus tiempos prescritos, y la mayoría de las veces, en efecto, uno aplaude solamente cuando ha de aplaudirse. Tan sólo de la intensidad del aplauso puede deducirse cuánta masa se ha llegado a ser; éste es el único baremo conocido y así lo valoran los propios actores.

El estancarse se ha hecho ya tan rito en el teatro que se advierte externamente, como una leve presión exterior que no llega al fondo de los hombres y, en todo caso, apenas les proporciona el sentimiento de alguna pertenencia y unidad interna. No ha de olvidarse, sin embargo, qué grande y común es la expectación con que esperan sentados y cómo esta expectación dura toda la representación. Sólo rara vez abandonan el teatro antes del final; incluso si están desilusionados aguantan; significa por tanto que durante ese tiempo se mantienen unidos.

El contraste entre el silencio del auditorio y el discurrir sonoro del aparato que actúa sobre ellos es aún más notable en los conciertos. Aquí todo se basa en la total ausencia de perturbación.

Todo movimiento es indeseable, todo ruido execrado. Mientras la música que se brinda vive en buena parte de su ritmo, ningún efecto rítmico de los auditores debe llegar a notarse. Los afectos provocados en cambio incesante por la música, son del tipo más diverso e intensivo. No es posible que no los experimente la mayoría de los presentes, y es imposible que no los experimente a la vez. Pero todas las reacciones exteriores se omiten. Los hombres están sentados inmóviles como si consiguieran no oír nada. Está claro que en este caso fue necesaria una educación prolongada y artificial para el estancamiento, a cuyos resultados ya nos hemos acostumbrado. Porque visto con frialdad hay pocos fenómenos en nuestra vida cultural que sean tan sorprendentes como un público de concierto. Los hombres que dejan actuar a la música naturalmente dentro de sí se comportan de muy distinta forma; y quienes aún no han oído música en su vida, la primera vez que viven tal situación pueden llegar a caer en la más irrefrenable agitación. Cuando los aborígenes de Tasmania oyeron por primera vez La Marsellesa, que les habían tocado unos marineros al desembarcar, dieron expresión a su satisfacción con extrañas contorsiones del cuerpo y con los más asombrosos gestos, hasta el punto de que los marineros acabaron riéndose a carcajadas. Un joven entusiasmado se tiraba del cabello, se rascaba la cabeza a dos manos y dio grandes gritos en repetidas ocasiones.

A pesar de todo, en nuestros conciertos se ha conservado una pequeña cantidad de descarga física. El aplauso se brinda en gratitud a los intérpretes; se trata del intercambio de un caótico ruido breve por otro bien organizado, prolongado. Cuando los aplausos no existen en absoluto, cuando uno se separa, silencioso, tal como estuvo sentado, uno ya se siente por entero en la esfera del recogimiento religioso.

De ahí deriva originalmente el silencio del concierto. El estar de pie juntos ante Dios es un ejercicio muy extendido en algunas

religiones. Se caracteriza por los mismos rasgos de retención que ahora ya conocemos en las masas seculares y pueden llevar a descargas igual de repentinas e intensas.

El caso tal vez más impresionante es la famosa «Estación del Arafat», el punto culminante del peregrinaje a la Meca. En la llanura de Arafat, a algunas horas de distancia de la Meca, se reúnen un día determinado y establecido ritualmente, de 600.000 a 700.000 peregrinos. Se agrupan en un gran círculo en torno al «Monte de la Misericordia», una colina calva que se levanta en medio de esta planicie. Hacia las dos de la tarde, cuando más calor hace, los peregrinos se sitúan y permanecen allí de pie hasta la puesta del sol, con la cabeza descubierta y vestidos con la blanca túnica de peregrino. Con apasionada atención escuchan las frases del predicador que les habla desde lo alto de la colina. Su sermón es una ininterrumpida alabanza de Dios. Los peregrinos contestan con una fórmula que se repite mil veces: «¡Aguardamos tus órdenes, Señor, aguardamos tus órdenes!» Algunos sollozan de excitación, otros se golpean el pecho. Otros más se desmayan a causa del terrible calor. Pero es esencial que perseveren en estas largas horas incandescentes sobre la planicie sagrada. En el momento de la puesta de sol se da la señal de partida.

Los procesos restantes, que pertenecen a lo más enigmático que se conoce en usos religiosos, se tratan e interpretan después en otro contexto. Aquí sólo nos interesa este momento de la retención que dura horas. Cientos de miles de hombres en creciente excitación se mantienen sobre la llanura de Arafat y no deben abandonar esta estación ante Alá pase lo que pase. Juntos se forman y juntos reciben la señal de partida. El sermón les enardece y se enardecen a sí mismos mediante gritos. En la fórmula que emplean está contenido el «aguardar» que siempre se repite. El sol, que se mueve con imperceptible lentitud, sumerge todo en la misma deslumbrante luz,

en el mismo ardor; podría hablarse de la *encarnación* del estancamiento.

Entre las masas religiosas se dan todo tipo de gradaciones en la inmovilidad y el silencio, pero el grado más elevado de pasividad que es posible alcanzar le es impuesto a la masa con violencia desde fuera. En la batalla se arremeten dos masas, de las que cada una quiere ser más fuerte que la otra. Por el clamoreo del combate procuran dar prueba de que realmente son los más fuertes, a sí mismos y al enemigo. La meta del combate es hacer enmudecer al otro bando. Cuando todos los enemigos han sido segados, su potente voz, que con razón se temió, ha enmudecido para siempre. La masa más silenciosa es la de los enemigos muertos. Cuanto más peligrosa fue, con tanto mayor agrado se la ve inmóvil reunida en un montón. Se .trata de un vicio peculiar el sentirlos tan indefensos como un montón de muertos. Porque como montón arremetieron contra uno, como montón gritaron contra uno. Esta masa silenciada de los muertos no era temida antes como si de algo inanimado se tratase. Se suponía que en otra parte continuarían viviendo a su manera, de nuevo todos juntos, y en el fondo debía ser una vida semejante a aquella que uno mismo había conocido. Los enemigos que yacían como cadáveres representaban así para el observador el caso extremo de una masa retenida.

Pero incluso esta idea conoció un incremento. En lugar de los enemigos tendidos pueden llegar a ser *todos los muertos*, que yacen en la tierra común y allá aguardan su resurrección. Cada uno que muere y es enterrado aumenta su número; todos los que hayan vivido alguna vez le pertenecen y así va aumentando el número. La tierra, que los une, es su densidad, y así se tiene la sensación de que están muy cerca unos de otros aun cuando yazgan solos. Así permanecen tendidos por tiempo infinito hasta el día del juicio final. Su vida se detiene hasta el momento de la resurrección, y este instante coincide con el de su reunión ante Dios, quien los juzgará. Entretanto no hay

nada; yacen como masa, como masa vuelven a levantarse. Para la realidad y significación de la masa retenida no hay demostración más grandiosa que el desarrollo de esta concepción de resurrección y juicio final.

LENTITUD O LA LEJANÍA DE LA META

A la masa lenta pertenece la lejanía de la meta. Se avanza con gran tenacidad hacia uña meta, que es inamovible, y en el camino se tiene que permanecer juntos. El camino es largo, los obstáculos desconocidos, los peligros amenazan por todos lados. No está permitida una descarga antes que se haya alcanzado la meta.

La masa lenta tiene la forma de un convoy. Ya desde un principio puede estar formada por todos los que pertenecerán a ella, como fue el caso de la salida de los hijos de Israel de Egipto. Su meta es la Tierra Prometida, y son una masa mientras creen en esta meta. La historia de su marcha es la historia de esta fe. A menudo las dificultades son tan grandes que comienzan a dudar. Padecen hambre o sed y, apenas murmuran, se ven amenazados por la desintegración. Una y otra vez el hombre que los conduce se esfuerza en restablecer su fe. Una y otra vez consigue el resultado apetecido, y si no por él mismo, lo alcanza gracias a los enemigos por quienes se sienten amenazados. La historia de la marcha, que ocupa cuarenta años, contiene muchas formaciones aisladas de masa de naturaleza súbita y aguda de las que tendremos ocasión de hablar con mayor profundidad más adelante. Pero todas ellas están subordinadas a la idea más vasta de una masa lenta única, que se mueve hacía su meta de promisión, hacia la tierra que les fue prometida. Los adultos envejecen y se mueren, nacen y crecen nuevos niños, pero aunque los individuos sean ya otros, el convoy, como conjunto, sigue siendo el mismo. No se le integran nuevos grupos. Desde un comienzo está establecido quién pertenece a él y tiene derecho a la tierra de promisión. Ya que esta masa no puede

crecer en forma brusca, durante toda su marcha se atiene a una sola pregunta central: ¿Cómo conseguir que no se *desintegre*?

Una segunda forma de masa lenta podría compararse más bien a una red fluvial. Comienza con arroyos que poco a poco confluyen; en el río que se forma van desembocando por todas partes otros ríos; el todo se convierte, si hay territorio suficiente delante suyo, en un gran cauce, y su meta es el mar. El peregrinaje anual a la Meca es quizás el ejemplo más impresionante de esta forma de masa lenta. De las partes más alejadas del mundo islámico salen caravanas con peregrinos, todas ellas en dirección hacia la Meca. Algunas acaso comiencen siendo pequeñas, otras, equipadas a todo lujo por los príncipes, son desde el comienzo orgullo de los países en los que hallan su origen. Pero en el curso de su marcha todas se topan con mías caravanas que tienen la misma meta, y así aumentan más y más, y en las cercanías de su meta se transforman en poderosos torrentes. La Meca es su mar, el lugar en el que desembocan.

Cada peregrino puede dedicar mucho tiempo al cultivo de vivencias de tipo común que nada tienen que ver con el sentido del viaje en sí. Cada día se convierte en una lucha constante, hay que andar discutiendo, a veces con mucho riesgo, pues habitualmente se es pobre y hay que ocuparse del alimento y la bebida. La vida de estos hombres está mucho más expuesta a peligros que en casa. No son peligros que deban referirse necesariamente a la especie de su empresa. De esta manera, tales peregrinos permanecen en amplia medida como individuos que, separados, viven para sí mismos como si no formasen parte de una masa. Pero mientras perseveren en su meta, y las más de las veces éste es el caso, siempre son parte de una masa lenta que perdura —no importa la manera como se comporten hacia ella— y perdurará hasta alcanzar su meta.

Una tercera forma de masa se nos aparece en todas aquellas formaciones que se refieren a una meta invisible e inalcanzable en esta vida. El más allá, en el que los bienaventurados esperan a todos

aquellos que se han ganado un lugar allí, es una meta bien articulada y propiedad exclusiva de los creyentes. La ven clara y precisa ante sí, y no necesitan conformarse con un vago símbolo en vez de ella. La vida es como un camino de peregrino hacia allá, y entre ese más allá y ellos sólo se interpone la muerte. El camino no está señalado en detalle y es difícil de percibir con la mirada. Muchos se extravían y se pierden en él. Mal que bien, la esperanza en el más allá tiñe la vida de los creyentes hasta tal punto que se tiene derecho a hablar de una masa lenta a la que pertenecen todos los adeptos de una creencia. Como no se conocen unos a otros y viven dispersos en muchas ciudades y países, lo anónimo de esta masa impresiona particularmente.

¿Cuál es sin embargo el aspecto *dentro* de ella y qué es lo que más la diferencia de las formas *rápidas*?

La *descarga* no aparece en la masa lenta. Podría decirse que ésta es su principal característica y así, en lugar de lentas, podría hablarse de masas sin descarga. No obstante es preferible la primera designación, pues no se puede renunciar por entero a la descarga. En la representación de un estado final aparece siempre contenida. Se ve desplazada a una gran distancia. Allí donde está la meta también se encuentra la descarga. Una intensa visión de ella existe siempre, su certeza se halla al final.

En la masa lenta se espera retardar el proceso que conduce a la descarga, colocarlo a largo plazo. Las grandes religiones alcanzaron una gran maestría en este proceso de acercamiento a la meta con lentitud. Les importa conservar los adeptos que se han ganado. Para conservarlos y para ganar otros nuevos deben reunirse de tarde en tarde. Si durante estas asambleas se ha llegado alguna vez a descargas violentas, éstas deben repetirse y, en lo posible, superarse en intensidad; menos se hace imprescindible una repetición regular de las descargas si no quiere perderse la unidad de los creyentes. Lo que suceda en este tipo de servicio que se cumple en masas rítmicas

no es controlable a mayores distancias. El problema central de las religiones universales es la dominación de sus fíeles en extensas zonas de la tierra. Este dominio sólo es posible mediante una retardación consciente de los procesos de masa. Las metas deben ganar significado en la lejanía, las más cercanas deben perder cada vez más peso y parecer finalmente carentes de valor. La descarga terrenal nunca es de duración y sólo lo que se ve trasladado al más allá tiene permanencia.

Así meta y descarga coinciden; la meta, sin embargo, es invulnerable. Porque la tierra prometida aquí sobre la tierra puede ser ocupada y devastada por enemigos, el pueblo al que fue prometida puede ser desalojado de ella. La Meca fue conquistada y saqueada por los cármatas, y se llevaron como botín la piedra sagrada de la Kaaba. Durante muchos años no se pudo realizar peregrinación alguna.

El más allá, en cambio, con sus bienaventurados, está a salvo de todas las devastaciones de esta especie. Vive sólo de la fe y sólo en ésta se puede llegar a él. La desintegración de la masa lenta del cristianismo se inició en el momento en que la fe en ese más allá comenzó a descomponerse.

LAS MASAS INVISIBLES

En cualquier parte de la tierra en que haya hombres encontramos la idea de los muertos invisibles. Quizá podría hablarse de ella como de la idea más antigua de la humanidad. Seguramente no existe ninguna horda, ninguna tribu, ningún pueblo que no se preocupe en serio de sus muertos. El hombre estaba poseído por ellos; eran de tremenda importancia para él y su influencia sobre los vivos era una parte esencial de esta misma vida.

Se les imaginaba a todos juntos, lo mismo que están juntos los hombres, y era habitual llegar a reconocerlos. «Los antiguos bechuana, lo mismo que los restantes nativos de Sudáfrica, creían

que todo el espacio estaba poblado por los espíritus de sus ancestros. Tierra, aire y cielo estaban colmados de espíritus que tenían la potestad dé ejercer maléfica influencia sobre los vivos.» «Los boloki, pueblo del Congo, creen que están rodeados por espíritus que en todo momento procuran hacerles mal, que a todas horas del día o de la noche procuran dañarlos. Ríos y arroyos están poblados por los espíritus de sus ancestros. También el bosque y la selva virgen están llenos de espíritus. Pueden resultar peligrosos a los viajeros sorprendidos por la noche. Nadie tiene el valor suficiente de cruzar de noche el bosque que separa una aldea de la otra; ni siquiera la perspectiva de una gran recompensa logra seducir a ninguno. La respuesta a tales propuestas siempre es que "hay demasiados espíritus en el bosque".»

Se cree comúnmente que los muertos moran juntos, en un país distante, bajo tierra, en una isla o en una casa celeste. Una canción de los pigmeos del Gabón dice:

«Las puertas de la caverna están cerradas. Los espíritus de los muertos se apiñan allí en bandadas, como un revuelo de moscas que danzan al atardecer. Un revuelo de moscas que danzan al atardecer, cuando ha vuelto la noche oscura, cuando el sol se ha ido, un revuelo de moscas: tremolar de hojas muertas en un temporal que bramó.»

No basta, sin embargo, que los muertos se hagan cada vez más numerosos y que un sentimiento de su densidad llegue a hacerse predominante. También están en movimiento y en busca de empresas conjuntas. Permanecen invisibles a la mayoría de la gente, pero hay hombres con dones especiales, los chamanes, que saben de conjuros y pueden someter espíritus que se convierten en sus servidores. Entre los chukche de Siberia, «un buen chamán tiene legiones enteras de espíritus auxiliares y, cuando los convoca a todos, vienen en tales cantidades que rodean la pequeña tienda en que ha lugar el conjuro como con una pared por todos lados».

Los chamanes dicen lo que ven. «Con una voz que tiembla de emoción, el chamán grita a través del iglú:

"El espacio celeste está lleno de seres desnudos que vienen volando por el aire. Seres humanos, hombres desnudos, mujeres desnudas, que van volando y atizan tormenta y nevada.

"¿Oís el silbar? Zumba como el aletazo de grandes aves arriba en el aire. ¡Ése es el miedo de humanos desnudos, ésa es la fuga de humanos desnudos! Los espíritus del aire soplan tormenta, los espíritus del aire van arreando la nieve volando sobre la tierra."»

Esta grandiosa visión de espíritus desnudos en fuga nos la han proporcionado los esquimales.

Algunos pueblos se imaginan a sus muertos o a cierto número de entre ellos como ejércitos combatientes. Entre los celtas de la tierra montañosa escocesa el ejército de los muertos es designado por una palabra especial: *sluagh*. Esta palabra se reproduce en inglés como «*spirit-multitude*» o «multitud de espíritus». El ejército de espíritus vuela en grandes nubes de ida y vuelta —como los estorninos sobre la faz de la tierra. Siempre retornan a los lugares de sus pecados terrenales. Con sus infalibles flechas envenenadas matan gatos, perros, ovejas y vacunos de los hombres. Libran batallas en el aire como los hombres sobre la tierra. En las noches escarchadas, luminosas, se les puede oír y ver, cómo sus ejércitos avanzan unos contra otros y se repliegan, se repliegan y vuelven a avanzar. Después de una batalla su sangre tiñe de rojo farallones y rocas. La palabra *ghairm* significa «grito, llamada», y *sluagh-ghairm* era el grito de guerra de los muertos. Más tarde se convirtió en la palabra slogan. Los gritos de combate de nuestras masas modernas deriva de los de los ejércitos de muertos de las tierras montañosas.

Dos pueblos nórdicos que viven muy separados, los lapones en Europa y los tlingit en Alaska, tienen la misma idea acerca de la *aurora boreal* como batalla. «Los lapones-kolta creen ver en la aurora

boreal a los caídos en la guerra, que incluso como espíritus siguen combatiendo entre ellos en el aire. Los lapones rusos ven en la aurora boreal los espíritus de los muertos. Habitan en una casa donde a veces se reúnen; allí se matan entre sí y el suelo se cubre de sangre. La aurora boreal indica que las almas de los asesinados van a iniciar sus batallas. Entre los tlingit en Alaska todos los que mueren de enfermedad y no caen en la guerra, van a los infiernos. Sólo los guerreros valientes muertos en batalla están en el cielo. Éste se abre de vez en cuando para acoger nuevos espíritus. Al chamán los espíritus se le aparecen siempre como guerreros enteramente armados. Estas almas de los caídos aparecen a menudo como aurora boreal, en especial como aquellas llamaradas de aurora boreal que se hacen visibles como flechas o gavillas y que se mueven yendo y viniendo, que a veces pasan unas junto a otras o intercambian los lugares, lo que recuerda mucho la manera de combatir de los tlingit. Una intensa aurora boreal anuncia, se cree, un gran derramamiento de sangre, porque entonces los guerreros muertos desean nuevos camaradas.»

Según la creencia de los germanos, un enorme número de guerreros se encuentra reunido en Valhalla. Todos los hombres que desde el comienzo del mundo han caído en la batalla llegan a Valhalla. Su número sigue creciendo siempre, pues no hallan fin las guerras. Allí se agasajan y beben, renovándoseles la comida y la bebida continuamente. Cada mañana empuñan sus armas y parten al combate. Juegan a matarse, pero vuelven a incorporarse, pues no se trata de una muerte cierta. Vuelven a entrar en Valhalla por 640 portones en hileras de 800 hombres.

Pero no sólo son los espíritus de los muertos los que los seres vivos imaginan invisibles en grandes cantidades. «Depende del hombre —se dice en un antiguo texto judío— y debería tenerlo muy presente que ningún espacio libre hay entre cielo y tierra, sino que está repleto de bandadas y multitudes. Una parte de ellas es pura,

plena de gracia y dulzura; una parte, sin embargo, son seres impuros, predadores y atormentadores. Todos andan volando en el aire: algunos de ellos quieren la paz, algunos buscan la guerra; algunos establecen lo bueno, algunos ocasionan lo malo, algunos traen vida, algunos, sin embargo, la muerte.»

En la religión de los antiguos persas, los demonios constituyen un ejército especial que se encuentra bajo un alto mando propio. Hablando del número incontable de estos demonios en su libro sagrado, el *Zend-Avesta*, se encuentra la siguiente fórmula: «Miles y más miles de millares de demonios. Decenas de miles y más decenas de millares, sus miríadas innumerables».

El medievo cristiano se preocupó seriamente del número de *diablos*. En el *Diálogo sobre los milagros*, de Caesarius de Heister-bach, se informa de que en cierta ocasión llenaron hasta tal punto el coro de una iglesia que perturbaron el canto de los monjes; éstos habían comenzado el *Salmo tercero*: «Señor, cuan numerosos son mis enemigos». Los diablos se echaron a volar de un lado a otro del coro y se mezclaron entre los monjes, que olvidaron por completo lo que estaban cantando y, en su confusión, los de una parte procuraban tapar a gritos la voz de los de la otra. Si tantos diablos se reúnen en un lugar para perturbar una sola misa ¡cuántos no habría entonces en toda la tierra! Pero ya el Evangelio, opina Caesarius, confirma que una legión de ellos entró en un solo hombre.

Un malvado sacerdote, en su lecho de muerte, le dijo a una parienta que estaba junto a él: «¿Ves aquel enorme granero frente a nosotros? Bajo su techo hay tantas briznas de paja como diablos hay ahora reunidos alrededor mío». Allí acechan su alma para llevarla a su castigo. Pero también prueban suerte junto al lecho de muerte de los píos. Durante el entierro de una bondadosa abadesa había más diablos reunidos alrededor de ella que hojas en los árboles de un extenso bosque. En torno a un abate moribundo eran más que la arena a orillas del mar. Estos datos se deben a un diablo que estuvo

personalmente y que dio cuenta de ello a un caballero que mantuvo una conversación con él. No ocultó su decepción respecto a sus vanos esfuerzos y confesó que, ya con ocasión de la muerte de Cristo, había estado sentado sobre un brazo de la cruz.

Como se ve, la insistencia de estos diablos es tan enorme como su número. Cuando el abate cisterciense Richalm cerraba los ojos, los veía densos como polvo por todas partes. Ha habido estimaciones más precisas de su número. Entre éstas conozco dos que difieren mucho entre sí: una de la cifra de 44.635.569 y la otra de once billones.

Contrastando enormemente con lo anterior se encuentra la idea que cada uno se hace de los ángeles y bienaventurados. Aquí todo es calma, ya nada se desea alcanzar, pues se ha llegado a la meta. Pero también ellos están reunidos formando ejércitos celestiales, «sinnúmero de ángeles, patriarcas, profetas, apóstoles, mártires, confesos, vírgenes y otros justos». Alineados en grandes círculos están en torno de su señor, como los súbditos de una corte vueltos hacia su rey. Una cabeza junto a otra, besando su dicha en la cercanía al señor. Han sido aceptados para siempre a su lado; están sumidos en su contemplación y lo alaban. Lo único que todavía hacen, lo realizan en común.

El espíritu de los creyentes está poblado de tales ideas de masas invisibles tanto a los muertos, como a los diablos o a los santos, se los imagina en grandes mesnadas agrupadas. Podría decirse que las religiones comienzan con estas masas invisibles. Su sedimentación es distinta, en cada creencia se configura un equilibrio particular para ellas. Sería posible y muy deseable realizar una clasificación de las religiones por la manera en que manipulan sus masas invisibles. Las religiones superiores, en cuya denominación se incluyen las que han alcanzado vigencia general, nos muestran una enorme seguridad y claridad en la materia. A las masas invisibles, que mantienen vivas en sus sermones, se unen los temores y deseos de los hombres.

Estos invisibles forman la sangre de la fe. Apenas van perdiendo su fuerza, la fe se debilita, pero continuamente nuevas mesnadas ocupan el lugar de las anteriores.

De una de tales masas —y quizá sea la más importante— no se ha hablado aún. Es la única que también a nosotros, hombres de hoy, a despecho de su invisibilidad, nos parece natural: se trata de la descendencia. Un hombre es capaz de conocer dos o quizá incluso tres generaciones. Precisamente en su infinitud la descendencia no es visible para nadie. Se sabe que tiene que aumentar, primero poco a poco, luego con creciente aceleración. Tribus y pueblos enteros se remontan a un patriarca, y de las promesas que le son dadas a éste, es visible qué buenos pero, ante todo, cuántos descendientes desea: numerosos como las estrellas del cielo y como la arena del mar. En el *Shi-King*, el cancionero clásico de los chinos, se halla una poesía, en la que la descendencia es comparada con una nube de langostas:

Los élitros de las langostas dicen: ¡Puja, puja! ¡Oh! ¡quiera que tus hijos y tus nietos estén allí en incontable ejército!

Los élitros de las langostas dicen: ¡Ata, ata! ¡Oh! ¡quiera que tus hijos y tus nietos sucédanse en líneas y sin término!

Los élitros de las langostas dicen: ¡Une, une! ¡Oh! ¡quiera que tus hijos y tus nietos por siempre sean uno en tu séquito!

El gran número, la no interrupción en la sucesión —es decir, una especie de densidad a lo largo del tiempo— y la unidad son los tres deseos para la descendencia que aquí se expresa. La nube de langostas como símbolo dé la masa de descendientes es especialmente impresionante, porque los animales aquí no se mencionan como bichos dañinos, sino que precisamente debido al vigor de su multiplicación se los considera como algo ejemplar.

El sentimiento de la descendencia está hoy tan vivo como estuvo siempre. Mas la idea de lo masivo se ha desligado de la idea de la descendencia y se ha transferido a la humanidad futura en conjunto. Para la mayoría de nosotros los ejércitos de los muertos han llegado a ser una superstición vana. Pero se considera una preocupación noble y en ningún caso ociosa presentir la masa de los no nacidos, desearles el bien y preparar una vida mejor y más justa para ellos. Dentro de la inquietud común respecto al porvenir de la tierra este sentimiento para con los no nacidos es de la mayor importancia. Puede ser que la repugnancia ante su eliminación, que la idea que tenemos de lo que llegarán a padecer si llevamos adelante las posibilidades bélicas del momento, conduzcan, más que todos los temores privados, a la supresión de estas guerras y de la guerra en general.

Si ahora se piensa aún en el destino de las masas invisibles de las que estamos tratando, se puede afirmar que algunas de ellas han desaparecido en gran medida, otras por completo. A las últimas pertenecen los diablos, en su forma familiar, que a pesar de sus anteriores cantidades ya no se los encuentra por ninguna parte.

Sin embargo han dejado su huella. De su *pequeñez* podríamos citar no pocos testimonios sorprendentes de la época de su mayor florecimiento, de Caesarius de Heisterbach, por ejemplo. Desde entonces han abandonado todos los rasgos que puedan recordar a la figura humana y se han empequeñecido más aún. De otra forma muy distinta, y en mucha mayor cantidad, han vuelto a aparecer en el siglo xix, como bacilos. En lugar de acosar el alma, su ataque va dirigido contra el cuerpo del hombre. A éste, eso sí, pueden resultarle harto peligrosos. Pocos hombres han mirado a través de un microscopio y los han podido ver. Pero todos los que han oído hablar de ellos son conscientes de su presencia y se esfuerzan por no entrar en contacto con los mismos: dada su invisibilidad se trata de una empresa un tanto vaga. Su peligrosidad y la concentración de

tan gran número en un espacio muy pequeño lo han tomado, sin duda, de los diablos.

Una masa invisible, que siempre existió, pero que sólo se reconoció como tal desde que hay microscopios, es la del esperma. Doscientos millones de estos animalitos espermáticos se ponen en camino al mismo tiempo. Son iguales entre sí y están reunidos en enorme densidad. Todos tienen una meta, y a excepción de uno, los demás perecen en el -camino. Podría aducirse que no son seres humanos y que aquí en el fondo uno no debería hablar de masa en el sentido descrito. Pero tal objeción no nos proporciona la clave del asunto. Cada uno de estos animalitos espermáticos trae consigo todo lo que se conserva de los ancestros. Contiene a los ancestros, es los ancestros. Es una tremenda sorpresa volver a encontrarlos aquí, entre una existencia humana y la otra, bajo forma totalmente diferente: todos ellos incluidos en una minúscula e invisible criatura, y esta criatura en números tan inconmensurables.

CLASIFICACIÓN SEGÚN LA DOMINANTE AFECTIVA

Las masas conocidas están dominadas por los afectos más diversos. De la especie de estos afectos apenas se ha hablado todavía. La primera intención de la investigación iba dirigida a realizar una clasificación según principios formales. Que la masa sea abierta o cerrada, lenta o rápida, invisible o visible nos dice muy poco de lo que siente, de su contenido.

Sin embargo, tal contenido no aparece nunca en estado puro. Ya se conocen las ocasiones en las que la masa pasa por una serie de afectos que se suceden a toda prisa. Los hombres se pueden pasar horas y horas en el teatro, y las vivencias que allí tienen en conjunto son de la más variada especie. En el concierto sus emociones están aún más desprendidas de la ocasión que en el teatro; podría decirse que aquí alcanzan su grado extremo de variedad. Pero estas ocasiones son artificiales; su riqueza es un producto final de culturas

evolucionadas y complejas. Su efecto es mesurado. Los extremos se anulan uno al otro. Estas disposiciones sirven por lo común a un apaciguamiento y a una disminución de pasiones a las que se sienten entregados hombres solos.

Las principales formas afectivas de la masa se remontan, en cambio, mucho más atrás. Aparecen muy temprano, su historia es tan antigua como la de la humanidad misma y dos de ellas son aún más antiguas. Cada una de ellas se caracteriza por un matiz uniforme, una sola pasión principal la domina. Una vez que han sido delimitadas con claridad es imposible volver ya a confundirlas entre sí.

En lo sucesivo distinguiremos por su contenido afectivo cinco tipos de masa. La de acoso y la masa de fuga son las dos más antiguas. Se dan tanto entre los animales como en el hombre, y es verosímil que su formación entre hombres se haya vuelto a nutrir siempre de modelos animales. La de prohibición, la cíe reversión y la masa festiva son específicamente humanas. Una descripción de estas cinco especies principales es indispensable y su interpretación puede tener considerable alcance.

MASAS DE ACOSO

La masa de acoso se constituye teniendo como finalidad la consecución de una meta con toda rapidez. Le es conocida y está señalada con precisión; además se encuentra próxima. Sale a matar y sabe a quién quiere matar. Con una decisión sin parangón avanza hacia la meta; es imposible privarla de ella. Basta dar a conocer tal meta, basta comunicar quién debe morir, para que la masa se forme. La concentración para matar es de índole particular y no hay ninguna que la supere en intensidad. Cada cual quiere participar en ello, cada cual golpea. Para poder asestar su golpe cada cual se abre paso hasta las proximidades inmediatas de la víctima. Si no puede golpear, quiere ver cómo golpean los demás. Todos los brazos salen

como de una y la misma criatura. Pero los brazos que golpean, tienen más valor y más peso. La meta lo es todo. La víctima es la meta, pero también es el punto de la máxima densidad: reúne las acciones de todos en sí misma. Meta y densidad coinciden.

Razón importante del rápido crecimiento de la masa de acoso es la ausencia de peligro de la empresa. No hay peligro pues la superioridad del lado de la masa es total. La víctima nada puede hacer. Huye o perece. No puede golpear, en su impotencia es tan sólo víctima. Pero también ha sido entregada a su perdición. Está destinada, nadie ha de temer sanción por su muerte. El asesinato permitido reemplaza a todos los asesinatos de los que uno debe abstenerse y por cuya ejecución han de temerse duras penas. Un asesinato sin riesgo, permitido, recomendado y compartido con muchos otros implica una sensación irresistible para la gran mayoría de los hombres. Sobre esto cabe decir que la amenaza de muerte que pende sobre todos los hombres y que bajo diferentes disfraces está siempre activa, aunque nos enfrentemos con ella continuamente, hace necesaria una derivación de la muerte sobre otros. La formación de masas de acoso responde a esta necesidad.

Es una empresa tan fácil, y se desarrolla con tanta rapidez, que hay que darse prisa para llegar a tiempo. La prisa, la euforia y la seguridad de una masa tal tiene algo de inquietante. Es la excitación de ciegos que están más ciegos cuando de pronto creen ver. La masa va al sacrificio y a la ejecución para deshacerse de la muerte de todos aquellos por quienes está constituida, de una vez por todas. Lo que realmente sucede es lo contrario de lo que se esperaba. Por la ejecución, pero sólo después de ella, se siente más que nunca amenazada por la muerte. Se desintegra y se dispersa en una especie de fuga. Mientras más elevada sea la categoría de la víctima, mayor es su miedo. Sólo puede mantenerse cohesionada si una serie de hechos idénticos se suceden con gran rapidez.

La masa de acoso es muy antigua, se remonta a la unidad dinámica más primitiva que se conoce entre los hombres: la muta de caza. De las mutas, que son pequeñas y que, además, se diferencian mucho de las masas, se hablará con más precisión más adelante. Aquí sólo trataremos algunas ocasiones generales que dan lugar a la constitución de masas de acoso.

Entre los tipos de muerte que una horda o un pueblo impone a un individuo pueden distinguirse dos formas principales: una es la expulsión. El individuo es abandonado, expuesto inerme a las fieras o a una muerte por inanición. El grupo, al que antes perteneció, ya nada tiene que ver con él; no les está permitido albergarlo y no deben ofrecerle alimento. Toda comunidad con él los contamina y los hace culpables. Esta soledad en su forma más rigurosa es aquí el castigo extremo: la separación del grupo de pertenencia que, especialmente en relaciones primitivas, sólo muy pocos son capaces de soportar. Una derivación de este aislamiento es la entrega al enemigo. Cuando se trata de hombres y se efectúa sin combate aparece como particularmente cruel y humillante, como una doble muerte.

La otra forma es la de matar colectivamente. Se conduce al condenado a campo abierto y se le apedrea. Todos participan en esta muerte; alcanzado por las piedras de todos, el culpable se desploma. Nadie está delegado como ejecutor, toda la comunidad mata. Las piedras están en lugar de la comunidad, son el recuerdo de su decisión y de su acto. Donde se ha perdido el uso de lapidar, subsiste esta inclinación al matar colectivamente. La muerte por el juego se puede comparar con ello: el fuego actúa en lugar de la muchedumbre que deseó la muerte del condenado. La víctima es alcanzada por las llamas, en todo su cuerpo; podría decirse que se ve atacada y muerta por todas partes. En las religiones infernales se añade algo más: con la muerte colectiva por el fuego, que es un símbolo para la masa, se relaciona la idea de la expulsión, es decir, el

infierno, la entrega en manos de los enemigos infernales. Las llamas del infierno alcanzan hasta la tierra y acaban con el hereje que les corresponde. El asaeteamiento, el fusilamiento de un condenado a muerte por un pelotón de soldados contiene al grupo ejecutor como delegados de la sociedad. En el entierro de hombres en un hormiguero, conocido en África y en otras partes, se deja a las hormigas, que reemplazan a una masa numerosa, el vergonzoso negocio.

Todas las formas de la ejecución pública dependen del viejo ejercicio de matar colectivamente. El verdadero verdugo es la masa, que se reúne en torno del cadalso. Ella aprueba el espectáculo; en apasionado impulso afluye desde muy lejos para presenciarlo de principio a fin. Quiere que suceda y no se deja arrebatar la víctima con agrado. El relato de la condena de Cristo toca este hecho en su esencia. El «¡crucificado!» sale de la masa. Es ella lo propiamente activo; en otros tiempos ella misma se habría encargado de todo y hubiera apedreado a Cristo. El juicio que comúnmente se lleva a cabo ante un grupo limitado de hombres, representa a la gran multitud que luego presencia la ejecución. La sentencia de muerte que, pronunciada en nombre de la justicia, suena abstracta e irreal, se convierte en algo claro cuando es ejecutada ante la multitud. Porque es precisamente ella la que dicta justicia, y con lo público de la justicia uno se refiere a la masa.

El medievo ejecuta sus ajusticiamientos con solemne pompa, y se llevan a cabo con la mayor lentitud posible. Puede darse el caso de que la víctima exhorte a los espectadores con discursos edificantes. En el último momento se preocupa por su suerte y les aconseja que por nada del mundo hagan lo que ella. Les muestra a dónde se llega con una vida tal. La masa se siente muy halagada por su previsión, y quizá conceda a la víctima una última satisfacción; estar una vez más como igual entre ellos, ser un bueno como ellos, que junto a ellos deja su vida pasada y la condena. El arrepentimiento de malhechores

o infieles a la vista de la muerte, que los eclesiásticos buscan por todos los medios debido a la pretextada intención de salvar las almas, tiene también este sentido: la de convertir a la masa de acoso en una futura masa festiva. Cada cual ha de verse confirmado en su buena intención y creer en la recompensa, que le espera dentro de ella.

En tiempos de revolución las ejecuciones se aceleran. El verdugo parisino Samson se siente orgulloso de que sus ayudantes no necesiten más de «un minuto por persona». Una gran parte de la excitación del estado de ánimo de las masas en tales momentos debe atribuirse a la rápida sucesión de sinnúmero de ejecuciones. A la masa le es importante que el verdugo le muestre la cabeza del ajusticiado. No es otra cosa el abrir de ojos de la descarga. Aquel a quien haya pertenecido esa cabeza está ahora degradado; por el breve instante en que clava sus ojos en la masa es una cabeza como todas las demás. Puede que se haya presentado sobre los hombros de un rey, pero por el fulminante proceso de degradación, a la vista de todos se le ha igualado a las demás. La masa, que aquí está constituida por cabezas de mirada fija, alcanza la sensación de su igualdad en un abrir y cerrar de ojos, en que a su vez la cabeza les mira fijamente. Cuanto más poderoso haya sido el ajusticiado, cuanto más grande la distancia que antes lo separaba de ella, tanto mayor es la excitación de su descarga. Si era un rey o un poderoso parecido, interviene además la satisfacción de la reversión. El derecho a una justicia cruenta, que fue su privilegio por tanto tiempo, ha sido ejercida ahora contra él. Los que antes hacía matar, lo mataron. La importancia de esta reversión no se puede evaluar como excesivamente elevada: hay una forma de la masa que se constituye por mera reversión.

El efecto de la presentación de la cabeza a la muchedumbre en ningún caso se agota en la descarga. Reconociéndola con tremenda violencia como una de las suyas, cayendo, por así decir, entre la

multitud y siendo no más que ellos, igualándolos de esta manera a todos, cada uno se ve reflejado en ella. La cabeza cortada es una amenaza. El ojo muerto les ha mirado con tal avidez, que ahora ya no pueden liberarse de él. Dado que la cabeza pertenece a la masa, con su muerte también ella se ve afectada: asustada y enferma de manera misteriosa, comienza a desintegrarse. Es una especie de huida ante ella en la que ahora se dispersa.

La desintegración de la masa de acoso, que ha cobrado su víctima, es particularmente acelerada. Los detentadores del poder son muy conscientes de este hecho. Arrojan una víctima a la masa para detener su crecimiento. Muchas ejecuciones políticas han sido ordenadas con este exclusivo fin. Por otro lado, los portavoces de los partidos radicales a menudo no advierten que, al alcanzar su meta (la ejecución pública de un peligroso enemigo), se hieren más en carne propia que en la del partido enemigo. Puede suceder que, después de una tal ejecución, la masa de sus partidarios se deshaga y qué por largo tiempo o incluso nunca más alcancen su antigua fuerza? Tendremos ocasión de profundizar más en los motivos de este cambio cuando se hable de las mutas y, en especial, de las mutas de lamentación.

La aversión ante el matar colectivamente es de fecha muy reciente, aunque no debe olvidarse que también hoy cada uno participa en las ejecuciones públicas a través del periódico. Sólo que, como todo, es más cómodo. Uno está tranquilamente sentado en su casa y entre cien detalles se puede demorar en aquellos que a uno lo excitan de manera especial. Cuando todo ha pasado, el placer no se ve empañado ni por el más leve vestigio de culpabilidad compartida. Uno no es responsable, ni por la condena, ni por los testigos, ni por su relato ni tampoco por el periódico que imprimió este relato. Pero se está ahora mucho más informado que en épocas anteriores, cuando había que andar y estar de pie durante horas y al fin no se veía más que un poco. En el público de los lectores de diarios se ha

mantenido con vida una masa de acoso, moderada, pero, debido a su distancia de los acontecimientos tanto más irresponsable, estaríamos tentados a decir, con una forma más execrable y al mismo tiempo más estable. Como ni siquiera necesita reunirse, se ahorra también su desintegración y de su distracción se encarga la diaria repetición del periódico.

MASAS DE FUGA

La masa de fuga se establece por amenaza. Le es inherente que todo huya, que todo sea arrastrado. EL peligro que lo amenaza a uno es el mismo para todos. Se concentra sobre un determinado lugar. No hace diferencias. Puede amenazar a los habitantes de una ciudad, o a todos los que tienen la misma fe, o a todos los que hablan una y la misma lengua.

Se huye juntos, porque así se huye mejor. La excitación es la misma: la energía de unos acrecienta la de los otros, los hombres avanzan unidos en la misma dirección. Mientras están juntos, perciben el peligro como repartido. Existe la remota idea de que el peligro que se cierne caerá en un lugar. Mientras el enemigo coge a uno los demás pueden escapar. Los flancos de la fuga están al descubierto, pero, extensos como son, es impensable que el peligro ataque a todos a la vez. Entre tantos, nadie supone que *él* va a ser la víctima. Puesto que el único movimiento tiende a la salvación de todos, uno se siente enteramente esperanzado ante la posibilidad de alcanzarla.

Porque lo más llamativo de la fuga de masas es la intensidad de su dirección. La masa, por así decir, se ha convertido toda ella en dirección para alejarse del peligro. Puesto que sólo importa la meta, en la que uno se salva, y el espacio que existe hasta ella, las distancias que antes existían entre los hombres se vuelven irrelevantes. Criaturas muy curiosas y opuestas, que jamás se han juntado, aquí, de pronto, pueden hallarse reunidas. Si bien en Ta fuga no se

adviertan sus diferencias, sí las distancias entre ellos. De todas las formas de masa es la de fuga la que más abarca. La imagen desigual que brinda, no sólo resulta de la participación de todos, sino que es confundida también por las velocidades muy distintas que son capaces de desarrollar estos hombres en su fuga. Entre ellos hay jóvenes, viejos, fuertes, débiles, más o menos cargados. Lo abigarrado de esta imagen puede confundir a un observador que esté al margen. Es casual y —comparado con la arrolladora fuerza de la dirección— carente de toda significación.

La energía de la fuga se multiplica mientras cada integrante reconozca a los otros: los puede empujar hacia adelante, pero no echarlos a un lado. Mas en el instante en que solo se está pendiente de uno mismo y cada cual percibe a quienes lo rodean únicamente como obstáculo, cambia el carácter de la fuga en masa y se convierte en su contrario: se transforma en pánico,, en una lucha de cada uno contra todos los demás que se encuentran en su camino. Con mayor frecuencia se llega a una reversión cuando la dirección de la fuga es perturbada repetidas veces. Basta cortarle el camino a la masa para que estalle en otra dirección. Si se le vuelve a cortar el camino una y otra vez, al final ya no sabe dónde encaminarse. Errabunda de dirección, se alterará así su consistencia. El peligro, que hasta ahora tuvo un efecto aligerante y unificador, levanta a uno como enemigo del *otro*, y cada cual intenta salvarse por sí mismo.

La fuga en masa, en cambio, en oposición al pánico, extrae su energía de su cohesión. Mientras no se deje dispersar por nada, mientras perdure en su inagotabilidad, como una poderosa corriente que no se subdivide, también el miedo que la impulsa es soportable. Una especie de euforia caracteriza a la fuga en masa, no bien se ha puesto en marcha: la euforia del movimiento común. Nadie está menos expuesto que el otro, y si bien cada uno corre o cabalga con la mayor rapidez para ponerse a salvo, sin embargo tiene su puesto

en el conjunto que reconoce al que se debate en medio de la agitación general.

En el transcurso de la fuga, que puede extenderse durante días y semanas, algunos quedan atrás, porque su fuerza les abandona, o porque son alcanzados por el enemigo. Cada uno que cae significa un aliciente para los demás a proseguir. El destino que lo alcanzó los exceptuó a ellos. El alcanzado es una víctima, fue sacrificado al peligro. Por importante que siempre haya sido para uno personalmente como cofugitivo, como caído se ha hecho aún más importante para todos. El verlo da nuevas fuerzas a los que desfallecen. Él era más débil que ellos, el peligro lo tenía designado. El aislamiento en que queda atrás, en el que aún lo divisan por breve rato, realza para los demás el valor de la cohesión. No se puede exagerar la importancia del caído para la consistencia de la fuga.

El fin natural de la fuga es alcanzar la meta. Cuando consigue una nueva seguridad la masa vuelve a disolverse. Pero el peligro también puede ser abolido en su fuente. Se declara un armisticio, y la ciudad de la que se huía deja de estar amenazada. Se vuelve de uno en uno, aunque se huyó en grupo, y todo vuelve a estar tan separado como lo estuvo antes. Pero existe todavía una tercera posibilidad que puede designarse como un insumirse de la fuga en la arena. La meta está demasiado lejana, el medio es hostil, la gente pasa hambre, se debilita y se cansa. En lugar de unos pocos son cientos y miles los que quedan tendidos. Esta descomposición física comienza muy poco a poco, y el movimiento original se mantiene durante un tiempo infinitamente superior. Los hombres se arrastran todavía cuando ya se ha esfumado toda posibilidad de salvación. De todas las variantes de la masa la más tenaz es la de fuga; en ella, los últimos componentes permanecen juntos hasta el momento final.

No escasean ejemplos de fuga de masa. Nuestro tiempo ha vuelto a hacerse muy rico en ellas. Hasta los sucesos de la pasada guerra se habría pensado antes que nada en el destino de la «*Grande*

Armée» de Napoleón en su retirada de Rusia. Es el caso más grandioso: la composición de este ejército por hombres de tantos idiomas diferentes, el terrible invierno, la enorme distancia que la mayoría de ellos debió recorrer a pie; esta retirada, que habría de degenerar en una fuga de masa, es conocida en todos sus detalles. La fuga de una metrópoli en tales proporciones se conoció «sin duda por primera vez cuando los alemanes se aproximaban a París en 1940. El célebre *exode* no duró mucho, ya que luego se alcanzó el armisticio. Pero la intensidad y magnitud de este movimiento fueron tales que llegó a ser para los franceses el recuerdo de masa central de la última guerra.

No acumularemos aquí los ejemplos de época reciente. Todavía están frescos en la memoria de todos. Pero bien merece la pena destacar que la fuga de masa fue desde siempre conocida por el hombre, incluso cuando aún moraba en grupos muy reducidos. Ya desempeñaba un papel en su imaginación antes que por su número fuera posible que se diese. Se recuerda aquella visión de un chamán esquimal:

«El espacio celeste está lleno de seres desnudos que vienen volando por el aire. Seres humanos, hombres desnudos, mujeres des-nudas, que van volando y atizan tormenta y nevasca. ¿Oís el silbido? Zumba como el aletazo de grandes aves arriba, en el aire. ¡Ése es el miedo de humanos desnudos, ésa es la fuga de humanos desnudos!»

MASAS DE PROHIBICIÓN

Una clase especial de masa se configura mediante una prohibición: muchos ya *no* quieren hacer lo que hasta ese momento han estado haciendo como individuos. La prohibición es repentina; se la imponen ellos mismos. Puede ser una prohibición antigua que hubiera caído en el olvido; o una que se exhuma cada cierto tiempo. Pero también puede ser una completamente nueva. En todo caso

golpea con la mayor fuerza. Tiene lo absoluto de una orden, pero en ella lo decisivo es su carácter negativo. Nunca viene realmente desde fuera, aunque tenga la apariencia contraria. Siempre surge de una necesidad de los propios afectados. En cuanto se pronuncia la prohibición comienza a formarse la masa. Todos se niegan a hacer lo que un mundo exterior espera de ellos. Lo que, hasta ahora, han hecho sin mucho alarde, como si les fuera connatural y nada difícil, de pronto no lo hacen por ningún motivo. En la determinación de su negativa se puede reconocer su solidaridad. La negativa que impone la prohibición se contagia a la masa desde el instante de su nacimiento y sigue siendo, mientras subsiste, su rasgo esencial. Así, también podría hablarse de una masa negativa. La resistencia es el elemento que la configura: la prohibición es una frontera y un dique; nada debe cruzar aquélla, nada desbordar éste. Uno vigila al otro para ver si sigue siendo una parte del dique. Quien cede y transgrede la prohibición es repudiado por los otros.

El mejor ejemplo de la masa negativa o de prohibición, en nuestra época es la huelga. Los trabajadores están habituados a realizar su trabajo regularmente, a ciertas horas. Cumplen tareas de la más diversa especie, uno tiene que hacer esto, el otro algo muy distinto. Pero a una y la misma hora se presentan, y a una y la misma hora abandonan el lugar de trabajo. Son iguales en función de este momento común del presentarse y retirarse. Los más realizan su trabajo con la mano. Se encuentran próximos también en otro punto, en el hecho de la remuneración de su trabajo. Pero según lo que rindan, los salarios son distintos. Su igualdad, por cierto, no va muy lejos y no basta para llevar a la formación de masa. Pero cuando se llega a la huelga, los trabajadores se convierten en iguales de una manera más unificadora: en la negativa de seguir trabajando. La prohibición del trabajo genera una actitud aguda y resistente.

El momento del paro es un gran momento, glorificado en los himnos de los trabajadores. Contribuye en gran manera al

sentimiento de alivio con el que empieza la huelga para los trabajadores. Su igualdad ficticia, de la que se les habla, pero que ciertamente no va más allá del uso de sus manos, se hace de pronto real. Mientras trabajaban tenían que hacer cosas de la más variada especie y todo les había sido prescrito. Cuando suspenden el trabajo hacen todos lo mismo. Es como si todos dejaran al mismo tiempo los brazos caídos, como si ahora tuvieran que empeñar todas sus fuerzas en no volver a alzarlos, indiferentes al hambre que pase su gente. El suspender el trabajo iguala a los trabajadores. Medida con el efecto de ese instante, su reivindicación concreta tiene poco peso. Puede que el objetivo de la huelga sea un aumento de salario, y es cierto que en función de ese objetivo se sienten unidos. Pero por sí solo no bastaría para formarlos en masa.

Los brazos que caen tienen un efecto contagioso sobre otros-brazos. Lo que no hacen se le comunica a toda la sociedad. La huelga que se expande por «simpatía», les impide a otros, que originalmente no pensaban en un paro, seguir en pos de su ocupación acostumbrada. El sentido de la huelga es el de que ya nadie debe hacer algo, mientras los trabajadores persistan en no hacer nada; y cuanto mayor resultado alcance esa intención, tanto más probabilidad tienen de ganar la huelga.

Dentro de la propia huelga es importante que cada uno se atenga a la consigna de prohibición. Se llega espontáneamente a la creación de una organización desde el interior de la masa misma. Tiene la función de un estado que nace con plena conciencia de su fugaz existencia y en el que rigen solamente unas pocas leyes; éstas, eso sí, respetadas de la manera más rigurosa. Piquetes vigilan los accesos a la localidad de donde partió la acción: el lugar de trabajo mismo es terreno prohibido. La prohibición que pesa sobre él le sustrae de todo lo cotidiano y le confiere una dignidad especial. La responsabilidad que por él se comparte le convierte en una propiedad común. Como tal(es protegido y se le concede un

sentido más elevado. En su vacío y su silencio tiene algo de sacrosanto. Todo aquel que se le aproxima debe ser examinado sobre sus convicciones. Quien viene con intenciones profanas, quien quiere trabajar, es considerado enemigo o traidor.

La organización se encarga de una justa distribución de víveres o dinero. Lo que hay tiene que durar lo más posible. Es importante que cada uno reciba idéntica cantidad. Al más fuerte no se le ocurre que debe recibir más en un caso así; incluso el ávido se dará por satisfecho con agrado. Como por lo común hay muy poco para cada uno y el reparto se desarrolla de manera equitativa, puesto que es público, este tipo de distribución contribuye al orgullo de la masa debido a su igualdad. Hay algo de enormemente serio y respetable en torno a tal organización. No puede evitarse pensar en el sentido de responsabilidad y en la dignidad de una configuración así, surgida espontáneamente de su medio, cuando se habla del salvajismo y del placer destructivo de la masa. Un estudio de la masa de prohibición es indispensable por el mero hecho de que muestra rasgos muy característicos, incluso únicos. Mientras permanece fiel a su esencia es reacia a toda destrucción.

Es verdad, sin embargo, que no resulta fácil mantenerla en este estado. Cuando las cosas andan mal y la carencia alcanza proporciones difíciles de soportar, especialmente cuando se siente atacada o sitiada, la masa negativa tiende a convertirse en positiva o activa. Después de un tiempo, puede que a los huelguistas, que tan de repente se prohibieron la actividad de sus manos, les cueste gran esfuerzo hacer nada con ellas. Apenas sientan que la unidad de su resistencia está amenazada, se mostrarán inclinados a la destrucción, y antes que nada a la destrucción en la esfera de su propia y acostumbrada actividad. Es aquí donde comienza la tarea más importante de la organización; ha de mantener puro el carácter de la masa de prohibición e impedir toda acción individual positiva. Debe asimismo reconocer cuándo ha llegado el momento de volver a

levantar la prohibición a la que la masa debe su existencia. Si su visión corresponde al sentimiento de la masa, al levantar la prohibición debe acordar su propia disolución.

MASAS DE INVERSIÓN

«Mi querido, mi buen amigo, los lobos siempre se han comido a los corderos; esta vez ¿se comerán los corderos a los lobos?» Esta frase se encuentra en una carta que Madame Jullien escribió a su hijo durante la revolución francesa. Contiene, reducida a una concisa fórmula, la esencia de la inversión. Hasta ahora unos pocos lobos han subyugado a muchos corderos. Ya ha llegado el momento en que los muchos corderos se vuelvan contra los pocos lobos. Se sabe que los corderos no son carnívoros. Pero es que lo notable de la frase reside precisamente en su aparente falta de sentido. Las revoluciones son los tiempos típicos de la inversión. Los que tanto tiempo estuvieron indefensos, de pronto enseñan los dientes, Su número debe compensar lo que les falta en experiencia de maldad. La inversión presupone una sociedad estratificada. La limitación de ciertas clases entre sí, en la que una tiene más derechos que la otra, debe haber existido durante largo tiempo, debe haberse hecho sentir en la vida cotidiana de los hombres desde bastante tiempo atrás, antes de que surja una necesidad de inversión. El grupo superior tenía el derecho de impartir órdenes al inferior, ya sea porque hubiera llegado al país por conquista y se colocase por encima de los habitantes, o porque la estratificación hubiese surgido de acontecimientos en el interior.

Toda orden deja en aquel que está obligado a ejecutarla un penoso *aguijón*. Sobre la naturaleza de estos aguijones, que son indestructibles, trataremos más adelante. Hombres a quienes se les está dando constantemente órdenes y que están colmados de desazón, experimentan una poderosa pulsión a deshacerse de ella. De dos maneras puede alcanzarse esta liberación: pueden transmitir las órdenes que han recibido de arriba hacia abajo; para eso debe

haber inferiores que estén dispuestos a recibir órdenes de ellos. Pero también pueden devolver lo que durante largo tiempo almacenaron y sufrieron de sus superiores a éstos mismos. Un individuo, débil e indefenso como es, tendrá la suerte de alcanzar esta oportunidad en contadas ocasiones. Sin embargo, cuando muchos se encuentran en una masa, puede suceder que resulte lo que les estaba vedado en un nivel individual. Juntos pueden volverse contra aquellos que hasta ahora les han dado órdenes. La situación revolucionaria puede considerarse el estado clásico de tal inversión. Pero la masa, cuya descarga consiste principalmente en una liberación conjunta de «aguijones-órdenes», debe designarse como *masa de inversión*.

La toma de la Bastilla marca el comienzo de la revolución francesa, pero, de hecho, había comenzado antes con un baño de sangre entre liebres. En mayo de 1789 se habían reunido los Estados Generales en Versalles. Deliberaban sobre la abolición de los derechos feudales, a los que también pertenecía el derecho de caza de la nobleza. El 10 de junio, un mes *antes* de la toma de la Bastilla, Camille Desmoulins, quien como delegado participaba en las reuniones, informa en una carta a su padre: «Los bretones están poniendo en práctica algunos artículos de sus cuadernos de reivindicaciones. Matan las palomas y los animales silvestres. Cincuenta jóvenes se entregan asimismo, aquí en la región, a una devastación sin parangón entre liebres y conejos. Se dice que habrán cazado ante los ojos de los guardas de cuatro a cinco mil piezas en la llanura de Saint-Germain». Los corderos, antes de enfrentarse a los lobos, se vuelven contra las liebres. Antes de la inversión, que se dirige contra los propios superiores, uno se desquita con los de más abajo, con los animales de caza.

El acontecimiento ocurre entonces el día de la Bastilla. Toda la ciudad se provee de armas. El levantamiento va contra la justicia real, encarnada en el edificio atacado y tomado. Son liberados los presos que entonces pueden incorporarse a la masa. El gobernador,

responsable de la defensa de la Bastilla, y sus ayudantes son ejecutados. Pero también a los ladrones se los pende del farol. La Bastilla es arrasada y extirpada piedra por piedra. La justicia en sus dos aspectos principales, como sentencia de muerte y como indulto, pasa a manos del pueblo. La inversión —por el momento— se ha consumado.

Masas de este tipo se constituyen en las circunstancias más diversas: puede tratarse de levantamientos de esclavos contra sus señores, de soldados contra sus oficiales, de gentes de color contra blancos que están instalados en su medio. Siempre los unos han estado durante mucho tiempo bajo el dominio de los otros. Siempre los insurgentes actúan a partir de sus aguijones acumulados y siempre, por tanto, hay que esperar bastante antes de poder actuar.

Pero una gran parte de lo que se observa en la superficie de las revoluciones se desarrolla, sin embargo, entre masas de acoso. Se da caza a hombres singulares; si se da con ellos se les mata a todos juntos, en forma de tribunal o también sin juicio. Pero en ningún caso la revolución consiste en eso. Con las masas de acoso, que alcanzan rápidamente su fin natural, nunca es suficiente. La inversión, una vez iniciada, sigue siempre adelante. Cada uno busca llegar a una situación en que pueda liberarse de su aguijón. La masa de inversión es un proceso que ataca a toda una sociedad, y si bien quizá tenga éxito inmediato al comienzo, sólo llega al final lenta y dificultosamente. Tan pronto como se atraviesa la masa de acoso que se halla en superficie, lentamente comienza a aparecer desde lo más profundo una inversión.

Pero la inversión puede ser aún mucho más lenta: puede ser promesa del más allá. «Los últimos serán los primeros.» Entre una y otra situación se encuentra la muerte. En el otro mundo se volverá a vivir. Quien fue el más pobre aquí y nada hizo de malo, tanto más valdrá en el otro mundo. Como ser nuevo, nuevo y en mejor situación sigue existiendo. Al creyente le es prometida la liberación

de sus problemas. Sin embargo, nada se dice respecto a las circunstancias más precisas de esta liberación; y aunque más tarde todos estén juntos en el más allá, no se hace propiamente referencia a la masa en cuanto substrato de una inversión.

En el centro de este tipo de promesa se halla la idea de la reanimación. Casos de reanimación por Cristo en este mundo se relatan en los evangelios. Los predicadores de los célebres reviváis en los países anglosajones utilizaron el efecto de muerte y reanimación de muchas maneras. Los pecadores reunidos eran amenazados por ellos con los más espantosos castigos infernales y caían en un indescriptible estado de terror. Veían un enorme lago de fuego y azufre abierto ante sí y la mano del Todopoderoso que les señalaba para arrojarlos a la hórrida sima. Se dice de uno de estos predicadores que la violencia de sus invectivas se veía aumentada por las repugnantes muecas de su cara y el trueno de su voz. Desde 40, 50 o 100 millas a la redonda afluían las gentes desde todas partes para escuchar a estos predicadores. Los hombres traían consigo a sus familias en carretas cubiertas y venían provistos de ropa de cama y de víveres para varios días. Alrededor del año 1800 una parte del estado de Kentucky cayó en un estado febril a causa de este tipo de asambleas. Las reuniones se celebraban al aire libre pues ningún edificio en los estados de aquel entonces habría podido albergar estas monstruosas masas. Veinte mil personas se hallaron reunidas en agosto de 1801 en el mitin de Cañe Ridge. Cien años después no se había borrado su recuerdo en Kentucky.

Los espectadores quedaban aterrados por los predicadores hasta el punto de que caían a tierra y permanecían inmóviles como muertos. Se les amenazaba con las órdenes de Dios. Debido a estas órdenes se precipitaban a la fuga y buscaban la salvación en una especie de muerte aparente. Ésta era la intención consciente y declarada del predicador: «tumbarlos». Todo sucedía como en un campo de batalla, a diestra y siniestra caían por el suelo filas enteras.

La comparación con el campo de batalla la hacían los predicadores mismos. Para la inversión moral que querían provocar, les parecía muy apropiado hacer alusión a este último espanto. El éxito de la prédica era medido por el número de «caídos». Un testigo ocular que llevó una contabilidad exacta, nos informa que en el transcurso del mitin de varios días antes citado, unas tres mil personas cayeron al suelo inertes, casi la sexta parte de los presentes. Los caídos eran transportados a una sala de reuniones vecina. En ningún momento la mitad del piso dejó de estar cubierta de hombres yacientes. Muchos, muchísimos, yacían inmóviles durante horas, incapaces de hablar o de moverse. A veces volvían en sí por unos pocos instantes y, con un profundo gemir, un grito penetrante o una jaculatoria daban a entender que vivían. Algunos tamborileaban contra el suelo con los talones. Otros lanzaban alaridos agónicos y se removían como pescados que se sacan vivos del agua. Algunos rodaban durante horas por el piso. Había otros que, de repente, saltaban frenéticos por encima de los estrados de oradores y de los bancos y se precipitaban al bosque al grito de «¡perdidos!, ¡perdidos!».

Cuando los caídos volvían otra vez en sí, eran otros hombres. Se incorporaban y exclamaban: «¡Redención!» Habían «renacido» y ahora podían iniciar una vida buena y pura. Habían dejado atrás su vieja existencia de pecadores. Pero la conversión sólo era digna de crédito si venía precedida por una especie de muerte.

Se daban también fenómenos de naturaleza menos extremada que actuaban en el mismo sentido. Toda una concentración estalló en llanto. Muchos eran acometidos por irresistibles contracciones convulsivas. Algunos, normalmente grupos de cuatro o cinco, comenzaron a ladrar como perros. Después de algunos años, cuando la excitación adquirió una forma más tranquila, primero unos pocos y luego todo un corro, eran poseídos por una «risa sacra».

Pero todo lo que ocurría, ocurría en la masa. Pocas formas más excitadas y más tensas de ella han llegado a conocimiento.

La inversión a la que se apunta aquí, es diferente a la que se da en las revoluciones. Se trata de la relación de los hombres pararon los mandamientos de Dios. Hasta aquí han actuado en contra de él. Ahora el terror ante sus castigos ha caído sobre ellos. Este miedo, acrecentado por el predicador por todas las formas posibles, los lleva a un estado de inconsciencia. Se fingen muertos como algunos animales que pretenden huir; pero su terror es tan grande que en el proceso pierden la conciencia. Cuando vuelven en sí se declaran dispuestos a someterse a las órdenes y prohibiciones de Dios. En cambio, el temor exacerbado él máximo se calma ante su inminente castigo. Podría decirse que este proceso es como el de la domesticación: uno se deja domesticar por el predicador para servir obedientemente a Dios.

Este caso es diametralmente opuesto al de una revolución tal como se lo interpreto arriba. Allá se trataba de "una liberación de aguijones" que uno había ido adquiriendo progresivamente por un largo sometimiento a un señor. Aquí se trata de un sometimiento nuevo bajo los mandamientos de Dios; de una disposición, por lo tanto, a tomar voluntariamente sobre uno todos los aguijones que podrían provenir de ellos. Le es común a ambos procesos sólo el hecho de la inversión y el escenario psíquico en que tiene lugar: tanto en éste como en aquel caso, la masa.

MASAS FESTIVAS

Quisiera designar un quinto tipo de masa como las masas festivas. Hay muchos manjares en un espacio limitado, y todas las personas que se mueven en esta área precisa pueden participar en la fiesta. Los productos, del cultivo que sea, se exponen en grandes montones. Cien cerdos yacen atados en hilera. Hay montañas de fruta apilada. En enormes recipientes se ha preparado la bebida

predilecta y aguarda a los consumidores. Hay más cosas de las que todos juntos pueden consumir, y para ello afluye cada vez más gente. Mientras haya algo, se sirven, y parece como si nunca se pudiese acabar. Hay superfluencia de mujeres para los hombres y superfluencia de hombres para las mujeres. Nada ni nadie amenaza, nada impulsa a la fuga; la vida y el placer están asegurados por lo que dure la fiesta. Muchas prohibiciones y separaciones han sido suspendidas, se permiten y favorecen los acercamientos personales menos usuales. La atmósfera para el individuo es de distensión y no de descarga. No existe uña meta idéntica para todos y que todos deberían alcanzar unidos. Es la fiesta la meta, y ha sido conseguida. La densidad es muy grande; la igualdad, en cambio, se debe en buena parte a la situación y a la alegría. Uno se mueve entre otros y no con otros. Las cosas que se exponen y se acumulan ante la vista, y aquellas que se recibe, son una parte esencial de la densidad: su núcleo. Primero se reunieron los objetos, y sólo cuando éstos están reunidos, se reúne la gente a su alrededor. Pueden transcurrir años hasta que haya de todo, y puede que se sufran largas privaciones por esta efímera abundancia. Pero se vive pensando en ese instante y se lo provoca a sabiendas como meta. Gentes que por lo general se ven poco, han sido solemnemente invitadas y en grupo. Se marca claramente la llegada de los diversos contingentes y aumenta a saltos la alegría general.

De este estado participa un sentimiento general de que por el goce común en esa fiesta se podrán garantir numerosas fiestas ulteriores. Por danzas rituales y representaciones dramáticas se conmemoran ocasiones precedentes de idéntica naturaleza. Su tradición está incluida en el presente de esta fiesta. Ya porque se conmemore a los fundadores de tales celebraciones, a los héroes culturales dadores de todas las maravillas de que se disfruta, a los antepasados o, como en sociedades más frías, más tardías, sólo a los ricos donantes; en cualquier caso a uno le parece garantizada una

futura repetición de ocasiones similares. Una fiesta llama a la otra, y por la densidad de objetos y de hombres se multiplica la vida.

LA DOBLE MASA:

HOMBRES Y MUJERES. VIVOS Y MUERTOS

La más segura y, a menudo, la única posibilidad para la masa de conservarse es la existencia de una segunda masa, con la que compararse. Sea que se enfrenten en el juego y midan fuerzas, o que se amenacen seriamente una a la otra, la visión o la representación intensa de una segunda masa no permite que la primera se desintegre. Mientras las piernas de un lado se mantienen unas junto a "otras, los ojos están fijos en otros ojos enfrente. Mientras los brazos se mueven aquí según un ritmo común, los oídos están alertas al grito que esperan desde el otro lado.

Existe una cercanía de la propia gente y se actúa con ella en unidad familiar y natural. Toda curiosidad y expectativa o todo miedo va dirigido contra una segunda aglomeración de hombres que están separados de uno por una clara distancia. Si se les ve al frente su aspecto fascina; si no se les ve, no obstante se les oye. De la acción o intención del segundo grupo depende todo lo que uno mismo hace. El contra-otros influye sobre el nos-otros. La confrontación, que en ambos provoca especial alerta, modifica la naturaleza de la concentración dentro de cada grupo. En tanto los otros no se hayan dispersado, uno mismo debe seguir agrupado. La tensión entre ambas turbas se traduce en presión sobre la propia gente. Cuando se trata de la tensión de un juego ritual, la presión se hace manifiesta como una especie de pudor: se hace todo lo posible por no dejar al descubierto el lado propio ante el contrario. Pero si los adversarios amenazan y realmente está en juego la vida, la presión se transforma en la coraza de una decidida y unida defensa.

En todo caso, una masa mantiene con vida a la otra, lo que presupone que sean más o menos equivalentes en tamaño e

intensidad. Para mantenerse como masa no debe tenerse un contrincante demasiado superior o, al menos, no debe creérsele demasiado superior. Si hace su presencia la sensación de inferioridad ante el contrario, la masa buscará la salvación de la fuga y si ésta aparece imposible, la masa se desintegrará en pánico, huyendo cada cual individualmente. Pero no es éste el caso que aquí nos interesa. Para la constitución del sistema de dos masas, como también podemos denominarlo, ambos bandos deben tener un sentimiento de equilibrio de fuerzas.

Si se quiere comprender la génesis de este sistema debe partirse de tres oposiciones básicas. Aparecen siempre donde haya seres humanos, y todas las sociedades conocidas eran muy conscientes de su presencia. La primera y más llamativa oposición es la que existe entre hombres y mujeres; la segunda aquella entre los vivos y los muertos; la tercera en la que se piensa casi exclusivamente hoy en día al hablar de dos masas que se enfrentan entre sí, es aquella entre amigo y enemigo.

Si se considera la primera división, la que separa a hombres y mujeres, no resulta a primera vista evidente qué podrían tener que ver con la formación de masas especiales. Hombres y mujeres viven juntos en familias. Posiblemente habrá una división de trabajo, pero apenas podemos imaginar que se enfrentan unos y otras en turbas separadas y excitadas. Hay que remontarse a relatos de condiciones de vida más espontáneas para obtener una imagen diferente de la forma de esta oposición.

Jean de Léry, joven hugonote francés, fue testigo en el año 1557 de una gran fiesta entre los tupinambu del Brasil.

«Se nos ordenó permanecer en la casa donde estaban las mujeres. No sabíamos aún qué irían a hacer, cuando de repente comenzó un ruido bastante fuerte en la casa donde estaban los hombres, a unos

treinta pasos de nosotros y de las mujeres. Sonaba como un recitado de oraciones.

»Cuando las mujeres, en número de unas doscientas, escucharon el ruido, se pusieron de pie todas de un brinco, aguzaron los oídos y se apretaron estrechamente en un montón. Poco después, los hombres elevaron sus voces. Escuchamos con claridad cómo cantaban todos a coro y repetían muchas veces una interjección para alentarse: "¡Hé, hé, hé, hé!" Por espacio de más de un cuarto de hora aullaron y chillaron tan fuerte que no sabíamos muy bien qué cara poner.

»Aullando así saltaban al aire con gran violencia, sus pechos temblaban, tenían espuma alrededor de la boca. Algunas caían al suelo desmayadas, como gentes que padecen de epilepsia. Me pareció como si el diablo hubiese entrado en ellas y como si estuviesen todas rabiosas por él.

»Muy cerca de nosotros oíamos el alboroto provocado por los niños que estaban en un recinto separado. A pesar de que ya hacía más de medio año que frecuentaba a los salvajes y que me había acostumbrado bastante a estar entre ellos, estaba —no quiero ocultarlo— lleno de pavor. Me preguntaba cómo se terminaría el asunto, y deseaba encontrarme de vuelta en nuestro fuerte.»

El aquelarre termina por calmarse, las mujeres y los niños enmudecen, y Jean de Léry escucha cantar en coro a los hombres tan maravillosamente bien que no soporta la sensación de pasar sin contemplarlos. Las mujeres procuran retenerlo, pues conocen la prohibición y saben que jamás deben cruzar hacia el lugar donde están los hombres. Sin embargo, logra introducirse furtivamente entre ellos, nada le sucede y junto a otros dos franceses asiste a la fiesta.

Hombres y mujeres están estrictamente separados entre sí, en casas diferentes, pero próximas. No pueden verse, pero, por esa

misma situación, un grupo escucha con la mayor atención el ruido del otro. Profieren los mismos gritos y con ellos se exaltan hasta llegar a un estado de excitación de masa común a ambos. Los sucesos esenciales se desarrollan entre los hombres. Pero en el despliegue de la masa coparticipan las mujeres. Es notable cómo a los primeros ruidos que escuchan desde la casa de los hombres, se aprietan en un denso grupo y responden a los gritos salvajes que les llegan de pronto desde allí, cada vez con mayor salvajismo. Están llenas de miedo porque están encerradas —no deben salir por ningún motivo—, y como no pueden saber qué ocurre entre los hombres, su excitación toma un tinte de índole especial. Saltan hacia arriba como si saltaran fuera. Los rasgos histéricos que nota el observador son típicos de una fuga de masa impracticable. La tendencia natural de las mujeres sería la de huir hacia donde están los hombres, pero como pesa una grave prohibición sobre ello, huyen por decir así en el mismo sitio.

Son notables también las sensaciones del propio Jean de Léry. Comparte la excitación de las mujeres, pero no puede pertenecer realmente a la masa que ellas forman. Es un extraño y es un hombre. En medio de ellas, y sin embargo separado de ellas, debe temer, convertirse en víctima de esta masa.

Que la participación de las mujeres a su manera no es indiferente al otro grupo salta a la vista en otro pasaje del relato. Los hechiceros de la tribu o «caraíbes», como los llama Jean de Léry, prohíben terminantemente a las mujeres abandonar su casa. Pero les ordenan poner cuidadosa atención en el canto de los hombres.

La influencia de las mujeres sobre el grupo de sus hombres puede ser de importancia también si están mucho más separados entre sí. Al éxito de expediciones bélicas las mujeres han contribuido a veces en gran manera. A continuación siguen tres ejemplos, uno de Asia, otro de América y el último de África, de pueblos que nunca han

tenido contacto entre sí y que con certeza no tuvieron influencia unos sobre otros.

Entre los kafir del Hindukush las mujeres representan la danza guerrera mientras los hombres están ausentes en una expedición. Así llenan de vigor y coraje a los guerreros, así acrecientan su vigilancia para que no se dejen sorprender por un enemigo.

Entre los jívaros de América del Sur las mujeres se reúnen, mientras sus hombres están en una expedición de guerra, una noche tras otra en determinada casa y allí ejecutan una danza especial. Llevan carracas de conchas de caracol en torno al cuerpo y entonan cantos de conjuro. Se supone que esta danza guerrera de las mujeres posee un poder peculiar: protege a sus padres, esposos e hijos de las lanzas y balas del enemigo, confía también al enemigo que no advierte el peligro hasta que es demasiado tarde, y también le impide vengarse por una derrota.

«Mirary» se llama en Madagascar un antiguo baile de las mujeres que sólo debe bailarse en el instante del combate. Cuando estaba anunciada una batalla, las mujeres eran avisadas por mensajeros. Entonces se soltaban el pelo, comenzaban el baile, y de esta manera establecían una comunicación con los hombres. Cuando los alemanes marchaban sobre París el año 1914, con el fin de proteger a los soldados franceses las mujeres de Tananarive bailaron el Mirari. Parece haber producido efecto a pesar de la gran distancia.

En toda la tierra hay fiestas, en las que mujeres y hombres danzan en grupos separados, pero visibles y por lo común unos en-frente de los otros. Huelga describirlos pues son universalmente conocidos. Me he limitado exclusivamente a la relación de algunos casos más extremos, en los que separación, distancia y también excitación son especialmente notorias. Aquí puede muy bien hablarse de una doble masa que está profundamente arraigada. Ambas masas en este caso están bien predispuestas recíprocamente. La excitación de una ha de

favorecer el bienestar y la prosperidad de la otra. Hombres y mujeres pertenecen a un pueblo y dependen unos de otros.

En las leyendas de las amazonas, que de ningún modo se reducen a la antigüedad griega y para las que hay ejemplos incluso entre los nativos de América del Sur, las mujeres se han separado para siempre de los hombres y les hacen la guerra como un pueblo contra el otro.

Pero antes de volver al estudio de la guerra, en que la esencia peligrosa y aparentemente inevitable de la masa doble encontró su expresión más fuerte, no podemos dejar a un lado la antiquísima oposición entre los vivos y los muertos.

En todo lo que sucede en torno a los que se mueren y de los muertos, es importante la idea de que en el más allá actúa una cantidad mucho mayor de espíritus, entre los que al fin encontrará cobijo el difunto. El lado vivo no entrega de buen grado a sus integrantes. Su pérdida lo debilita y cuando se trata de un hombre en plenitud de facultades, se la acusa como especialmente dolorosa por sus gentes. Se resisten a ello lo mejor que pueden, pero saben que su resistencia no les sirve de mucho. La masa a la que se enfrenta es más fuerte y numerosa y el hombre es atraído hacia ella. Todo lo que se realiza en este mundo, se lleva a cabo con pleno conocimiento de la superioridad del más allá. Debe evitarse todo lo que le irrite. Tiene influencia sobre los vivos y puede perjudicarles en todos los sentidos. Para algunos pueblos la masa de los muertos es el arca de agua de la que surgen las almas de los nuevos vástagos. Depende de ellos el que las mujeres tengan hijos. A veces los espíritus se aproximan en forma de nube y traen la lluvia. Pueden negar las plantas y los animales de los que uno se nutre. Pueden hacer nuevas víctimas entre los vivos. El mismo muerto, que hubo de ser entregado tras dura resistencia, está ya dispuesto a formar parte de aquel poderoso ejército del más allá.

Morir es, pues, un combate, un combate entre dos enemigos de fuerza desigual. Los gritos que uno lanza, las heridas que uno se inflige a uno mismo en medio del luto y la desesperación quizás están pensados también como expresión de este combate. El muerto debe quedar convencido de que no se le entregó sin resistencia, de que los de acá se batieron por él.

Se trata de un combate muy peculiar. Es un combate perdido de antemano, sin que importe el vigor empleado. Desde un comienzo se huye ante el enemigo y en el fondo sólo se le hace frente para conservar las apariencias, con la esperanza de derrotarle por medio de una escaramuza de retaguardia. El combate se simula también como último tributo para el agonizante, que pronto pasará a engrosar las filas del enemigo. Se trata de conseguir que el muerto, que nos abandona, esté bien dispuesto hacia uno o, al menos, no demasiado en contra, ya que podría estimular a los potenciales enemigos a una nueva y peligrosa expedición de botín si abandonase irritado este mundo.

Lo esencial en este tipo especial de combate entre los muertos y los vivos es su carácter intermitente. Nunca se sabe cuándo volverá a pasar algo. Quizá no suceda nada durante mucho tiempo. Pero uno no puede fiarse de eso. Todo nuevo golpe llega de improviso y desde las tinieblas. No hay declaración de guerra. Después de una muerte todo puede haber terminado. Pero también puede que el ataque continúe, como sucede en tiempos de pestes y epidemias. La retirada es continua y nunca se acaba del todo.

Posteriormente se hablará de la relación entre los vivos. Aquí sólo se trataba de enfocar el problema de una doble masa, cuyas partes mantienen una relación recíproca perpetua.

La tercera forma de la doble masa es la de la guerra. Es la que hoy nos toca más de cerca. Después de las experiencias de este siglo, daríamos cualquier cosa por comprenderla y acabar con ella.

LA DOBLE MASA: LA GUERRA

En las guerras se trata de matar. «Las filas del enemigo fueron diezmadas.» Se trata de un matar por montones. Hay que acabar con la mayor cantidad posible de enemigos; la peligrosa masa de adversarios vivos ha de convertirse en un montón de muertos. Vence el que mata a más enemigos. En la guerra se enfrenta una masa creciente de vecinos. Su aumento es inquietante en sí. Su amenaza, que ya se halla contenida en el mero crecimiento, desencadena la propia masa agresiva que empuja a la guerra. En su conducción se procura ser siempre superior, es decir, tener siempre en el terreno el grupo más numeroso y aprovechar en todo aspecto la debilidad del contrario, antes que él mismo aumente su número. La forma de conducir la guerra es pues, en detalle, la exacta imagen de aquello que sucede en general: se quiere ser la masa más grande de vivos. En el lado contrario, sin embargo, debe hallarse el montón mayor de muertos. En esta competencia de las masas en crecimiento se halla un motivo de fondo esencial, podría hablarse del motivo de fondo más profundo de las guerras. También pueden hacerse esclavos en vez de muertos, mujeres y niños en especial, que luego sirven precisamente para multiplicar la masa de la propia tribu. Pero la guerra nunca es guerra de verdad si antes no se apunta como objetivo conseguir un montón de muertos enemigos.

Todas las palabras familiares para designar hechos bélicos tanto en las lenguas antiguas como en las nuevas expresan exactamente esta relación. Se habla de «matanza» y «carnicería», se habla de «revés». Mares de sangre tiñen de rojo los ríos. El enemigo deja en el campo hasta el último hombre. Uno mismo se bate «hasta el último hombre». Se entra «a degüello».

Es importante, sin embargo, señalar que el *montón de los muertos* se percibe también como *unidad* y algunas lenguas lo designan con un término especial. La palabra alemana *Walstatt* pata campo de batalla contiene la vieja raíz *wal*, que significa «los que quedaron sobre el

campo de sangre». El nórdico antiguo *valr* significa «los cadáveres sobre el campo de sangre»; *valhall* no es otra cosa que «la morada de los guerreros caídos». Por apofonía del antiguo alto alemán *wal* se formó de la palabra *wuol*, que quiere decir «revés». En el anglosajón en cambio, la palabra correspondiente, *wol*, significa «peste, enfermedad contagiosa». Común a todos estos términos, trátese de los caídos sobre el campo de batalla, de reveses, de peste o enfermedades contagiosas, es la idea de un *montón de muertos*.

Pero esta idea en ningún caso es sólo germánica. Se la encuentra en tocio el mundo. En una visión del profeta Jeremías la tierra entera aparece como un enorme campo de cadáveres en descomposición. «Allá los matados del Señor a un tiempo quedarán tendidos por el suelo desde un cabo de la tierra hasta el otro cabo; no serán plañidos, ni recogidos, ni sepultados; han de yacer sobre el campo y volverse estiércol.»

Al profeta Mahoma le produce un sentimiento tan intenso el montón de sus enemigos muertos que se dirige a ellos en una especie de prédica triunfal. Después de la batalla de Bedr, el primer gran triunfo sobre sus enemigos de la Meca, «hizo arrojar los enemigos muertos en una cisterna. Sólo uno de ellos fue sepultado bajo tierra y piedras, porque estaba tan hinchado, que no pudo quitársele de inmediato la coraza: así quedó él solo, y se le dejó fuera. Cuando los restantes estuvieron en la cisterna, Mahoma se paró delante y exclamó: "¡Oh, vosotros, hombres de la cisterna! ¿Se cumplió la promesa de vuestro señor? ¡Yo encontré cierta la promesa de mi Señor!" Sus compañeros dijeron: "¡Oh, enviado de Dios! ¡Pero es que ellos son cadáveres!" Mahoma replicó: "Ellos saben, no obstante, que la promesa del Señor se hizo cierta"».

Así reunió a todos aquellos que antes no habían querido escuchar sus palabras; en la cisterna están bien guardados y estrechamente unidos. No conozco ejemplo más penetrante que defina esta clase de vida y el carácter masivo que uno atribuye al montón de sus

enemigos muertos. Ya no lo amenazan a uno, pero se les puede amenazar. Con ellos se puede ejercer impunemente toda felonía. Tengan aún o no un sentimiento, se supone que lo tienen para realzar el propio triunfo. Su estar juntos en la cisterna es tal que ninguno podría moverse. Si uno de ellos despertase, no tendría sino muertos alrededor, sus propios hombres lo privarían del aliento; el mundo al que regresaría estaría formado por muertos y consistiría en esos otros que estuvieron más cerca de él.

Entre los pueblos de la antigüedad, los egipcios eran considerados como muy poco guerreros; la energía de su Viejo Imperio se canalizaba más hacia la construcción de las pirámides que hacia las conquistas. A pesar de todo, incluso en ese tiempo llegan también a realizar expediciones bélicas. El siguiente cuadro lo realizó Une, un juez superior que fue nombrado mariscal de campo contra los beduinos por su rey Pepy. Une nos informa de ello en su tumba:

Este ejército fue feliz y despedazó el país de los beduinos.

Este ejército fue feliz y destruyó el país dé los beduinos.

Este ejército fue feliz y tumbó sus torres.

Este ejército fue feliz y cortó sus higueras y parrones.

Este ejército fue feliz y arrojó fuego en todas sus aldeas.

Este ejército fue feliz y allá mató tropas
por muchas decenas de miles.

Este ejército fue feliz y trajo prisioneros de ahí,
una gran cantidad.

El vigoroso cuadro de la destrucción culmina en la línea que os informa de las decenas de miles de enemigos muertos. Los egipcios llevaron a cabo durante el Imperio Nuevo, aunque no por mucho

tiempo, una política sistemáticamente agresiva. Ramsés II mantiene prolongadas guerras contra los hititas. En un himno de alabanza se dice de él:

«El que pisotea el país de los hititas y lo convierte en un montón de cadáveres como Sekhmet, cuando se encona en pos de la peste.» Ya en el mito, la leocéfala diosa Sekhmet ha ocasionado entre los hombres rebeldes un terrible baño de sangre. Permanece como diosa de la guerra y de la masacre. El poeta de la alabanza vincula, sin embargo, la representación del montón de cadáveres de los hititas con la de las víctimas de una epidemia; una relación que ya no nos resulta novedosa.

En su célebre crónica sobre la batalla de Kadesh que sostuvo contra los hititas, Ramsés II narra cómo «encontraron que todos los pueblos en los que yo había penetrado yacían como masacre en su propia sangre, con todos los mejores guerreros de los hititas y con los niños y hermanos de su príncipe. Yo había hecho tornarse blanco el campo de Kadesh, y no se podía pisar por su cantidad». Es la cantidad de cadáveres y de sus vestidos blancos, que cambian el color del campo, la frase más terrible y definitoria del resultado de una batalla.

Pero este resultado es tal que sólo logran verlo los combatientes. La batalla se dio en la lejanía, y el pueblo que permanece en la patria también quisiera tener algo del montón de muertos enemigos. Utilizando la imaginación se le proporciona esa satisfacción. Se nos dice del hijo y sucesor de Ramsés II, Merenptah, cómo ganó una gran batalla contra los libios. Todo su campamento con todos sus tesoros y con los parientes de su príncipe cayeron, en manos de los egipcios; después del saqueo se le quemó entero. 9.376 prisioneros completaron el botín. Pero con eso no bastaba todavía; para que el pueblo supiera el número de muertos cortaron a los caídos los órganos sexuales; en caso de que estuvieran circuncidados, se contentaron con las manos y este botín fue transportado a lomos de

asnos. Más tarde fue Ramsés III el que tuvo que volver a luchar contra los libios. El número de trofeos en este caso se elevó a 12.535 piezas. Está claro que estas macabras cargas no son otra cosa que el montón reducido de los muertos enemigos, transportable y hecho visible para todo el pueblo. Cada uno de los caídos aporta algo de su cuerpo al montón; y es importante que como trofeos se asemejen todos.

Otros pueblos se interesaban más por las cabezas. Los asirios ponían precio a la cabeza de cada enemigo; un soldado procuraba conseguir el mayor número posible. Sobre un relieve de la época del rey Assurbanipal puede verse una escena en la que los escribas están de pie en sus grandes tiendas y contabilizan el número de las cabezas cercenadas. Cada soldado acarrea sus cabezas, las tira sobre un montón común, da su nombre y su división y vuelve a partir. Los reyes asirios sentían gran pasión por estos montones de cabezas. Cuando estaban junto al ejército, presidían la entrega de los trofeos y repartían ellos mismos los premios a los soldados. En su ausencia, se hacían llevar todo el montón de cabezas; si ello era imposible debían conformarse con las de los caudillos enemigos.

El objetivo inmediato y muy concreto de la guerra está pues a la vista. No es necesario buscar más ilustraciones de estos hechos. La historia es pródiga en ellos. A veces da la impresión de que preferentemente se ocupa sólo de ellos y no ha sido sin un esfuerzo continuo y repetido que se ha dedicado a recoger también otros recuerdos de la humanidad.

Si tenemos presentes a ambos bandos beligerantes, la guerra ofrece la imagen de dos masas doblemente entrelazadas. Un ejército lo más grande posible procura producir un montón lo más grande posible de enemigos muertos. Vale exactamente lo mismo para el bando contrario. El lazo resulta de que cada participante en una guerra pertenece siempre a dos masas a la vez: para su propia gente

pertenece al número de los guerreros vivos; para el contrario al número de los potenciales y deseables muertos.

Para mantener en alto el espíritu bélico es necesario volver a afirmar una y otra vez lo fuerte que se es, es decir, el número de guerreros en que consiste el propio ejército, y cuan grande es ya el número de enemigos muertos. Desde los tiempos más remotos las crónicas de guerra se caracterizan por esta doble estadística: tanta gente propia partió, tantos enemigos están muertos. Se es muy propenso a exageraciones, en especial en cuanto al número de los enemigos muertos.

Mientras se lleva a cabo la guerra, no se admitirá que el número de enemigos vivos sea excesivo. Incluso si es conocido, se calla y se busca paliar este malestar por la distribución de las tropas en combate. Como ya hemos hecho notar con anterioridad, se intenta todo para lograr, por medio de un cambio y una movilidad constante de las divisiones del ejército, una superioridad en el terreno. Sólo después de la guerra se habla de las bajas propias.

El que las guerras puedan durar tanto tiempo, hasta el punto de que aún se mantengan cuando hace mucho que están perdidas, se vincula con la pulsión más profunda de la masa: mantenerse en su estado agudo, no desintegrarse, seguir siendo masa. Este sentimiento es a veces tan fuerte que se prefiere sucumbir a ojos vista, en vez de reconocer la derrota y con ella vivir la descomposición de la masa propia.

¿Cómo viene a darse sin embargo la formación de la masa bélica? ¿Qué es lo que crea en un momento determinado esta increíble cohesión? ¿Qué induce al hombre de repente a arriesgar tanto y todo? Este proceso es aún tan enigmático que debe ser abordado con bastante cautela.

Se trata de una empresa sorprendente. Se decide que se está amenazado de exterminio físico, y se proclama esa amenaza

públicamente ante todo el mundo. «Yo puedo ser muerto», se declara, y por dentro se piensa: «porque quiero matar a ése o a aquél». Ciertamente el acento debería decaer sobre la segunda frase: «Yo quiero matar a ése o a aquél, y por eso puedo morir yo mismo». Pero para empezar una guerra, para su estallido, para la aparición de la conciencia guerrera entre la propia gente sólo se permite hacer pública la primera versión. Sea o no uno el agresor, en realidad siempre se procurará crear la ficción de que se está amenazado.

La amenaza consiste en que alguien se arrogue el derecho de matarlo a uno. Cada uno en el propio bando se encuentra bajo la misma amenaza: ella los iguala a todos, la amenaza se dirige a cada uno. A partir de un determinado momento, que para todos es el mismo, aquel de la declaración de guerra, a todos les puede ocurrir lo mismo. El exterminio físico, del que uno se siente habitualmente protegido por la propia sociedad, precisamente por su pertenencia a ella, se le encuentra ahora muy próximo. Se ha decretado a un tiempo la más terrible amenaza sobre todos los que se cuentan en un mismo pueblo. Mil personas, a cada una de las cuales, por separado, pero en el mismo instante, se les dijo: «Tú has de morir», se unen para desviar el peligro de muerte. Procuran atraer rápidamente a todos los que podrían caer bajo la misma amenaza; se reúnen en gran densidad y, para su defensa, se someten a una dirección común de acción.

Los afectados de ambos lados se sienten unidos por lo general muy pronto, bien físicamente, bien en idea y sentimiento. El estallido de una guerra es antes que nada el estallido de dos masas. Apenas se han constituido, la suprema intención de cada una de estas masas es mantenerse como convicción y acción. Renunciar a ellas equivaldría al abandono de la vida misma. La masa guerrera actúa siempre como si todo *fuera* de ella fuese *muerte*, y el individuo, por muchas guerras a que haya sobrevivido, volverá a sucumbir a la misma ilusión en otra nueva sin oponer resistencia.

La muerte, por la que en realidad cada uno está siempre amenazado, debe ser anunciada como sentencia colectiva para que sea enfrentada en forma activa. Hay, por así decir, épocas declaradas de muerte en las que se vuelve sobre un determinado grupo escogido arbitrariamente como total. «Ahora es contra todos los franceses» o «ahora es contra todos los alemanes». El entusiasmo con que los seres humanos reciben semejante declaración tiene su raíz en la cobardía del individuo ante la muerte. Nadie desea enfrentarse a ella solo. Es ya más fácil hacerlo por parejas, cuando dos enemigos ejecutan la sentencia recíprocamente; y ya no se trata de la misma muerte cuando van miles juntos a su encuentro. Lo peor que puede pasarle a los hombres en una guerra, el que perezcan juntos, les ahorra la muerte como individuos, que temen por encima de todo.

Sin embargo, no creen que llegue a ocurrir lo peor. Ven una posibilidad de desviar y traspasar la sentencia colectiva que ha sido dictaminada sobre ellos. Su para-muertes es el enemigo, y todo lo que deben hacer es adelantársele. Sólo hay que ser lo suficientemente rápido y no vacilar ni un instante con el negocio de la muerte. El enemigo viene como anillo al dedo, pues él fue quien pronunció la sentencia, él dijo «¡morid!» primero. Sobre él recae lo que él mismo dirigió contra los demás. Siempre es el enemigo el que empezó. Si quizá no fue el primero en decirlo, al menos lo planeaba, y si no lo planeaba, ya lo había pensado para sus adentros; incluso si aún no la había pensado lo habría pensado en breve plazo. La muerte como deseo existe por todas partes y no hay que ir al fondo del hombre para sacarla.

La notable e inconfundible alta tensión, típica de todos los sucesos bélicos, tiene dos causas: querer adelantarse a la muerte y actuar en masa. Sin lo último no se tiene la menor perspectiva de éxito en lo primero. Mientras dure la guerra hay que permanecer siendo masa; y la guerra verdaderamente llega a su fin cuando se deja

de serlo. La perspectiva de cierta esperanza de vida que se ofrece a la masa como tal ha contribuido en mucho a la estima de las guerras. Puede demostrarse que su densidad y duración en tiempos modernos está relacionada con las dobles masas, mucho mayores, que se ven colmadas por la convicción bélica.

CRISTALES DE MASA

Por cristales de masa designo pequeños y rígidos grupos de hombres, fijamente limitados y de gran constancia, que sirven para' desencadenar masas. Es importante que estos grupos sean fácilmente controlables, que se les abarque de una ojeada. Su unidad es mucho más importante que su tamaño. Su función debe ser familiar; es precisó saber para qué están. Una duda respecto a su función les privaría de todo sentido; lo mejor es que siempre se mantengan iguales a sí mismos. No han de ser confundidos. Un uniforme o un determinado local de ejecuciones les resulta muy conveniente.

El cristal de masas es duradero. Nunca varía de tamaño. Sus integrantes han sido enseñados para su quehacer o convicción. Pueden tener funciones repartidas como en una orquesta, pero es importante que se manifiesten como una totalidad. Quien los ve o los vive debe sentir, ante todo, que nunca se desintegrarán. Su vida fuera del cristal no cuenta. Incluso cuando se trate de una profesión, como en el caso del músico de orquesta, nunca se pensará en su existencia privada: ellos son la orquesta. En otros casos están uniformados, sólo así se los ve juntos. Se convierten en hombres muy distintos cuando dejan el uniforme. Soldados y monjes pueden ser considerados como la forma más importante de esta especie. Aquí el uniforme expresa que los integrantes de un cristal moran juntos; aun cuando aparecen por separado, siempre se piensa en la sólida unidad a la que pertenecen: el convento o la división de ejército.

La claridad, el aislamiento y la constancia del cristal está en agudo e inquietante contraste con los agitados fenómenos en la masa misma. El proceso 'de crecimiento rápido e incontrolable y la amenaza de desintegración, que confieren a la masa su particular inquietud, no están activos dentro del cristal. Incluso en los momentos de mayor agitación siempre se destacan de ella. Cualquiera sea la masa a la que da origen y por mucho que parezca amalgamarse en ella, nunca perderá totalmente el sentimiento de su singularidad y tras la desintegración de la masa volverá a reunirse de inmediato.

La masa cerrada no sólo se distingue del cristal por su mayor magnitud, también posee un sentimiento más espontáneo de sí misma y no puede permitirse una distribución seria de funciones. La masa no tiene en común con el cristal más que su limitación y repetición regular. Pero en el cristal todo es límite; todos los que le integran están constituidos como límite. Por el contrario, a la masa cerrada se le coloca un límite por fuera, quizás en la forma y el tamaño del edificio en el que se reúne. Dentro de ese límite, el lugar en que cada uno que la integra se encuentra con los demás, permanece fluida, y, por ello, en cualquier momento son posibles las sorpresas, las actitudes imprevistas y cambiantes. Siempre, aun en esta constitución limitada, puede alcanzar un grado de densidad e intensidad que conduce a su estallido. El cristal de masa en cambio es totalmente estático. Sus actividades están prefijadas: Es muy consciente de cada manifestación o movimiento.

También la permanencia histórica del cristal de masa es sorprendente. Si bien se configuran formas nuevas, sin embargo, las viejas permanecen siempre junto a ellas en su obstinación. Puede que por momentos pasen a segundo plano y pierdan en nitidez e indispensabilidad. Las masas, que pertenecían a ellas, quizá se hayan extinguido o se les haya reprimido totalmente. Como grupos inofensivos, sin lograr influir en nada sobre el exterior, los cristales

siguen viviendo entonces para sí. Pequeños grupos de comunidades religiosas subsisten en países que en general han cambiado de creencia. En el momento en que se les necesita vuelven con seguridad, en número igual a las masas que hayan surgido y cuya excitación y desencadenamiento pueden ser apropiados. Todos los rígidos grupos-en-retiro pueden ser sacados a luz y reactivados. Se les puede reanimar y reutilizar como cristal de masa con ligeras modificaciones en su constitución. Casi no existe un vuelco político de magnitud mayor que no recuerde aquellos antiguos y destronados grupos, que no eche mano de ellos, que los galvanice y los emplee con tal intensidad, que aparezcan como algo completamente nuevo y peligrosamente activo.

Se verá más tarde cómo funcionan los cristales de masa en detalle. De qué manera desencadenan masas sólo puede demostrarse en casos concretos. Los cristales están constituidos de manera diversa y por eso dan lugar a masas muy distintas. En el transcurso de este ensayo —y de manera casi imperceptible— entraremos en contacto con una serie de ellas.

SÍMBOLOS DE MASA

Designo como símbolos de masa a las unidades colectivas que no están formadas por hombres y que, sin embargo, son percibidas como masas. Tales unidades son el trigo y el bosque, la lluvia, el viento, la arena, el mar y el fuego. Cada uno de estos fenómenos contiene en sí características esenciales de la masa. Aunque no está constituido por hombres, recuerda la masa y la representa en mito y sueño, en conversación y canto, simbólicamente.

Es recomendable separar estos símbolos de los cristales de manera neta e inequívoca. Los cristales de masa se presentan como un grupo de hombres que llaman la atención por su cohesión y su unidad. Se les concibe y se les vive como unidad, pero siempre se componen de hombres que actúan realmente: soldados, monjes,

toda una orquesta. Los símbolos de masa, en cambio, nunca son hombres ellos mismos y sólo son percibidos como masa.

Su análisis detallado puede parecer a primera vista impropio del tema. Pero veremos que de esta manera podremos acercarnos a la masa misma de una manera nueva y fructífera. Al contemplar sus símbolos arrojamos sobre ella nueva luz y sería cometer una torpeza cerrarse a esta luz.

Fuego

Del fuego habría que decir de antemano que en todas partes se asemeja: sea pequeño o grande, se declare aquí o allá, dure mucho o poco, para nuestra imaginación tiene algo igual, que es independiente de sus contingencias. La imagen del fuego nos parece una marca vehemente, inextinguible y determinada realizada con un hierro al rojo vivo.

El fuego se propaga, es contagioso e insaciable. La violencia con que devasta bosques, estepas y ciudades enteras forma una de sus características más impresionantes. Antes que estallase, el árbol estaba junto al árbol, la casa junto a la casa, cada uno separado del otro, independientes. Sin embargo, lo que estaba aislado es unido por el fuego en un tiempo mínimo. Los objetos aislados y diferenciables se funden en las mismas llamas. Se igualan hasta tal punto que desaparecen del todo: casas, criaturas, todo es devastado por el fuego. Es contagioso: la poca resistencia a las llamas es siempre asombrosa. Cuanto más vida tenga algo, tanto menos puede defenderse contra el fuego; sólo lo más inanimado, los minerales, llegan a soportar el fuego. Su célebre falta de misericordia no conoce límites. Quiere contenerlo todo, alcanzarlo todo.

El fuego puede producirse en todas partes. A nadie le sorprende que aquí o allá estalle un incendio, siempre se está pendiente del fuego por todas partes. Este ser-de-pronto en cambio es siempre impresionante, y será explorado en busca de las causas. El que con

frecuencia no puedan encontrarse contribuye al reverente sentimiento que se vincula con la idea del fuego. Posee una oculta omnipresencia que puede manifestarse en todo tiempo y lugar.

El fuego es múltiple. No sólo se es siempre consciente de ello, de que en muchos, en incontables lugares hay fuegos, sino que también el fuego singular es múltiple en sí: se habla de llamas y de lenguas. En los *Vedas* el fuego se designa por «el Agni uno, el múltiple inflamado».

El fuego es destructivo; puede ser combatido y domado; se extingue. Tiene un rival elemental, el agua, que le hace frente en forma de ríos y aguaceros. Este enemigo asimismo siempre presente y con todas sus diversas cualidades es un igual del fuego. Su enemistad es proverbial, «agua y fuego» es la expresión para la ene-mistad de la más extrema e inconciliable especie. En las antiguas concepciones del fin del mundo siempre resulta vencedor el uno o el otro. El diluvio universal hace perecer toda vida en el agua. La conflagración mundial destruye el mundo por el fuego. A veces aparecen ambos, mutuamente atemperados, en la misma mitología. Mas el hombre aprendió a dominar el fuego en su existencia temporal. "No sólo puede lanzar una y otra agua en su contra, sino que logró conservar el fuego dividido. En fogones y estufas lo mantiene cautivo. Lo alimenta como se alimenta un animal; puede hacerlo morir de inanición; puede sofocarlo. Con esto, ya queda insinuada la última propiedad del fuego: se le trata como si viviese. Tiene una vida inquieta y se apaga. Si aquí se lo asfixia por completo, en otros hogares sigue viviendo.

Si se resumen estos rasgos aislados del fuego, aparece una imagen sorprendente: es igual a sí mismo en todas partes; se propaga con celeridad; es contagioso e insaciable; puede originarse en todas partes y rápidamente; es múltiple; es destructivo; tiene un enemigo; se apaga; actúa como si viviese y, por tanto, se le trata como a un ser vivo. Todas estas propiedades son las de la masa; difícilmente podría

darse un resumen más preciso de sus atributos. Veámoslo: la masa es en todas partes igual a sí misma; en las épocas y culturas más diversas, entre los hombres de toda procedencia, idioma y educación es esencialmente la misma. Allí donde una vez ha i hecho su aparición, se incrementa con la mayor violencia. Pocos \ pueden resistirse a su contagio, quiere seguir creciendo siempre, desde el interior no tiene límites fijados de antemano. Puede constituirse en todas partes donde haya hombres reunidos y su espontaneidad y prontitud es inquietante. Es varia y sin embargo está relacionada, la constituye un sinnúmero de hombres y nunca se sabe exactamente cuántos. La masa puede ser destructiva. Es amortiguada y domada. Busca un enemigo. Se apaga tan rápidamente como aparece, con frecuencia de modo igualmente inexplicable; y, por supuesto, tiene su propia inquieta y violenta vida. Estas semejanzas entre fuego y masa han llevado a su íntima compenetración. Se entremezclan el uno con la otra, pudiendo estar el uno en lugar de la otra. Entre los símbolos de masa que siempre estuvieron activos en la historia de la humanidad, el fuego es uno de los más importantes y mutables. Es necesario atacar algunas de estas correlaciones entre fuego y masa.

Entre los rasgos más peligrosos de la masa que siempre se des-taca, el más llamativo lo constituye la tendencia a incendios criminales. Esta tendencia tiene una importante raíz en el incendio de bosques. El bosque, también antiquísimo símbolo de masa, es muchas veces incendiado por los hombres para crear espacio en donde establecerse. Es de suponer con buen motivo que los hombres aprendieron a manipular el fuego a través de incendios de bosques. Entre bosque y fuego existe una luminosa relación prehistórica. En los lugares de bosques rozados se ubican después los campos de cultivo, y cuando los campos tienen que ser ampliados hay que volver siempre a talar el bosque.

Los animales huyen del bosque en llamas. El terror de masa es la natural e incluso podría decirse eterna reacción de los animales ante

los grandes incendios, que en otro tiempo fue también la reacción del hombre. Éste, sin embargo, se apoderó del fuego y ahora lo tiene en su mano y no debe temerlo. Sobre el antiguo temor se ha impuesto su nuevo poder, y ambos han contraído una sorprendente alianza.

La masa, que antes echaba a correr ante el fuego, ahora se siente atraída intensamente por él. Es conocido el mágico efecto que tienen los incendios sobre hombres de toda especie. Éstos no se conforman con fogones y estufas, que cada grupo establecido mantiene para su uso privado; quieren un fuego visible a gran distancia que puedan rodear, junto al que puedan estar todos reunidos. Una curiosa inversión del viejo temor de masa les ordena precipitarse en el teatro del incendio sólo si es lo suficientemente grande, y allí sienten algo del esplendoroso calor que antes los unía. En tiempos de paz deben prescindir a menudo por largo tiempo de esta vivencia. Pertenece a los instintos más fuertes de la masa, no bien se ha constituido, el crearse ella misma el fuego y utilizar su atracción para su propio crecimiento.

Todo hombre lleva en el bolsillo un pequeño vestigio de estas importantes relaciones antiguas: la caja de fósforos. Representa, todo igualado, un bosque de troncos singulares, provisto cada uno de una cabeza inflamable. Podrían encenderse varios o todos juntos y provocar así artificialmente un incendio del bosque. Uno podrá sentirse tentado a ello, pero por lo común no lo lleva a cabo porque el minúsculo formato de tal objeto le priva de todo su antiguo esplendor.

Pero la atracción que ejerce el fuego puede ir mucho más lejos todavía. Los hombres no se limitan a correr hacia él y rodearlo, persisten viejas costumbres en las que expresan su identificación con el fuego. Uno de los ejemplos más bellos es la célebre danza del fuego de los indios navajo.

«Los navajos de Nueva México preparan un gigantesco fuego, en torno al que danzan toda la noche. Entre puesta y salida del sol son representados once actos determinados. Apenas el disco del sol ha desaparecido los organizadores entran bailando con frenesí en el claro. Están casi desnudos y untados con pintura, dejan que su larga cabellera suelta se arremoline en torno a ellos. Llevan bastones de danza con penachos de plumas al extremo y dando saltos salvajes se acercan a las altas llamas. Estos indios bailan con torpe reserva, acuclillados a medias, reptando a medias. En realidad el fuego es tan caluroso que los actores deben retorcerse sobre el suelo, para poder aproximarse lo suficiente a él. Quieren incendiar las plumas situadas en el extremo de sus bastones. Un disco, que representa el sol, es mantenido en alto y a su alrededor se prosigue la salvaje danza. Cada vez que el disco desciende y vuelve a alzarse comienza una nueva danza. Hacia la salida del sol las ceremonias sagradas se aproximan a su fin. Hombres untados de blanco avanzan y encienden ligeros trozos de corteza en la lumbre moribunda, luego vuelven a saltar en una cacería salvaje en torno del fuego y se arrojan chispas, humo y llamas sobre todo el cuerpo. Saltan de hecho en medio mismo de la lumbre y confían en la arcilla blanca, que los ha de proteger de quemaduras más serias.»

Danzan en el fuego mismo, se convierten en fuego. Sus movimientos son los de llamas. Lo que sostienen en sus manos e inflaman ha de entenderse como si ellos mismos ardiesen. Al final dispersan las últimas chispas del rescoldo, hasta que se levanta el sol, que recibe el fuego de ellos, aquel sol del que lo habían recibido cuando se ponía.

Aquí pues el fuego aún es masa viviente. Así como otros indios en la danza se convierten en búfalos, éstos actúan en la danza como fuego. Posteriormente el fuego vivo en el que se transforman los navajos se convierte en mero símbolo de masa.

Es posible encontrar para cada símbolo de masa que se reconoce la masa concreta de la que se nutre. Aquí no hablamos sólo de hipótesis. La tendencia del hombre a convertirse en fuego, a reactivar este antiguo símbolo, es fuerte también en culturas más tardías y complejas. Ciudades sitiadas, que ya no tienen esperanza de socorro, a menudo se incendian ellas mismas. Reyes con su corte, acosados sin esperanza de salvación, se incineran. Se encuentran ejemplos tanto en las antiguas culturas del mar Mediterráneo como entre indios y chinos. El Medievo, que cree en un fuego del infierno, se contenta con herejes aislados, que arden en lugar de todo el público reunido: envía, por así decir, sus representantes al infierno y se cerciora de que también arden en realidad. Un análisis de la significación que el fuego ha tomado en las diferentes religiones sería del mayor interés. Pero tendría valor sólo si fuese exhaustivo, y por lo tanto debe quedar para más adelante.

En cambio sí parece acertado entrar ya aquí en el significado que actos incendiarios impulsivos tienen para el individuo que los comete; el individuo que está realmente aislado y no pertenece al círculo de una convicción religiosa o política.

Krapelin narra el caso de una mujer mayor, solitaria, que en su vida había provocado alrededor de veinte incendios, los primeros en su niñez. Es inculpada seis veces por incendio intencional y pasa más de 24 años de su vida en una casa correccional. «Si tan sólo se quemara esto o aquello», se dice es una idea fija. En especial cuando tiene fósforos en el bolsillo, la impulsa a ello un ímpetu invisible. Lo único que le importa es contemplar el fuego, pero también confiesa con ardor, sin ningún reparo. Debe haber experimentado ya muy joven el valor del fuego como un medio para atraer gente. Probablemente la aglomeración alrededor de un incendio fue su primera impresión de masa. El fuego puede entonces fácilmente estar en lugar de la masa misma. A la inculpación y a la autoinculpación la impulsa la sensación de que todos la miran. Eso

es lo que desea y, a través de ello, ella misma se convierte en el fuego que se contempla. Su relación con el acto incendiario tiene pues un carácter doble. Por una parte quiere ser parte de la masa que mira con fijeza el fuego. Él está en los ojos de todos a un tiempo, reúne estos ojos bajo una violenta compulsión. Ella no tiene la menor oportunidad de ingresar en una masa, y menos aún durante los interminables períodos de cárcel, a causa de sus miserables antecedentes que la aislaron desde muy niña. Luego, cuando este primer suceso del incendio se ha cumplido y la masa amenaza con volver a escapársele de las manos, la mantiene en vida transformándose de pronto ella misma en fuego. Eso sucede de manera muy simple: confiesa el acto incendiario. Cuanto más detallado sea su relato, cuanto más tenga que decir al respecto, tanto más tiempo se la mira con atención, tanto más es ella misma el fuego.

Casos de este tipo no son tan escasos como se piensa. Aunque no siempre son tan radicales aportan, desde el punto de vista del individuo aislado, la demostración irrefutable de la relación existente entre masa y fuego.

Mar

El mar es múltiple, está en movimiento, posee una densa cohesión. Lo múltiple en él son las olas que lo constituyen. Son incontables; quien se encuentra en el mar está rodeado de olas por todos lados. El carácter semejante de su movimiento no excluye diferencias de tamaño entre ellas. Nunca están en entera calma. El viento, que viene del exterior, determina su dirección; acometen hacia este lado o hacia el otro, según él ordene. La densa cohesión de las olas expresa algo que también lo sienten los hombres que forman parte de una masa: una ductilidad hacia los demás como si uno fuese *ellos* como si ya no se estuviese limitado en sí mismo, como si se tratase de una independencia de la que no hay escapatoria y, precisamente en contraposición, aparece una sensación de fuerza,

un ímpetu que dan todos en conjunto. La índole peculiar de esta cohesión entre los hombres es desconocida. Tampoco el mar la explica, pero la expresa.

Sin embargo, además de las olas hay otro múltiple que pertenece al mar: las gotas. Ellas están aisladas, son sólo gotas, si no están cohesionadas entre sí su pequeñez y su aislamiento tienen algo de impotencia. Son casi nada y despiertan un sentimiento de compasión en el observador. Sumérjase la mano en el agua, levántesela y obsérvense las gotas que se escurren por ella de a una y débiles. La compasión que por ellas se siente podría compararse con la que nos producen los hombres sin esperanza, los marginados. Las gotas sólo vuelven a contar cuando ya no se las puede contar, cuando han vuelto a amalgamarse en lo grande y entero.

El mar tiene una voz que es muy cambiante y que se oye siempre. Es una voz que tiene sonido de mil voces. Se le atribuyen muchos factores: paciencia, dolor y cólera. Pero lo más impresionante de esta voz es su tenacidad. El mar nunca duerme. Se lo oye siempre, de día, de noche, por años, decenios; se sabe que ya se le oía hace siglos. Tanto en su ímpetu como en su rebelarse recuerda una sola criatura que comparte estas características con él: la masa. Pero también tiene la constancia que a ésta le falta. No se insume y desaparece de tarde en tarde, está siempre presente. El máximo e incluso vano deseo de la masa, el deseo de perdurar, lo representa el mar como un algo ya realizado.

El mar todo lo engloba y es incolmable. Todos los ríos, vertientes, nubes y toda especie de cauces de la tierra podrían volcarse en el mar que no por ello aumentaría realmente; no habría cambiado, siempre se tendría la sensación de que se trata del mismo mar. Es pues tan grande, que puede servir de modelo a la masa que quiere hacerse siempre más grande. Grande como el mar podría hacerse la masa y para lograrlo atrae más y más hombres. En la palabra océano el mar alcanzó algo como su más solemne dignidad.

El océano es universal, es él el que llega a todas partes, el que baña toda comarca, es él sobre el que, según la antigua idea, flota la tierra. Si el mar no fuese incolmable, la masa no tendría imagen para su propio ser insaciable. No podría tomar conciencia tan clara de su pulsión más profunda y oscura, de atraer a más y más hombres. El océano, sin embargo, que con naturalidad está a la vista, otorga un mítico derecho a su indomable aspiración de universalidad.

Si bien el mar es cambiante en sus afectos, puede apaciguar y amenazar, puede estallar en tormentas, pero siempre está presente. Se sabe dónde está, su ubicación tiene algo de abierto, de descubierto. No nace repentinamente donde antes nada había. Lo misterioso y repentino del fuego le es ajeno; éste le ataca a uno desde la nada como fiera al acecho y se le espera en todas partes. En cambio, el mar sólo es de esperar allí donde se sabe con certeza que está.

Pero no por ello se puede decir que carece de misterio. Su misterio no reside en su ser repentino, sino en su contenido. La vida masiva de la que está colmado pertenece al mar tanto como su abierta constancia. Así lo grandioso de esta formación se ve aún acrecentado por la idea de su contenido: todos los vegetales y animales que cobija en cantidades inmensas.

El mar no tiene límites internos y no está separado en pequeños pueblos y territorios. Tiene un idioma y es el mismo en todas partes. No hay por así decir ningún hombre que pudiese ser excluido de él. Es demasiado englobante como para que pudiera corresponder a alguna de las masas conocidas por nosotros. Pero es el modelo de una humanidad saciada en sí, en la que desemboca toda vida y que todo lo contiene.

Lluvia

En todas partes, y en especial allí donde es escasa, la lluvia, antes de caer, es percibida como unidad. Se acerca en forma de nube y

primero cubre el cielo, se oscurece antes de llover, todo se vela de gris. Quizá se posea una conciencia más unificada de aquel instante en que la lluvia parece segura que del propio suceso. Porque, a menudo, uno suele desearla con gran intensidad, puede convertirse en una cuestión vital que caiga lluvia. No siempre se hacen rogativas para cubrir el expediente, y uno le ayuda con hechizos; existen numerosos y muy diversos métodos para atraerla.

La lluvia cae en forma de muchas gotas. Se las ve lo mismo que se ve su dirección. En todas las lenguas se habla de que cae. Se ve la lluvia en muchas rayas paralelas y por el número de las gotas que caen se acentúa la unidad de su dirección. No hay dirección que cause más impresión al hombre que la de caída; todas las demás tienen, comparadas con ella, algo derivado, secundario. La caída es lo que más se teme desde tiempos más remotos y contra lo que nos equipamos antes en la vida. Uno aprende a protegerse de ella; fracasar aquí a partir de cierta edad es ridículo o peligroso. La lluvia es, a diferencia del hombre, aquello que ha de caer. Nada cae tan a menudo y en tal cantidad como la lluvia.

Es posible que el numero de las gotas quite a la caída un poco de su peso y dureza. Se las oye repiquetear y se convierten en un sonido agradable. Se las siente sobre la piel con placer. Quizá no carezca de importancia el hecho de que al menos tres sentidos participen en la vivencia de la lluvia: visión, oído y tacto. Todos estos sentidos la aprehenden como multiplicidad. Es fácil protegerse de ella. Pocas veces es realmente amenazante y las más envuelve al hombre de manera densa y bienhechora.

El repiquetear de todas las gotas nos parece idéntico. Lo paralelo de las rayas, lo parecido del sonido, la misma sensación de mojado, que cada gota provoca sobre la piel, todo ayuda a acentuar la impresión de igualdad de las gotas.

La lluvia puede hacerse más intensa o más ligera, su densidad cambia. El número de sus gotas está sujeto a grandes fluctuaciones. En ningún caso se da de manera que se cuente con su aumento continuado; se sabe, al contrario, que tiene un término, y este término significa que sus gotas se insumen sin dejar rastro en la tierra.

En la medida en que la lluvia se ha convertido en símbolo de masa, no señala la fase de frenético e imperturbable crecimiento que representa el fuego. Nada tiene de la constancia y sólo a veces algo de lo inagotable del mar. La lluvia es la masa en el instante de su descarga, y, por tanto, señala también su desintegración. Las nubes, de las que nace, se entregan en la lluvia; las gotas caen porque ya no pueden permanecer juntas, y aún no está claro si volverán a reunirse y cómo.

El río

Lo más llamativo del río es su dirección. Se mueve entre orillas en reposo, en ellas es visible su interminable discurrir. La ausencia de reposo de sus masas de agua, que se suceden en forma ininterrumpida mientras el río sea río en sí, lo decidido en la dirección total, aunque varíe en lo singular, la decisión de marcha hacia el mar, su incorporación de otros ríos menores, todo lo anterior le confiere un innegable carácter de masa. Así, el río se ha convertido también en su símbolo, pero no tanto para la masa en sí, como para singulares formas de su manifestación. La limitación de lo ancho, del que no puede aumentar de manera continua y repentina, hace que el río como símbolo de masa siempre tenga algo de provisorio. Representa las procesiones: los hombres que miran desde los bordes de la calle son como los árboles en orillas, lo sólido encierra lo fluido. Manifestaciones en grandes ciudades tienen semejante carácter de río. De los diferentes barrios llegan afluentes, hasta que se ha constituido la corriente principal propiamente tal. Los ríos son en especial un símbolo para el tiempo en el que se

forma la masa, el tiempo en el que aún no ha alcanzado lo que llegaría a ser. Le falta al río el propagarse del fuego y la universidad del mar. Pero, en cambio, la dirección está llevada al extremo, y como cada vez vienen todavía más, se convirte por así decir desde el comienzo en una dirección que parece inagotable y que quizá en su origen se tome más en serio que en su meta.

El río es la masa en su vanidad, la masa que se exhibe. El elemento de exhibición no es menos significativo que el de dirección. Sin orillas no hay río, la doble fila de la vegetación es como la de los hombres. Podría decirse que tiene una piel que quiere lucirse. Todas las formaciones de carácter fluvial —como procesiones y manifestaciones— muestran en lo posible la mayor parte de su superficie: se estiran lo más que pueden, se brindan al mayor número de espectadores posibles. Quieren ser admiradas o temidas. Su meta inmediata no es realmente importante, importante es el tamaño del espacio que los separa de ella, la longitud de las calles por las que se extienden. En lo que respecta a la densidad, entre los participantes no tiene" carácter demasiado decisivo. Es mayor entre los espectadores, y se establece una densidad especial entre participantes y espectadores. Tiene algo de un acercamiento amoroso entre dos criaturas muy largas, de las que una mantiene aprisionada a la otra, y le permite deslizarse lenta y tiernamente a través suyo. El crecimiento se produce desde la vertiente, pero por afluentes estrictamente predeterminados en el espacio.

La igualdad de las gotas queda sobrentendida en el río, pero acarrea de todo, y lo que acarrea, es más decisivo e importante para su aspecto que acaso las cargas del mar que desaparecen sobre su inmensa superficie.

Uniendo todos estos factores, podríamos designar al río como símbolo de masa sólo con limitación. Lo es de manera muy distinta que el fuego, el mar, el bosque o el trigo. Es símbolo de un estado aún bajo dominio, antes del estallido y antes de la descarga;

representa su amenaza más que su realidad: es el símbolo de la masa lenta.

Bosque

El bosque está encima del hombre. Puede ser espeso y con abundante vegetación baja; puede que sea difícil penetrar en él y, más aún, avanzar por él. Pero su densidad propiamente tal, aquello que realmente lo constituye, su follaje, está arriba. Es el follaje de los respectivos troncos, que se entrelaza y forma un techo continuo, es el follaje el que retiene casi toda la luz y arroja una sombra extensa y conjunta.

El hombre, que es enhiesto como un árbol, se alinea entre los otros árboles. Pero son mucho más altos que él, y debe alzar la vista hacia ellos. No hay otro fenómeno natural de su entorno que esté encima de él de modo tan permanente y a la vez tan próximo y tan múltiple. Porque las nubes pasan, la lluvia se insume y las estrellas están lejos. De todos estos fenómenos, que en su multiplicidad actúan desde arriba, ninguno posee la sempiterna proximidad del bosque. La altura de los árboles es inalcanzable, se trepa, se le quitan los frutos; se vivió arriba.

La dirección en que atrae los ojos del hombre es la de su propia transformación: el bosque crece constantemente hacia lo alto. La igualdad de los troncos es aproximada, también ella en realidad es una igualdad de la dirección. Quien esté una vez en el bosque se siente cobijado; no está en su cima, donde crece, tampoco en el lugar de su mayor densidad. Justamente esta densidad es su protección, y la protección está arriba. Así el bosque se convirtió en modelo del recogimiento. Obliga al hombre a alzar la mirada, agradecido por su protección superior. El levantar la vista por tantos troncos se convierte así en un mirar más elevado. El bosque anticipa el sentimiento de iglesia, al estar ante Dios entre columnas y pilares. Su expresión más regular y por lo tanto más perfecta es la curvatura de

la cúpula, todos los troncos entrelazados en una suprema e inseparable unidad.

Un aspecto no menos importante del bosque es su múltiple inamovilidad. Cada tronco singular está enraizado y no cede ante ninguna amenaza exterior. Su resistencia es absoluta, nunca cede su lugar. Puede ser talado, pero no movido. Así se convirtió en símbolo del ejercito: un ejército en formación, un ejército que bajo ninguna circunstancia huye; que se deja hacer pedazos hasta el último hombre antes de abandonaran palmo de terreno.

Trigo

El trigo es en más de una manera un bosque reducido. Crece donde antes se levantaba el bosque, aunque nunca alcanza la altura de éste. Está por entero en poder del hombre y es obra suya. Él lo siembra, él lo siega; en antiguos ritos hace ceremonias para que crezca. Es flexible como los pastos, expuesto a la influencia de todos los vientos. Todos los tallos juntos ceden al impulso del viento, todo el trigal se inclina a la vez. Durante temporales es abatido entera-mente y luego permanece largo tiempo caído. Pero posee la misteriosa capacidad de volver a levantarse, y si no se vio seriamente alertado rápidamente todo el trigal está otra vez en pie. Las mieses crecidas son como pesadas cabezas; se inclinan afirmativas hacia uno o se vuelven según el lugar de donde sople el viento.

Por lo común, el trigo es menos alto que el hombre. Pero éste sigue siendo siempre señor del trigo, aun cuando crezca por encima de su cabeza. Se le siega en conjunto, lo mismo que creció, como fue sembrado. De esta manera, los pastos que el hombre ya no utiliza para sí permanecen siempre juntos. Pero cuánto más colectivo es el destino del trigo sembrado, segado y almacenado, trillado y guardado. Mientras crece permanece enraizado; nunca puede apartarse de los tallos restantes. Lo que suceda les sucede a todos. Así se levanta, denso, no muy distinto de tamaño que los hombres;

en su conjunto siempre parece más o menos igual. Su ritmo, cuando es agitado por el viento, es como el de una simple danza.

La igualdad del hombre ante la muerte se ve con agrado en la imagen del trigo. Pero cae a la vez y por lo tanto recuerda una muerte muy precisa: la colectiva en la batalla, cuando son raleadas filas enteras; el campo como campo de sangre.

La flexibilidad se convierte en su sumisión; tiene algo de una reunión de fieles súbditos que nunca podrían concebir un pensamiento de resistencia. Levemente estremecidos por el sentimiento de obediencia, receptivos a cualquier orden, permanecen así. Cuando el enemigo cae sobre ellos, son pisoteados sin piedad.

El origen de las gavillas, de la simiente, es tan importante y característico como los montones de granos, en los que finalmente desemboca. Se consiga el séptuplo o el céntuplo, los. montones en que es almacenado son en un múltiplo mayor que aquellos en los que encontró su origen. Creciendo y estando junto se multiplicó, y esta multiplicación es su bendición.

Viento

Su intensidad cambia y con ella su voz. Puede gemir o aullar, despacio, fuerte; existen pocas notas que no pueda alcanzar. De esta manera actúa como algo viviente, mucho después de que otros fenómenos naturales han perdido su vigencia para el hombre. Fuera dé su voz lo más llamativo en él es su dirección. Para bautizarlo es importante saber de dónde viene. Puesto que se está enteramente rodeado de aire, los golpes que de él se recibe actúan de manera muy corpórea: uno se encuentra ante un viento que tiene algo unificador; en la tormenta arremolina delante de él todo lo que levanta.

Es invisible, pero el movimiento que confiere a nubes y olas, a hojas y hierbas, le confiere una presencia que se hace patente de

múltiples maneras. En los himnos del *Veda*, los dioses de la tormenta, los *maruts*, siempre aparecen en plural. De ellos hay tres veces siete o tres veces sesenta. Son hermanos de la misma edad, moran en el mismo lugar y nacieron en idéntico sitio. Su ruido es el trueno y el aullar del viento. Estremecen las montañas, tumban árboles y devoran los bosques como elefantes salvajes. Con frecuencia también se llaman los «cantores»: el cantar del viento. Son poderosos, iracundos y terribles como leones, pero también traviesos y dados al juego como niños o novillos.

La remota identificación del aliento y el viento demuestra lo claro que se le percibe. Tiene la densidad del aliento. Pero, justa-mente en su invisibilidad, es apropiado para simbolizar masas invisibles. Así se le atribuye a los espíritus (como una tormenta viene resoplando el salvaje ejército), o son espíritus en fuga como en aquella visión del chamán esquimal.

Las banderas son evidentemente viento. Son como trozos recortados de nubes, más cercanos y coloreados, sujetos y de forma permanente, que llaman la atención en su movimiento. Los pueblos, como si fuesen capaces de dividir el viento, se valen de él para señalar el aire que está sobre ellos como suyo propio.

Arena

De las propiedades de la arena, que son importantes para este contexto, habría que destacar en especial dos. Tenemos por un lado la pequeñez, la igual especie de sus partes. Todo ello compone una sola característica pues los granos de la arena sólo se perciben como de igual especie porque son tan diminutos. Por otra parte, tenemos lo infinito de la arena. Es inapreciable, siempre hay más de lo que puede abarcarse con la mirada. Donde aparece en pequeños montones no se le presta atención. Realmente es notoria donde es incontable, como en la playa y en el desierto.

El incesante movimiento de la arena tiene por consecuencia que se la coloque más o menos entre los símbolos de masa líquidos y los sólidos. Forma olas como el mar, puede arremolinarse en nubes; el polvo es arena' más fina todavía. Un rasgo significativo es la amenaza de la arena, la manera en que se opone al hombre singular como algo agresivo y hostil. Lo uniforme, colosal e inanimado del desierto confronta al hombre con un poder apenas superable: está formado por innumerables partículas de igual especie. Lo ahoga como el mar, pero de una manera que es más traicionera pues tarda más.

La relación del hombre con la arena del desierto prepara algunas de sus actitudes ulteriores: la lucha que debe soportar con creciente fuerza contra numerosos enemigos muy pequeños. La sequedad de la arena ha pasado a las langostas. El hombre, que cultiva plantas, las teme como a la arena, pues lo único que dejan es desierto.

Sorprende que la arena haya podido convertirse en símbolo de la descendencia. Pero el hecho, que es tan bien conocido por la Biblia, demuestra lo intenso que es el deseo de multiplicación. Aquí el acento no está puesto sólo en la calidad. Es cierto que uno desea para sí mismo un gran número de vigorosos y rectos varones, pero para un futuro más lejano, como suma de la vida de varias generaciones, hay algo más que grupos o plagas: allí uno desea una masa de descendientes que sea la más grande y, al mismo tiempo, la más inapreciable e incontable masa; y la más numerosa que se conoce es la de la arena. En un símbolo parecido de los chinos se advierte lo poco que importa la valorización individual de los descendientes. Allí se identifica a los descendientes con una plaga de langostas, y las cualidades de su número, de su solidaridad, de su no interrupción se trasladan a los de la descendencia.

Otro símbolo que la Biblia emplea para comparar la descendencia son las estrellas. También aquí se trata de su incontabilidad; no se habla de la cualidad de estrellas aisladas

destacadas. Más bien lo importante es que permanezcan, que nunca pasen, que siempre estén.

Montones

El hombre ha reunido en un mismo grupo todos los montones que tienen precio para él. La unidad del montón que está constituido de frutas o granos es el resultado de una actividad. Muchas manos estuvieron ocupadas en su cosecha o recolección; éstas están ligadas a una muy determinada estación del año de importancia tan marcada, que una de las más antiguas divisiones del año deriva de ellas. En fiestas los hombres celebran su alegría sobre los montones que han logrado. Los exponen con orgullo. Con frecuencia las fiestas se celebran en derredor de estos montones.

Lo reunido es de idéntica naturaleza, tanto si se trata de una especie determinada de fruta como de una determinada especie de granos. Se apilan lo, más posible. Cuanto más y más denso se coloquen ' tanto mejor. Así se tiene mucho a mano y ya no hay que traerlo desde lejos. El tamaño del montón es importante, uno se enorgullece de ello; sólo si tiene el tamaño suficiente alcanza para todos o para mucho tiempo. Cuando uno se ha acostumbrado a recoger montones dejan de ser demasiado grandes. Con predilección se recuerda los años que trajeron la mayor bendición. En los anales se les consigna como los más felices años. Las cosechas compiten entre sí, de año en año o de lugar a lugar. Pertenezcan a una comunidad o a individuos: estos montones son ejemplares y su seguridad acredita.

Es verdad que luego se los vuelve a gastar y, en algunas zonas, de repente, en ocasiones especiales; a veces sólo se les consume lentamente según la necesidad. Su constancia es limitada, su disminución está comprendida en la idea que uno se hace de ellos desde el comienzo. Su nueva recolección está sometida entonces al ritmo de las estaciones del año o de la lluvia. Todo cosechar es un

amontonar rítmico y la celebración de las fiestas está determinada a partir de este ritmo.

Montones de piedra

Pero también hay montones muy distintos que no son comestibles. Se erigen montones de piedra porque es muy difícil volver a desmontarlos. Se les erige para mucho tiempo, para una especie de eternidad. No han de disminuir nunca, han de seguir siendo lo que son. No entran en ningún estómago, y no siempre se habita en ellos. En su forma más antigua cada una de las piedras estaba en lugar de un hombre que la había aportado al montón. Más tarde aumentan el tamaño y el peso de las partes constitutivas, y ya sólo se les puede construir por muchos a la vez. Representen lo que sea, contienen el esfuerzo concentrado de incontables y arduos caminos. Á menudo es un enigma cómo se logró erigirlos. Cuanto menos se comprende su presencia, cuanto más lejana sea la procedencia de la piedra y cuanto más largos los caminos, tanto mayor fue el número de los hombres que uno debe imaginarse como erectores, tanto más profunda es la impresión que producen en todos los hombres posteriores. Representan el esfuerzo rítmico de muchos, del que nada queda excepto este indestructible monumento.

El tesoro

También el tesoro, como todos los montones, ha^ sido acumulado. Pero," en contraste con la fruta y los granos, está formado por unidades que no se pueden comer y que son imperecederas. Importante es el valor especial de estas unidades, y sólo una confianza en la perdurabilidad de este valor incita a la formación del tesoro. Es un montón que ha de permanecer intacto y que ha de crecer. Si pertenece a un poderoso, incita al robo a otros poderosos. El prestigio que aporta a su dueño le pone en peligro. Luchas y guerras han nacido por tesoros, y más de uno habría vivido

más tiempo con un tesoro más pequeño. Así, a menudo se le guarda en secreto a la fuerza. Lo particular del tesoro reside pues en la tensión entre el brillo que ha de difundir y el decreto que le protege.

El placer voluptuoso del número que crece de golpe se desarrolló en su forma más aprehensible en el tesoro. Todos los demás censos que persiguen resultados cada vez más elevados, los de ganado u hombres, por ejemplo, no pueden alcanzar la misma concentración de lo contado. La imagen del dueño que cuenta su tesoro en secreto no está menos profundamente grabada en el espíritu del hombre que la esperanza del tesoro que se descubre de pronto: está tan bien escondido, que ya a nadie pertenece, ha quedado olvidado en su escondite. Ejércitos bien disciplinados han sido atacados y sucumbieron por esta súbita avidez de tesoros; muchos triunfos se vieron transformados en derrotas. La transformación de un ejército en una banda de buscadores de tesoros, aun antes de cualquier batalla, es narrada por Plutarco en la Vida de Pompeyo.

«No acababa de atracar Pompeyo con su flota cerca de Cartago, cuando 7.000 hombres de los enemigos se pasaron a sus filas; él mismo trajo consigo seis legiones enteras al África. Aquí le aconteció un gracioso incidente. Algunos soldados encontraron casualmente un tesoro y obtuvieron una considerable suma de dinero. Cuando el asunto se supo, a todos los demás soldados se les ocurrió la idea de que esta comarca debía estar repleta de riquezas, que antaño los cartagineses habrían enterrado en su desgracia. Pompeyo nada pudo emprender con sus soldados, que sólo se ocupaban, de buscar tesoros durante muchos días. Riendo se paseaba y miraba a tantos miles que excavaban y escarbaban el terreno. Por fin se cansaron del asunto y le pidieron a Pompeyo que los condujera donde él quisiera, que ya estaban bastante castigados por su necedad.»

Junto a estos montones irresistibles por estar ocultos, hay otros, no obstante, que se reúnen en forma pública, como una especie de

impuesto voluntario, con la esperanza de que luego le toquen en suerte a uno solo o a un grupo reducido de hombres. Todas las formas de loterías deben incluirse aquí, pues son rápidas formaciones de tesoros: uno sabe que en cuanto se conozca el resultado del sorteo son entregados al afortunado. Mientras más reducido el número de los finalmente favorecidos, mientras más grande es por tanto el tesoro, tanto mayor su atracción.

La codicia que une a los hombres para tales ocasiones presupone una confianza absoluta en la unidad del tesoro. De la fuerza de esta confianza uno difícilmente se hará una idea exagerada. El hombre mismo se identifica con su dinero. Una duda acerca de él lo ofende, su conmoción hace estremecer su confianza en sí mismo. En la devaluación de su unidad monetaria se lastima al hombre mismo, se le rebaja. Cuando la celeridad de este proceso aumenta, cuando se llega a una inflación, los hombres desvalorizados se agrupan en formaciones que deben ser identificadas por entero con masas de fuga. Cuanto más pierden los hombres, tanto más llegan a hacerse uno en su destino. Lo que en algunos privilegiados, que están en condiciones de salvar algo para sí mismos personalmente, aparece como pánico, se convierte para todos los demás que han sido des-pojados de su dinero, que por tanto, son iguales en su pobreza, en fuga de masa. Las consecuencias del fenómeno, que en especial en nuestro siglo fue de imprevisible alcance histórico, serán tratadas en otro capítulo.

LAS ENTRAÑAS DEL PODER

ASIR E INCORPORAR

La psicología del asir e incorporar —como la del comer, en general— está aun enteramente sin investigar; todo nos parece extremadamente obvio al respecto. Empero hay en ello muchos hechos de naturaleza enigmática, sobre los que jamás reflexionamos. Nada más antiguo hay en nosotros. Aun el compartir gran parte de estos hechos con los animales, no significa, hasta hoy, nada sorprendente para nosotros.

Una criatura se acerca a otra, por la que siente hostilidad, en diferentes actos, cada uno de los cuales tiene su determinada significación tradicional. Está, por un lado, el acecho de la presa: se la acecha mucho antes de que perciba nuestros objetivos. Con un sentimiento de aprobación y de extremada satisfacción se la contempla, se la observa y vigila; se la ve como carne, aunque aún vive; tan intensa e irrevocablemente se la ve como carne que nada podría nunca disuadirnos de atraparla. Durante todo este tiempo en el que rondamos en torno a ella, sentimos ya hasta dónde nos pertenece; a partir del momento en que la seleccionamos como presa, en la imaginación ya nos la incorporamos.

El acechar es un estado tan peculiar de tensión que, independientemente de todo, puede adquirir significación de por sí. Se lo prolonga; más tarde se lo provoca como estado autónomo, independiente de la presa que promete. No sin riesgo el hombre yace en acecho y se entrega a la persecución. Todo lo que le impulsa activamente en esa dirección lo experimenta de modo pasivo en sí mismo; pero intensificado, pues su mayor inteligencia le proporciona más peligros y por consiguiente mayores tormentos.

No siempre el hombre es lo suficientemente fuerte para alcanzar directamente su presa. La persecución, de por sí hábil y apropiada, le condujo a las más complicadas trampas. A menudo el hombre hace uso de la transformación, que es su principal talento, y se disfraza como el animal que persigue. Es capaz de hacerlo tan bien que aquel le cree. Esta manera de acechar puede designarse como halago. Uno le dice al animal: «Soy idéntico a ti, soy tú mismo. Puedes dejarme estar en tu cercanía».

Después de acercarse reptando y de saltar —hechos tratados en otro contexto— se verifica el primer contacto. Quizá sea esto lo que más se teme. Los dedos palpan lo que muy pronto pertenecerá por entero al cuerpo. El aferrar a través de los otros sentidos, el ver, el oír, el oler, es mucho menos peligroso: aún deja espacio entre uno y su víctima; mientras subsista ese espacio subsiste una oportunidad de escapar y todo es impreciso. El palpar, en cambio, es precursor del gustar. La bruja del cuento hace que se le tienda un dedo para sentir si la víctima está suficientemente gorda.

Las intenciones de un cuerpo hacia otro, a partir del instante del contacto, se vuelven concretas. Ya en las formas de vida inferiores ese momento tiene algo de decisivo. Contiene los terrores más antiguos; soñamos con él; lo versificamos o lo intensificamos, nuestra vida civilizada no es otra cosa sino un único esfuerzo por evitarlo. El resistir o abandonar depende a partir de este instante de la relación de poder entre lo tocante y lo tocado; pero más aún que dé la relación de poder real, depende de la imagen que el tocado se hace de ella. La mayor parte de las veces buscará aún defender su piel; y sólo dejará de emprender una acción contra un poder que le parezca aplastante. El contacto definitivo, el contacto al que uno se resigna porque toda resistencia y, sobre todo, toda resistencia futura parece no tener salida, ha llegado a ser en nuestra vida social la detención. Basta sentir sobre el hombro la mano del que tiene potestad para el arresto: por lo común uno se rinde, aún antes de

llegar a ser propiamente asido. Uno se doblega, se deja llevar; uno se comporta controladamente;' y no obstante muy raramente se puede mirar con calma y confianza lo que depara el futuro en tales casos.

El próximo grado de acercamiento es el asir. Los dedos de la mano forman una concavidad en la que intentan apresar parte del ser tocado. Lo hacen sin preocupación por la estructura, la articulación orgánica de la presa. Si en esta fase la lastiman o no, a decir verdad es indiferente. Pero algo de su cuerpo debe de entrar en ese espacio, convirtiéndose así en prenda. El espacio dentro de la mano crispada es la antesala del hocico y del estómago, por el que la presa será definitivamente incorporada. En muchos animales, en Vez de la garra o de la mano es sin más el hocico armado el que se encarga de aferrar. Entre los hombres, la mano que ya no suelta se convierte en el símbolo propiamente dicho del poder. «Lo puso en "sus manos.» «Estaba en su mano.» «Está en la mano de Dios» Expresiones similares son frecuentes y familiares en todas las lenguas.

Lo verdaderamente importante en el proceso de asir es la presión que ejerce la mano humana. Los dedos se contraen en torno a lo asido; la concavidad, en que se lo ha presionado, se restringe. Se le quiere sentir con toda la superficie interior de la mano, se le quiere sentir con la mayor intensidad. El primer contacto fue leve y cauteloso; luego se intensifica y se concentra, hasta que se tiene el trozo de presa tan intensamente oprimido como se puede. Este tipo de presión adquiere un rango superior al del laceramiento por medio de las garras. En los antiguos cultos la laceración era todavía practicada; pero se la consideraba bestial; era un juego de animales. Para un verdadero caso de emergencia se ha transferido desde hace mucho tiempo a los dientes.

La presión puede acrecentarse hasta aplastar. Cuanto más peligrosa es la presa, tanto mayor la presión, que puede llegar a aplastar. Si se ha tenido que sostener una dura lucha con ella, si la presa constituye una seria amenaza, si provoca la furia o, peor, si hiere, se lo hará

sentir y se apretará más fuertemente de lo que sería necesario para la propia seguridad.

Pero más que la peligrosidad y la furia, hay un desprecio que invita a aplastar. Algo muy pequeño, qué casi no cuenta, un insecto, es aplastado, porque si no, uno no sabría qué es lo que ha sucedido con él. No hay mano capaz de formar una concavidad lo bastante estrecha para eso. Pero aparte del hecho de que uno quiere librarse de una nimiedad y asimismo saber que uno se ha librado realmente de ella, este comportamiento para con una mosca o una pulga delata el desprecio por seres enteramente inermes, que viven en un orden de magnitud y poder muy distinto al nuestro, con los que nada tenemos en común, en los que nunca nos transformamos, a los que nunca tememos, a no ser qué de pronto se presenten en masa. La destrucción de estas minúsculas criaturas es el único acto que permanece completamente impune también dentro de nosotros. Su sangre nunca cae sobre nuestra cabeza, ni recuerda a la nuestra. No miramos su mirada que se quiebra. No las comemos. Nunca han sido integradas, al menos entre nosotros y en Occidente, en el creciente, aunque no muy efectivo, reino de la humanidad. Están, en una palabra, fuera de la ley, entregadas a quienquiera que desee abatirlas, libres como pájaros; libres al arbitrio como pulgas y moscas, sería más acertado decir. Si yo le digo a alguien: «Te aplasto meramente con la mano», expreso con ello el mayor desprecio imaginable; digo más o menos: «Eres un insecto. Nada me significas. Puedo hacer contigo lo que quiera, y tampoco entonces me significas nada. A nadie significas nada. Se te puede exterminar impunemente. Nadie lo notaría. Nadie lo recordaría. Yo tampoco».

El supremo grado de destrucción por presión, la trituración, ya no le es posible a la mano; es demasiado blanda para eso. La trituración presupone una superioridad mecánica muy grande, dos superficies duras, una arriba y otra abajo, entre las que se tritura. Los dientes realizan aquí lo que no les es posible a las manos. Por lo común ya

no se piensa en algo viviente cuando se habla de trituración; el proceso como tal ha avanzado demasiado hacia lo inorgánico. Lo más probable es vincular la palabra con una catástrofe natural; grandes rocas que se han desprendido pueden triturar criaturas mucho más pequeñas. Traspuesta la expresión, es cierto que se la aplica, pero no se la toma muy en serio. Procura la imagen de un poder que destruye, que pertenece a las herramientas del hombre pero no auténticamente al hombre mismo. Hay algo objetivo en la trituración; el cuerpo solo, como exterioridad, no es capaz de ella y renuncia a ella. Lo más fuerte de que es capaz es la empuñadura «de acero».

Es curioso el gran respeto del que goza el agarrar. Las funciones de la mano son tan múltiples que uno no puede extrañarse de los variados giros lingüísticos que se vinculan con ella. En realidad su nimbo propiamente dicho lo extrae del gesto de agarrar, acto central y el más celebrado del poder. «Sobrecogido», palabra que difícilmente podría encontrar superlativo, es quizás el testimonio más impresionante de ello. Expresa la condición de estar enteramente encerrado por una fuerza sobre la que no se tiene influencia. El «sobrecogido» está agarrado por una mano gigantesca, aprisionado en ella, sin poder hacer nada para defenderse de ella, cuyas intenciones no puede conocer.

Es natural encontrar el acto decisivo del poder allí donde desde siempre es más notorio, tanto entre los animales como entre los hombres: precisamente en el agarrar. El supersticioso prestigio que entre los hombres gozan los animales de presa felinos, tanto el tigre como el león, descansa en ello. Ellos son los grandes agarradores; se encargan sólo de agarrar. El acecho, el salto, el hundir las zarpas, el lacerar, en ellos todo está reunido en un punto. El ímpetu de este obrar, su implacabilidad, la seguridad con que es ejecutado, la in-dudable superioridad del ejecutante, el hecho de que todo, lo más variado, puede convertirse en presa: todo contribuye a su violento

prestigio. Desde cualquier punto de vista, en ellos se manifiesta el poder en su máxima concentración. En esta forma han dejado una impresión imborrable en el hombre; todos los reyes de buen grado habrían sido leones. Era el mismo acto de agarrar el que admiraban y elogiaban, su éxito. Por doquier se calificó de valentía y grandeza lo que se basaba en una fuerza ampliamente superior.

El león no se tiene que transformar para alcanzar a su presa; la alcanza él mismo como león. Antes de moverse se da a conocer por su rugido; él, el único, puede delatar su intención anunciándola en alta voz y de modo audible a toda criatura. Hay en ello una inalterable obstinación que jamás cambia, y sólo por eso aumenta el terror que infunde. El poder en su esencia y en su culminación desprecia las transformaciones. Se basta a sí mismo; se quiere sólo a sí. Es en esta forma que le pareció admirable al hombre; absoluto e irresponsable, no obra en favor de nada ni de nadie. Su mayor brillo lo encuentra cuando se presenta en esta forma; y hasta hoy nada puede impedirle volver a aparecer siempre de esta forma.

Mas hay un segundo acto del poder, no tan brillante pero no por ello menos esencial. La grandiosa impresión de agarrar hace a veces olvidar una acción paralela y no menos importante: el no dejarse agarrar.

Todo espacio libre que crea el poderoso en su torno, sirve a esta segunda tendencia. Todo poderoso, aun el más pequeño, busca evitar que se le aproximen demasiado. Dondequiera que haya una forma de convivencia entre hombres, ésta se expresa en distancias que disminuyen este incesante terror de ser asidos y agarrados. La simetría, tan llamativa en ciertas civilizaciones antiguas, deriva asimismo de la distancia uniforme que el hombre crea alrededor de sí. La seguridad en estas civilizaciones es una seguridad de distancias y así se expresa también plásticamente. El poderoso, de cuya existencia depende la de los demás goza de la mayor, de la más nítida de las distancias; en ello, no sólo por su brillo, él es el sol o, más

ampliamente, como entre los chinos, el cielo. El acceso a él se hace dificultoso; se construyen en su torno palacios cada vez con más salones. Cada portal, cada puerta está bajo estricta vigilancia; es imposible entrar contra su voluntad. Él, desde su distante seguridad, puede hacer agarrar a cualquiera, dondequiera que se halle. Pero ¿cómo agarrarlo a él, al cien veces apartado?

La *incorporación* de la presa comienza por la boca. Hacia ella conducía originariamente el camino de todo comestible, de la mano a la boca. En muchas criaturas que no tienen brazos para agarrar, el agarrar está a cargo de la boca misma, de los dientes, o de un pico antepuesto a ella.

El instrumento más notorio del poder, que el hombre como muchísimos animales lleva consigo, son los dientes. La hilera en que están dispuestos, su brillante lisura, no pueden compararse con ninguna otra parte activa del cuerpo. Se les podría designar como el primer ordenamiento, un ordenamiento que exige formalmente ser reconocido en general; un ordenamiento que actúa como amenaza hacia afuera, no siempre de manera visible pero sí cuando se abre la boca, y ello sucede a menudo. El material de los dientes es diferente al de las demás partes evidentes del cuerpo; sería igualmente impresionante aunque uno tuviera sólo dos dientes. Son lisos, son duros, no ceden; se les puede comprimir sin que cambien de volumen; obran como piedras engastadas y pulidas con esmero.

Ya muy temprano el hombre utilizó todas las piedras posibles para fabricarse armas y útiles, pero tardó mucho hasta que supo pulimentarlas hasta darles la lisura de los dientes. Es probable que para mejorar la constitución de sus útiles, los dientes le sirvieran de modelo. Los dientes de muchos grandes animales le fueron útiles desde siempre. Puede que se haya hecho con ellos poniendo en peligro su vida; y algo del poder del animal que con ellos lo amenazaba debía parecerle estar aún contenido en ellos. Se los colgaba como trofeos y amuletos; que pasasen a otros el terror que

él mismo había sentido ante ellos. Portaba con orgullo en su cuerpo las cicatrices que le habían sido infligidas por dientes; las consideraba signos de honor y eran tan codiciadas que más tarde se las provocaba artificialmente.

Así de rico y múltiple es el efecto de los dientes sobre el hombre, tanto los de los animales más fuertes como los suyos propios. Por su carácter, se situaban, se sitúan, a mitad de camino entre el miembro natural del cuerpo y la herramienta; el hecho de que se caigan o que puedan ser extraídos los aproximaba a la herramienta aún más.

Las propiedades manifiestas de los dientes, el ser lisos y estar ordenados, pasaron a la esencia del poder en general. Son inseparables de él y es lo primero que puede establecerse en toda forma de poder. Los útiles primitivos ya lo mostraron; pero con el crecimiento del poder también crecieron éstas, sus tempranas propiedades. El paso de la piedra al metal fue quizás el mayor salto en esta dirección de creciente tersura. Por bien pulida que estuviese la piedra, la espada, primero de bronce y luego de hierro, era aún más lisa. Lo propiamente atractivo y seductor del metal es que sea más liso que cualquier otra cosa. En las máquinas y en los vehículos de nuestro mundo moderno esta tersura se acrecentó hasta convertirse en una tersura de funcionamiento. El habla expresa el estado de cosas del modo más sencillo; se dice que algo funciona de modo «liso». Con ello uno se refiere a que un suceso, del tipo que sea, está perfectamente controlado, que se realiza sin estorbo. La preferencia por lo pulido en la vida moderna se ha extendido a terrenos en los que antes se lo evitaba. Las casas e instalaciones estaban frecuentemente adornadas como el cuerpo y los miembros del hombre. El adorno ha cambiado pero siempre existió; se perseveraba en él con terquedad, incluso cuando su significado simbólico ya se había perdido. Hoy lo liso ha conquistado también las casas, sus muros, sus paredes, los objetos que se colocan en ellas; ornamentos y adornos son despreciados y se los considera signo de

mal gusto. Se habla de la función de la claridad y de la utilidad, pero lo que en la realidad ha triunfado es lo liso y el secreto prestigio de poder que le es inherente.

El ejemplo de la nueva arquitectura pone ya de manifiesto lo difícil que sería separar aquí lo liso del ordenamiento. Su historia conjunta es vieja, tan vieja como los dientes. La igualdad de toda una hilera de incisivos, las limpias distancias a que están situados, fueron ejemplares para muchos ordenamientos. Grupos regulados de toda especie, que nos son hoy evidentes, pueden originariamente derivar de ello. La disposición de las divisiones de tropas impuesta artificialmente por el hombre mismo, está mitológicamente vincula-da con los dientes. Los soldados de Cadmos brotaron del suelo en que se habían plantado dientes de dragón.

Por cierto el hombre halló otros ordenamientos ya en la naturaleza, el de las hierbas, por ejemplo, y el más duro de los árboles. Pero no los encontró, como los dientes, en sí mismo; no estaban tan inmediata y constantemente conexos con su absorción de alimentos ni eran tan maniobrables. Es su actividad como órganos para morder lo que remitió al hombre con tanto énfasis a su ordenamiento. Es la caída de varios de ellos y sus dolorosas consecuencias, las que le hicieron tomar conciencia del significado de este ordenamiento.

Los dientes son los guardas armados de la *boca*. Este espacio de veras estrecho es la imagen primigenia de todas las *cárceles*. Lo que llega a penetrar allí está perdido; mucho ingresa todavía vivo. Gran número de animales matan a su presa en el hocico, algunos la tragan viva. La prontitud con que el hocico o la boca se abren, si no están abiertos ya durante el acecho, el modo definitivo con que una vez cerrados permanecen clausurados recuerda las propiedades temidas de la cárcel. No sería equivocado suponer que realmente hubo una oscura influencia de las fauces sobre ésta. Seguro que para los hombres primitivos no sólo las ballenas tenían lugar suficiente en sus fauces.

En ese hórrido lugar nada podría prosperar, incluso si se llegara a habitarlo. Es árido y no permite la siembra. Cuando casi habían desaparecido las fauces de los monstruos y los dragones, se halló un sustituto simbólico para ello: las cárceles. Al principio, cuando eran todavía cámara de tortura, semejaban fauces hostiles en muchos de sus detalles. El infierno hoy tiene todavía ese aspecto. Las cárceles propiamente dichas se han vuelto por el contrario puritanas: lo liso de los dientes ha conquistado el mundo, los paramentos de las celdas son una única tersura, y el tragaluz es muy pequeño. La libertad, para el prisionero, es todo lo que hay más allá de esos dientes apretados, y en lugar de ellos ahora se yerguen las desnudas paredes de una celda.

La estrecha garganta, por la que toda presa ha de pasar, es para los pocos que pasan aún con vida, el último de todos los horrores.

La fantasía del hombre siempre se ocupó de estas etapas de la incorporación. El hocico rígidamente abierto de las grandes bestias que lo amenazaban lo persiguió hasta en sus sueños y sus mitos. Los viajes de descubrimiento por esas gargantas no le eran menos importantes que los viajes por mar y sin duda no menos peligrosos. No pocos, ya sin esperanza, arrancados aún con vida del hocico de esas bestias, llevaron en su cuerpo las cicatrices de los dientes durante toda su vida.

Aún más largo es el camino que toma la presa por el cuerpo. En este camino es lentamente usufructuada: cualquier cosa de ella que se pueda utilizar le es sustraído. Lo que sobra son desechos y hediondez.

Este proceso, al término de toda conquista animal, es esclarecedor acerca del carácter del poder en general. Quien quiere enseñorearse de los hombres busca rebajarlos; privarlos arteramente de su resistencia y sus derechos hasta que estén impotentes ante él, como animales. Como animales, los utiliza; aunque no lo diga, siempre

tiene dentro de sí muy claro lo poco que representan para él; frente a sus confidentes los calificará de ovejas o bueyes. Su meta última es siempre «incorporárselos» y absorberlos. Le es indiferente lo que de ellos quede. Cuanto peor los haya tratado tanto más los desprecia. Cuando ya no sirven para nada, se libera de ellos en secreto, como excrementos, y se encarga de que no apesten el aire de su casa.

No osará reconocer este proceso en todas sus fases. Si gusta de declaraciones audaces, puede que confiese ante sus confidentes el denigrar los hombres al rango de animales. Pero como no envía a matar a sus súbditos en mataderos, ni los emplea de hecho como alimento de su cuerpo, negará que los absorbe y digiere. Al contrario: será él quien les da de comer. Es muy fácil pasar por alto el significado real de todos estos fenómenos, puesto que el hombre cría animales que no están destinados a morir de inmediato, ni necesariamente a morir, pues le son más útiles para otros fines.

Pero aparte del detentador del poder, que tanto sabe concentrar en su mano, también la relación de cada hombre con sus propios excrementos pertenece a la esfera del poder. Nada ha pertenecido tanto a un hombre como aquello que ha convertido en excrementos. La presión constante bajo la que se encuentra la presa hecha alimento durante su larga peregrinación por el cuerpo, su disolución y la íntima relación en que entra con quien la digiere, la total y definitiva desaparición primero de todas las funciones, luego de todas las formas que alguna vez constituyeran su propia existencia, la igualación o la asimilación a aquello que ya existe en quien la digiere como cuerpo, todo ello puede considerarse muy bien como lo más central, si bien lo más oculto del proceso del poder. Es cosa tan obvia, autónoma y más allá de todo lo consciente, que se subestima su significado. Uno tiende a ver sólo los mil juegos divertidos del poder que tienen lugar en la superficie; pero éstos no son más que la más pequeña de sus partes. Debajo, día tras día, se digiere y se sigue digeriendo. Algo ajeno es agarrado, desmenuzado,

incorporado, asimilado e integrado desde dentro; tan sólo por este proceso se vive. Basta que cese para que se esté muy pronto en las últimas; esto es cosa sabida. Pero es claro que todas las fases de este proceso, no sólo las externas y semiconscientes, deben reflejarse también en lo psíquico. Encontrar sus correspondencias aquí no es fácil; algunas huellas importantes aparecerán en el curso de esta investigación, que invitarán a ser seguidas. En especial son aquí reveladores, como se verá, los síntomas de la melancolía.

Los excrementos que quedan al final están cargados con todas nuestras culpas. De ellos puede comprenderse qué hemos asesinado. Son la apretada totalidad de los indicios contra nosotros. Como nuestro pecado cotidiano, continuado, jamás interrumpido, hieden y claman al cielo. Es notable cómo se aísla uno con ellos. Uno se deshace de ellos en espacios propios, destinados sólo a ese fin; el más privado de los momentos es el de la excreción; realmente uno está a solas exclusivamente con sus excrementos. Es claro que uno se avergüenza de ellos. Son el antiquísimo sello de aquel proceso del poder de la digestión que tiene lugar en lo oculto y que sin este sello permanecería oculto.

LA MANO

La mano debe su nacimiento al vivir en los árboles. Su primera característica es la separación del pulgar: su vigoroso perfeccionamiento y el mayor espacio que media entre él y los otros dedos permite la utilización de aquello que alguna vez fue garra para asir bien las ramas. Desplazarse sobre los árboles en todas direcciones se hace fácil y natural; en los monos se ve el valor de las manos. Esta función más remota de la mano es conocida por todos y apenas podría ser puesta en duda.

Pero lo que no se considera suficientemente es la función diversa de las manos al trepar. Las dos manos no hacen, de ningún modo, lo mismo a un tiempo. Mientras una procura alcanzar una nueva rama,

la otra sujeta la anterior. Este sujetar es de importancia cardinal; durante un desplazamiento rápido es lo único que impide caer. La mano, de la que pende todo el peso corporal, no debe bajo ninguna circunstancia soltar lo que sujeta. En ello manifiesta una gran tenacidad que, sin embargo, debe distinguirse bien del antiguo sujetar la presa. Porque apenas el otro brazo ha alcanzado la nueva rama, la anterior ha de ser soltada. Si esto no sucede de prisa, la criatura no puede, al trepar, avanzar mucho. Es, pues, el soltar como un relámpago, la nueva aptitud que se agrega a la mano; antes la presa nunca era soltada, sino bajo extrema coerción y muy en contra de toda costumbre y voluntad.

Al trepar el rendimiento consta pues, para cada mano por se-parado, de dos fases sucesivas: asir, soltar; asir, soltar. Si bien la otra mano hace lo mismo, lo hace con un desplazamiento de fase. En uno y el mismo momento, cada una hace lo opuesto de la otra. Lo que diferencia al mono de otros animales es la rápida sucesión de ambos movimientos. Asir y soltar se persiguen uno a otro y confieren a los monos la ligereza que uno tanto admira en ellos.

También los monos superiores, que descendieron de los árboles a la tierra, conservaron siempre esta facultad esencial de las manos, la de hacerle en cierto modo el juego una a la otra. Una actividad ampliamente difundida del hombre muestra de manera palmaria tener el mismo origen: el comercio.

Consiste el comercio en que, por algo determinado que se recibe, algo determinado se da. Una mano sujeta tenazmente el objeto con que procura seducir al interlocutor a comerciar. La otra se extiende deseosa del segundo objeto, que quiere obtener a cambio del suyo. Apenas lo toca, la primera mano suelta su propiedad; no antes, por-que, si no, podría verse privada por entero de ella. Esta forma más cruda del engaño, donde a uno le es quitado algo sin que medie contravalor alguno, corresponde, traducido al proceso de trepar, al caerse del árbol. Para evitarlo uno permanece sobreaviso durante

toda la negociación y observa cada movimiento del interlocutor. La alegría difundida y profunda que el hombre encuentra en el comercio, en parte puede pues también explicarse porque perpetúa así una de sus más antiguas configuraciones de movimiento bajo la forma de actitud psíquica. En nada está tan cerca hoy el hombre del mono como en el comercio.

Pero regresemos de esta desviación por épocas recientes, a una época mucho más remota, a la mano misma y sus orígenes. En las ramas de los árboles la mano aprendió una especie de sujetar cuya finalidad ya no era la alimentación inmediata. El camino corto y monótono de la mano a la boca quedó por ello interrumpido. Cuando la rama se quebró en la mano nació el palo. Con él uno podía mantener a distancia a los enemigos. Creó espacio ya en torno a una temprana criatura que quizá no era sino semejante al hombre. Visto desde el árbol, el palo era el arma más cercana. El hombre le guardó fidelidad, nunca renunció al palo. Golpeaba con él; le aguzó para convertirlo en lanza; le curvó y le ató; le desbastó para confeccionar flechas. Pero tras todas estas transformaciones el palo permaneció siempre lo que había sido al comienzo: un instrumento con el que se crea distancia; que mantiene a distancia al ser tocado y al temido ser asido. Así como el estar erguido nunca perdió su patetismo, así tampoco el palo con todas sus transformaciones nunca perdió su función primaria: como varita mágica y como cetro se mantuvo cual atributo de dos importantes formas de poder.

Sobre la paciencia de las manos

Uno percibe como anticuadas todas las actividades bruscas de la mano. No sólo del agarrar con intención hostil se espera repentineidad y crueldad. Muchas acciones que sólo aparecieron más tarde, como el golpear, el punzar, el empujar, lanzar y disparar, por mucho que se hayan ramificado y complicado técnicamente, involuntariamente se sitúan en el mismo plano. Su rapidez y precisión puede que hayan aumentado, pero tanto su sentido como

su intención son los de siempre. Para el cazador y el guerrero se hicieron importantes; nada le agregaron a la gloria propiamente dicha de la mano humana.

La mano alcanzó su perfección por otros caminos, por los caminos en los que ha renunciado a la violencia y a la presa. La verdadera grandeza de las manos está en su paciencia. Los tranquilos y acompasados procesos de la mano han creado el mundo en el que querríamos vivir. El alfarero, cuyas manos saben modelar la arcilla aparece como Creador ya al comienzo de la Biblia.

Pero, ¿cómo se hicieron pacientes las manos? ¿Cómo conquista-ron la delicadeza de sus dedos? Una de las ocupaciones más tempranas de la que se tiene noticias y que tanto aman los monos es el rascar la pelambre de sus compañeros. Se cree que buscan algo, y como indudablemente a veces lo encuentran, se ha imputado a este quehacer un sentido demasiado estrecho, nada más que utilitario. En realidad lo que les interesa es el grato sentimiento que los dedos experimentan entre los pelos de la piel. Estos ejercicios de los dedos son los más tempranos que se conocen y han contribuido a hacer de ellos el delicado instrumento que hoy admiramos.

Los ejercicios digitales de los monos

La cuidadosa revisión recíproca de la piel llama la atención a quien observe a los monos. El detenido palpar y contemplar de cada uno de los pelos da la impresión de que están en busca de parásitos. La posición de los animales hace recordar a hombres que se espulgan; a menudo se llevan sus dedos cuidadosamente a la boca; denotan así que han encontrado algo. Que esto suceda tan a menudo parece demostrar la necesidad de tal búsqueda. Ésta ha sido siempre la opinión popular. Sólo en épocas recientes el hecho ha sido interpretado con más precisión por los zoólogos.

Una exposición y un estudio coherente de esta costumbre de los monos se halla en el libro de Zuckerman sobre la *Vida social de los*

monos y los antropoides. Es tan reveladora que copio el texto en traducción:

«Espulgarse es independientemente de lo que puedan decir los sociólogos, la forma más fundamental y propia del intercambio social entre los monos Rhesus. Los monos, y en menor medida los antropoides, pasan una gran parte del día dedicados a un cuidado recíproco. Un animal examinará cuidadosamente con los dedos la pelambre de su camarada y se comerá una gran parte de las secreciones mezcladas que allí encuentra. Lleva sus hallazgos a la boca, bien con la mano, bien después de haber lamido un mechón de pelo en un mordisqueo directo. La acción exige movimientos de los dedos especialmente bien coordinados, asociados con una exacta convergencia de los ojos. Este comportamiento por lo común es mal interpretado como un intento de eliminación de piojos. En realidad, rara vez se encuentran parásitos en los monos en cautiverio, tan rara vez como entre los que están en libertad. Los frutos de la búsqueda resultan ser en general pequeñas descamaciones de la piel, partículas de piel y secreciones, espinas y otros cuerpos extraños. Si no están ocupados en otra casa, los monos reaccionan a la presencia de una pelambre dándose a esta revisión minuciosa. Un mono responde apenas nace al estímulo del pelo, y este estímulo se conserva, poderoso y efectivo, en todas las fases de su crecimiento. Si carece de compañero, un mono sano revisará su propia piel. Dos y a veces hasta tres monos pueden revisar en grupo a uno de sus cantaradas. Usualmente el que es limpiado se mantiene pasivo a excepción de los movimientos que faciliten las investigaciones de los otros. A veces, sin embargo, puede simultáneamente atarearse con otro animal, cuya piel revisa. Los monos no confinan esta actividad a sus congéneres. Cualquier objeto peludo, animado o inanimado, puede incitarlos a sus investigaciones. De buena gana revisan el cabello de un amigo humano. El hecho parece tener un significado sexual, no sólo por el

tenue estímulo de numerosas terminaciones nerviosas en la piel, sino también porque a veces es acompañado por una actividad sexual directa. Por esta razón y por su frecuencia quizá sea legítimo considerar las reacciones de revisión y el estímulo del pelo como factores que sirven a la cohesión del grupo social entre los primates inferiores».

Nada podría sorprender más que la interpretación sexual de este suceso después de haber leído la descripción que el propio Zu-ckerman da de él. Habla de que varios monos a la vez se ocupan de la piel de otro. Subraya la importancia de cualquier tipo de piel para ellos. En pasajes ulteriores de su libro formula una antítesis entre la investigación de la piel y los fenómenos sexuales. Así menciona que animales en época de calma sexual, cuando muestran sólo un mínimo interés de este tipo, se acercan sin embargo a la reja para hacerse rascar. Tiene también bastante que decir sobre el temprano significado de la piel para las crías de mono.

La primerísima experiencia sensorial que tiene un mono es precisamente la del pelo. Inmediatamente después del nacimiento, la cría es traída al pecho por la madre; sus dedos agarran y sujetan su piel. El animal busca el pezón hasta que lo encuentra; la madre no le ayuda en ello. «Durante el primer mes vive enteramente de leche y la madre lo lleva a cuestas a todas partes. Si la madre está sentada, mantiene al hijo estrechamente apretado contra ella, y las patas de éste se aferran al pelo de su panza. Tiene las manos hundidas en la piel del pecho materno. Cuando camina la cría sigue colgada, por decirlo de alguna manera, suspendida bajo ella. Usualmente se sujeta, sin que se le ayude, pero a veces la madre la rodea con un brazo brincando sobre tres "piernas". Al estar sentada abraza a veces al hijo con ambos brazos. La cría manifiesta un fuerte interés por la piel. Pasa los dedos entre la pelambre de la madre y a la semana puede que rasque ya su propio cuerpo. He observado a un monito de una semana explorar con vagos movimientos de la mano

la piel de su padre, que estaba sentado cerca de la madre. A veces la madre se muestra irritada por cómo el pequeño tiene sujeta su piel y le retira manos y patas.»

El comportamiento de una mona lactante no cambia cuando muere su cría. Continúa apretándola contra su pecho y la acarrea a todas partes en sus brazos. «Al comienzo no lo deposita: sigue revisando su pelo, como cuando estaba vivo. Le revisa la boca y los ojos, la nariz y las orejas. Al cabo de algunos días se advierte un cambio en su comportamiento. Un cuerpo inerte, ahora ya en leve descomposición, pende de su brazo. Sólo cuando se desplaza lo aprieta contra su pecho. Aunque todavía sigue revisando Ta piel y mordisquea la epidermis, deja ahora más a menudo el cuerpo en el suelo. La descomposición avanza, comienza la momificación pero la revisión de epidermis y pelambre continúa. El cuerpo reseco comienza ahora a desintegrarse, y se advierte que le falta un brazo o una pierna; pronto todo no es más que un pedazo de piel reseca. La madre arranca trozos con mayor frecuencia; se ignora si los traga. Luego puede que renuncie por sí misma a lo que ha quedado de los resecos restos.»

Los monos suelen guardar los objetos de piel y plumas. Una hembra babuina que se hallaba bajo la observación de Zuckerman atrapó un gatito, lo mató y tuvo el cuerpo durante todo el día asido en sus brazos, exploró su piel y se defendió con brusquedad cuando le fue retirado a la tarde. En el jardín zoológico de Londres se puede observar a veces cómo los monos exploran las plumas de gorriones que han matado. En la bibliografía figura también el caso de una rata muerta a la que recogió un mono y trató con celo idéntico al de la cría muerta anteriormente mencionada.

Zuckerman concluye a partir de su exposición que habría que distinguir tres factores determinantes del comportamiento maternal. Los dos primeros son en el fondo de significación social, a saber, la atracción que ejerce un pequeño objeto peludo, y la fuerte atracción

que posee la piel materna para la cría. El tercer factor es el reflejo de succión del animal joven, que por su actividad alivia la tensión en los pechos de la madre.

La reacción a la piel sería pues un factor fundamental en el comportamiento social mismo. Su importancia se puede deducir también del hecho de que un mono joven, tras la muerte de su madre, continúe asiéndose a su piel; pero que no es este cuerpo específico el que le interesa puede deducirse del hecho de que si fija su atención sobre el cadáver de cualquier otro mono muerto, se tranquiliza en igual medida. «La naturaleza fundamental de la reacción a la piel se deduce también de la rigurosa delimitación de sus características y la variedad de situaciones en que puede provocársela. Plumas, ratones o gatitos pueden servir todos ellos de estímulo. Es muy probable que el proceso social del "cuidado" del "revisar" se pueda derivar de una innata reacción a la piel, y que sea uno de los lazos fundamentales por los que se mantienen juntos los monos.»

No parecerá dudoso —tras estas amplias citas de su libro— que el autor mismo no toma en serio una interpretación específicamente sexual del cuidado de la piel de los monos entre sí. El relato es claro: la piel en sí ejerce una atracción particular sobre los monos en todas las circunstancias vitales. La diversión que les proporciona ocuparse de los pelos debe ser de naturaleza muy particular; la buscan por doquier, en los vivos y en los muertos, en camaradas de especie tanto como en forasteros. El tamaño del animal no importa. A este respecto la cría significa tanto para la madre como la madre para la cría. Parejas de amantes y de amigos se abandonan en igual medida a ello. Varios animales pueden dedicarse a la vez a la piel de uno solo.

Esta diversión es propia de sus dedos. Nunca se cansan de los pelos; horas y horas pueden transcurrir haciendo pasar pelos por entre los dedos. Son los mismos animales cuya vivacidad y caprichoso brincar se ha hecho proverbial; según una vieja tradición china los monos

no tienen estómago y digieren su alimento dando brincos repentinos. El contraste con la infinita paciencia que muestran en esta clase de cuidado es tanto más notable. En él los dedos se hacen cada vez más delicados; los numerosos pelos que sienten a la vez contribuyen a que se cultive una especial sensación táctil, que se distingue muy particularmente de las sensaciones más groseras del atrapar y del pescar. No puede dejar de pensarse en todas las ulteriores ocupaciones del hombre basadas en la finura y la paciencia de sus dedos. Los aún desconocidos ancestros del hombre, lo mismo que todos los monos, tienen tras de sí un prolongado período de ejercicios digitales, sin los cuales nuestra mano no se habría perfeccionado tanto. En el origen de este cuidado pueden haber influido distintas cosas, bien, en primer lugar, una búsqueda de insectos, bien las tempranas vivencias del mono cría junto al velludo pecho de la madre. Pero el fenómeno tal como hoy se lo observa desarrollado en todos los monos, tiene ya su propia unidad y sentido. Sin él nunca habríamos aprendido a modelar, a coser ni a acariciar. Con él la mano adquiere vida realmente propia. Sin la observación de las figuras que los dedos conforman en este trabajo y que al buscador poco a poco debían de quedarle estampadas, verosímilmente jamás habríamos llegado a tener signos para indicar las cosas y, en consecuencia, tampoco el lenguaje.

Las manos y el nacimiento de los objetos

La mano que recoge agua es el primer recipiente. Los dedos de ambas manos, que se trenzan entre sí, forman la primera canasta. Aquí creo que nace la rica evolución de toda clase de trenzados, de juegos de hilos, hasta llegar al tejido. Se tiene la sensación de que las manos llevan su propia vida de transformación. No basta que esta o aquella conformación exista ya en el entorno. Antes de que el hombre primigenio intente darle forma, sus manos y dedos deben comenzar por representar. Puede que tiempo atrás haya habido cas-caras vaciadas como nueces de coco, pero éstas eran arrojadas

sin prestarles mayor atención. Hasta que los dedos, que forman una concavidad para recoger agua, hicieron realidad la primera fuente. Uno se podría imaginar que los objetos, en nuestro sentido de la palabra, objetos a los que corresponde un valor porque los hemos hecho nosotros mismos, existían primero como signos de las manos. Parece haber un punto central de enorme importancia, donde el nacimiento del lenguaje gestual correspondía a aquel placer de dar forma a los objetos uno mismo, mucho antes de intentarlo realmente. Lo que se representaba con ayuda de las manos, sólo más tarde, una vez que había sido representado suficientemente se hizo realidad. Palabras y objetos serían pues emanación y resultado de una única experiencia unitaria, precisamente la de la representación por las manos. Todo lo que el hombre es y puede, todo lo que en un sentido representativo constituye su cultura, se lo incorporó por transformaciones. Manos y rostros fueron los vehículos propiamente dichos de esta incorporación. Su importancia aumentó —con respecto al resto del cuerpo— cada vez más. La vida propia de las manos, en este sentido primigenio, se ha conservado aún con mayor pureza en la gesticulación.

La manía destructiva en monos y hombres

La manía destructiva en monos y hombres puede muy bien ser vista como ejercicio de endurecimiento de la mano y los dedos. La utilización de ramas puso al mono trepador y a sus manos en constante relación con un material más duro que ellos mismos. Para dominar las ramas tenía que aferrarse a ellas, pero también tenía que entender cómo quebrarlas. El tantear su «terreno» era un tantear de ramos y ramas; lo que quebraba con facilidad era un falso suelo para su desplazamiento. La exploración de este mundo de las ramas era una interminable confrontación con su dureza; el probarlas siguió siendo una necesidad, incluso cuando hubo adquirido gran experiencia en esta materia. El palo que el mono, como el hombre, convirtió en primer arma, inició la serie de los instrumentos duros.

Uno medía sus manos con él, como más tarde también con las piedras. Los frutos y la carne de los animales eran blandos, lo más blando era la pelambre. En el rascar y espulgar la piel ejercitaba la finura de sus dedos; en el quebrar todo lo que caía entre ellos, su dureza.

Hay pues una particular manía destructiva en las manos, que no tiende de inmediato a la presa y a matar. Es puramente mecánica y se ha prolongado en las invenciones mecánicas. Precisamente por su inocencia se ha vuelto especialmente peligrosa. Se sabe libre de la intención de matar y por ello puede permitirse cualquier empresa. Lo que efectúa aparentemente concierne solamente a las manos, su agilidad y capacidad de rendimiento, su inocua utilidad. En cualquier momento en que esta manía mecánica de destrucción de las manos, transformada en un complejo sistema técnico, se asocia con la intención real de matar, suministra la parte automática, irreflexiva del proceso resultante, lo vacío y para nosotros especialmente inquietante del proceso; puesto que nadie lo quería, todo advino como por sí mismo.

En privado y a pequeña escala cada uno experimenta el mismo proceso durante el irreflexivo juego de los dedos, cuando quiebra palitos de fósforo o chafa papel. Las múltiples ramificaciones de este impulso de destrucción mecánico están íntimamente vinculadas a la evolución de la tecnología. Si bien el hombre ha aprendido a dominar lo duro con lo duro, no obstante la mano sigue siendo la última instancia para todo. La vida independiente de la mano ha tenido las más monstruosas consecuencias. Fue en más de un aspecto nuestro destino.

Los que matan siguen siendo siempre los poderosos

La mano ha actuado de modelo y estímulo no sólo como un todo. También los dedos por separado, muy especialmente el índice extendido, han adquirido significación. El dedo en su extremo se

afinaba e iba armado con una uña; él dio primeramente la sensación activa del punzar. El puñal que de él se desarrolló es un dedo más duro y mejor aguzado. La flecha era un cruce de ave y dedo. Para poder penetrar más profundamente, se alargó; para volar mejor tenía que adelgazarse. Pico y espina confluyeron en su composición, el pico de por sí era propio a lo alado. El palo aguzado, sin embargo, llegó a ser lanza: un brazo que se remata en un único dedo.

A todas las armas de esta clase les es común la concentración sobre un punto. Al hombre mismo le punzaban duras y grandes espinas; con sus dedos las extraía. El dedo, que se separa de la mano y actúa como una espina que traspasa al punzar, es psicológicamente el origen de este tipo de arma. El punzado punza él mismo con sus dedos y con los dedos artificiales que pronto aprende a fabricarse.

No todos los trabajos de la mano confieren igual cantidad de poder; su prestigio es muy diferente. Algunos, que revisten especial importancia para la vida de un grupo de hombres, puede que se les tenga en alta estima. El máximo prestigio, sin embargo, lo obtiene siempre lo que está encaminado a matar. Lo que puede ir Hasta matar es temido; lo que no sirve inmediatamente para matar, es meramente útil. Todos los pacientes quehaceres de la mano no aportan, a quienes se limitan a ellos, más que sometimiento. Pero los otros, los que se consagran a matar, detentan el poder.

SOBRE LA PSICOLOGÍA DEL COMER

Todo lo que se come es objeto de poder. El hambriento siente vacío dentro de sí. Supera el malestar que le provoca este vacío interior colmándose de alimentos. Mientras más ahíto está, mejor se siente. Pesado y lleno de satisfacción yace el que más puede devorar, el comedor máximo. Hay grupos humanos que en un tal comedor máximo ven a su cacique. Su apetito siempre saciado les parece una garantía de que ellos mismos nunca padecerán hambre mucho tiempo. Ponen la confianza en su panza repleta, como si la hubiese

llenado también por todos ellos. La relación entre digestión y poder se manifiesta aquí a plena luz.

En otras formas de señorío el respeto ante la ventripotencia del comedor máximo pasa un poco al trasfondo. Ya no es necesario que sea un ancho tonel más gordo que los otros. Pero come y empina el codo con las elegidas gentes de su entorno y lo que les hace servir le pertenece. Si no es él mismo el comedor más fuerte, sus provisiones han de ser las mayores; él posee el mayor número de ganado y cereales. Sólo con proponérselo podría ser siempre el comedor máximo. Pero transfiere este placer de estar repleto a su corte, a todos los que pasan a la mesa con él, y meramente se reserva el derecho de ser el primero en servirse de todo. El personaje del rey gran comedor nunca se extinguió por entero. Siempre ha habido soberanos que han representado este rol ante sus súbditos entusiastas. También grupos enteros de poderosos se abandonaron con gusto a la comilona; proverbial es lo que a este respecto se cuenta de los romanos. Todo poder familiar sólidamente establecido se ha exhibido a menudo en esta forma y más tarde fue imitado y superado por los sucesores de reciente ascenso.

La posibilidad de derrochar y la fuerza para ello, se acrecentó en I algunas sociedades hasta convertirse en formales y ritualmente establecidas orgías de destrucción. La más famosa es el *potlatch* de los indios del Noroeste americano; consiste en grandes reuniones festivas de toda la comunidad, que culminan en competencias de destrucción entre los caciques. Cada cacique se jacta de cuánto está I dispuesto a destruir de su propiedad; quien de veras destruye más es el vencedor y goza la gloria mayor. Ya el máximo comer presupone la destrucción de la propia vida animal. Se tiene la impresión de que en el potlatch esta destrucción se ha trasladado a la parte de la propiedad que no es comestible. Así el cacique puede jactarse mucho más aún que si tuviera que comerlo todo, y se ahorra los inconvenientes corporales.

Quizás es útil echar una mirada a los mismos *comensales* independientemente de su posición en la jerarquía. Un cierto respeto recíproco de los que comen juntos es inequívoco. Se expresa ya en el hecho de que *comparten*. La comida que está ante ellos en la fuente común les pertenece a todos juntos. Cada cual ingiere algo; cada cual se preocupa de que también los otros hayan tomado algo; cada uno se esfuerza en ser equitativo y no perjudicar a nadie. La más fuerte es la cohesión que se origina entre los comensales cuando saborean un animal, un cuerpo, que también vivo conocieron como unidad, o un único pan. Pero la solemnidad de su actitud no se explica sólo con ello: su respeto también significa que no se comerán entre sí. Es cierto que siempre existe la garantía de que será así entre hombres que viven juntos en un grupo. No obstante, es en el momento de la comida que ello se expresa de modo convincente. Se está sentado junto a los demás, uno descubre sus dientes, come, e incluso en este momento crítico no siente apetito por el otro. Uno se respeta por ello, y también respeta al otro por su reserva, de valor idéntico a la propia.

El hombre aporta alimento a la familia, y la mujer le prepara la comida. Que él consuma regularmente la comida preparada por ella constituye el vínculo más importante entre ambos. La vida de familia es más íntima cuanto más a menudo se come juntos. La imagen que salta a la vista cuando se piensa en ella es la de padres e hijos reunidos en torno a una mesa. Todo parece como una preparación para este momento; cuanto mayor sea la frecuencia y la regularidad con que se repita, tanto más los que comen juntos se sienten familia. Ser recibido a esta mesa prácticamente equivale a ser recibido en la familia.

Quizá sea ésta la mejor oportunidad para decir algo acerca del núcleo y corazón de esta institución: la madre. Madre es la que da de comer su propio cuerpo. Ha alimentado dentro de sí al niño y luego le ofrece su leche. Esta tendencia continúa en forma atenuada

durante mucho más tiempo; sus pensamientos, justamente en la medida en que es madre, giran en torno al alimento que necesita el niño en crecimiento. No es preciso que sea su propio niño. Puede entregársele uno ajeno; puede adoptar uno. Su pasión es la de dar de comer; de ver qué come; de velar por que la comida le haga crecer. Su crecimiento y su aumento de peso son su meta invariable. Su actitud parece desinteresada y realmente lo es si se contempla al hijo como unidad separada, como a un hombre en sí. En realidad, sin embargo, el estómago de la madre se duplicó, y ella tiene control sobre ambos. Al comienzo está más interesada en el nuevo estómago, en el nuevo cuerpo no desarrollado, que en el suyo propio; lo que tuvo lugar durante el embarazo ha sido meramente exteriorizado. La interpretación de la digestión como un proceso esencial del poder, tal como aquí se sostiene, se aplica también a la madre; pero ella reparte este proceso a más de un cuerpo, y el hecho de que el nuevo cuerpo, de cuya alimentación se ocupa, esté separado del suyo propio hace más nítido y consciente el proceso total. La madre tiene poder absoluto sobre el niño, en sus primeras fases, no sólo porque su vida depende de ella, sino porque además ella misma siente el más vehemente deseo de ejercer constantemente este poder. La concentración de esta apetencia de señorío sobre un ser tan diminuto le proporciona una sensación de supremacía difícilmente superable por cualquier otra relación normal entre los hombres.

La continuidad de ese señorío, que la ocupa día y noche, el tremendo número de detalles que lo componen, le confieren una perfección y una globalidad como no es propio de ningún otro tipo de dominio. No se restringe a impartir órdenes, que al comienzo ni siquiera podrían ser comprendidas. Significa que se puede mantener cautiva una criatura, si bien en este caso realmente por su propio bien; que se puede —sin comprender lo que se hace— transmitir lo que uno mismo recibió hace décadas bajo presión y ha retenido

como indestructible aguijón; que se puede hacer crecer —cosa que un soberano sólo logra artificialmente confiriendo un ascenso de rango—. Para la madre, el niño reúne las propiedades de la planta y del animal. Le permite el usufructo de derechos de soberanía que de lo contrario se ejercen por separado: sobre las plantas, provocando su crecimiento según la propia voluntad; sobre los animales, manteniéndolos cautivos y controlando sus movimientos. El niño crece como el trigo en las manos de la madre, ejecuta como un animal doméstico los movimientos que ella le permite; la alivia de ciertos viejos aguijones de mando, que todo ser civilizado arrastra consigo; y además llega a hacerse hombre, un hombre nuevo y completo, por cuyo aporte el grupo en el que ella vive le queda para siempre obligado en gratitud. No hay forma más intensiva de poder. Que usualmente no se vea así el rol de la madre tiene una doble razón. Todo hombre porta en su recuerdo, sobre todo la época de la disminución de este poder; y a cada cual le parecen más significativos los derechos más notorios, pero mucho menos esenciales, de soberanía del padre.

La familia se vuelve rígida y dura cuando excluye a los demás de su comida; aquellos por los que uno debe preocuparse son un pretexto natural para la exclusión de los demás. La vacuidad de este pretexto se hace evidente en las familias que no tienen hijos y que sin embargo no muestran la menor disposición a compartir su comida: la familia de dos es la formación más despreciable que ha producido la humanidad. Pero aun cuando hay hijos, este pretexto sirve a menudo de mero rótulo de promoción al más descarnado de los egoísmos. «Por los propios hijos» se ahorra y se hace pasar hambre a los demás. De hecho, y debido a ello, mientras se vive se tiene todo para sí.

Al hombre moderno le gusta comer en restaurantes, en mesas separadas, en su pequeño grupo propio, por lo que en seguida paga la adición. Puesto que los otros en el local hacen lo mismo, durante

la cena se complace en la ilusión de que todos en general tienen qué comer. Las naturalezas más sensibles no necesitan siquiera que esta ilusión dure mucho tiempo; satisfecho, puede tropezarse muy bien con los hambrientos.

El que come aumenta de peso, se siente más pesado. En ello hay una jactancia; ya no puede crecer, pero puede aumentar, ahí mismo, ante los ojos de los demás. También por esto come con agrado con ellos, se trata de ver quién es capaz de llenarse más. El bienestar del sentirse ahíto, cuando no se puede más, es un punto extremo que se alcanza con gusto. Primitivamente nadie se avergonzaba de él: una presa grande debía ser consumida rápidamente, uno comía a más no poder, y acumulaba provisiones dentro de su cuerpo.

Quien come a solas renuncia con ello al prestigio que puede obtener haciéndolo ante otros. El descubrir los dientes sólo para el alimento, cuando nadie está presente, a nadie causa impresión. En compañía se ve cómo cada cual abre por separado la boca y mientras uno mismo opera con sus dientes, se vislumbran los de los demás. Es despreciable no tener dientes; tiene algo de ascético el no mostrar los que uno tiene. La ocasión natural de lucirlos está dada en la cena en común. Nuestra educación moderna exige que uno coma con la boca cerrada. Precisamente la velada amenaza contenida en el inocente entreabrir de la boca, se limita así a la mínima medida. Pero no somos tan inofensivos. Comemos con tenedor y cuchillo, dos instrumentos que podrían servir fácilmente para la agresión. Cada cual tiene los suyos ante sí, en ciertas ocasiones uno los lleva consigo. Sin embargo, el pedacito de comida que uno corta para sí y empuja hacia dentro de la boca, en lo posible con dignidad, se llama en lenguas modernas el bocado.

La risa ha sido objetada como cosa vulgar porque durante ese momento uno abre ampliamente la boca y descubre los dientes. En sus orígenes, la risa contenía seguramente la alegría por un botín o un alimento que a uno le parecía asegurado. Un hombre que cae

evoca un animal en pos del que se va y al que uno mismo ha abatido. Toda caída que da risa evoca la desvalidez del caído; si se quisiera se le podría tratar como presa. Uno no reiría si fuese más allá en la serie de fenómenos descritos y se lo incorporara realmente. Uno ríe en lugar de comer. El alimento que se nos escapa es el que provoca risa: es el súbito sentimiento de superioridad, como ya Hobbes ha dicho. Mas no añadió que este sentimiento se acrecienta hasta convertirse en risa sólo cuando esta superioridad no tiene consecuencias. La concepción de Hobbes de la risa se aproxima a medias a la verdad; él no llegó a su origen propiamente «animal», quizá porque los animales no ríen. Pero los animales tampoco rehúsan un alimento que pueden alcanzar si realmente tienen ganas de él. Tan sólo el hombre aprendió a reemplazar el proceso entero de la incorporación por un acto simbólico. Los movimientos que parten del diafragma y son característicos de la risa, al parecer reemplazan, resumiéndolos, una serie de movimientos peristálticos del vientre.

Entre los animales sólo la hiena emite un sonido que de veras se aproxima a nuestra risa. Se la puede provocar artificialmente presentándole a una hiena cautiva algo para que lo devore y retirándoselo súbitamente antes de que haya tenido tiempo de servirse. No es ocioso recordar el hecho de que el alimento de la hiena en libertad consiste en carroñas; uno puede imaginarse cuan a menudo mucho de lo que deseaba le es arrebatado ante sus propios ojos.

EL SUPERVIVIENTE

EL SUPERVIVIENTE

El momento de sobrevivir es el momento del poder. El espanto ante la visión de la muerte se disuelve en satisfacción pues no es uno mismo el muerto. Éste yace, el superviviente está de pie. Es como si hubiese antecedido un combate y como si uno mismo hubiese derribado al muerto. En el sobrevivir cada. uno es enemigo del otro; comparado con este triunfo elemental todo dolor es poca cosa. Es importante sin embargo que el superviviente esté solo ante uno o varios muertos. Se ve solo, se siente solo y, cuando se habla del poder que este momento le confiere, nunca debe olvidarse que deriva de su unicidad y sólo de ella.

Todos los deseos humanos de inmortalidad contienen algo de manía de sobrevivir. El hombre no sólo quiere estar siempre; él quiere estar cuando los otros ya no estén. Cada uno quiere llegar a más viejo y saberlo, y cuando él mismo ya no esté se le ha de conocer por su nombre.

La forma más baja de supervivencia es la del matar. Así como se ha matado al animal del que uno se alimenta —que yace indefenso ante uno y se puede cortar en trozos y repartirlo como presa que uno incorpora a sí y a los suyos—, así también el hombre quiere matar al hombre que se interpone en su propio camino, que se le opone, que se yergue ante él como enemigo. Le quiere derribar para sentir que él aún existe y el otro ya no. Pero no debe desaparecer enteramente; su presencia como cadáver es indispensable para lograr este sentimiento de triunfo. Ahora sí puede hacer con él lo que quiera, mientras que a él no le puede hacer nada. Está tendido, permanecerá siempre tendido; nunca volverá a levantarse. Le puede quitar su arma; puede recortarle partes de su cuerpo y conservarlas para siempre como trofeos. Este momento de la confrontación con

el que ha sido muerto colma al superviviente de una fuerza muy particular que no es comparable a ninguna otra. No hay instante que exija con tanta fuerza su repetición.

Porque el superviviente sabe de muchos muertos. Si estuvo en la batalla ha visto caer a los otros alrededor de él. Libró batalla con la intención consciente de afirmarse contra los enemigos. Era su objetivo declarado derribar al mayor número de ellos, y sólo puede vencer si logra hacerlo. Victoria y supervivencia para él coinciden.

Mas también los vencedores han de pagar su precio. Entre los muertos yace mucha de su propia gente. Amigos y enemigos entremezclados hacen el campo de sangre, el montón de muertos es uno común. A veces las batallas tienen lugar de modo tal que no se puede ya separar unos de otros los muertos de ambos lados: una fosa común puede entonces reunir sus despojos.

Entre estos montones de caídos el superviviente se yergue como afortunado y preferido. Que él aún conserve su vida mientras que tantos otros que hace un momento estuvieron con él la hayan perdido es un hecho monstruoso. Indefensos yacen los muertos, entre ellos está erguido él, de pie, y es como si la batalla se hubiese librado para que él sobreviva. Ha desviado de él la muerte, sobre los otros. No es que haya evitado el peligro. En medio de sus amigos, encaró a la muerte. Ellos han caído. Él está de pie y triunfa.

Esta sensación de sublimidad la conoce quien estuvo en alguna guerra. Puede estar disfrazada por el luto hacia los camaradas; pero éstos son pocos, los muertos siempre muchos. La sensación de fuerza, de estar en pie con vida en contraposición a los muertos, es en el fondo más intensa que todo luto, es el sentimiento de ser elegido entre muchos cuyo destino es manifiestamente idéntico. De alguna manera uno siente ser el mejor simplemente porque todavía está vivo. Uno ha dado prueba de sí, de manera que vive aún. Uno ha dado mejor prueba que muchos puesto que todos los que yacen

no viven. Aquel a quien le sucede sobrevivir así con frecuencia es un héroe. Es más fuerte. Tiene más vida dentro de sí. Las potencias superiores le son propicias.

SUPERVIVENCIA E INVULNERABILIDAD

El cuerpo del hombre está desnudo y expuesto; en su blandura está sujeto a cualquier golpe inesperado. Todo lo cercano que él mantiene apartado de sí con artes y mafias, desde lejos puede alcanzarlo con facilidad. Espada, lanza y flecha son capaces de penetrar en él. Ha inventado el escudo y la armadura, ha levantado murallas y fortalezas enteras alrededor suyo. Pero la seguridad que más desea es un sentimiento de invulnerabilidad.

Por dos caminos diferentes intentó adquirirlo. Son exactamente opuestos uno al otro y sus resultados por lo tanto muy diferentes. Por una parte procuró alejar de sí el peligro, interpuso grandes espacios entre sí y el peligro, espacios que podría abarcar y vigilar con la vista. Por decirlo así, se ocultó ante el peligro y desterró el peligro.

El otro camino, sin embargo, es el del cual siempre se siente más orgulloso. Todas las antiguas tradiciones están repletas del enorgullecimiento y la fama que se adquiere por ir a buscar el peligro y hacerle frente. El hombre dejó que el peligro se acercase lo más posible y se jugó el todo por el todo. De todas las situaciones posibles ha seleccionado la de riesgo mayor y la elevó a la cúspide. Reconoció un enemigo en alguien y lo desafió. Quizá ya era su enemigo, o quizá en ese momento él lo haya designado para ello. De cualquier manera que haya sucedido, la intención era buscar el mayor peligro y la suerte irrevocable.

Es el camino del héroe. ¿Qué qujere el héroe? ¿Qué es lo que de veras persigue? La gloria que todos los pueblos han tributado a sus héroes, una gloria tenaz, difícilmente perecedera, en cuanto que sus hazañas ofrecían variedad o se sucedían con suficiente rapidez,

engaña sobre los motivos más profundos de estas hazañas. Se supone que les interesaba sólo la gloria, pero creo que originalmente perseguían otra cosa: el sentimiento de invulnerabilidad que de este modo lograba ganarse cada vez en mayor medida.
La situación concreta en la que se halla el héroe tras el peligro superado es la del superviviente. El enemigo quería su vida, como él la del enemigo. Con este objetivo declarado e inamovible el uno ha hecho frente al otro. El enemigo ha sucumbido. Al héroe, en cambio, no le ha sucedido nada durante el combate. Colmado por el monstruoso hecho de su supervivencia, se abalanza al próximo combate. Nada le pudo afectar, nada le podrá afectar. De victoria en victoria, de un enemigo muerto al otro, se siente cada vez más seguro: su invulnerabilidad aumenta, se convierte en una armadura cada vez más perfecta.

No se puede adquirir de otra manera la sensación de invulnerabilidad. Quien ha desterrado el peligro, quien se oculta ante él, sólo ha pospuesto el propio destino. Quien se enfrenta al destino, quien realmente sobrevive, quien vuelve a enfrentarse, quien acumula los momentos de supervivencia, aquél puede alcanzar el sentimiento de invulnerabilidad. De hecho, se convierte en un héroe una vez que tiene ese sentimiento. Ahora arriesga todo, nada tiene que temer. Quizá nos inclinaríamos a admirarlo más mientras aún tuviera motivos para sentir terror. Pero esa es la concepción del observador externo. El pueblo quiere a su héroe invulnerable.

Ahora bien, en ningún caso las hazañas del héroe se agotan en duelos singulares. Puede que tenga que vérselas con toda una muta de enemigos; aquel que no obstante los ataque, aquel que no sólo no permita que se le escapen sino que los mate a todos, establece súbitamente su sentimiento de invulnerabilidad.

Gengis-Khan fue interrogado por uno de sus más antiguos y fieles compañeros: «Tú eres el soberano, y se te llama héroe. ¿Qué

signos de conquista y victoria portas en tu mano?». Gengis-Khan le contestó: «Antes de ascender al trono del Imperio, cabalgaba cierta vez por un camino. Allí me topé con seis hombres que se hallaban emboscados junto al cruce de un puente y procuraban quitarme la vida. Acercándome más desenvainé mi espada y los ataqué. Me arrojaron una granizada de flechas, pero todas erraron su blanco y ni una sola me tocó. Los maté a todos con mi espada y seguí cabalgando indemne. En el camino de regreso pasé junto al lugar donde había enfrentado a los seis hombres. Sus seis caballos vagaban sin dueño. Los llevé todos, conmigo, a casa».

En esta invulnerabilidad en la lucha contra seis enemigos a la vez, Gengis-Khan vio el aviso más cierto de conquista y de victoria.

SOBREVIVIR COMO PASIÓN

La satisfacción de sobrevivir, que es una especie de voluptuosidad, puede convertirse en una peligrosa e insaciable pasión. Crece al tiempo que aumentan sus ocasiones. Cuanto mayor es el montón de muertos entre los que uno se yergue con vida, cuanto más a menudo se viven tales momentos, tanto más intensa e ineludible se hace la necesidad de esta supervivencia. Las carreras de héroes y mercenarios hablan en favor de la generación de una especie de irremediable manía. La explicación usual que se da de ella es la de que tales hombres ya sólo pueden respirar el peligro; que toda existencia carente de peligro les es extraña y sin alicientes; que ya no le pueden encontrar gusto a una vida apacible. No se ha de subestimar el atractivo del peligro; pero uno olvida que esta gente no sale sola a sus aventuras, que otros los siguen y sucumben al peligro. Lo que realmente necesitan, de lo que ya no pueden prescindir, es la voluptuosidad una y otra vez renovada del sobrevivir.

Sin embargo, para satisfacer esta voluptuosidad no tiene por qué exponerse siempre uno mismo al peligro. Nadie puede por sí solo abatir un número de hombres suficiente. Sobre los campos de

batalla una muchedumbre trabaja en el mismo sentido, y cuando se es su comandante, cuando la batalla es el resultado de una decisión personal, se puede también apropiarse el resultado del que se tiene la responsabilidad, como así de todos los cadáveres. El mariscal de campo no lleva en vano su arrogante título. Él manda: él envía a sus hombres contra el enemigo, a la muerte. Si vence le pertenece el entero campo de muertos. Los unos cayeron por él, los otros contra él. De victoria en victoria los sobrevive a todos. Los triunfos que él celebra expresan con la mayor precisión qué es lo que perseguía. Su importancia se mide por el número de muertos.

El triunfo es ridículo cuando el enemigo se ha rendido sin verdadero combate, cuando sólo se han reunido pocos muertos. El triunfo es glorioso cuando el enemigo se ha defendido con valor, cuando la victoria se conquistó duramente y costó un gran número de víctimas.

«César superó a todos los héroes de guerra y generales juntos por librar más batallas y hacer perecer la mayor cantidad de enemigos. Porque en menos de diez años, durante los que condujo la guerra contra la Galia, tomó por asalto más de 800 ciudades, sometió 300 pueblos, combatió, de vez en vez, contra tres millones de hombres y de éstos mató a un millón en la lid y a otros hizo prisioneros.»

Este juicio es de Plutarco, a quien no puede acusársele ni de belicosidad ni de sed de sangre, uno de los espíritus más humanos que hayan existido. Tiene su valor porque traza el balance de modo tan cortante. César ha combatido contra tres millones de enemigos, mató un millón, hizo prisionero a otro tanto. Otros generales, mongoles y no mongoles, le superaron más tarde. Pero este antiguo juicio también es característico por la ingenuidad con que todo es atribuido exclusivamente al general. Las ciudades tomadas por asalto, las naciones sometidas, los millones de enemigos vencidos, muertos, hechos prisioneros, pertenecen todos a César. No es la ingenuidad de Plutarco la que se expresa así, sino la de la historia.

Desde los partes de guerra de los faraones egipcios estamos acostumbrados a ella; hasta el día de hoy casi nada ha cambiado en ellos.

César sobrevivió dichoso a tantos enemigos. Se considera falto de tacto contabilizar en tales oportunidades las bajas propias. Se conocen pero no se las reprocha al gran hombre. En las guerras de César, comparadas con el número de los enemigos abatidos, no fueron excesivamente numerosas. Pero lo cierto es que sobrevivió a algunos miles de aliados y romanos; tampoco en este sentido salió con las manos totalmente vacías.

De generación en generación se repitieron estos orgullosos balances; en cada una aparecieron héroes guerreros en potencia. Su pasión de sobrevivir masivamente a otros hombres fue estimulada hasta la locura. El juicio de la historia parecía justificar su cometido, aun antes de lograrlo. Los más expertos en esta forma de supervivencia ocupan el lugar más alto y más seguro en ella. Para esta clase de gloria póstuma, en última instancia, más que la victoria y la derrota cuenta el monstruoso número de víctimas. Cabe preguntarse cómo se sentía realmente Napoleón durante la campaña de Rusia.

EL PODEROSO COMO SUPERVIVIENTE

Como tipo paranoico de mandatario podría designarse a. aquel que mantiene alejado de sí el peligro por todos los medios. En vez de provocarlo y confrontarlo, en vez de correr el riesgo de un destino quizá desfavorable en una lucha, busca cerrarle el paso con astucia y previsión. Creará espacio libre en torno suyo, un espacio que pueda abarcar, y advertirá y sopesará todo signo de acercamiento. Hará esto por todos los lados, porque la conciencia de que se las tiene que ver con muchos que podrían atacarlo todos a la vez, mantiene vivo en él el miedo a ser cercado. El peligro está por doquier, no sólo ante él. Es incluso mayor a sus espaldas, donde

podría no advertirlo a tiempo. Así tiene sus ojos por todas partes y no debe escapársele ni el más leve rumor porque podría corresponder a una presencia hostil.

El peligro por excelencia es naturalmente la muerte. Es importante aclarar con precisión cuál es la actitud del poderoso ante ella. La primera y decisiva característica del poderoso es su derecho sobre la vida y la muerte. A él nadie debe acercársele; quien le trae un mensaje, quien debe llegar a su cercanía es registrado de armas. Se mantiene sistemáticamente la muerte alejada de él; él mismo puede y ha de imponerla. Puede imponerla cuantas veces quiera. Su sentencia de muerte siempre se ejecuta. Es el sello de su poder; es absoluto sólo mientras su derecho de imponer la muerte le sea indiscutido.

Porque realmente sólo está sometido quien se deja matar por él. La última prueba de obediencia, de la que depende, es siempre la misma. Sus soldados son educados para una especie de doble disposición: son enviados a matar a sus enemigos y están dispuestos a dar la vida por él. Pero todos los demás súbditos que no son soldados también saben que en cualquier momento puede caer sobre ellos. El terror que él difunde le pertenece; es su derecho y por él es supremamente venerado. Se le adora en forma externa. Dios mismo ha pronunciado para todos los hombres vivos y por vivir la sentencia de muerte. De su capricho depende cuándo será ejecutada. A nadie se le ocurriría oponerse: sería una empresa inútil.

Pero a los poderosos de la tierra les resulta menos fácil que a Dios. No viven eternamente; sus súbditos saben que también sus días tienen término, término que incluso se puede acelerar. Como cualquier otra cosa, el poder también tiene fin. Quien niega obediencia, presenta combate. Ningún gobernante está definitivamente seguro de la obediencia de su gente. Mientras se dejen matar por él puede dormir tranquilo. Pero en el momento en que uno se sustrae a su juicio, el gobernante corre peligro.

El sentimiento de ese peligro está siempre vivo en el poderoso. Ulteriormente, al hablar de la naturaleza de la orden, se verá que sus temores tienen que aumentar cuantas más órdenes suyas hayan sido ejecutadas. Sólo puede aquietar sus dudas dando un ejemplo. Dispondrá una ejecución capital por sí misma, sin que importe demasiado la culpa de la víctima. Necesitará cada tanto ejecuciones de esta índole, tanto más cuanto más aumenten sus dudas. Los más seguros, es decir los más perfectos de sus súbditos, son los que han ido a la muerte por él.

Cada ejecución de la que es responsable le confiere algo de fuerza. Es la fuerza del sobrevivir la que así se procura. Sus victimas no tienen que haberse vuelto realmente contra él, pero podrían haberlo hecho. Su miedo los transforma —quizás a posteriori— en enemigos que han luchado contra él. Él los ha condenado, ellos han sucumbido, él les ha sobrevivido. El derecho de pronunciar sentencias de muerte se convierte en su mano en un arma como cualquier otra, pero mucho más eficaz. Los soberanos bárbaros y orientales a menudo daban gran importancia a la acumulación de tales víctimas en su inmediata proximidad, de manera que siempre las tenían a la vista. Pero también donde la usanza se oponía a tal acumulación, los pensamientos de los poderosos estaban no obstante ocupados con ella. Un siniestro juego de esta especie se cuenta del emperador ro-mano Domiciano. El banquete por él ideado, y que con certeza nunca más ofreció de igual manera, evidencia con claridad la naturaleza más profunda del poderoso paranoico. El relato de este acontecimiento que se encuentra en Dión Casio dice así:

«En otra ocasión Domiciano entretuvo a los senadores y caballeros más importantes de la siguiente manera. Arregló un recinto en el que todo, cielorraso, paredes y piso, eran negros como la pez, y colocó en el suelo desnudos lechos vacíos del mismo color. A sus huéspedes les invitó de noche y sin séquito. Junto a cada uno

hizo colocar primero una losa que tenía la forma de una lápida funeraria y que llevaba el nombre del huésped; a ello se agregaba una pequeña lámpara, como puede verse colgadas en los sepulcros. Entraron entonces unos muchachos desnudos igualmente pintados de negro, como espectros, que ejecutaron una danza horripilante en torno a los invitados y se arrojaron luego a sus pies. Después fueron servidos a los huéspedes los manjares que usualmente se ofrece en los sacrificios por las almas de los muertos, negros y en fuentes de igual color. Cada uno de los huéspedes esperaba temblando que en el próximo instante se le degollara. A excepción de Domiciano todos habían enmudecido. Reinaba un mortal silencio, como si uno ya se hallara en el reino de los muertos. El emperador mismo pronunciaba una oración en torno a la muerte y las masacres. Finalmente los despidió, no sin antes haber ordenado a sus esclavos, que esperaban en el vestíbulo, que se retirasen. Confió los invitados a otros esclavos que les eran desconocidos, y les hizo conducir en carros o literas a sus domicilios. De esta manera su miedo aumentó aún más. No bien cada invitado hubo llegado a su casa y comenzado a respirar, fue anunciado un mensajero del emperador. Mientras ahora cada uno estaba seguro de que había llegado su última hora, alguien le traía la losa, que era de plata. Otros venían con diversos objetos, entre ellos las fuentes, de material precioso, en las que se les había servido durante la cena. Al final se presentaba en casa de cada huésped el muchacho que lo había atendido como su espíritu especial; pero ahora lavado y adornado. Después de haber pasado toda la noche en angustia mortal, ahora recibían regalos».

Esto fue pues el «banquete fúnebre de Domiciano», como lo llamó el pueblo.

El incesante terror en que mantuvo a sus huéspedes los había hecho enmudecer. Sólo hablaba él y hablaba de muerte y de masacres. De manera que era como si ellos estuviesen muertos y sólo él aún con vida. Durante esta cena había reunido a todas sus

víctimas, pues como tales debían sentirse. Disfrazado de anfitrión, pero en verdad como superviviente, hablaba a sus víctimas disfrazadas de huéspedes. Pero la situación del superviviente no era sólo evidente por el cúmulo de víctimas; también estaba intensificada de modo refinado. Si bien los invitados están como muertos, él todavía los puede matar. Se aferra así el proceso propiamente dicho de la supervivencia. Cuando los despide los ha indultado. Los hace nuevamente temblar entregándolos a esclavos extraños. Llegan a casa: él les envía otra vez mensajeros de muerte. Éstos les traen regalos y con ellos el mayor de los regalos, la vida. Él puede, por decirlo así, trasladarlos de la vida a la muerte y luego, de la muerte, atraerlos de vuelta a la vida. Se deleita repetidas veces con este juego. Se otorga así la máxima sensación de poder, no se puede imaginar otra superior.

LA SALVACIÓN DE FLAVIO JOSEFO

De la guerra entre romanos y judíos que tiene lugar durante la juventud de Vespasiano, nos llega la narración de un acontecimiento que alumbra de manera definitiva la naturaleza del superviviente. El mando supremo del lado romano lo detentaba Vespasiano, padre de Domiciano; fue durante esta guerra cuando los Flavios alcanzaron la dignidad imperial.

Los judíos se habían alzado desde algún tiempo contra la dominación de los romanos. Cuando el levantamiento se extendió, los judíos designaron comandantes para las diferentes partes del país. Habían de reunir a la gente para la guerra y poner las ciudades en condiciones de defenderse con éxito contra las legiones romanas que no tardarían en llegar. A Josefo, aún joven, de apenas treinta años de edad, se le confió la provincia de Galilea. Con gran celo se abocó a la ejecución de su tarea. En su Historia de la Guerra judía describió los obstáculos contra los que tuvo que luchar: falta de unión entre los ciudadanos; rivales que intrigaban contra él y reunían tropas por cuenta propia; ciudades que se negaban a reconocer su

mando supremo, o que después de algún tiempo terminaban por desertar. Pero con sorprendente energía puso en pie un ejército, aunque mal pertrechado, y preparó fortalezas para recibir a los romanos.

Cuando llegaron los romanos, bajo el mando de Vespasiano, éste traía consigo a su joven hijo Tito, un coetáneo de Josefo. En Roma, entonces, Nerón era aún emperador. Vespasiano tenía fama de ser un viejo y experimentado general que se había distinguido en varios escenarios bélicos. Penetró en Galilea y aisló a Josefo con el ejército de los judíos en la fortaleza de Jotapata. Los judíos se defendieron con el mayor coraje; Josefo tenía mucha inventiva y supo rechazar cada ataque; los romanos sufrieron duras pérdidas. Cuarenta y siete días duró la defensa. Cuando los romanos pudieron finalmente penetrar de noche gracias a un ardid —todos dormían y advirtieron la presencia del enemigo al clarear el día—, los judíos cayeron en una terrible desesperación y muchísimos se mataron entre sí.

Josefo escapó. Quiero citar su destino tras la ocupación de la ciudad con sus propias palabras, pues que yo sepa no hay en la literatura universal otro relato semejante de un superviviente. Josefo describe, con extraña conciencia, con una especie de comprensión de la esencia misma del sobrevivir, todo cuanto emprendió para escapar. No le fue difícil ser sincero, pues escribió este informe más tarde, cuando ya gozaba del gran favor de los romanos.

«Después de la caída de Jotapata, en parte por encono contra Josefo, en parte porque el comandante estaba sumamente ávido de su captura —casi como si fuese decisiva para el desenlace de la guerra—, los romanos buscaban al desgraciado entre los muertos y en todos los escondrijos secretos de la ciudad. Él, sin embargo, durante la ocupación de la ciudad, como por asistencia divina había pasado por entre los enemigos mismos y había saltado a una honda cisterna que se prolongaba lateralmente hasta dar en una espaciosa cueva, invisible desde arriba. En este escondite se encontró con que

había cuarenta hombres eminentes provistos de víveres para muchos días. De día se mantenía escondido porque los enemigos tenían ocupados todos los alrededores; de noche, sin embargo, subía para encontrar un camino de huida y situar a los centinelas. Pero, puesto que los alrededores estaban guardados por todos lados tan de cerca que no era posible pensar en escabullirse inadvertidamente, se dirigió de vuelta a la cueva. Durante dos días prosiguió las pesquisas; al tercer día, sin embargo, una mujer, que al comienzo había permanecido entre ellos y luego había sido hecha prisionera, lo delató. En el acto Vespasiano despachó a dos tribunos con el encargo de prometerle seguridad a Josefo y de inducirle a dejar la cueva.

»Los tribunos llegaron, trataron de persuadirlo y respondieron de su vida. Nada pudieron empero conseguir de él puesto que él creía saber qué le aguardaba por los perjuicios causados a los romanos. El carácter indulgente de aquellos que lo exhortaban de ningún modo cambió su opinión acerca de la suerte que le esperaba. No podía evitar el recelo de que se le quería atraer fuera con artimañas sólo para ejecutarlo. Finalmente Vespasiano envió un tercer mensajero en la persona del tribuno Nicanor, bien conocido de Josefo, del cual incluso había sido viejo amigo. Éste llegó y le informó del clemente proceder de los romanos contra los enemigos derrotados, le explicó asimismo que los generales admiraban a Josefo por su coraje, que no lo odiaban y que el comandante de ninguna manera proyectaba hacerlo ajusticiar —puesto que bien podía infligirle tal pena también sin que saliera de la cueva—; que antes bien, estaba resuelto a perdonarle la vida por tratarse de un hombre valiente. Que por lo demás era inimaginable que Vespasiano le enviase a Josefo su amigo con la intención engañosa de disfrazar de amistad una falta de palabra; y que tampoco él, Nicanor, se habría prestado a engañar a un amigo.

»Pero como tampoco Josefo pudo llegar a una decisión con Nicanor, los soldados en su furor dispusieron preparativos para arrojar fuego en la cueva. Su jefe los contuvo puesto que le importaba mucho conseguir vivo al hombre. Ahora bien, mientras Nicanor lo urgía y la tropa enemiga profería amenazas sin cesar, en el recuerdo de Josefo se presentaron graves sueños en los que Dios le había re-velado la inminente desgracia de los judíos y el futuro destino de los emperadores romanos. Porque Josefo conocía la interpretación de los sueños: como sacerdote e hijo de sacerdote estaba íntimamente familiarizado con los vaticinios de los libros sagrados y era capaz también de explicar los anuncios que Dios había dejado en la ambigüedad. Precisamente en ese instante fue presa pues de divino entusiasmo, se le aparecieron los horrores de los sueños recientes en su fuero íntimo, y envió la siguiente oración a Dios: "Puesto que has resuelto doblegar al pueblo de los judíos que tú creaste, puesto que toda fortuna ha pasado a los romanos y has escogido mi alma para revelar el porvenir, tiendo la mano a los romanos y quedo con vida. A ti sin embargo invoco por testigo de que no es como traidor sino como servidor tuyo que me paso a ellos".

»Después de esta oración dio palabra a Nicanor de que se entregaría. Cuando los judíos que se hallaban con él en el escondite se dieron cuenta de que estaba resuelto a ceder a las exhortaciones del enemigo, le rodearon en compacto montón y le abrumaron de acusaciones. Le recordaron los muchos judíos que a sus instancias habían muerto por la libertad. Él, cuya reputación de coraje había sido tan grande ¿estaba dispuesto ahora a seguir viviendo como es-clavo? Él, cuya inteligencia tanto valía ¿esperaba clemencia de aquellos contra los que con tanta terquedad había combatido? ¿Se había olvidado por entero de sí mismo? La ley de los padres recaería pesadamente sobre él, y ofendía a Dios mostrándose tan amante de su propia vida. Él podría estar cegado por la fortuna de los romanos,

pero ellos tenían presente el honor de su pueblo. Le ofrecieron sus brazos y espadas, para que cayera voluntariamente como conductor de los judíos; si no, moriría involuntariamente, como traidor. Desenvainaron sus espadas y amenazaron con atravesarlo si se rendía a los romanos.

»Josefo les tuvo miedo, pero le parecía una traición morir antes de satisfacer los encargos de Dios. En el apremio de su aflicción buscó argumentos racionales para rebatirles. Era hermoso morir en la guerra —les dijo— pero, según usanza de la guerra, de mano del vencedor. La peor cobardía, sin embargo, era matarse a sí mismo. El suicidio repugnaba a la naturaleza íntima de todo lo viviente y, al mismo tiempo, era un sacrilegio contra Dios el Creador. De Dios se había recibido la existencia y a Él debía confiársele también su fin. Dios odiaba y castigaba aún en sus descendientes a los que habían atentado con su propia mano contra sí mismos. No era conveniente añadir a la desgracia de la pérdida de tantos hombres un sacrilegio contra el Creador. No debían cerrar por nada el paso a su salvación, si es que ésta era posible; No era una deshonra para ellos sobrevivir, ya que su valentía la habían demostrado suficientemente en los hechos. Pero, si les aguardaba la muerte había de serles infligida por los vencedores. Él no pensaba pasarse al enemigo y convertirse así en traidor ante sí mismo. Anhelaba en cambio una traición de parte de los romanos. Moriría dichoso si a despecho de la palabra empeñada lo asesinaban y esa falta de palabra, por la que les alcanzaría el castigo de Dios, érale un consuelo mayor que la victoria.

»Así, a Josefo todo se le ocurrió para disuadir a sus compañeros del suicidio. Pero la desesperación les hacía sordos a todas las argumentaciones. Desde hacía mucho tiempo se habían consagrado a la muerte, y sus palabras sólo lograron acrecentar su odio. Le culparon de cobardía y avanzaron de todos lados sobre él, espada en mano. Cada uno parecía dispuesto a traspasarlo en el acto. El trance

suscitó en él una multiplicidad de actitudes: interpeló a uno por su nombre y a otro le clavó la mirada de mando; a un tercero le tomó de la mano, a un cuarto le hizo cambiar de opinión mediante súplicas. Así iba consiguiendo apartar de sí la espada homicida. Era como la bestia acorralada que se vuelve siempre contra quien hace ademán de atacarla. Puesto que, incluso en esta situación extrema, aún respetaban en él al comandante, sus brazos quedaron como paralizados, los puñales cayeron de sus manos y muchos que habían levantado la espada contra él volvieron espontáneamente a envainarla.

»A pesar de esta situación desesperada Josefo no perdió su circunspección; antes bien, con confianza en la asistencia de Dios, puso en juego su vida y dijo así a sus compañeros: "Dado que hemos tomado la resolución de morir y que esta resolución es irrevocable, ha-remos que la suerte decida quién de nosotros ha de acabar respectivamente con otro. Cada uno al que le toque la suerte ha de morir de la mano del siguiente. De tal manera la suerte de morir nos toca a todos y ninguno se ve obligado a matarse a sí mismo. Sería de verdad una gran injusticia si, tras la muerte de sus compañeros, el último se arrepintiera y salvara su vida".

»Esta proposición le procuró otra vez la confianza y después que todos se hubieran declarado conformes con ella, él mismo intervino en el sorteo. Así pues, cada uno que era señalado por la suerte voluntarioso se dejaba privar de la vida por el que le seguía, sabiendo que de inmediato también debía morir el jefe, y la muerte con Josefo les parecía mejor que la vida. Al final quedó precisamente Josefo mismo, dígase por feliz casualidad o por divina providencia, con otro compañero; y no queriendo ser tocado por la suerte él mismo, ni tampoco, si salía último de todos, manchar su mano con la sangre de un camarada, persuadió a éste a que se entregaran a los romanos y con ello salvaran su vida.

»Después de que Josefo hubo salido así airoso de la lucha con los romanos como también de aquella con su propia gente, fue conducido por Nicanor ante Vespasiano. Todos los romanos afluyeron para ver al comandante de los judíos, y la muchedumbre que se apretujaba a su alrededor daba grandes voces. Unos se regocijaban por su captura, otros lo amenazaban, otros incluso se abrían paso con violencia para poder verlo de cerca. Los más alejados gritaban que se ajusticiara al enemigo, los que estaban más cerca recordaban sus hazañas y admirábanse del cambio en su destino. Entre los oficiales, sin embargo, no había ninguno, a despecho de todo encono previo en su contra, que no se sintiera ahora enternecido por su aspecto. En especial fue al noble Tito, de su misma edad, al que la perseverancia de Josefo en la desgracia y la compasión para con su juventud conmovieron poderosamente. Quería salvarle la vida e intercedió con toda su fuerza en su favor ante su padre. Vespasiano, sin embargo, hizo ponerlo bajo fuerte custodia; su intención era enviárselo sin demora a Nerón.

»Cuando Josefo oyó hablar de esto pidió hablar unas palabras con Vespasiano ante dos testigos. El comandante ordenó a todos los presentes que se retiraran, a excepción de su hijo Tito y dos amigos de confianza. Josefo, entonces, habló así: "Tú crees Vespasiano que no soy más que un prisionero de guerra que has logrado dominar. Te equivocas: estoy ante ti como portavoz de asuntos más importantes. Yo, Josefo, debo cumplir para contigo un encargo de Dios. Si no fuese así, bien habría sabido qué exige la ley de los judíos y cómo ha de morir un comandante. ¿Me quieres enviar a Nerón? ¿Para qué? Sus sucesores, que aún han de ocupar el trono antes que tú, no lo mantendrán durante mucho tiempo. ¡Tú mismo, Vespasiano, llegarás a ser César y emperador, y éste tu hijo, después de ti! Ahora hazme encadenar más firme y guárdame para más tarde, para ti. Porque serás César y soberano, no sólo sobre mí, sino sobre tierra y mar y toda la estirpe humana. ¡Hazme vigilar de la

manera más estricta y entonces, si he hablado con ligereza en nombre de Dios, hazme ejecutar como me corresponde!"

»Vespasiano al comienzo no dio mucho crédito a estas palabras y se inclinó a considerarlas un ardid con el que Josefo procuraba salvarse la vida. Lentamente, sin embargo, comenzó a creerlas. Dios mismo había despertado en él la idea del trono, y le había insinuado su futuro reinado también por otros signos. Se enteró además de que su prisionero ya en otras ocasiones había vaticinado el porvenir. Uno de los amigos de Vespasiano, presente en la entrevista secreta, expresó su sorpresa ante el hecho de que Josefo no hubiese predicho ni la destrucción de Jotapata ni su propia captura: lo que ahora alegaba quizá fuera palabrería hueca para ganarse el favor del ene-migo. Josefo respondió con lo que había vaticinado a las gentes de Jotapata: que al cabo de 47 días caerían en manos del enemigo y que él mismo sería capturado vivo. Vespasiano ordenó en secreto hacer averiguaciones entre los prisioneros; cuando las declaraciones de Josefo se confirmaron, comenzó a dar crédito al vaticinio respecto a su propia persona. Si bien mantuvo a Josefo cautivo y encadenado, le obsequió una lujosa vestidura y otros objetos suntuosos. En lo sucesivo se le dispensó también un trato amable, lo que debía agradecer a Tito.»

La autoafirmación de Josefo se divide en tres actos diferentes. Una vez escapa a la masacre en la fortaleza conquistada de Jotapata. Todos los defensores de la ciudad que no se quitan la vida a sí mismos, son muertos por los romanos; algunos son hechos prisioneros. Josefo se pone a salvo en la cueva situada junto a la cisterna. Aquí encuentra a cuarenta hombres que califica enfáticamente de "eminentes". Todos son supervivientes como él. Se han aprovisionado y esperan mantenerse ocultos hasta que se les ofrezca un ca-mino para escapar de los romanos.

Pero el paradero de Josefo, al que se busca por encima de todos, es denunciado a los romanos por una mujer. Con ello la situación

queda básicamente modificada y comienza el segundo acto, el más interesante de todo el relato: por la sinceridad con que es evocado por su protagonista puede calificárselo como único.

Los romanos le prometen la vida. No bien les cree, dejan de ser sus enemigos. Visto en el sentido más profundo, es cuestión de fe. Una visión onírica, profética, se le ocurre en el momento preciso. Se le ha advertido que los judíos serán vencidos. Han sido vencidos, si bien por el momento sólo en la fortaleza que él mandaba. La suerte está del lado de los romanos. La visión en que esto le fue anunciado venía de Dios. Con ayuda de Dios encontrará asimismo el camino hacia los romanos. Se encomienda a Dios y se vuelve ahora contra sus nuevos enemigos, los judíos que, junto con él, están en la cueva. Estos quieren cometer un suicidio para no caer en manos de los romanos. Él, su jefe, que los había alentado al combate, debería ser el primero dispuesto a este tipo de muerte. Pero él está firme mente decidido a vivir. Trata de persuadirlos; mediante cien argumentos busca quitarles las ganas de morir. No tiene éxito. Cualquier cosa que diga contra la muerte acrecienta la ciega decisión y también su ira contra él, que quiere sustraerse a la muerte. Ve que sólo puede escapar si mueren los otros.

El engaño es total. Es el engaño de todos los conductores, Se dan como si encabezaran la marcha de su gente hacia la muerte. En realidad los envían de avanzada a la muerte, para quedar con vida ellos mismos. El ardid es siempre el mismo. El conductor quiere sobrevivir; se fortalece en ello. Si tiene enemigos a los que sobrevivir, bien; si no, tiene su propia gente. En todo caso utiliza a ambos, alternados o a la vez: a los enemigos los utiliza abiertamente, por ello son enemigos. A su propia gente sólo puede utilizarla a escondidas.

En la cueva de Josefo se hace evidente este ardid. Afuera están los enemigos. Ellos son los vencedores, pero su vieja amenaza ahora se ha transformado en salvación. Dentro, en la cueva, están los

amigos. Continúan en la vieja convicción de su conducta, con la que él mismo los ha colmado, y se niegan a aceptar la nueva salvación. Así, la cueva en la que se quería salvar el conductor se convierte para él en el gran peligro. Engaña a sus amigos, que pretenden poner sus manos sobre él como sobre sí mismos, y los envía de avanzada a la muerte común. Desde el comienzo se sustrae a ésta en su pensamiento y finalmente también de hecho. "Queda, junto con un único camarada. Puesto que, como dice, no quiere manchar sus manos con la sangre de un compañero, convence a éste de que se entregue a los romanos. Sólo a él logra persuadirlo a vivir. Cuarenta hubieran sido demasiados. Los dos se salvan con los romanos.

Así también salió indemne de la lucha con su propia gente. Precisamente eso es lo que aporta a los romanos: el realzado sentimiento de su propia vida, nutrido por la muerte de su gente. La transferencia de este poder nuevamente adquirido a Vespasiano es el tercer acto en la salvación de Josefo. Se expresa en una promesa profética. A los romanos les era muy bien conocida la rígida fe en Dios de los judíos. Sabían qué era lo último a lo que un judío se obligaría a sí mismo: hablar con ligereza en nombre de Dios. Josefo debía en verdad anhelar vehementemente ver a Vespasiano emperador en vez de Nerón. Éste, a quien se le quería enviar, no le había prometido la vida. De Vespasiano en todo caso tenía una palabra. También sabía que Nerón despreciaba a Vespasiano, que acostumbraba a dormirse durante sus recitales de canto. Con frecuencia le había tratado con mal humor y sólo ahora que el levantamiento de los judíos asumía proporciones peligrosas había vuelto a sacarlo a la palestra como viejo y experimentado general. Vespasiano tenía muchos motivos para desconfiar de Nerón. La promesa de un futuro señorío debía serle bienvenida.

Josefo debe haber creído él mismo en este mensaje de Dios que debía transmitir a Vespasiano. Llevaba la profecía en la sangre. Se consideraba buen profeta. Así aportaba a los romanos algo que ellos

no tenían. A sus dioses no los tomaba en serio; lo que venía de ellos lo consideraba superstición. Pero también sabía que debía convencer a Vespasiano —quien, como todo romano, despreciaba a los judíos y su fe—, de la seriedad y validez de su mensaje. La seguridad con que se presentó, el vigor con que se expresó —él, uno sólo, solo entre enemigos a los que había infligido lo peor, enemigos que hasta hace poco lo maldecían—, la fe en sí mismo, más intensa en él que cualquier otra fe, los debía al sobrevivir a su propia gente. Lo que le había resultado bien en la cueva lo aplicó a Vespasiano, que sobrevivió a Nerón, treinta años menor que él, y a sus sucesores, que no fueron menos de tres. Cada uno de ellos, por decirlo así, cayó por la mano del otro y Vespasiano fue emperador romano.

AVERSIÓN DE LOS JEFES A LOS SUPERVIVIENTES. SOBERANOS Y SUCESORES

Muhammad Tughlak, el Sultán de Delhi, tenía varios planes que superaban en grandiosidad a los de Alejandro o Napoleón: entre ellos, la conquista de China por la travesía del Himalaya. Puso en pie un ejército de 100.000 jinetes. El año 1337 este ejército se puso en marcha: pereció cruelmente en la alta montaña. Sólo lograron salvarse diez hombres. Ellos regresaron a Delhi con la noticia de la desaparición de todos los otros. Estos diez hombres fueron ejecutados por orden del sultán.

La aversión de los mandatarios contra los supervivientes es general. Todo sobrevivir lo consideran de facto como perteneciéndoles exclusivamente, es su riqueza propiamente dicha, su más preciado bien. Quien se permita, de manera sospechosa, bajo circunstancias peligrosas, muy especialmente entre muchos otros, sobrevivir, mete mano en sus asuntos y contra aquel se dirige su odio.

Donde existió una forma de señorío indiscutido, en el Oriente islámico por ejemplo, la furia de los detentadores del poder contra

los supervivientes podía manifestarse abiertamente. Los pretextos que quizás aún debían encontrar para aniquilarlos, encubrían sólo veladamente el descarnado móvil que los animaba.

Por secesión de Delhi se configuró otro imperio islámico en el Dekán. Un sultán de esta nueva dinastía, Muhammad Shah, mantuvo durante todo su gobierno el más duro combate contra los vecinos reyes hindúes. Un día los hindúes lograron conquistar la importante ciudad de Mudkal. Todos sus habitantes, hombres, mujeres y niños, fueron asesinados. Un único hombre escapó y trajo la nueva a la capital del sultán. «Cuando éste oyó aquello —dice el cronista— quedó abrumado por el dolor y la ira: ordenó que el infortunado mensajero fuese ejecutado de inmediato. Que le era imposible soportar en su presencia a un miserable que había visto y sobrevivido la masacre de tantos bravos cantaradas.»

Aquí, en el fondo, aún puede hablarse de un pretexto, y es verosímil que este sultán no supiera realmente por qué no soportaba la visión del único salvado. El califa de Egipto, Hakim, que gobernó alrededor del año 1000, veía con mucha mayor claridad los juegos del poder y los disfrutaba de una manera que recuerda al emperador Domiciano. Hakim amaba vagabundear de noche bajo todo tipo de disfraces. En una de sus caminatas nocturnas encontró sobre una colina cercana del Cairo diez hombres bien armados, que le reconocieron y le pidieron dinero. Les dijo: «Separaos en dos grupos y luchad entre vosotros, al que se lleve el triunfo le daré el dinero». Ellos obedecieron y lucharon con tal vehemencia que nueve de ellos perdieron la vida. Al décimo que quedaba, Hakim le arrojó gran cantidad de piezas de oro. Pero mientras el hombre se agachaba para recogerlas, Hakim lo hizo despedazar por sus sirvientes. Demostró así su clara comprensión del proceso de la supervivencia; lo gozaba como una suerte de representación que él mismo provocaba, y al final el aniquilamiento del superviviente aún le daba alegría.

La más peculiar es la relación del mandatario para con su sucesor. Si se trata de una dinastía y el sucesor es su hijo, la relación con éste se hace doblemente difícil. Es natural que el hijo le sobreviva, como todo hijo, y es natural que rápidamente el hijo acreciente en sí la pasión por la supervivencia, pues él mismo ha de llegar a ser mandatario. Ambos tienen todo fundamento para odiarse mutuamente. Su rivalidad, que parte de condiciones desiguales, se extrema precisamente en esta desigualdad hasta alcanzar una agudeza especial. El uno, que tiene el poder en sus manos, sabe que ha de morir antes que el otro. El otro, que aún no tiene el poder, se siente seguro de sobrevivir. La muerte del mayor, que de todos es el que menos quiere morir —pues de no ser así no sería detentador del poder— se anhela ardientemente. Por otra parte, el acceso del menor al gobierno es aplazado por todos los medios. Es un conflicto para el que no hay solución real. La historia está repleta de tales rebeliones de hijos contra padres. Algunos lograron derrocar a los padres, otros fueron vencidos por ellos y agraciados o asesinados.

Es natural que en una dinastía de soberanos longevos y absolutos los levantamientos de los hijos contra sus padres se conviertan en una especie de institución. Un vistazo a los emperadores Moghules en India resulta aquí revelador. El príncipe Salim, hijo mayor del emperador Akbar, «ardía de ganas de tomar en sus manos las riendas del gobierno, y estaba furioso por la larga vida de su padre, que le mantenía apartado del goce de las altas dignidades. Decidió pues usurparlas, asumió arbitrariamente el nombre de un rey y se arrogó las prerrogativas de tal». Así dice un informe contemporáneo debido a los jesuítas, que conocían bien al padre y al hijo, y cortejaban a ambos. El príncipe Salim creó una corte propia. Contrató asesinos que asaltaron y mataron en una emboscada al más íntimo amigo y consejero de su padre. Tres años duró la rebelión del hijo; durante ese tiempo se llegó una vez a una reconciliación hipócrita.

Finalmente Salim fue amenazado con la toma de posesión de otro heredero al trono y bajo esta presión aceptó una invitación a la corte de su padre. Primero se lo recibió cordialmente; después su padre lo arrastró a un aposento interior, lo abofeteó y lo encerró en un baño. Se lo entregó a un médico y a dos criados, como si estuviese trastornado; se le suprimió el vino, al que era muy aficionado. En este momento el príncipe tenía 36 años. Después de algunos días Akbar lo despidió y volvió a instituirlo en su dignidad de heredero al trono. Al año siguiente Akbar murió de una disentería. Se decía que su hijo lo había envenenado; pero hoy ya no puede mantenerse esta sospecha. «Después de la muerte de su padre, que tanto había ansiado», el príncipe Salim fue por fin emperador; tomó el nombre de Yahanguir.

Akbar había reinado 45 años, Yahanguir reinó 22. Pero durante este reinado que duró la mitad, vivió exactamente la misma experiencia que su padre. Su hijo predilecto Shah Yahán, a quien él mismo había designado sucesor del trono, se levantó contra él y durante tres años llevó a cabo una guerra contra el rey. Shah Yahán fue derrotado y solicitó la paz a su padre. Fue agraciado bajo una dura condición: tuvo que enviar sus dos hijos como rehenes a la corte imperial. Él mismo se cuidó de volver a presentarse ante su padre, y esperó la muerte de él. Dos años después del tratado de paz murió Yahanguir y Shah Yahán fue emperador.

Shah Yahán gobernó 30 años. Lo que había ocasionado a su padre, ahora le sucedió a él; pero su hijo tuvo más suerte. Aurangzeb, el menor de los dos que otrora habían vivido como rehenes en la corte del abuelo, se levantó contra su padre y su hermano mayor. La célebre «guerra de sucesión», que se inició entonces y ha sido relatada por testigos oculares europeos, terminó con la victoria de Aurangzeb. Hizo ejecutar al hermano, al padre le mantuvo durante ocho años en cautiverio, hasta su muerte.

Aurangzeb, poco después de su victoria, se hizo emperador y gobernó medio siglo. A su propio hijo favorito la paciencia se le acabó mucho antes. Se rebeló contra su padre, pero el viejo era mucho más astuto que el hijo y supo arreglárselas para enfrentarle a sus aliados. El hijo debió huir a Persia y murió aún antes que él, en el exilio.

Si se contempla globalmente la historia dinástica del imperio Moghul, se percibe un cuadro sorprendentemente uniforme. El tiempo de su esplendor dura 150 años; en este tiempo no gobiernan más que cuatro emperadores, uno hijo del otro, cada uno de ellos tenaz y longevo y prendido con todas las fibras de su corazón al poder. Sus períodos de gobierno son de notable duración: Akbar gobernó 45 años, su hijo 22, su nieto 30 y su bisnieto 50 años. Comenzando por Akbar ninguno de los hijos aguanta el tiempo de espera, cada uno de los que más tarde llega a ser emperador se levanta como príncipe contra su padre. Estos levantamientos terminan de diversa manera, Yahanguir y Shah Yahán son derrotados y agraciados por sus padres. Aurangzeb toma preso a su padre y lo depone. Su propio hijo más tarde muere sin éxito en el exilio. Con la muerte de Aurangzeb mismo el poder del Imperio Moghul desaparece.

En esta longeva dinastía todo hijo se levantó contra su padre, y todo padre hizo la guerra contra su hijo.

El más extremo sentimiento de poder existe allí donde el detentador del poder menos quiere un hijo. El caso mejor atestiguado es el caso de Shaka, quien durante el primer tercio del siglo pasado fundó la nación y el imperio de los zulúes en África del Sur. Era un gran general, se le ha comparado con Napoleón, y probablemente no hubo nunca un detentador del poder más crudo que él. Rehusaba casarse porque no quería heredero legítimo. Tampoco las insistentes súplicas de su madre, a la que siempre trataba con respeto, lograron hacerle cambiar de opinión. Ella nada

deseaba tanto como un nieto, pero él insistió en su decisión. Su harén estaba formado por cientos de mujeres, que al final llegaron a ser 1.200; su título oficial era el de «hermanas». Les estaba prohibido estar encinta o, peor aún, parir un niño. Se hallaban bajo control estricto. Toda «hermana» encinta que se dejaba coger era castigada con la muerte. Shaka mató con sus propias manos al hijo de una de estas mujeres, que le había sido ocultado. Se tenía muy en cuenta su arte amatorio, siempre controlaba sus fuerzas y por ello era del parecer de que ninguna-mujer podía concebir de él. Así no se encontró en situación de temer un hijo en crecimiento. A la edad de 41 años fue asesinado por dos de sus hermanos.

Si estuviese permitido pasar de los mandatarios terrestres a los divinos, cabría rememorar aquí al Dios de Mahoma, cuya autocracia es de las de todos los dioses la más indiscutida. Desde el comienzo de los tiempos está solo en las alturas y no tiene que luchar, como el Dios del Antiguo Testamento, contra rivales serios. En el Corán siempre se vuelve a aseverar enfáticamente que no fue engendrado por nadie, pero que tampoco engendra a ninguno. La polémica contra el cristianismo, que en ello se expresa, se origina a partir del sentimiento de unidad e indivisibilidad de su poder.

En oposición a ello hay mandatarios orientales con cientos de hijos, que deben combatir entre sí para decidir quién llega realmente a ser el sucesor. Hay que reconocer que la conciencia de la hostilidad que los divide atenúa la amargura que siente el padre por la sucesión de cualquiera de ellos.

Hablaremos en otra parte del sentido más profundo de la sucesión, de su intención y ventajas. Aquí sólo habrá de señalarse que soberanos y sucesores se hallan en una especial enemistad unos con otros, enemistad que precisamente debe aumentar con esta pasión más propia del poder: la pasión por sobrevivir.

LAS FORMAS DE LA SUPERVIVENCIA

Contemplar las formas de la supervivencia no es ocioso, hay muchas y es importante no descuidar ninguna.

El primerísimo proceso en la vida de cada hombre, mucho antes del nacimiento y con certeza superior a él en significado, el acontecimiento de la procreación, no ha sido visto aún bajo este importante aspecto de la supervivencia. A partir del momento en que el espermatozoide penetra en el óvulo, se sabe mucho, se podría decir que se sabe todo. Pero casi no se ha meditado acerca del hecho de que un número avasallador de espermatozoides no llega nunca a la meta, si bien participan activamente en el proceso global. No es un espermatozoide el que busca su senda hacia el huevo. Hay aproximadamente 200 millones. En una eyaculación son expulsados juntos y luego se mueven en grupo denso y compacto hacia una meta.

Su número es pues enorme. Puesto que todos han nacido por división, son iguales entre sí; su densidad difícilmente podría ser mayor, y todos ellos tienen una y la misma meta. Recuérdese que precisamente estos cuatro rasgos fueron señalados como características esenciales de la masa.

No hace falta destacar que una masa de células seminales no puede ser lo mismo que una masa de hombres. Pero hay indudable-mente una analogía, y quizás más que una mera analogía entre ambos fenómenos.

Todos estos espermatozoides, sea en el camino hacia la meta, sea más tarde en su inmediata proximidad, perecen. Un solo espermatozoide penetra en el óvulo. Muy bien se lo puede designar como el superviviente. Es, por decirlo así, su conductor y ha logrado sobrevivir a todos los que condujo. De este superviviente de 200 millones de sus iguales se forma todo hombre.

A partir de esta elemental, aunque nunca bien ponderada forma, pasamos a otras que son más familiares. En capítulos precedentes se

habló especialmente del matar. Se lucha contra enemigos: contra un enemigo aislado, en el asesinato o en el asalto por sorpresa o en combate singular; contra una muta, por la que uno se siente cercado, o finalmente contra toda una masa. Aquí uno no está solo: uno se lanza a la batalla junto con la propia gente. Pero la supervivencia se percibe tanto más como perteneciente a uno solo, cuanto más elevado es el rango que uno ocupa. El «general» vence. Pero como de la propia gente también han caído muchos, el montón de los muertos es mixto, formado por amigos y enemigos; la batalla es la transición hacia el caso «neutral» de la epidemia.

El matar limita aquí con el morir, a saber con su caso más monstruoso, el morir en epidemias y catástrofes naturales. Aquí se sobrevive a todos, que son mortales, amigos y enemigos a la vez. Todas las relaciones se disuelven, el morir puede volverse tan universal que ya no se sabe quién es enterrado. Muy características son las viejas y renovadas historias de gente que resucita bajo los muertos, despierta entre muertos en medio de su montón. Tales gentes se inclinan a considerarse invulnerables, héroes de la peste, por decirlo así.

Una satisfacción más moderada y encubierta deriva del morir esporádico de los hombres. Se trata de parientes y amigos. No mata uno mismo, uno no se siente agredido. No se coopera en nada, pero se espera la muerte del otro. Los más jóvenes sobreviven a los mayores, el hijo al padre.

El hijo encuentra natural que el padre muera antes que él. El deber le manda apresurarse a su lecho de muerte, cerrarle los ojos y llevarlo a la tumba. Durante este acontecimiento, que se prolonga durante días, el padre yace muerto ante él. El que pudo darle órdenes como ningún otro, ha enmudecido. Indefenso, debe aguantar todas las manipulaciones de su cuerpo, y el hijo, que en otro tiempo y durante muchos años estuvo bajo su poderío, dispone ahora de él.

La satisfacción por sobrevivir está presente incluso aquí. Resulta de las relaciones entre ambos: uno, durante muchos años, fue débil e indefenso y estuvo totalmente dominado por el otro; éste, en otro tiempo todopoderoso, está ahora derrocado y extinguido; aquél dispone de sus inanimados despojos.

Todo lo que el padre deja fortalece al hijo. La herencia es su botín. Con ella puede hacer todo lo contrario de lo que el padre hubiera hecho. Si éste era ahorrativo, el hijo puede ser dilapidador, si era sensato, el hijo puede ser atolondrado. Es como una nueva ley, cuya validez se promulga ahora. La ruptura es tremenda, irreparable. Se ha consumado por supervivencia, en su forma más personal e íntima.

Muy distinta es la supervivencia entre coetáneos. La tendencia a sobrevivir aquí, tratándose del propio grupo, se halla velada por formas atenuadas de rivalidad. Un grupo de personas de la misma edad forma parte de una clase edad. Por medio de determinados ritos, difíciles y a menudo crueles pruebas, los jóvenes ascienden de una clase a la clase inmediatamente superior. Se puede —excepcionalmente— morir en una de esas pruebas.

Los viejos, quienes después del decurso de cierto número de años se conservan con vida, gozan entre los pueblos primitivos de gran prestigio. Entre éstos los hombres por lo común mueren jóvenes; viven entre mayores peligros y están mucho más expuestos a las enfermedades que nosotros. Para ellos es una hazaña alcanzar cierta edad, y el hecho tiene su recompensa en sí. Los viejos no sólo saben más, ni sólo han adquirido experiencia en más situaciones, sino que también se han dado buena prueba de resistencia porque aún están vivos. Tienen que haber tenido suerte para haber salido indemnes de cacerías, guerras y accidentes. Su prestigio creció con el superar los peligros. Pueden acreditar sus victorias sobre los enemigos mediante trofeos. Su continuada existencia como miembros de una horda, que nunca está formada por demasiados

hombres, es particularmente llamativa. Participaron de muchas ocasiones de lamentación. Sin embargo aún están vivos, y las muertes de los de su mismo grupo de edad contribuyen a su prestigio. Puede que esto no sea tan valioso para los miembros de un grupo como las victorias sobre los enemigos. Una cosa sin embargo es indiscutible: el éxito más elemental y evidente es el de estar aún con vida. Los viejos no sólo existen, aún existen. Pueden tomar a discreción esposas jóvenes, mientras que los muchachos a veces tienen que conformarse con mujeres maduras. Es cosa de hombres viejos el determinar hacia dónde se migra, contra quién se guerrea, con quién aliarse. En la medida en que puede hablarse de gobierno, en tales condiciones de vida, son ellos, los viejos, quienes gobiernan.

El deseo de tener una larga vida, que en la mayoría de las culturas desempeña un rol importante, significa, en realidad, que se quiere sobrevivir a los propios coetáneos. Uno sabe que muchos mueren jóvenes y desea otro destino para sí mismo. Rogando a los dioses por tener una larga vida cada hombre se exceptúa de sus camaradas. Si bien no los menciona en la plegaria, se imagina que llegará a más viejo que ellos. Es «sana» la longevidad de un patriarca, que puede ver muchas generaciones de descendientes. No se piensa en patriarcas simultáneos. Es como si comenzase con él una nueva estirpe. Mientras los nietos y bisnietos estén con vida, tampoco importa si algunos de sus hijos lo han precedido en la muerte; aumenta su prestigio el que su vida sea más tenaz que la de ellos.

En la clase de los más ancianos al final queda vivo uno sólo, precisamente el más viejo de todos. Según la duración de su vida se determinaba el siglo etrusco, acerca del que es provechoso decir algunas palabras.

El «siglo» entre los etruscos es de longitud variable, ora breve, ora prolongado, y su duración debe ser determinada en cada oportunidad. Toda generación tiene un varón que llega a más viejo que los demás. Cuando éste, que ha sobrevivido a todos, muere, los

dioses dan ciertos signos a los hombres. Del momento de su muerte depende la longitud del siglo: si el superviviente tenía 110 años, este siglo tiene 110 años; si murió a los 105, resulta sólo de 105 años. El superviviente es el siglo, los años de su vida lo constituyen.

Toda ciudad y todo pueblo tienen una duración predeterminada. A la nación de los etruscos le corresponden diez de tales siglos; se calculan a partir de la fundación de una ciudad. Si el superviviente de cada generación dura particularmente mucho, la nación entera llega a mucho más vieja. Esta relación es curiosa; como institución religiosa es única.

El sobrevivir a distancia temporal es la única forma en la que se es inocente. No se provoca la muerte de quienes han vivido mucho antes que uno, a los que uno mismo no conoció; no puede haberse deseado ni esperado su muerte. Uno se entera de que existieron cuando ya no existen. La conciencia que se tiene de ellos les procura una forma, por cierto muy moderada y a menudo vana, de supervivencia. En este sentido quizás uno les sea más útil de lo que a uno le son ellos. Así se puede demostrar, sin embargo, que también ellos contribuyeron al propio sentimiento de supervivencia.

Así, existe la supervivencia a los antepasados, que uno no ha conocido; y a toda la humanidad anterior en general. Esta última vivencia se la tiene en los cementerios. Se vincula con la supervivencia en una epidemia: en vez de la peste, la epidemia es la muerte en general, reunida desde hace muchas épocas en un único lugar.

Podría objetarse que en esta investigación del superviviente no se trata nada más que de lo que bajo el concepto más antiguo del instinto de autoconservación se conocía desde siempre.

Pero, ¿coincide realmente lo uno con lo otro? ¿Son una y la misma cosa? ¿Gomo imaginarnos los efectos del instinto de autoconservación? A mi juicio, este concepto no es acertado porque

postula al hombre singular, solo. El acento, por un lado, está puesto en el prefijo auto. Más importante aún es la segunda parte de la palabra, conservación. Con ella uno se refiere propiamente a dos cosas: en primer lugar, a que toda criatura debe comer para permanecer viva, y en segundo lugar, a que debe defenderse contra toda agresión. Es como imaginar una criatura rígida como un monumento, que con una mano se alimenta y con la otra mantiene a distancia al enemigo. ¡Criatura pacífica, en el fondo! Si se la dejara en paz comería un puñado de yerbas y a nadie causaría el menor mal.

¿Hay representación del hombre más inadecuada, más errada y ridícula? Es verdad, el hombre come, pero no come lo que una vaca, y nadie le saca al pastizal. La manera con que se procura su presa es pérfida, cruenta y tenaz y su comportamiento es todo, menos pasivo. A los enemigos no los mantiene a distancia con mansedumbre, sino que los ataca ya cuando los husmea a lo lejos. Sus armas agresivas están mejor desarrolladas que las armas que le sirven para la defensa. El hombre se quiere conservar, cierto, pero hay otras cosas que quiere a la vez, inseparables de ello. El hombre quiere matar para sobrevivir a los demás. Y no quiere morir para que los demás no le sobrevivan. Si ambas cosas se las pudiese resumir como autoconservación, el término tendría algún sentido. Pero no se ve por qué uno ha de atenerse a un concepto tan aproximado, si hay otro que capta mejor el hecho.

Todas las formas enumeradas de la supervivencia son antiquísimas, se encuentran ya, como se demuestra en lo que sigue, entre los pueblos primitivos.

EL SUPERVIVIENTE EN LAS CREENCIAS DE LOS PUEBLOS PRIMITIVOS

Por mana se entiende, en los mares del Sur, una especie de poder sobrenatural e impersonal, que puede pasar de un hombre a otro. Es un poder muy deseable y es posible enriquecerlo en individuos

aislados. Un guerrero valiente lo puede adquirir en gran medida. Pero no lo debe a su experiencia en el combate ni a su fuerza corporal, sino que se le transfiere a él el mana de su enemigo abatido.

«Así en las Marquesas un miembro de la tribu podía llegar a ser jefe de guerra por su coraje personal. Se suponía que el guerrero contenía en su cuerpo el mana de todos los que había matado. En proporción a su coraje crecía su propio mana. No obstante, en la mente del nativo su coraje era el resultado y no la causa de su mana. Con cada muerte que lograba crecía también el mana de su lanza. El vencedor en el combate de hombre a hombre asumía el nombre del enemigo abatido: signo de que su poder ahora le pertenecía. Para incorporar directamente su mana comía de su carne; y para fijar ese crecimiento de poder durante una batalla, para asegurarse la íntima relación con el mana capturado, llevaba sobre su cuerpo como parte de su equipo de guerra, cualquier parte corporal del enemigo vencido, un hueso, una mano reseca, a veces incluso un cráneo entero.»

No se puede formular con mayor claridad el efecto de la victoria sobre el superviviente. Matando se ha hecho más fuerte, y el acrecentamiento en mana lo capacita para nuevas victorias. Es una especie de bendición que arranca al enemigo, pero sólo puede recibirla cuando éste ha muerto. La presencia física del enemigo, vivo y muerto, es indispensable. Tiene que haberlo combatido y tiene que haberlo matado; del propio acto de matar depende todo. Las partes manejables del cadáver, de las que el vencedor se asegura, que se incorpora, con las que carga, le recuerdan siempre el acrecentamiento de su poder. Se siente más fuerte gracias a ellas e inspira terror con ellas: todo nuevo enemigo que desafíe temblará ante él y con horror verá su propio destino.

Una relación más personal pero igualmente ventajosa entre el matador y el abatido existe según la creencia de los murngin en la

tierra de Arnhem. El espíritu del abatido entra en el cuerpo del matador y le confiere doble fuerza, le hace efectivamente más grande. Es de imaginar que esta ganancia incita a los jóvenes a la guerra. Cada uno busca un enemigo para apoderarse de su fuerza. Pero sólo logra su intención si lo ultima de noche, pues durante el día la víctima puede ver a su asesino y estará entonces demasiado airada para entrar en su cuerpo.

Este proceso de «entrar» ha sido narrado con exactitud. Es tan curioso que daremos aquí buena parte de la narración.

«Cuando un hombre ha matado a otro durante una guerra, vuelve a casa y no come ningún alimento cocido hasta que el alma del muerto se le acerca. La puede oír venir, porque el asta de la lanza cuelga aún de la punta de piedra, clavada en el muerto; arrastra por el suelo, golpea contra arbustos y árboles y hace ruido al caminar. Cuando el espíritu está muy cerca, el matador oye sonidos que vienen de la herida del muerto.

»Toma la lanza, retira la punta y pone este extremo del asta entre los dos primeros dedos del pie. El otro extremo del asta lo apoya contra el hombro. El alma recorre ahora el hueco en el que antes estaba la punta de la lanza, asciende por la pierna del matador y luego entra a su cuerpo. Camina como una hormiga. Entra en el estómago y lo cierra. Al hombre le dan náuseas y siente fiebre en el abdomen. Se frota su estómago y profiere en alta voz el nombre del muerto. Eso lo cura y vuelve a sentirse sano: pues el espíritu abandona el estómago y entra en el corazón. Apenas está en el corazón, el efecto es como si la sangre del muerto estuviese ahora dentro del matador. Es como si el hombre, antes de morir, hubiese dado su sangre vital al otro, que lo mataría.

»E1 matador, que ahora se ha hecho más grande y que ha acrecentado especialmente su fuerza, adquiere toda la fuerza vital que en otro tiempo poseyera el muerto. Si sueña, el alma le dice que tiene alimento para él, y le indica la dirección donde podrá

encontrarlo. "Allá abajo junto al río —dice— encontrarás muchos canguros", o "en aquel viejo árbol hay un gran nido de abejas con miel", o "justo junto al banco de arena asaltarás una tortuga grande y en la playa vas a encontrar muchos huevos".

»E1 matador escucha, y tras un momento se escabulle fuera del campamento y sale al monte, donde se encuentra con el alma del muerto. El alma se le acerca y se acuesta. El matador se asusta y grita: "¿Quién es? ¿Ahí hay alguien?". Se vuelve hacia el lugar donde estaba el espíritu del muerto y allí encuentra un canguro. Es un animal desacostumbradamente pequeño. Lo contempla y comprende qué significa eso: está exactamente en el lugar donde oyó los movimientos del espíritu. Saca sudor de su axila y lo frota sobre el brazo. Levanta su lanza, grita en alta voz el nombre del muerto y le da al animal. Éste muere y de inmediato se pone a crecer. Intenta levantarlo, pero encuentra que es imposible, porque se ha vuelto muy grande. Deja la presa a un lado y vuelve al campamento a decírselo a sus amigos. "Acabo de matar el alma del hombre muerto —dice—. No dejen que nadie se entere, podría volver a enojarse." Sus amigos más íntimos y parientes regresan con él para ayudarle a desollar el animal y prepararlo para la comida. Al cortarlo encuentran grasa por todas partes y ésta es considerada uno de los mayores manjares. Primero colocan trocitos muy pequeños sobre el fuego. Los prueban con cuidado y siempre la carne sabe desagradable.

»Luego se cuece todo el animal y las partes que más se aprecia son saboreadas. El resto es transportado de vuelta al campamento principal. Los ancianos lo miran: es un animal enormemente grande. Se paran alrededor, uno pregunta:

»—¿Dónde lo mataste?

»—Allá arriba junto al río.

»Los viejos saben que no se trata de una presa común, pues hay grasa por todas partes. Después de una breve pausa uno de los viejos pregunta:

»—¿Has visto un alma, afuera, en el monte?

»—No. —Miente el joven.

»Los ancianos sacuden afirmativamente la cabeza y chasquean la lengua: "¡Sí que viste el alma del muerto!"».

El superviviente se procura la fuerza y la sangre de su enemigo. No sólo se nutre él mismo, también su presa animal engorda y crece. Es una ganancia personal e inmediata, que extrae del enemigo. Así el modo de pensar del joven está orientado desde muy temprano hacia la guerra. Pero puesto que todo el suceso tiene lugar en secreto y de noche, tiene bien poco en común con la idea del héroe según se transmiten entre nosotros.

El héroe, como nosotros lo conocemos, que se lanza sin temor y completamente solo contra los enemigos, se encuentra en las islas Fidji. Una saga cuenta de un jovencito que se cría con su madre sin conocer a su padre. La amenaza y la obliga a darle el nombre de su padre. Apenas se ha enterado de que es el Rey del Cielo, se pone en camino en su busca. El padre se muestra desilusionado de él porque es tan chico. Necesita hombres, no jovencitos, pues en ese momento está en guerra. Los hombres que están alrededor del rey seríen del niño cuando, de pronto, éste parte con un garrote el cráneo de uno de los que se mofaban. El rey se muestra más que encantado y le invita a quedarse.

«A la mañana siguiente, a primera hora, los enemigos subieron con clamores de guerra hacia la ciudad y gritaron: "Sal, oh Rey del Cielo, que estamos hambrientos. Sal hacia nosotros para que comamos".

»En ese momento se levantó el jovencito y dijo: "Que nadie me siga. ¡Permanezcan todos ustedes en la ciudad!". Tomó el garrote que él mismo había hecho, se precipitó afuera en medio de los enemigos y comenzó a asestar furiosos golpes en torno suyo a diestra y siniestra. A cada golpe mataba a uno, hasta que finalmente todos huyeron ante él. Se sentó sobre un montón de cadáveres y llamó a su gente de la ciudad: "¡Salgan y llévense de aquí a los abatidos!" Salieron, cantaron el cántico de muerte, acarrearon los cuarenta y dos cadáveres de los enemigos mientras en la ciudad redoblaban los tambores.

»Cuatro veces más el jovencito aplastó a los enemigos de su padre, de modo que sus almas se hicieron pequeñas y vinieron con ofrecimientos de paz ante el Rey del Cielo: "¡Ten piedad de nosotros, oh Señor, déjanos con vida!". Así el Rey quedó sin enemigos, y su reino se extendió por todo el cielo.»

El jovencito se enfrenta aquí solo a todos los enemigos, ninguno de sus golpes es en vano. Al final se le ve sentado sobre un montón de cadáveres, y cada uno de aquellos sobre los que se sienta, fue su víctima personal. Pero no se vaya a pensar que sólo sucede así en las sagas. Hay cuatro nombres fidji completamente diferentes para designar a los héroes. Koroi es el matador de un hombre. Koli se llama a quien mató diez, Visa el que ha acabado con veinte, y Wangka uno que mató a treinta personas. Un célebre jefe, que había rendido más, se llamaba Koli-Visa-Wangka, había matado a diez más veinte más treinta, es decir, a sesenta seres humanos.

Las hazañas de tales superhéroes son tal vez aún más imponentes que las de los nuestros, porque se comen a sus enemigos después de haberlos matado. Un jefe que le ha tomado un odio muy especial a alguien, se reserva el derecho de comérselo solo, y ciertamente no le convida a nadie con un solo trozo de él.

Pero el héroe, se objetará, no sólo sale contra los enemigos. Su dominio principal en la leyenda son los peligros monstruosos de los que libera a su pueblo. Un monstruo poco a poco devora a un pueblo entero, y nadie es capaz de defenderse de él. En el mejor de los casos se llega a una reglamentación del terror: tantos y tantos hombres le son entregados anualmente como comida. Ahí el héroe se compadece de su pueblo, parte totalmente solo y corriendo grave peligro, mata al monstruo con sus propias manos. El pueblo le está reconocido, guarda fielmente su memoria. En su invulnerabilidad, por la que ha salvado a los otros, aparece como una figura luminosa.

Sin embargo, hay mitos en los que se reconoce con claridad la relación de esta figura luminosa con los cadáveres amontonados, y no sólo con los de los enemigos. El más claro de estos mitos proviene del pueblo sudamericano de los *uitoto*. Se encuentra en la importante y aún poco conocida antología de K. Th. Preuss y lo citamos a continuación, en forma abreviada, en lo que se refiere a nuestro asunto.

«Dos niñas que vivían con su padre a orillas de un río, vieron un día en el agua una diminuta culebra, muy bonita, y trataron de cogerla. Pero se les escapaba siempre, hasta que su padre, acudiendo a sus ruegos, les trenzó un tamiz muy fino. En él atraparon al animalito y lo llevaron a su casa. Lo colocaron en una pequeña olla con agua y le sirvieron toda clase de alimento, pero la culebra desdeñaba todo. Hasta que al padre, en un sueño, se le ocurrió la idea de alimentarla con un almidón de índole especial, y entonces comenzó de veras a comer. Se puso pues gorda como un hilo y después como la punta de un dedo, y las niñas la colocaron en una olla más grande. El animal siguió comiendo almidón y se hizo gordo como un brazo. La colocaron entonces en un pequeño lago; comía almidón cada vez con mayor gula y estaba tan hambrienta, que se metía en las fauces, con el alimento, la mano y el brazo de la niña que le daba de comer. Pronto llegó a parecerse a un árbol caído en el

agua. Comenzó a salir a la orilla y a comer venados y otros animales, pero respondía de inmediato a los gritos de llamada y venía a tragarse las monstruosas cantidades de almidón que las hermanas le preparaban: se hizo una cueva debajo de las aldeas y tribus y comenzó a comerse a los antepasados de los hombres, los primeros habitantes del mundo. "¡Amorcito, ven a comer!", gritaron las niñas; salió la culebra, tomó el recipiente con el almidón que una de las hermanas sostenía en el brazo, hasta su cabeza, se tragó a la niña y la llevó consigo.

»La otra hermana llorando fue a contárselo al padre. Éste decidió vengarse. Lamió tabaco, como siempre hace esta gente cuando decide la muerte de una criatura, se embriagó y en el sueño se le ocurrió la manera de vengarse. Preparó almidón, para dárselo de comer a la culebra, llamó a la que se había tragado a su hija, y le dijo: "¡Trágame!". Estaba dispuesto a soportarlo todo y bebió del recipiente de tabaco que colgaba de su cuello, para matarla. A su grito salió la culebra y tomó la fuente con almidón que le ofrecía. Entonces éste saltó dentro de sus fauces y ahí se sentó. "Lo maté", pensó ella y se llevó al padre.

»En seguida se comió a una tribu entera y dentro de ella se pudrían los hombres sobre el cuerpo del padre. Luego fue a tragarse a otra tribu; la gente se pudría sobre el cuerpo de él, allá sentado, se corrompía sobre él, y él tenía que aguantar la hediondez. La culebra se tragó así a todas las tribus junto al río y acabó con ellas, hasta que no quedó nadie. El padre había traído consigo una concha, para cortarle la barriga: se limitó a hacerle sólo un pequeño tajo, a lo que la culebra sintió dolores. Entonces la serpiente se comió a las tribus que estaban junto a otro río. Los hombres tenían miedo y no salían a las plantaciones, sino que se quedaban siempre en sus casas. Tampoco era posible andar vagando, porque en mitad del camino tenía su cueva la culebra y cuando uno venía del campo lo agarraba y se lo llevaba. Todos lloraban y tenían miedo de que la culebra los

comiese y ya no daban ni un paso afuera. Con sólo bajarse de la hamaca ya tenían miedo de que la culebra tuviera ahí su cueva y los fuera a comer y llevar consigo.

»Sobre el cuerpo del padre apestaban y se pudrían los hombres. Él tomaba zumo de tabaco del recipiente y hacía tajos en mitad de la barriga de la culebra, así es que ésta tenía grandes dolores. "¿Qué me pasa? Me tragué a Deihoma, el cortante, siento dolores", dijo la culebra, y pegó un grito.

»Fue pues a otra tribu, allá salió de la tierra y agarró a todos. Nadie podía ir a ninguna parte ni se acercaba por el río. Cuando alguien buscaba agua en el puerto la culebra lo agarraba y se lo llevaba. Ya por la mañana, cuando se ponían de pie, los agarraba y se los llevaba. Él tajeaba la barriga con la concha, y ella gritaba: "¿Por qué siento estos dolores? Me tragué a Deihoma, el cortante, y por eso sufro".

»Entonces sus espíritus tutelares lo alertaron: "Deihoma, éste todavía no es el puerto junto al río donde vives, ten cuidado con los tajos. Estás aún muy lejos de tu puerto". Oyendo estas palabras el padre dejó de cortar. La culebra, a pesar de todo, fue a comer entre la gente donde había comido antes y los tomó de improviso. "¡Aún no ha terminado! ¿A dónde iremos a parar? Exterminó a nuestra gente", decían los pobladores de las aldeas. Enflaquecían pues ¿qué es lo que tenían de comer?

»Las gentes perecían y se pudrían sobre el cuerpo del padre. Mientras tanto él tomaba un poco de tabaco y cortaba la barriga de la culebra. Así Deihoma estaba sentado en el interior de ella. Desde tiempo inmemorial el desgraciado no había comido nada, sólo había tomado zumo de tabaco, porque ¿qué iba a comer? Tomaba zumo de tabaco y a pesar de la hediondez de la podredumbre se quedaba tranquilo.

»Las tribus ya no existían, y la culebra se había comido los cuerpos de todos a orillas del río al pie del cielo, así es que ya no existían hombres. Sus espíritus tutelares le hablaron: "Deihoma, éste es tu puerto donde vives junto al río, corta ahora con fuerza y después de dos vueltas del río estás en casa". Entonces cortó. "¡Corta, Deihoma, corta con firmeza!", dijeron. Y Deihoma cortó con firmeza, tajeó el cuero de la barriga en el puerto y saltó por la abertura.

»Apenas estuvo afuera, se sentó. Su cabeza se había pelado, estaba sin pelo. La culebra se revolcaba, de acá para allá. Ahora él estaba de vuelta, después de haber sufrido por tiempo inmemorial en el interior de la culebra. Se lavó bien en su puerto, llegó a su choza y volvió a ver a sus hijas que se alegraron por el padre.»

En el texto completo del mito, aquí considerablemente abreviado, se narra, en no menos de quince pasajes distintos, cómo se pudren los hombres en la culebra sobre el cuerpo del héroe. Esta imagen tan impresionante, tiene algo de fascinante; junto al devorar es lo que más a menudo reaparece en el mito. Deihoma se mantiene en vida gracias a que bebe zumo de tabaco. Esta calma e impasibilidad en medio de la corrupción caracterizan al héroe. Todos los hombres del mundo podrían pudrirse sobre él, él seguiría imperturbable, como único, en medio de la podredumbre general, erguido, orientado hacia su meta. Es, si se quiere, un héroe inocente; porque ninguno de los que se pudren pesa sobre su conciencia. Pero él soporta la podredumbre, está en medio de ella. Ésta no lo abate, casi podría decirse que es ella la que lo mantiene en pie. La densidad de este mito, en el que todo lo verdaderamente importante pasa dentro del cuerpo de la culebra, es irresistible, es la verdad misma.

El héroe es aquel que en circunstancias peligrosas sobrevive siempre matando. Pero no sólo el héroe sobrevive. En la masa de la propia gente hay un proceso correspondiente, precisamente una vez que todos han sucumbido.

¿Cómo se las arregla uno para salvarse en la guerra cuando todos los que son de su mismo grupo han sucumbido y cómo se siente uno entonces? De ello da cuenta un pasaje de un mito indígena recogido por Koch-Grünberg, entre los taulipang en América del Sur.

«Los enemigos vinieron y les atacaron. Llegaron a la aldea, que tenía cinco casas, y la incendiaron por dos lugares, de noche, para que se hiciese claridad y los pobladores no pudieran huir en la oscuridad. Mataron a muchos con la maza mientras querían escaparse de las casas.

»Un hombre llamado Maitchaule, se tendió ileso en medio de un montón de muertos y se embadurnó de sangre la cara y el cuerpo para engañar a los enemigos. Éstos creyeron que todos estaban muertos y se fueron. El hombre quedó atrás, solo. Entonces se fue, se bañó y se fue a otra casa, no muy alejada. Pensó que habría gente allí, pero no encontró a nadie. Todos habían huido. Encontró sólo tortillas de cazabe y viejos trozos de carne asada y comió. Luego pensó, salió de la casa y se alejó muy lejos. Entonces se sentó y pensó. Pensaba en su padre y en su madre, que habían sido matados por los enemigos, y que ahora ya no tenía a nadie. Entonces dijo: "Me quiero acostar con mis compañeros que están muertos". Volvió lleno de temor a la aldea quemada. Allí había muchos buitres. Maitchaule era un médico hechicero y había soñado con una linda muchacha. Espantó a los buitres y se acostó al lado de sus compañeros muertos. Otra vez se había embadurnado con sangre. Colocó las manos junto a la cabeza para poder agarrar de improviso. Entonces vinieron de nuevo los buitres y se pelearon por los cadáveres. Vino la hija del buitre real. ¿Qué hizo en seguida la hija del buitre real? Se le paró sobre el pecho a Maitchaule. Cuando le quiso pegar el picotazo en el cuerpo, éste la agarró. Los buitres volaron. Maitchaule le dijo a la hija del buitre real: "¡Transfórmate en una mujer! Estoy muy solo por aquí y no tengo a nadie que me

ayude". Se la llevó consigo para la casa abandonada. Allí la mantenía como un pájaro manso. Le dijo: "Ahora voy a pescar. ¡Cuando vuelva, quiero encontrarte transformada en mujer!"».

Primero se tiende entre los muertos para escapar. Se disfraza como tal para no ser hallado. Luego descubre que ha quedado solo y se pone triste y contrito. Decide acostarse entre sus compañeros muertos. Quizás en un comienzo juegue con la idea de compartir su destino. Pero no puede ser demasiado seria su intención, pues ha soñado con una linda muchacha, y como no ve más ser viviente que buitres coge a un buitre por cónyuge. Puede agregarse que el pájaro, accediendo a su deseo, se transformará luego efectivamente en una mujer.

Un número sorprendente de poblaciones —en cada rincón de la tierra— concibe su origen a partir de una pareja primigenia, única superviviente de una catástrofe. El bien conocido caso del diluvio bíblico está atenuado por el derecho de Noé de llevar consigo a toda su familia. Le es permitido llevarse su estirpe en el arca; y de cada especie de seres vivientes, una pareja. Pero es él quien ha encontrado gracia ante los ojos de Dios; la virtud para sobrevivir, que en este caso es religiosa, la posee él, y sólo por él pueden entrar otros en el arca. Hay ejemplos más descarnados de la misma leyenda, relatos en los que, a excepción de la pareja de progenitores de la tribu, todos los demás perecen. Estos relatos no siempre están relacionados con la idea de un diluvio. Con frecuencia son epidemias en las que todos desaparecen salvo un único individuo que vaga y busca hasta que en alguna parte encuentra una sola o tal vez dos mujeres, a las que desposa y con las que entonces funda una nueva estirpe.

Parte de la fuerza y gloria de este ancestro está en el que alguna vez quedó él solo. Es, aunque no se diga, una especie de mérito por su parte, el no haber muerto junto con sus semejantes. Al prestigio que goza como ancestro de todos los que vienen después de él se le

suma el respeto ante la feliz fuerza de su supervivencia. Puede ser que mientras vivía entre sus iguales no se haya distinguido sino que haya sido un hombre como todos. Pero, entonces, de pronto queda completamente solo. El período de su vagabundeo solitario se narra con menudos detalles. Cubre el espacio más amplio en busca de seres vivos, en lugar de los cuales por todas partes encuentra cadáveres. La certeza creciente de que realmente nadie existe fuera de él, lo colma de desesperación. Pero hay otro elemento, también inconfundible: la humanidad, que vuelve a comenzar con él, depende solamente de él; sin él y su coraje de volver a comenzar solo, la humanidad no existiría.

Una de las tradiciones más sencillas de este tipo es la del origen de los kutenai. Dice textualmente:

«Las gentes vivían allí, y de repente vino una epidemia. Morían. Morían todos. Deambulaban y llevaban la noticia unos a otros. La enfermedad reinó entre todos los kutenai. Llegaban a un lugar y se lo contaban unos a otros. En todas partes sucedía lo mismo. En un lugar no vieron a nadie. Todos habían muerto. Sólo quedaba una persona. Un día, el único que quedaba curó. Era un hombre. Estaba solo y pensó: "Vagaré por el mundo y veré si queda alguien en alguna parte. Si no queda nadie, ya no quiero regresar. Aquí no queda nadie y nadie viene nunca". Partió en su canoa y llegó al último campamento de los kutenai. Cuando llegó a un lugar en el que habitualmente había gente en la orilla, no había nadie; y cuando recorrió el lugar, vio sólo muertos; no había en ninguna parte un signo de vida. Así supo que no quedaba nadie. Se fue de nuevo en su canoa. Llegó a una localidad, descendió y otra vez encontró sólo muertos. En todo el lugar no había nadie. Se puso en camino de regreso. Llegó al último asentamiento donde habían vivido los kutenai. En las tiendas había sólo cadáveres apilados. Así anduvo siempre y vio que toda la gente se había ido. Lloraba al caminar. "Soy el único que queda —se decía—, hasta los perros están

muer-tos." Cuando llegó a la aldea más alejada vio huellas de hombre. Había allí una tienda. No había cadáveres en ella. Más allá estaba la aldea. Entonces supo que quedaban dos o tres hombres con vida. Vio huellas más grandes y más pequeñas, no hubiera sabido decir si eran tres. Pero alguien había que se había salvado. Siguió en su canoa y pensó: "Remaré en esta dirección. Los que antes vivían aquí solían remar en esta dirección. Si es un hombre, quizás haya proseguido más lejos".

»Sentado en su canoa, vio en lo alto, a cierta distancia delante suyo, dos osos negros que comían bayas. Pensó: "Voy a matarlos. Cuando los haya matado, me los como. Secaré su carne. Entonces veré si es que queda alguien. Primero seco la carne, luego busco por ellos. Pues vi huellas de gente. Quizás son hombres o mujeres hambrientos. También deben tener algo para comer". Fue en dirección de los osos. Llegó a su cercanía y vio que no eran osos sino mujeres. Una era mayor y la otra una niña. Pensó: "Estoy contento de ver seres humanos. Tomaré a esta mujer por esposa". Fue y cogió a la niña. La niña le dijo a su madre: "Madre, veo a un hombre". La madre levantó la vista. Vio que la hija decía la verdad. Vio cómo un hombre tomaba a su hija. Entonces lloró la mujer, lloró la niña y lloró el joven pues todos los kutenai estaban muertos. Se miraban unos a otros y lloraban juntos. La mujer dijo: "No tomes a mi hija. Aún es joven. Tómame a mí. Tú has de ser mi marido. Más tarde, cuando mi hija sea grande, ha de ser tu mujer. Entonces tendrás hijos". El joven se casó con la mayor. No pasó mucho tiempo y ella dijo: "Ahora mi hija es adulta. Ahora puede ser tu mujer. Es bueno que tenga hijos. Su vientre ahora es fuerte". Entonces el joven tomó a la niña por esposa. A partir de entonces se multiplicaron los kutenai».

Una tercera clase de catástrofe, a veces la consecuencia de una epidemia y una guerra, el suicidio en masa, también produjo sus

supervivientes. Aquí ha de encontrar su sitio una leyenda de los ba-ila, un pueblo bantú de Rodesia.

Dos clanes de estos ba-ila, de los que uno había tomado su nombre de las cabras y el otro de los abejarrones, tenían una grave disputa entre sí. Se trataba de ver a qué clan le correspondía el derecho de atribuir la dignidad de jefe. El clan de las cabras, que había gozado la preferencia, perdió este puesto y sus miembros decidieron por orgullo herido ahogarse todos juntos en el lago. Hombres, mujeres y niños trenzaron una cuerda muy larga. Luego se reunieron en la orilla, se ataron unos tras otros la cuerda al cuello y se arrojaron juntos al agua. Un hombre, que pertenecía a un tercer clan, el de los leones, se había casado con una mujer del clan de las cabras. Trató de retenerla del suicidio; al no conseguirlo decidió morir con ella. Casualmente fueron los últimos en atarse a la cuerda. Fueron arrastrados y ya estaban a punto de ahogarse cuando el hombre se arrepintió; cortó la cuerda y se liberó a sí mismo y a su mujer. Ella intentó soltarse de él y gritó: «¡Suéltame! ¡Suéltame!». Pero él no cejó y la trajo a tierra. Por eso hasta el día de hoy la gente del clan de los leones le dice a la gente cabruna: «Nosotros los salvamos de la extinción, ¡nosotros!».

Finalmente ha de recordarse aún otra utilización deliberada de los supervivientes, que data de tiempo histórico y es perfectamente fidedigna. En una lucha de exterminio entre dos tribus indígenas de América del Sur, un solo hombre de la parte derrotada queda con vida y es enviado de vuelta a su gente por los enemigos. Ha de decirles lo que ha visto y desalentarlos de emprender otra vez la lucha. Escuchemos en palabras de Humboldt el relato acerca de este mensajero del espanto:

«La prolongada resistencia que, agrupados bajo la autoridad de un valeroso jefe, habían opuesto los cabres a los caraíbes, había causado, después del año 1720, la perdición de aquellos. Habían derrotado a sus enemigos junto a la desembocadura del río; gran

cantidad de caraíbes fueron masacrados mientras huían entre los rápidos de la corriente y una isla. Los prisioneros fueron devorados; pero con aquella refinada astucia y crueldad propia de los pueblos del Sur y Norteamérica, los cabres dejaron un caraíbe con vida, que tuvo que subir a un árbol para ser testigo de la bárbara escena, y poner de inmediato en conocimiento de ello a su gente. La ebriedad de la victoria del cacique de los cabres fue de corta duración. Los caraíbes volvieron en tales masas que sólo quedaron míseros restos de los antropófagos cabres».

Este individuo al que se ha dejado con vida para escarnio, contempla desde un árbol cómo es comida su gente. Todos los guerreros con los que partió han caído en la lucha o han ido a parar a los estómagos de los enemigos. Se le envía de regreso como superviviente forzado, con las escenas del espanto grabadas en la retina. El sentido de su mensaje, como se lo imaginan los enemigos, sería: «Uno de ustedes sobrevivió. Tan poderosos somos. ¡No se atrevan otra vez a luchar con nosotros!». Pero la fuerza de lo que vio es tan grande en él, su forzada unicidad tan impresionante, que, al contrario, incita a su gente a la venganza. Los caraíbes afluyen en masa y ponen coto para siempre a los cabres.

Esta tradición, que no es única en su especie, muestra con qué claridad estos pueblos primitivos ven al superviviente. Lo peculiar de su situación les es perfectamente consciente. Cuentan con ella e intentan utilizarla para sus fines particulares. Desde ambos puntos de vista, el de los enemigos y el de los amigos, el caraíbe que tuvo que subir al árbol desempeñó correctamente su papel. De su doble función, si se la analiza con coraje, se puede aprender muchísimo.

LOS MUERTOS COMO SUPERVIVIENTES

Nadie que se ocupe de los testimonios originales de la vida religiosa dejará de sorprenderse del poder de los muertos. La

existencia de muchas tribus está colmada enteramente de ritos que se refieren a los muertos.

Lo primero que llama la atención en todas partes es el miedo ante los muertos. Éstos están descontentos y llenos de envidia para con los suyos, que han dejado atrás. Procuran vengarse de ellos, a veces por ofensas que se les han inferido aún en vida, pero a menudo también por el mero hecho de que ya no están vivos. La envidia de los muertos es lo que más temen los vivos. Tratan de apaciguarlos, adulándolos y ofreciéndoles alimento. Les proporcionan todo lo que necesitan en el camino hacia el país de los muertos, sólo para que permanezcan bien lejos y no vuelvan a causar daño ni a atormentar a los familiares. Los espíritus de los muertos envían enfermedades o las traen consigo, tienen influencia sobre la prosperidad de los animales de caza y las cosechas, influyen en la vida de cien maneras.

Para los muertos es una verdadera pasión que siempre vuelve a aparecer, el llevarse consigo a los vivos. Ya que los muertos les envidian todos los objetos de la existencia cotidiana, que deben dejar atrás, originariamente era costumbre no conservar nada (o lo menos posible) de lo que les había pertenecido. Se colocaba todo en la tumba o se lo incineraba con ellos. Se abandonaba la choza en la que habían morado, jamás se volvía a ella. A menudo se les enterraba en una casa con todas las pertenencias y así se les daba a entender que no se deseaba conservar nada de ello para sí. Pero tampoco eso bastaba para desviar por completo su cólera. Porque la envidia mayor de los muertos no se refería a los objetos, que se podían volver a fabricar o adquirir, sino a la vida misma.

Es por cierto llamativo que bajo las condiciones más diversas, los hombres atribuyan a los muertos siempre el mismo sentimiento. Y el mismo sentimiento parece dominar a los difuntos de todos los pueblos. Siempre hubieran preferido permanecer con vida. Para los que aún viven, todo el que no vive ha sufrido una derrota: consiste

en no ser superviviente. No puede conformarse con ello, y es natural que desee ocasionar a otros este supremo dolor que le ha sido infligido.

Cada muerto es pues alguien que ha sido sobrevivido. Sólo en aquellas catástrofes grandes y relativamente escasas en que perecen todos, la relación es otra. La muerte aislada que aquí nos ocupa, se desarrolla de manera que un hombre es arrancado a su familia y a su grupo. Queda toda una mesnada de supervivientes, y todos los que tienen algún derecho sobre el muerto se forman en muta fúnebre que se lamenta por él. Al sentimiento de debilitamiento por su muerte se le suma el del amor que por él se tenía, y con frecuencia lo uno no es separable de lo otro. Se le lamenta de la manera más apasionada y, en su núcleo, este lamento es por cierto un sentimiento auténtico. El hecho de que los extraños sospechen de la autenticidad del lamento, se debe a la naturaleza compleja y múltiple de la situación misma.

Porque los mismos hombres que tienen razones para lamentarse, son también supervivientes. Como portadores de una pérdida, se lamentan; como supervivientes, experimentan una especie de satisfacción. Por lo común no confesarán este sentimiento indebido. Pero sí saben muy bien qué es lo que siente el muerto. Él tiene que odiarlos, porque ellos tienen la vida que él ya no tiene. Piden que vuelva su alma para convencerle de que no deseaban su muerte. Le recuerdan lo buenos que fueron con él cuando aún estaba entre ellos. Enumeran demostraciones prácticas de que respetan su voluntad. Cumplen concienzudamente sus expresos deseos últimos. En muchos lugares su última voluntad tiene fuerza de ley. Todo lo que hacen presupone inconmoviblemente el resentimiento del muerto por el hecho de que ellos sobrevivan.

Un niño indio en Demerara había contraído el hábito de comer arena y murió por ello. Ahora su cadáver yacía en el ataúd abierto que su padre había encargado a un carpintero del vecindario. Antes

del entierro la abuela del niño se acercó al féretro y dijo con voz plañidera:

«Mi niño, yo siempre te dije que no comieras arena. Yo nunca te di arena, sabía que no es bueno para ti. Tú siempre lo buscaste tú mismo. Yo te lo dije, es malo. Ahora ya ves, te mató. No me hagas nada, tú mismo te hiciste mal, algo malo te metió en la cabeza comer arena. Mira, pongo tu arco y flecha a tu lado, para que te diviertas. Siempre fui buena contigo. Ahora sé tú también bueno conmigo y no me hagas nada».

Luego se aproximó la madre llorando y dijo en una especie de letanía:

«Mi niño, te traje al mundo, para que veas todas las buenas cosas y te alegres de ellas. Este pecho te alimentó mientras quisiste de él. Te hice lindas cosas y camisitas. Me ocupé de ti y te alimenté y jugué contigo y nunca te pegué. Tienes que ser bueno y no atraer el mal sobre mí».

El padre del niño muerto se acercó también y dijo: «Mi muchacho, cuando te dije que la arena te mataría no quisiste escucharme, y ahora, ves, estás muerto. Yo salí y conseguí un lindo ataúd para ti. Voy a tener que trabajar para pagarlo. Te hice una tumba en un lindo lugar, donde te gustaba jugar. Te acomodaré y te daré arena para comer, ahora ya no puede hacerte mal, y yo sé cuánto te gusta. No debes traerme mala suerte, mejor busca al que te hizo comer arena».

Abuela, madre y padre amaron a este niño y, aunque es tan pequeño, temen su resentimiento, porque ellos aún están con vida. Le aseguran que no son culpables de su muerte. La abuela le da el arco y la flecha. El padre le compró un ataúd caro, y también le pone arena para que coma en la tumba porque sabe cuánto le gusta. La simple ternura que le demuestran es sobrecogedora; y sin embargo tiene algo de inquietante pues está impregnada de miedo.

En algunos pueblos, la creencia en la vida de los muertos dio lugar a un culto de los ancestros. Allí donde ha adquirido formas fijas es como si los hombres hubiesen sabido domar a los propios muertos que tanto importan. Dándoles regularmente lo que piden, honor y alimento, se les mantiene satisfechos. Su cuidado, si se efectúa según todas las reglas de la tradición, los convierte en aliados. Lo que fueron en esta vida, lo son también más tarde; ocupan su lugar anterior. Quien sobre la tierra fue un poderoso jefe, lo es también bajo la tierra. Durante los sacrificios y las invocaciones se le nombra en primer lugar. Se tiene circunspectos miramientos para con su susceptibilidad; cuando se la hiere, puede llegar a ser muy peligroso. Se interesa por la prosperidad de sus descendientes; muchas cosas dependen de él, y su buena disposición de ánimo es indispensable. Le place permanecer cerca de sus descendientes, y nada debe hacerse que pueda ahuyentarlo.

Entre los zulúes, del África del Sur, esta convivencia con los ancestros adopta una forma especialmente íntima. Los relatos que el misionero inglés Callaway recopiló y editó hace unos cien años son el testimonio más auténtico sobre su culto a los ancestros. Callaway deja hablar a sus propios informadores y anota sus declaraciones en la propia lengua de ellos. Su libro *The religious system of the Amazulu* tuvo una edición muy corta y por este motivo es demasiado poco conocido: figura entre los documentos esenciales de la humanidad.

Los ancestros de los zulúes se vuelven serpientes y descienden bajo tierra. Pero no son, como se podría suponer, serpientes míticas, que no pueden verse. Son especies bien conocidas, que suelen reptar hasta la proximidad de las chozas en que con frecuencia también entran. Algunas de estas serpientes recuerdan por ciertas singularidades corporales a determinados ancestros y son reconocidas por los vivos como tales.

Pero no sólo son serpientes, pues en sueños se les aparecen a los vivos en forma humana y les hablan. Los zulúes esperan estos

sueños, sin los cuales la existencia se hace desagradable; quieren hablar con sus muertos, les importa verlos clara y distintamente en sus sueños. A veces se empaña la imagen de los ancestros y se oscurece; entonces, mediante determinados ritos, hay que lograr que otra vez se aclare. Cada tanto, pero especialmente en todas las ocasiones importantes, se les ofrecen sacrificios. Se les inmolan machos cabríos y bueyes y se les convoca de manera solemne, para que coman a las víctimas. Se les nombra en alta voz por sus títulos de gloria, a los que conceden gran importancia; son muy pundorosos y se considera ofensivo olvidar estos títulos de gloria o callarlos. El animal sacrificado debe lanzar un grito para que lo oigan los ancestros, que aman este grito. Los corderos que mueren mudos no sirven por lo tanto como sacrificio. El sacrificio aquí no es más que una cena, en la que participan muertos y vivos en conjunto, una especie de comunión de los vivos con los muertos.

Si se vive así, como acostumbraban los ancestros, si se respetan las antiguas usanzas y costumbres y no se cambia nada de ello; si regularmente se hacen sacrificios, los ancestros estarán conformes y fomentarán el bienestar de sus descendientes. Si uno se enferma, sabe que ha suscitado el descontento de uno de sus ancestros y hará todo lo posible por descubrir el motivo de este descontento.

Porque los muertos de ningún modo son siempre justos. Fueron hombres, a los que se conoció, de cuyas flaquezas y fallas uno se acuerda muy bien. En los sueños aparecen como corresponde a su carácter. Vale la pena citar aquí un caso anotado con algún detalle por Callaway. El caso muestra que incluso estos muertos bien provistos y bien alabados, a veces son presa de resentimiento contra sus deudos, meramente porque éstos aún están con vida. La historia de uno de estos resentimientos, como se verá —traspuesta al contexto que nos ocupa—, está ligada al transcurso de una peligrosa enfermedad.

Un hermano mayor ha muerto. Su propiedad, y en particular todo su ganado —que entre los zulúes es el bien por excelencia— ha pasado al hermano menor. Es el orden de sucesión consuetudinario; el hermano menor, que ha entrado en posesión de la herencia y ha efectuado todos los sacrificios, como corresponde, no es consciente de haber cometido falta alguna contra el muerto. Pero de pronto cae gravemente enfermo, y en el sueño se le aparece el hermano mayor.

«He soñado que me golpeaba y que me decía: "¿Cómo es que ya no sabes quién soy?". Yo contesté: "¿Qué puedo hacer para que veas que te conozco? ¡Yo sé que eres mi hermano!". Él preguntó: "Cuando sacrificas un buey ¿por qué no me llamas?". Yo repliqué: "Pero si te llamo y te honro con tus títulos de gloria. Nómbrame pues el buey que maté sin invocarte". Él contestó: "Quiero carne". Yo rehusé y dije: "No, hermano mío, no tengo buey. ¿Ves alguno en el corral?". "Aunque haya uno sólo —dijo él—, yo te lo pido." Cuando desperté tenía un dolor en el costado. Traté de respirar y no pude, tenía corto mi aliento.

»E1 hombre era obstinado, no quería sacrificar un buey. Dijo: "Estoy realmente enfermo y conozco la enfermedad que me afecta". Las gentes le dijeron: "Si la conoces ¿por qué no te deshaces de ella? ¿Puede un hombre causar adrede su enfermedad? Si sabe qué es ¿quiere morir? Porque cuando el espíritu está airado con un hombre lo destruye".

»É1 replicó: "¡No, señores! He enfermado a causa de un hombre. Lo veo en el sueño cuando me acuesto. Porque tiene ganas de carne me viene con engaños y dice que no lo invoco cuando mato ganado. Ello me sorprende mucho, pues he matado mucho ganado y jamás sin invocarlo. Si tiene ganas de carne podría simplemente decirme: 'Hermano mió, quisiera carne'. Pero él me dice que no lo honro. Estoy enojado con él, creo que sólo quiere matarme".

»La gente dijo: "¿Tú piensas que el espíritu aún entiende si se le habla? ¿Dónde está, para que le digamos nuestra opinión? Nosotros siempre estuvimos presentes cuando mataste ganado. Lo has alabado y llamado por sus títulos de gloria, los que recibió por su braveza. Nosotros te hemos escuchado y si fuese posible que éste hermano tuyo o cualquier otro hombre muerto se levantase otra vez, podríamos interpelarlo y preguntarle: `¿Por qué dices tales cosas?´".

»E1 enfermo respondió: "Ay, mi hermano es prepotente porque es el mayor. Yo soy menor que él. Me sorprende que exija que yo destruya todo el ganado. ¿Acaso no dejó ganado como herencia cuando murió?".

»La gente dijo: "Ese hombre ha muerto. Pero nosotros realmente aún estamos hablando contigo y tus ojos realmente aún nos miran. Así es que te decimos en lo que a él respecta: háblale simplemente con calma y aunque tengas sólo un chivo, sacrifícaselo. Es un escándalo que venga y te mate. ¿Por qué ves constantemente a tu hermano en el sueño y te enfermas? Un hombre que sueña con su hermano debería despertar sano".

»É1 dijo: "Bien, señores, le daré la carne que exige. Exige carne. Me mata. Comete una injusticia conmigo. A diario sueño con él y luego despierto con dolores. No es un hombre, siempre fue un miserable rufián, un pendenciero. Porque así fue siempre: una palabra, un golpe. Cuando alguien le hablaba se le iba encima en seguida. Entonces había pelea, él era la causa de ello y se batía. Nunca reconoció ni admitió: 'He cometido una falta, no debería haberme peleado con esta gente'. Su espíritu es como él, malo, siempre enojado. Pero le daré la carne que pide. Si veo que me deja en paz y sano, mañana mataré ganado para él. Que me haga sanar y respirar si es él. Que mi aliento no se corte más como ahora".

»La gente asintió: "Sí, si mañana estás sano, entonces sabremos que es el espíritu de tu hermano. Pero si mañana aún estás enfermo no diremos que es tu hermano; entonces sólo será una simple enfermedad".

»Cuando se puso el sol aún se quejaba de dolores. Pero cuando llegó el tiempo de ordeñar las vacas pidió comida. Pidió una papilla acuosa y pudo tragar un poco. Entonces dijo: "Dadme un poco de cerveza. Tengo sed". Sus mujeres le dieron cerveza y sintieron confianza en el corazón. Se regocijaban pues habían estado llenas de temor y se habían preguntado: "Es tan grave la enfermedad puesto que nada come?". Se alegraban en silencio; no manifestaban su alegría sino que sólo se miraban unas a otras. Él bebió la cerveza y dijo: "Dadme un poco de rapé, dejadme tomar una pizquita". Le dieron rapé, él lo tomó y se tendió. Luego se volvió a dormir.

»Por la noche vino su hermano y dijo: "Entonces, ¿seleccionaste ya el ganado para mí? ¿Lo matarás mañana?".

»E1 durmiente dijo: "Sí, mataré una cabeza de ganado para ti. ¿Por qué me dices, hermano mío, que nunca te invoco, puesto que siempre te honro con tus títulos de gloria cuando mato ganado? Pues fuiste bravo y un buen guerrero".

»É1 respondió: "Tengo buen motivo, pues tengo ganas de carne. Es que yo he muerto y te dejé una aldea. Tú tienes una gran aldea".

»"Bien, bien, hermano mío, me has dejado una aldea. Pero cuando me dejaste la aldea, al morir, ¿habías matado a todo tu ganado?"

»"No, no lo había matado todo."

»"Ahora, empero, hijo de mi padre ¿pides de mí que destruya todo?"

»"No, yo no te pido que lo destruyas todo. Pero te digo: mata para que tu aldea sea grande!"

«Despertó, se sentía bien, el dolor del costado le había pasado. Estaba sentado y codeó a su mujer: "Levántate, prende el fuego". Su mujer despertó y avivó el fuego. Le preguntó cómo se sentía. "Quédate tranquila —dijo él—, al despertar sentí ligero el cuerpo. He hablado con mi hermano. Cuando desperté estaba sano."

Tomó un poco de rapé y se durmió de nuevo. El espíritu de su hermano volvió. Él dijo: "Mira cómo ahora te he curado. ¡Mata el ganado por la mañana!".

»A la mañana se levantó y fue al corral. Tenía aún algunos hermanos menores y los llamó; fueron con él. "Os llamo, ahora estoy sano. Mi hermano dice que me ha curado." Entonces les hizo traer un buey. Lo trajeron. "¡Traed esa vaca estéril!" La trajeron. Llegaron a la parte superior del corral y allí se pararon junto a él. Rezó con las siguientes palabras:

»"Ahora, pues, comed, vosotros, gentes de nuestra casa. Que un buen espíritu permanezca con nosotros, que los niños prosperen y la gente mantenga la salud. Yo te pregunto a ti, que eres mi hermano, ¿por qué me vuelves y vuelves en sueños, por qué sueño contigo y estoy enfermo? Un espíritu bueno, viene y trae buenas noticias. Yo tengo que quejarme todo el tiempo de estar enfermo. ¿Qué clase de ganado es ese, que su propietario debe devorar, tras lo que siempre otra vez se enferma? Yo te digo ¡basta! ¡Cesa de enfermarme! Yo te digo: ¡ven a mí en el sueño, háblame con tranquilidad y dime qué es lo que quisieras! ¡Tú, sin embargo, vienes a mí para matarme! Está claro que en vida fuiste un mal tipo. ¿Bajo tierra aún sigues siendo un mal tipo? Nunca esperé que tu espíritu se me presentara gentilmente y me trajera buenas noticias. ¡Pero por qué vienes con maldad, tú, el mayor de mis hermanos, el que debería

traer el bien a la aldea, para que nada malo caiga sobre ella, tú que eres pues el propietario de la aldea!".

»Luego pronunció las siguientes palabras sobre el ganado y dio gracias: "He aquí el ganado que te sacrifico, he aquí un buey colorado, he aquí una vaca roja y blanca estéril. ¡Mátalos! Yo digo: habla amablemente conmigo para que yo despierte sin dolores. Yo digo: ¡deja que todos los espíritus de nuestra casa se reúnan aquí alrededor de ti, que tanto te gusta la carne!".

»Luego ordenó: "¡Acuchilladlos!". Uno de sus hermanos tomó una azagaya y acuchilló la vaca estéril; cayó. Acuchilló al buey; cayó. Ambos bramaron. Él los mató, ellos murieron. Él les ordenó desollarlos. Fueron desollados; les fue sacada la piel. Los comieron en el corral. Todos los hombres se reunieron y pidieron alimento. Se llevaron pedazo a pedazo. Comieron y estaban satisfechos. Dieron las gracias y dijeron: "Te lo agradecemos, hijo de Fulano de Tal. Si un espíritu te pone enfermo, sabremos que es tu miserable hermano. No sabíamos durante tu grave enfermedad si aún comeríamos carne contigo. Vemos ahora que el miserable te quiere matar. Estamos contentos de que estés nuevamente sano".»

«Es que yo estoy muerto», dice el hermano mayor, y esta frase contiene la esencia de su disputa, de la peligrosa enfermedad, del relato en sí. De cualquier forma que se comporte el muerto, cualquier cosa que pida, es que ha muerto y ello es motivo suficiente de amargura. «Te dejé una aldea», dice y añade de inmediato. «Tú tienes una gran aldea». La vida del otro es esta aldea, también hubiese podido decir: «Yo estoy muerto, y tú aún estás con vida».

Es este reproche el que teme el viviente, y soñándolo da razón al muerto: le ha sobrevivido. La magnitud de esta injusticia, junto a la que cualquier otra injusticia palidece, confiere al muerto el poder de transformar el reproche y la amargura en una grave enfermedad. «Me quiere matar», dice el hermano menor; es que él ha muerto,

piensa para sus adentros. Por lo tanto sabe muy bien por qué le teme, y para reconciliarlos consiente finalmente al sacrificio.

La supervivencia de los muertos, como se ve, implica considerables molestias para los vivos. Incluso en donde se ha establecido una veneración regular, no se puede confiar enteramente en ellos. Cuanto más poderoso fue aquí entre los hombres, tanto mayor y peligroso es el resentimiento del muerto en el más allá.

En el reino de Uganda se encontró un camino para mantener el espíritu del rey difunto entre sus devotos súbditos. No podía perecer, no se le enviaba lejos, debía permanecer en este mundo. Después de su muerte se designaba un médium, un «mandwa», en el que tomaba alojamiento el espíritu del rey. El médium, que tenía la función de sacerdote, debía verse como el rey y comportarse exactamente como éste. Imitaba todas las peculiaridades de su habla, y si se trataba de un rey de tiempos remotos utilizaba, como está acreditado en un caso, la lengua arcaica de 300 años antes. Porque cuando el médium moría el espíritu del rey entraba en otro miembro del mismo clan. Así un «mandwa» recibía su cargo de otro, y el espíritu del rey siempre tenía una residencia. Podía pues acontecer que un médium usara palabras que nadie más entendía, ni siquiera sus colegas.

Pero no debe imaginarse que el médium representaba perpetuamente al rey. De vez en cuando «lo tomaba», como se decía, «el rey por la cabeza». Caía en un estado de obsesión y encarnaba al muerto en cada detalle. En los clanes responsables del aporte de los médium, se transmitía, por palabras e imitación, las peculiaridades del rey a la época de su muerte. El rey Kigala había muerto a edad muy avanzada; su médium era un hombre bastante joven. Pero cuando el rey lo «tomaba por la cabeza», se transformaba en un viejo: su rostro se llenaba de arrugas, la saliva le fluía de la boca, renqueaba.

Estos ataques eran contemplados con la mayor veneración. Era considerado un honor presenciar uno de ellos, se estaba en presencia del rey muerto y se le reconocía. Él, sin embargo, que podía manifestarse cuando quería en el cuerpo de un hombre cuyo cargo era sólo éste, no debía experimentar el resentimiento del superviviente en igual medida que otros, expulsados irremediablemente de este mundo.

Particularmente rico de consecuencias es el perfeccionado culto de los ancestros entre los chinos. Para entender qué es un ancestro entre los chinos hay que compenetrarse un poco con su representación del alma.

Ellos creían que todo hombre estaba en posesión de dos almas. Una, el *po*, se originaba por el *esperma* y estaba, pues, presente desde el momento de la procreación; a ella se le añadía la memoria. La otra, el *hun*, se originaba por el aire que se respiraba después del nacimiento, y se formaba poco a poco. Tenía la estatura del cuerpo que animaba, pero era invisible. La inteligencia, que le pertenecía, crecía con ella, era el alma superior.

Después de la muerte este alma-alimento ascendía al cielo, mientras el alma-esperma permanecía con el cadáver en la tumba. Era ésta, el alma inferior, la que más se temía. Era maligna y envidiosa y buscaba arrastrar a los vivos consigo a la muerte. Mientras el cuerpo se descomponía, el alma-esperma se disolvía poco a poco y así, finalmente, perdía su poder maligno.

El alma-alimento superior, por el contrario, subsistía. Necesitaba alimentación, pues su camino al mundo de los muertos era largo. Si los descendientes no le ofrecían alimento tenía que sufrir espantosamente. Era desdichada si no podía encontrar el camino, y se ponía entonces tan peligrosa como un alma-esperma.

Los ritos de inhumación tenían un doble fin: proteger a los vivos de la acción de los muertos y garantizar una supervivencia a las

almas de los muertos. Pues la comunicación con el mundo de los muertos era peligrosa si éstos tomaban la iniciativa. Era propicia si aparecía como culto de los ancestros, dispuesta según las prescripciones de la tradición y efectuada dentro de los debidos lapsos.

La supervivencia del alma dependía de la fuerza física y moral que había adquirido durante la vida. Se ganaba ésta por la *alimentación* y por el *estudio*. De importancia muy especial era la diferencia entre el alma del señor, que era un «comedor de carne» y durante toda su vida se había nutrido bien, y la de un vulgar, poco y malnutrido campesino. «Sólo los señores —dice Granet— tienen un alma en el sentido propio de la palabra. Tampoco la vejez desgasta esta alma, la enriquece. El señor se prepara para la muerte comiendo la mayor cantidad de manjares exquisitos y bebidas vivificantes. En el curso de su vida ha asimilado cantidades de esencias, tanto más cuanto más vasto y opulento es su señorío. Ha acrecentado aún la rica sustancia de sus ancestros, que ya están ahítos de carne y caza fina. Su alma, cuando muere, no se dispersa como un alma vulgar, se evade del cadáver con plena fuerza.

»Si el señor ha llevado su vida según las reglas de su estamento, su alma, aún ennoblecida y purificada por los ritos fúnebres, posee, después de su muerte, un poder augusto y sereno. Posee el vigor benéfico de un genio tutelar y conserva al mismo tiempo todos los rasgos de una persona duradera y santa. Se ha hecho alma de ancestro.»

Se le brinda entonces, en un templo especial, un culto particular, y toma parte en las ceremonias de las estaciones, en la vida de la naturaleza y en la vida del país. Si la caza es abundante recibe bien de comer. Ayuna cuando la cosecha es mala. El alma del antepasado se alimenta de los cereales, de la carne, de la caza fina de las comarcas señoriales que son su patria. Pero por muy rica que sea la personalidad de un alma de ancestro, por mucho que siga viviendo

en su fuerza acumulada, también a ella le llega el momento en que se dispersa y se extingue. Después de cuatro o cinco generaciones, la tableta de ancestros a la que estaba ligado por ciertos ritos, pierde su derecho a un santuario especial. Se la pone en un arca de piedra, junto a las tabletas de los ancestros más antiguos, cuyo recuerdo personal ya se ha perdido. El ancestro al que representaba y cuyo nombre portaba ya no es honrado como un señor. Su vigorosa individualidad, que durante mucho tiempo se destacó con nitidez, se desvanece. Su trayectoria ha llegado a su fin, su papel de antepasado ha sido cumplido. Por el culto que se le dedicó durante largos años, había escapado al destino de los muertos comunes. Ahora retorna a la masa de todos los otros muertos y se vuelve anónimo, como éstos.
No todos los antepasados perduran cuatro o cinco generaciones. Depende de su rango especial que se mantenga durante tanto tiempo su tableta, se invoque su alma y se le suplique que acepte alimentos. Algunas tabletas se depositan ya al cabo de una única generación. Pero, sea cualquiera el tiempo que se mantengan, el hecho, el que meramente existan, cambia muchos aspectos del sobrevivir.

Para el hijo no es un triunfo secreto el permanecer con vida cuando el padre muere. Porque, como ancestro, el padre sigue estando presente; el hijo le debe todo lo que tiene y debe conservar su buena disposición. Debe alimentar a su padre aunque esté muerto, y se guardará muy bien de ser arrogante con él. El alma de ancestro del padre existe mientras el hijo vive y, como se ha visto, conserva todos los rasgos de una persona determinada y reconocible. Al padre, además, le interesa que se le honre y alimente. Para su nueva existencia de ancestro es esencial que el hijo esté con vida: si no tuviese descendientes no habría quien lo venerase. Él desea que el hijo y que sucesivas generaciones lo sobrevivan. Desea que prosperen, porque dé su prosperidad depende su propia

existencia como ancestro. Exige que se viva, mientras se mantenga vivo su recuerdo. Se constituye así una relación íntima y feliz entre esa forma moderada de supervivencia, adquirida por los ancestros, y el orgullo de los descendientes que están para procurársela.

También es significativo que los ancestros permanezcan aislados por espacio de algunas generaciones. Se los conoce como individuos, como tales son venerados; y sólo relegados a un pasado más remoto confluyen a una masa. El descendiente, que ahora vive, está separado de la masa de sus ancestros precisamente por aquellos que, como el padre y el abuelo, se interponen como individuos aislados y bien delimitados. Si en la veneración del hijo influye el hecho de estar aún con vida, lo hace de modo atenuado y moderado. Dada la naturaleza de esta relación, ello no puede incitarlo a multiplicar el número de los muertos. Será sólo él mismo quien aumente su número en uno, y desea que tal hecho tarde lo más posible. La supervivencia así está despojada de todo rasgo, masivo. Como pasión sería absurda e incomprensible, ha perdido todos los rasgos asesinos. Rememoración y sentimiento de sí mismo han celebrado una alianza. Lo uno tiñó a lo otro, pero lo mejor de ambos se conservó.

Quien contemple la figura del poderoso ideal, tal como se perfeccionó en la historia y en el pensamiento de los chinos, quedará conmovido por su humanidad. Es de suponer que la carencia de brutalidad en esta imagen puede atribuirse a esta modalidad de veneración de los ancestros.

EPIDEMIAS

La mejor descripción de la peste la ha dado Tucídides, que la conoció en carne propia y la sobrevivió. En su concisión y exactitud contiene todos los rasgos esenciales de tal enfermedad y vale la pena transcribir aquí los pasajes más importantes.

«Los hombres morían como moscas. Los cuerpos de los moribundos eran amontonados unos sobre otros. Se veía criaturas medio muertas tambalearse por las calles o apiñarse en su avidez de agua en torno a las fuentes. Los templos, en los que establecían morada, estaban llenos de cadáveres de gente que allí había muerto.

»En algunas casas los hombres estaban tan abrumados por el peso de sus desgracias que omitían celebrar los lamentos por los muertos.

»Todas las ceremonias de sepultura se trastornaron; se sepultaba a los muertos lo mejor que se podía. Algunas gentes, en cuyas familias se habían producido tantas muertes que no podían ya costear los gastos de sepultura, recurrían a las tretas más desvergonzadas. Llegaban los primeros a las hogueras que otros habían construido, depositaban sus propios muertos y encendían la leña; o si ya ardía un fuego arrojaban su muerto sobre los otros cadáveres y se largaban.

»Ningún temor a leyes divinas o humanas los mantenía a raya. En lo que a los dioses se refiere poco parecía importar venerarles o no, pues se veía que los buenos y los malos morían por igual. No se temía tener que rendir cuentas de delitos contra la ley humana; nadie esperaba vivir tanto. Cada cual sentía que una sentencia mucho más grave había sido ya dictada sobre él. Antes de su ejecución quería sacar aún alguna diversión de la vida.

»Quienes se mostraban más compasivos con los enfermos y moribundos eran quienes habían padecido ellos mismos la peste y habían escapado a la muerte. No sólo sabían de qué se trataba, también sentíanse seguros, pues nadie contraía la enfermedad por segunda vez, o si la contraía, el segundo ataque nunca era mortal. Tales gentes eran felicitadas por todas partes y ellas mismas se sentían tan exaltadas en su convalecencia, que opinaban que ya no podrían morir jamás de enfermedad.»

Entre todas las desgracias que desde siempre han azotado a la humanidad, las grandes epidemias han dejado un recuerdo especialmente vivido. Estallan con la repentineidad de las catástrofes naturales, pero mientras que un terremoto se agota la mayoría de las veces en pocas y breves sacudidas, la epidemia puede durar meses o incluso todo un año. El horror del terremoto culmina de golpe, sus víctimas perecen todos a la vez. Una epidemia de peste, por el contrario, tiene un efecto acumulativo; primero son atacados sólo unos pocos, luego se multiplican los casos, se ven muertos por todas partes; en seguida se ven reunidos más muertos que vivos. El resultado de la epidemia puede ser el mismo que el de un terremoto. Pero los hombres son testigos de la gran mortalidad que se difunde y cunde a ojos vistas. Son como los participantes de una batalla, que dura más que todas las batallas conocidas. Pero el enemigo es secreto, no se lo ve por ninguna parte; no se le puede atacar. Sólo se espera ser atacado por él. El combate lo libra la parte adversa exclusivamente, asestando sus golpes a quien se le antoja. Y los asesta a tantos que debe temerse que a todos les toque.

No bien se la reconoce, la epidemia no puede desembocar más que en la muerte común de todos. Quienes son atacados esperan —puesto que no hay remedio contra ella— la ejecución de la sentencia. Sólo los atacados por la epidemia son masa: son iguales respecto al destino que les espera. Su número aumenta con celeridad creciente. Alcanzan la meta hacia la que se mueven en pocos días. Alcanzan la mayor densidad posible a cuerpos humanos: todos juntos en un montón de cadáveres. Esta masa estancada de los muertos, según las ideas religiosas, sólo está muerta por un tiempo. Resucitará en un único instante y apiñada estrechamente se formará ante Dios para el Juicio Final. Pero aun dejando de lado la suerte ulterior de los muertos —porque las creencias religiosas no son idénticas en todas partes—, hay una cosa que es indiscutible: la epidemia desemboca en la masa de agonizantes y muertos. «Calles y

templos» están repletos de ellos. A menudo ya ni es posible sepultar una a una a las víctimas, como corresponde: se apilan unas sobre otras, miles de ellas en una sepultura, reunidas en gigantescas fosas comunes.

Hay tres fenómenos significativos, bien conocidos a la humanidad, cuya meta son los montones de cadáveres. Están estrecha-mente emparentados entre sí y por ello hay que delimitarlos bien. Estos tres fenómenos son la batalla, el suicidio en masa y la epidemia.

"En la batalla la mira se ha puesto en el montón de cadáveres del enemigo. Se quiere disminuir el número de enemigos vivientes para que en comparación el número de la propia gente sea tanto mayor. Que la gente propia también perezca es inevitable, pero no es eso lo que se desea. La meta es el montón de muertos enemigos. Se la busca activamente, por propia iniciativa, por la fuerza del propio brazo.

En el suicidio en masa esta iniciativa se vuelve contra la propia gente. Hombre, mujer, niño, todos se matan recíprocamente, hasta que no queda sino el montón de los propios muertos. Para que nadie caiga en manos del enemigo, para que la destrucción sea total, se acude al fuego.

En la epidemia el resultado es el mismo que en el suicidio en masa, pero no es arbitrario y parece impuesto desde afuera por un poder desconocido. Tarda más en alcanzar la meta; así se vive en una igualdad de atroz expectativa, durante la que todos los vínculos habituales de los hombres se deshacen.

El contagio, tan importante en la epidemia, hace que los hombres se aparten unos de otros. Lo más seguro es no acercarse demasiado a nadie, pues podría acarrear el contagio. Algunos huyen de la ciudad y se dispersan en sus posesiones. Otros se encierran en sus casas y no admiten a nadie. Los unos evitan a los otros. El mantener

las distancias se convierte en última esperanza. La expectativa de vida, la vida misma se expresa, por decir así, en el acto de mantenerse a distancia de los enfermos. Los infestados se transforman poco a poco en masa muerta; los no infestados se mantienen lejos de todos y de cada uno, a menudo también de sus parientes, de sus cónyuges, de sus niños. Es notable cómo en este caso la esperanza de sobrevivir hace del hombre un ser aislado, frente al que se sitúa la masa de todas las víctimas.

Pero dentro de esta maldición general, en que resulta perdido todo aquel que cae enfermo, sucede lo más sorprendente: algunos, contados, convalecen de la peste. Es de imaginar cómo se deben sentir éstos en medio de los otros. Han sobrevivido, y se sienten invulnerables. Así también pueden compadecerse de los enfermos y moribundos que los rodean.

«Tales gentes —dijo Tucídides— se sentían tan exaltadas en su convalecencia que opinaban que ya no podrían morir jamás de enfermedad.»

ACERCA DEL SENTIMIENTO DE CEMENTERIO

Los cementerios ejercen una fuerte atracción; se les visita, aunque no se tenga parientes sepultados en ellos. Se llega a ciudades extranjeras y se peregrina a los cementerios, reservándoles el tiempo necesario como si existieran para ser visitados. Y aun en el extranjero, lo que atrae no es siempre la tumba de un hombre venerado. Pero aunque en un principio lo fuera, siempre resulta algo más de la visita. Se cae en un estado de ánimo muy especial. La costumbre piadosa quiere que uno se engañe acerca de este estado de ánimo; porque la contrición que uno siente y que uno más muestra, encubre en realidad una secreta satisfacción.

¿Qué es lo que de veras hace el visitante cuando se encuentra en un cementerio? ¿Cómo se mueve y con qué se ocupa? Camina, yendo y viniendo por entre las tumbas, mira ésta o aquella lápida, lee

los nombres y se siente atraído por muchos de ellos. En seguida comienza a interesarse por lo que dice bajo los nombres. Allí hay una pareja que vivió por largo tiempo junta y ahora, como corresponde, reposa lado a lado. Allá, un niño que murió muy pequeño. Allí yace una muchacha que apenas alcanzó sus dieciocho años. Cada vez más son los decursos de tiempo los que cautivan al visitante. Cada vez más se desprenden de sus conmovedoras particularidades y se convierten en meros decursos de tiempo.

Uno murió a los 32 años de edad y otro, enfrente, a los 45. El visitante ya es mayor que ellos, y aquellos están, por así decir, fuera de la carrera. Muchos no llegaron tan lejos como él, y si no han muerto especialmente jóvenes, su destino no despierta ninguna lástima. Pero también hay muchos que lo superan. Allí algunos han llegado a los 70, y en otro lugar también hay uno que llegó a más de 80 años de edad. A éstos aún puede alcanzarlos. Lo incitan a emularlos. Aún todo le es posible. Lo indeterminado de la vida que tiene por delante es una gran ventaja sobre ellos, y con algún esfuerzo hasta podría sobrepasarlos. En el medirse con ellos tiene grandes esperanzas, pues desde ahora les lleva una ventaja: la meta de ellos ya está alcanzada, ya no viven. Con cualquiera que compita, toda la fuerza está de su lado. Pues allá no hay fuerza, sólo está indicada la meta alcanzada. Los más aventajados han sucumbido. Ya no pueden mirarnos en los ojos de hombre a hombre, y nos insuflan fuerza para llegar a ser más que ellos para siempre. El de 89 años, que allí yace, es como un estímulo supremo. ¿Qué le impide a uno llegar a los 90?

Pero éste no es el único cálculo en el que uno cae entre tal plétora de tumbas. Uno comienza a fijarse en el tiempo transcurrido desde que yacen aquí algunos de ellos. El tiempo que nos separa de su muerte tiene algo de tranquilizador: quiere decir que el hombre está en el mundo desde mucho antes. Los cementerios con lápidas bien antiguas, que datan hasta del siglo XVIII o incluso del XVII, tienen

algo de enaltecedor. Uno se detiene pacientemente ante las borrosas inscripciones y no se mueve hasta descifrarlas. La cronología, que de otro modo sirve tan sólo para fines prácticos, de pronto adquiere vida intensa y plena de sentido. Todos los siglos de los que conocemos la existencia son nuestros. El que yace bajo tierra, no sospecha el interés del que contempla el palmo de su vida. La cronología, para él, termina con la cifra del año de su muerte; para el observador, sin embargo, continúa hasta él. ¡Cuánto daría el muerto por estar aún al lado del observador! Hace doscientos años que murió: uno ha cumplido, por decir así, doscientos años más que él. Gracias a tradiciones de todo tipo, gran parte del tiempo que desde entonces transcurrió le es a uno muy conocido. Ha leído acerca de él, ha oído contar de él, y algo también lo ha vivido uno mismo. Es difícil no sentir una superioridad en esta situación; aun el hombre ingenuo la siente.

Siente aun más, sin embargo, pasearse solo por el cementerio. A sus pies yacen muchos desconocidos, todos densamente apiñados. Su número es indeterminado, aunque ciertamente es elevado, y cada vez son más. No pueden separarse unos de otros: permanecen como en un montón. Sólo quien está vivo viene y va, según su capricho. Sólo él' está erguido entre los yacentes.

SOBRE LA INMORTALIDAD

Es bueno partir de un hombre como Stendhal cuando se habla de esta clase de inmortalidad privada o literaria. Sería difícil encontrar un hombre con mayor aversión a las representaciones de fe corrientes. Stendhal fue enteramente libre de las ataduras y promesas de cualquier religión. Sus sentimientos y pensamientos están exclusivamente vueltos hacia esta vida de aquí. La sintió y la disfrutó del modo más preciso y profundo. Se abrió a todo lo que podía darle placer y no por ello se hizo insípido, porque respetó lo individual en sí mismo. No redujo nada á una dudosa unidad. Dirigió su desconfianza a todo lo que no era capaz de sentir. Pensó

mucho, pero no hay pensamiento frío en él. Todo lo que registra, todo lo que crea, permanece cercano al cálido momento de su origen. Amó mucho y creyó en muchas cosas, pero todo era milagrosamente concreto. Todo podía encontrarlo dentro de sí sin necesidad de trucos de ningún orden.

Este hombre, que nada presupuso, que todo quiso encontrarlo por sí mismo, que era la vida misma en cuanto sentimiento y espíritu, que se encontraba en el corazón de todo acontecimiento y que por ello también podía contemplarlo desde fuera, en el que palabra y contenido coinciden de la manera más natural, como si se hubiese propuesto depurar el lenguaje por su propia cuenta, este hombre excepcional y de veras libre tenía, no obstante, una *fe*, de la que habla tan sencilla y naturalmente como de una amante.
Se conformó, sin quejarse, de escribir para pocos, pero estaba seguro de que cien años después muchísimos lo leerían. En los tiempos modernos no es posible concebir una fe en la inmortalidad literaria más clara, más aislada y más modesta. ¿Qué significa esta fe? ¿Cuál su contenido? Significa que uno subsistirá cuando todos sus contemporáneos ya no estén. No es que uno esté mal dispuesto contra los vivos como tales. Uno no los aparta de la ruta, nada hace contra ellos, ni siquiera les presenta combate. Uno desprecia a quienes alcanzaron una gloria falsa, pero asimismo desprecia el combatirlos con sus propias armas. Ni siquiera uno les guarda rencor, porque sabe-cuánto se han equivocado. Uno elige la compañía de aquellos a los que uno mismo pertenecerá alguna vez: la de todos aquellos de tiempos pasados cuya obra aún hoy vive; aquellos que a uno le hablan, de los que uno se nutre. La gratitud que siente por ellos es gratitud por la vida misma.

Matar para sobrevivir no puede significar nada para esa disposición de ánimo, porque no se trata de sobrevivir ahora, sino de entrar en liza dentro de cien años, cuando uno mismo ya no vivirá y así no podrá matar. Es obra contra obra lo que entonces se

mide y será demasiado tarde para añadir nada. La rivalidad propiamente dicha, la que realmente importa, comienza cuando los rivales ya no están. El combate que librarán sus obras ni siquiera lo podrán presenciar. Pero esta obra debe existir, y para que exista debe contener la mayor y más pura medida de vida. No sólo se ha desdeñado matar; se ha hecho entrar en la inmortalidad a todos los que estaban cerca de uno, a aquella inmortalidad en la que todo se hace efectivo, lo menor como lo mayor.

Es la exacta contrapartida de aquellos detentadores de poder que arrastran consigo a la muerte a todo su entorno, para que, en una existencia del más allá, reencuentren todo a lo que estaban habituados. Nada caracteriza más espantosamente su impotencia más íntima. Ellos matan en la vida, matan en la muerte, un séquito de muertos los escolta al más allá.

Pero quien abre a Stendhal, vuelve a encontrarlo a él mismo y todo lo que le rodeó, y lo encuentra aquí en esta vida. Así, los muertos se ofrecen a los vivos como el más noble de los alimentos. Su inmortalidad redunda en provecho de los vivos: en esta reversión de la ofrenda a los muertos todos resultan beneficiados. La supervivencia ha perdido su aguijón, y el reino de la enemistad toca a su fin.

ELEMENTOS DEL PODER

FUERZA Y PODER

Con *fuerza* se asocia la idea de algo que está cercano y presente. Es más coercitiva e inmediata que el poder. Enfatizando la expresión, se habla de fuerza física. En estadios inferiores y más animales, es mejor hablar de fuerza que de poder. Con fuerza una presa es aferrada y con fuerza llevada a la boca. Cuando la fuerza se toma más tiempo se convierte en poder. Pero en el instante crítico, que siempre acaba por llegar, en el instante irrevocable de la decisión, es otra vez fuerza pura. El poder es más general y más vasto que la fuerza, *contiene* mucho más, y ya no es tan dinámico. Es más complejo e implica incluso cierto grado de paciencia. La palabra alemana *Macht,* poder, proviene de una antigua raíz gótica, *magan,* que significa «poder, ser capaz de» y no tiene parentesco alguno con la raíz *machen,* «hacer».

La diferencia entre fuerza y poder se puede ejemplificar de manera muy simple mediante la relación entre el *gato* y *el ratón.*

El ratón, una vez atrapado, se halla sometido a la fuerza del gato: este lo atrapó, lo mantiene apresado y acabará matándolo. Pero en cuanto empieza a *jugar* con él, surge un elemento nuevo. Lo suelta y le permite correr un trecho. No bien el ratón da media vuelta y echa a correr, se sustrae a la fuerza del gato, pero no a su *poder,* pues este puede volver a atraparlo. Si deja que corra libremente, permite también que escape de su esfera de poder; pero en la medida en que está seguro de alcanzarlo, el ratón sigue estando dentro de ella. El espacio que el gato domina, los momentos de esperanza que concede al ratón, aunque bajo una atenta vigilancia, el hecho de no perder el interés por él y su destrucción, todo junto -espacio, momentos de esperanza, vigilancia e interés destructivo- podría ser

considerado como la sustancia propiamente dicha del poder o, mejor, como el poder mismo.

Al contrario de la fuerza, el poder supone, pues, cierta expansión; más espacio y también más tiempo. Ya hemos formulado antes la conjetura de que la idea de la *cárcel* podría derivarse de *las fauces;* la relación entre ambas expresa la relación entre el poder y la fuerza. En las fauces ya no queda ninguna esperanza real, no tenemos tiempo ni disponemos de espacio. En este sentido, la cárcel es como una ampliación de las fauces. En ella podemos pasear de aquí para allá, como hace el ratón bajo la mirada del gato, sintiendo a ratos que el guardián nos clava la suya en la espalda. Tenemos tiempo por delante y esperanza de evadirnos o de ser liberados; y durante todo ese tiempo percibimos el interés destructivo de la maquinaria en cuya celda nos encontramos, aun cuando parezca haber cesado.

Pero la diferencia entre poder y fuerza también resulta visible en una esfera muy distinta: en los múltiples matices del fervor religioso. Todo el que cree en Dios está siempre en poder de Él, y, a su manera, se conforma. Sin embargo a algunos esto no les basta. Esperan de Dios una intervención directa, una demostración inmediata de su fuerza divina, que puedan reconocer y experimentar como tal. Se hallan en la situación de quien espera órdenes. Dios tiene para ellos los rasgos más acusados de un soberano. Su voluntad activa, la no menos activa sumisión de ellos en cada caso particular y en cada manifestación, acaba convirtiéndose para ellos en el núcleo mismo de la fe. Las religiones de este tipo tienden a acentuar la creencia en la predestinación divina; los fieles tienen así ocasión de sentir que todo cuanto les sucede es expresión inmediata de la voluntad divina. Pueden someterse más a menudo y hasta el final. Es como si ya vivieran en la boca de Dios, que los triturará acto seguido. Sin embargo, han de seguir viviendo el terrible presente con entereza y proceder rectamente.

El Islam y el calvinismo constituyen el mejor ejemplo de esta tendencia. Sus fieles están sedientos de *fuerza* divina. No les basta solo con el poder de Dios, que resulta demasiado general y lejano y en demasiadas cosas los deja abandonados a sí mismos. El efecto de esta permanente espera de órdenes sobre quienes se han entregado definitivamente a ella es decisivo y acarrea las más graves consecuencias sobre su comportamiento frente a los demás. Crea el tipo del creyente soldado, para quien la *batalla* es la expresión más exacta de la vida; batalla a la que no teme, porque siempre se siente dentro de ella. Hablaremos más detenidamente de este tipo de creyentes cuando hablemos de la *orden.*

PODER Y VELOCIDAD

Toda velocidad, en la medida en que forme parte del ámbito del poder, es velocidad en *atrapar por sorpresa* o *apresar.* En ambos casos, los animales fueron el modelo del hombre, que aprendió de las fieras depredadoras, del lobo sobre todo, a atrapar por sorpresa. A apresar dando un salto repentino le enseñaron los felinos: sus envidiados y admirados maestros fueron en esto el león, el leopardo y el tigre. Las aves rapaces combinan ambas capacidades: atrapar por sorpresa y apresar. En el ave rapaz, que vuela sola y a ojos vista y se precipita desde una gran distancia, el proceso queda ejemplificado a la perfección. El ave rapaz inspiró al hombre la idea de la flecha, que fue durante mucho tiempo su arma más veloz: con ella el hombre atrapa la presa al vuelo.

Estos animales sirven así, ya desde muy temprano, como símbolos del poder. Representan ya sea a los dioses, ya sea a los antepasados del poderoso. Un lobo era el antepasado de Gengis Kan. El halcón Horus era el dios de los faraones egipcios. En los reinos africanos, los animales sagrados de la estirpe real son el león y el leopardo. De las llamas en las que se incineraba el cadáver de los emperadores romanos el alma de estos remontaba el vuelo y ascendía al cielo como un águila.

Lo más veloz, sin embargo, es lo que desde siempre lo ha sido: el *rayo*. El temor supersticioso ante los rayos, contra los que no existe protección, está ampliamente difundido. Los mongoles, dice el monje franciscano Rubruk, que trató con ellos como embajador de san Luis, temen sobre todo al trueno y al rayo. Cuando hay tempestad expulsan de sus·yurtas a todos los forasteros, se envuelven ellos mismos en fieltros negros y se esconden dentro hasta que todo haya pasado. Según informa el historiador persa Rashid, que estuvo a su servicio, se abstienen de comer la carne de cualquier animal que haya sido alcanzado por un rayo, y ni siquiera se atreven a acercarse a él. Entre los mongoles, una amplia gama de prohibiciones sirve para ganarse el favor del rayo. Hay que evitar todo cuanto pueda atraerlo. El rayo es a menudo el arma principal del dios más poderoso.

Ese repentino destello en las tinieblas tiene el carácter de una revelación. El rayo sorprende e ilumina. De su peculiar comportamiento se intenta sacar conclusiones sobre la voluntad de los dioses. ¿Con qué forma se presenta y en qué zona del cielo? ¿De dónde viene? ¿Adónde va? Entre los etruscos la interpretación del rayo era tarea de una clase especial de sacerdotes que pasaron luego con los romanos a llamarse *fulguratores*.

«El poder del soberano», dice un antiguo texto chino, «se asemeja al del rayo, si bien le es inferior en Ímpetu». Es sorprendente el número de soberanos que han caído fulminados por un rayo. Los relatos sobre ellos puede que no siempre correspondan a la verdad, pero el que se haya establecido esa relación resulta ya de por sí significativo. Los relatos sobre el tema son numerosos entre los romanos y entre los mongoles. Ambos pueblos creen en un supremo dios del cielo, ambos tienen un sentido fuertemente desarrollado del poder. Conciben el rayo como una orden sobrenatural. Cuando fulmina, *debe* fulminar. Cuando fulmina a un poderoso, ha sido enviado por alguien aún más poderoso; funciona

como el más rápido y repentino de los castigos, pero también como el más evidente.

El rayo ha sido imitado por los hombres y les sugirió un tipo de arma: el arma de fuego. El relampagueo y el estruendo del disparo, el fusil y en especial el cañón, provocaron el terror de aquellos pueblos que no los poseían y los percibieron como rayos.

Pero ya antes el hombre había querido convertirse a sí mismo en un animal más veloz. La domesticación del caballo y la formación de la caballería en su forma más consumada permitieron las grandes invasiones históricas de Oriente. En todos los relatos contemporáneos sobre los mongoles se destaca su *rapidez*. Su aparición era siempre inesperada: surgían tan repentinamente como desaparecían y reaparecían más repentinamente aún. Sabían utilizar incluso la precipitación de la fuga para el ataque; cuando sus enemigos creían que ya habían huido, se veían de pronto cercados por ellos.

Desde entonces, la velocidad física como propiedad del poder no ha cesado de acrecentarse de todas las maneras posibles. Superfluo sería detenerse en sus efectos en plena era técnica como la nuestra.

A la esfera del apresar pertenece una especie muy distinta de rapidez, la del *desenmascaramiento*. Nos hallamos frente a un ser inocuo o sometido; le arrancamos la máscara: detrás hay un enemigo. Para ser eficaz el desenmascaramiento ha de ser súbito. Esta especie de velocidad podría calificarse de *dramática*. El atrapar por sorpresa se limita en este caso a un espacio muy pequeño, se concentra. El cambio brusco de máscara como medio de simulación es antiquísimo, su reverso es el desenmascaramiento. De máscara en máscara se pueden lograr desplazamientos decisivos de relaciones de poder. Se combate la simulación del enemigo con la propia. Un soberano invita a notables militares o civiles a un festín. De pronto, y cuando ellos menos esperan una muestra de hostilidad, son todos

asesinados. El cambio de una actitud a la otra se corresponde con precisión a un cambio brusco de máscara. La rapidez del acontecimiento se agudiza al máximo; de ella sola depende el éxito del proyecto. El soberano, muy consciente de su permanente simulación, solo puede esperar siempre lo mismo del otro. Toda rapidez con la que él se le adelante le parecerá permitida e indicada. Le importará poco perjudicar a un inocente: resulta fácil equivocarse en el complejo mundo de las máscaras. Le irritará profundamente que por no actuar con rapidez se le escape un enemigo.

PREGUNTA Y RESPUESTA

Toda pregunta es una incursión. Cuando la pregunta se ejerce como medio del poder, penetra como una navaja que cortase el cuerpo del interrogado. Ya sabemos lo que *podemos* encontrar dentro; pero queremos encontrado y tocado realmente. Con la seguridad de un cirujano penetramos en los órganos internos. El cirujano mantiene en vida a su víctima para averiguar cosas más precisas acerca de ella. El que pregunta es un tipo peculiar de cirujano que trabaja conscientemente provocando dolores locales e irritando determinadas zonas de la víctima para saber algo seguro acerca de otras.

Las preguntas esperan respuestas; las que no obtienen respuesta son como flechas disparadas al aire. La pregunta más inocente es la que permanece aislada y no arrastra tras de sí ninguna otra. Le preguntamos a un desconocido por un edificio. Nos lo señala. Nos conformamos con esta respuesta y seguimos caminando. Hemos retenido un instante al desconocido. Le hemos obligado a recordar. Cuanto más clara y puntual sea su respuesta, más rápidamente se librará de nosotros. Ha entregado lo que esperábamos y no tiene por qué volver a vernos.

Pero el que pregunta podría no estar conforme y seguir interrogando. Cuando las preguntas se acumulan no tardan en irritar

al interrogado. No solo lo retenemos exteriormente; con cada respuesta muestra una nueva faceta de sí mismo. Puede que sean cosas sin importancia y superficiales, pero le han sido exigidas por un desconocido. Guardan relación con otras que yacen más ocultas y él considera más importantes. La irritación que experimenta se convierte muy pronto en desconfianza.

Porque el efecto de las preguntas consiste en aumentar el sentimiento de poder del que interroga; le incitan a seguir preguntando. Cuanto más ceda a las preguntas, más sometido quedará quien responde. La libertad de la-persona consiste sobre todo en su capacidad para protegerse de las preguntas. La tiranía más opresiva es la que se permite hacer la pregunta más opresiva.

Sensata es una respuesta que, pone fin a las preguntas, Quien puede permitírselo recurre a las réplicas; este es un medio probado de defensa entre iguales. Aquel a quien su posición no le permita replicar, deberá dar una respuesta exhaustiva y revelar lo que el otro pretende averiguar, o bien quitarle, recurriendo a la astucia, las ganas de seguir indagando. Puede reconocer la superioridad del que interroga adulándolo, de modo que este no necesite manifestarla él mismo; o bien puede desviar su atención sobre otros, a los que sería más interesante o productivo interrogar. Si es hábil en la simulación, podrá desdibujar su identidad. La pregunta irá entonces, por así decirlo, dirigida a otra persona y la respuesta ya no le incumbirá.

Todo preguntar, que en última instancia pretende desmontar al interrogado, se inicia como una palpación que va intensificándose y llega a diferentes zonas. Donde encuentra poca resistencia, penetra. Lo que extrae lo pone a un lado para utilizarlo posteriormente; no lo aprovecha enseguida. Primero deberá encontrar ese algo bien definido que anda buscando. Detrás de toda pregunta se esconde siempre un objetivo perfectamente consciente. Las preguntas indeterminadas, las de un niño o un tonto, no tienen fuerza y son fáciles de contestar.

Cuando se exigen respuestas breves, concretas, la situación es de lo más peligrosa. Una simulación convincente o una metamorfosis de fuga con pocas palabras es entonces difícil, cuando no imposible. La manera más simple de resistirse es hacerse el sordo o fingir que no se ha entendido. Pero esto solo funciona entre iguales. De lo contrario, cuando el más fuerte interroga al más débil, la pregunta puede formularse por escrito o traducirse. Una respuesta es, entonces, mucho más comprometedora. Podrá ser comprobada cuando el adversario lo solicite.

Quien carece de defensas exteriores se retira a su armadura interior: esta armadura interna contra la pregunta es el *secreto*. Es como un segundo cuerpo, mejor protegido, que se alberga en el primero; quien se le aproxima demasiado puede recibir sorpresas desagradables. El secreto es como algo más denso, aislado dé su entorno y mantenido en una oscuridad que solo unos cuantos son capaces de iluminar. Lo peligroso del secreto se sitúa siempre por encima de su contenido propiamente dicho. Lo más importante, es decir, lo más denso en el secreto es su capacidad de resistencia frente a la pregunta.

Callar ante una pregunta es como el rebotar de un arma contra el escudo o la armadura. Enmudecer es una forma extrema de defensa, en la que ventajas y desventajas se equilibran. El que enmudece no queda a merced de nadie pero parece más peligroso de lo que es. Se supone que hay en él más de lo que calla. Ha enmudecido solo porque tiene mucho que silenciar; tanto más importante es entonces no liberarlo. El silencio obstinado conduce al interrogatorio meticuloso, a la tortura.

Pero la respuesta nos aprisiona siempre, incluso en circunstancias normales. Ya no podemos abandonarla sin más ni más. La respuesta nos obliga a situamos en un lugar determinado y a permanecer en él, mientras el que interroga puede apuntar desde cualquier ángulo; nos rodea y elige la posición que más le convenga,

como quien dice. Puede rondar en torno al otro, sorprenderlo y confundirlo. El cambio de posición le confiere una especie de libertad que el interrogado no puede tener. Intenta atraparlo con la pregunta como con una mano, y cuando logra tocarlo con ella, es decir, obligarlo a dar una respuesta, lo tiene como hechizado, fijándolo en un sitio. «¿Quién eres?» Soy Fulano.» Ya no podrá ser otra persona, o su mentira le creará dificultades. Ya le han arrebatado la posibilidad de escapar por metamorfosis. Si·el proceso se prolonga, puede considerarse como una especie de *encadenamiento*.

La primera pregunta se refiere a la identidad, la segunda al lugar. Como ambas presuponen el *lenguaje,* interesaría saber si es concebible una situación arcaica, que haya existido antes que la pregunta formulada en palabras y correspondiese a esta. En ella, lugar e identidad deberían coincidir; lo uno sin lo otro carecería de sentido. Esta situación arcaica efectivamente ha existido. Es el vacilante contacto con la presa. ¿Quién eres? ¿Se te puede comer? El animal, incesantemente en busca de alimento, toca y olfatea todo lo que encuentra. Mete sus narices en todas partes: ¿se te puede comer? ¿A qué sabes? La respuesta es un olor, una resistencia a ceder, una rigidez inerte. El cuerpo extraño es, en este caso, su propio lugar, y olfateando y tocando nos familiarizamos con él, lo que en el género humano equivaldría a nombrarlo.

En la educación temprana del niño hay dos procesos que se entrecruzan y dan la impresión de intensificarse en forma desmesurada; parecen desproporcionados y, sin embargo, se hallan estrechamente relacionados. Por un lado, los padres dictan sin cesar órdenes cada vez más enérgicas e insistentes; por el otro, el niño formula un sinnúmero de preguntas. Estas preguntas tempranas del niño son como sus gritos pidiendo comida, solo que ahora en un plano diferente y ya más elevado. Son inofensivas, ya que en ningún caso procuran al niño todo el saber de los padres, cuya superioridad sigue siendo enorme.

¿Cuáles son las preguntas con las que comienza el niño?

Las primeras son las que se refieren a un lugar: «¿Dónde está... ?». Otras preguntas tempranas son: «¿Qué es eso?», y «¿Quién?». Vemos así qué papel desempeñan ya lugar e identidad. Son realmente lo primero que indaga el niño. Solo más tarde, al término del tercer año, las preguntas comienzan con «¿Por qué?», y mucho más tarde aún «¿Cuándo?» y «¿Cuánto tiempo?», las preguntas temporales. El niño tarda mucho en hacerse ideas precisas acerca del tiempo.

La pregunta, que comienza como una palpación titubeante, intenta, como ya se dijo, penetrar más hondo. Tiene algo cortante, actúa, como una navaja. Esto se advierte en la resistencia que los niños muy pequeños oponen a las preguntas dobles. ¿Qué prefieres, una manzana o una pera? El niño callará o dirá «pera», porque esta es la última palabra que ha escuchado. Pero le resulta difícil tomar una verdadera decisión, que supondría optar por la manzana o la pera, cuando en el fondo quisiera las dos.

La disyuntiva culmina cuando solo son posibles las dos respuestas más simples de todas: sí o no. Al ser diametralmente opuestas y excluir cualquier situación intermedia, decidirse por una u otra resulta particularmente comprometedor y podría tener serias consecuencias.

Antes de que nos planteen la pregunta a menudo no sabemos qué pensamos al respecto. La pregunta nos obliga a separar los pros y los contras. En la medida en que nos la planteen cortésmente y sin apremio, nos dejarán la libertad de decidir.

Los diálogos platónicos coronan a Sócrates como una especie de rey del preguntar. Este desdeña cualquier forma habitual de poder y esquiva cuidadosamente todo cuanto pueda evocarlo. La sabiduría, que era su superioridad, es algo que cualquiera podía obtener de él. Pero Sócrates no solía comunicarla en un discurso cohesionado,

sino que hacía preguntas. En los *Diálogos,* es Sócrates quien formula el mayor número de preguntas y las más importantes. De ese modo, ya no suelta a sus interlocutores y los enfrenta a disyuntivas de la más diversa índole. Logra dominarlos exclusivamente mediante sus preguntas.

Son importantes las fórmulas de cortesía que *limitan* las preguntas. Hay cosas que no deben preguntarse a un extraño. Si lo hiciéramos arremeteríamos contra él, lo invadiríamos, y le daríamos motivos para sentirse herido. La reserva, en cambio, lo convencerá de hasta qué punto lo respetamos. Tratamos al extraño como si fuera más fuerte; es una forma de adulación que suscitará en él una actitud idéntica. Solo así se sienten seguros y permanecen en paz los hombres, manteniéndose a cierta distancia unos de otros, a salvo de cualquier pregunta, como si todos fuesen fuertes y tuvieran la misma fuerza.

Una pregunta terrible es la que inquiete por el *porvenir.*

Podríamos calificarla como la pregunta suprema; y es también la más intensa. Los dioses, a los que va dirigida, no están obligados a responder. Esta pregunta, hecha a las instancias más altas, es una pregunta desesperada. Los dioses nunca se fijan, no podemos seguir penetrando en ellos. Sus declaraciones son ambiguas y se resisten al análisis. Todas estas preguntas no dejan de ser preguntas *primeras,* y solo obtienen *una* respuesta. Muy a menudo la respuesta consta solo de signos, que son reunidos por los sacerdotes de ciertos pueblos en grandes sistemas. Los babilonios nos han legado miles de estos signos. Llama la atención que cada uno de ellos se presente aislado de los otros. No se deducen unos de otros, carecen de coherencia interna. Son listas de signos, nada más; ni siquiera quien los conozca todos podrá sacar de cada uno de ellos por separado algo más que una conclusión aislada sobre el porvenir.

Muy al contrario, el i*nterrogatorio* re constituye el *pasado* en la totalidad de su decurso. El interrogatorio está dirigido contra alguien más débil. Pero antes de centrar nuestra atención en el interrogatorio, sería recomendable decir unas cuantas palabras sobre una institución que hoy se ha impuesto en la mayoría de los países, el *registro policial* de la población. Se ha establecido un determinado grupo de preguntas, en todas partes las mismas, destinadas, en lo esencial, a mantener la seguridad y el orden. Se pretende saber cuán peligrosa podría llegar a ser cada persona; y, si llega a serio, poder arrestarla de inmediato. La primera pregunta que se formula de oficio a alguien es su nombre; la segunda se refiere a su domicilio, la dirección. Son, como ahora ya sabemos, las dos preguntas más antiguas: por la identidad y el lugar. La profesión, enseguida, revela su actividad; de ella y de la edad se deducen la influencia y el prestigio: ¿cómo hay que proceder con él? Su estado civil revela el entorno humano más inmediato que le pertenece, sean marido, mujer o hijos. El origen y nacionalidad dan una referencia sobre sus posibles tendencias, que, en una época de nacionalismos fanáticos, son hoy más definitorias que la creencia religiosa, que ha perdido importancia. Con todo esto -más la fotografía y la firma- ya es mucho lo que queda registrado.

Las respuestas a estas preguntas son aceptadas sin más ni más. Provisionalmente no se ponen en duda. Solo en el interrogatorio, que tiene un objetivo determinado, la pregunta se carga de desconfianza. Allí se establece entonces un sistema de preguntas destinadas al control de las respuestas; en sí, cada una de estas podría ahora ser falsa. El interrogado se encuentra en una relación de hostilidad con el interrogador. Siendo, con mucho, el más débil, solo se escabullirá si logra hacer creer que no es un enemigo.

En los interrogatorios judiciales, las preguntas restablecen *retroactivamente* la omnisciencia del que interroga como el más poderoso. Los caminos que hemos recorrido, los lugares donde

estuvimos, las horas que vivimos, que entonces nos parecían libres y no controladas, son puestos de pronto bajo acusación. Todos los caminos deben recorrerse de nuevo, todos los espacios volver a habitarse, hasta que quede lo menos posible de aquella libertad de la que gozábamos en el pasado. El juez ha de saber muchísimo antes de poder juzgar. Su poder está particularmente basado en la omnisciencia. Para adquirida tiene derecho a hacer cualquier pregunta: «¿Dónde estabas? ¿Cuándo estuviste allí? ¿Qué hiciste? ». En la respuesta que sirve de coartada, un lugar se opone a otro, una identidad a otra. «A esa hora yo estaba en otro lugar. Yo no soy el que hizo aquello.»

«Una vez», dice una leyenda soraba, «hacia la hora del mediodía, cerca de Dehsa, una joven campesina dormía tumbada entre la hierba. A su lado: su novio meditaba de qué manera deshacerse de ella. Entonces llegó la dama Mediodía y le hizo varias preguntas. Por mucho que él respondiera, ella no dejaba de interrogarlo. Cuando la campana dio la una, el corazón del novio se detuvo. La dama Mediodía lo había interrogado a muerte.»

EL SECRETO

El secreto se halla en la médula misma del poder. El acto de *acechar* es, por naturaleza, secreto. El que acecha se esconde o se camufla y no se revela por movimiento alguno. Toda criatura en acecho desaparece, se emboza en el secreto como en otra piel y permanece largo tiempo protegida por ella. Una peculiar mezcla de ansiedad y paciencia caracteriza a la criatura en ese estado. Cuanto más tiempo permanece en él, más intensa se hace la esperanza de lograr un éxito repentino. Pero para que al final consiga algo, su paciencia ha de crecer al infinito. Si se le agota un instante antes de lo debido, todo habrá sido en vano y, lleno de decepción, tendrá que comenzar de nuevo.

Mientras que el acto mismo de apresar se manifiesta a ojos vistas, pues quiere incrementar su efecto mediante el terror, no bien 'comienza la ingestión todo vuelve a desarrollarse en la oscuridad. La boca es oscura, y tenebrosos son el estómago y las entrañas. Nadie sabe ni reflexiona sobre lo que sucede todo el tiempo en su interior. La mayor parte de este proceso original de la asimilación permanece secreta. Comienza activamente con el secreto que la criatura acechante crea al acechar, y termina desconocida y pasivamente en la misteriosa oscuridad del cuerpo. Entre ambos procesos, solo el instante de apresar ilumina vivamente, como un relámpago, su propio momento fugaz.

El más profundo de los secretos es el que se desarrolla en el interior del cuerpo. Un *hombre-medicina,* cuya efectividad depende de su conocimiento de los procesos corporales, deberá, antes de ejercer su profesión, someter su cuerpo a operaciones muy extrañas.

Entre los aranda de Australia, una persona que quiera ser iniciada como hombre-medicina se instala ante la boca de la caverna en la que moran los espíritus. Allí, primero se le perfora la lengua. Está completamente solo y uno de los elementos de su iniciación es el terror que le inspiran los espíritus. El valor para quedarse solo, sobre todo en un lugar donde la soledad es particularmente peligrosa, parece ser uno de los requisitos para ejercer este oficio. Más tarde, según cree, morirá de una lanzada que le atravesará la cabeza de oreja a oreja y los espíritus lo retendrán en el interior de su caverna, donde moran juntos en una especie de más allá. Para nuestro mundo está inconsciente, pero en aquel otro le son extraídos todos sus órganos internos, en lugar de los cuales recibe otros nuevos. Cabe suponer que estos son mejores que los órganos habituales, que quizá son invulnerables o se hallan menos expuestos a agresiones mágicas. Así es fortalecido para ejercer su oficio, aunque desde dentro, y su nuevo poder se origina en sus entrañas. Tiene que haber muerto antes de poder comenzar a ejercerlo, porque la muerte hace posible

la total penetración y exploración de su cuerpo. Su secreto solo es conocido por él y los espíritus; yace en el interior de su cuerpo.

Un rasgo curioso es que el atavío del joven hombre-medicina tiene muchos cristales pequeños. Los lleva consigo en el cuerpo y le son indispensables para su oficio: el tratamiento de cualquier persona enferma supone una celosa manipulación de estas piedrecitas. El hombre-medicina se las da a su paciente para luego retiradas de las zonas afectadas del cuerpo de este. Hay partículas sólidas, extrañas al cuerpo del enfermo, que le causaron la dolencia. Son como una moneda de la enfermedad particular, cuya cotización solamente es conocida por los hombres-medicina.

Pero a excepción de este tratamiento directo e inmediato del enfermo, la magia siempre opera a distancia. El mago prepara en secreto toda clase de varillas puntiagudas y luego las orienta a gran distancia hacia la víctima que, desprevenida, acabará recibiendo el terrible efecto del hechizo. Esto ilustra el modo secreto del acechar. Se lanzan pequeños venablos con intención hostil, a veces visibles como cometas en el cielo. El acto en sí es rápido, aunque su efecto pueda hacerse esperar.

Cualquier aranda puede utilizar la brujería para hacer daño a otras personas, pero solo un hombre-medicina puede conjurar el mal. Gracias a su iniciación y a su práctica están mejor protegidos que los demás. Algunos hombres-medicina muy ancianos pueden atraer enfermedades no solo sobre individuos aislados, sino también sobre grupos enteros de hombres y mujeres. Hay, por consiguiente, tres grados de poder, y quien pueda enfermar a muchas personas a la vez es el más poderoso.

Muy temido, es el poder mágico de los extranjeros que viven en lugares alejados. Probablemente se les teme más que a los de la propia comunidad porque los antídotos contra sus hechizos no son tan bien conocidos. Además, los extranjeros que los perpetren no

sentirán la misma responsabilidad que por las fecharías cometidas en el interior del propio grupo.

En la protección contra el mal y en el tratamiento de las enfermedades, el poder del hombre-medicina es considerado benéfico. Pero también corre parejo con la capacidad de hacer el mal a gran escala. Nada malo ocurre por sí solo, todo es causado siempre por un hombre o espíritu malévolos. Lo que nosotros llamaríamos *causa,* es para ellos *culpa.* Toda muerte es un asesinato y debe ser vengada como tal.

La proximidad de todo esto al mundo del *paranoico* es realmente sorprendente. En los dos capítulos sobre el «caso Schreber», que figuran al final de este libro, haremos más precisiones al respecto. Incluso el ataque contra los órganos internos se describirá allí en detalle; después de su total destrucción, y de prolongados sufrimientos, son regenerados y se vuelven invulnerables.

El carácter dual del secreto se mantiene en todas las manifestaciones superiores del poder. Del hombre-medicina primitivo al paranoico apenas si hay un paso, No es mayor la distancia que media entre ambos y los *poderosos* de la historia.

En estos el secreto es fundamentalmente activo. Están perfectamente familiarizados con él y saben cómo aquilatar su valor para utilizarlo en cualquier ocasión determinada. Cuando están al acecho saben qué están acechando y asimismo a quiénes pueden utilizar como ayudantes. Como sus deseos son numerosos, tienen muchos secretos y los organizan en un sistema en el que se preservan unos a otros. A alguien le confían tal cosa, a otro tal otra y se encargan de que nunca haya comunicación entre ambos.

Todo aquel que sabe algo es vigilado por otro, el cual, sin embargo, jamás llega a saber qué es exactamente lo que está vigilando. Deberá registrar cada palabra y movimiento de aquel cuya vigilancia le ha sido encomendada, permitiendo al poderoso,

mediante informes completos y frecuentes, evaluar la lealtad del observado. Pero el propio vigilante es, a su vez, vigilado, y su informe corregido por el de otro. Así, el poderoso está siempre informado sobre la capacidad y fiabilidad de los recipientes en los que ha depositado sus secretos y puede juzgar cuál de ellos podría romperse o desbordarse. Posee un complejo sistema de secretos cuya llave de acceso solo él conserva. Se sentiría amenazado si la confiara por entero a otra persona.

Es un rasgo característico del poder la desigual capacidad para *calar* las intenciones y opiniones ajenas. El poderoso cala a los demás, pero no permite que otros lo calen a él. El más reservado deberá ser él mismo. Nadie debe saber lo que piensa o se propone hacer.

Un caso clásico de impenetrabilidad fue Filippo Maria, el último duque de la familia Visconti. Su ducado de Milán era una gran potencia en la Italia del siglo XV. Nadie igualaba su capacidad de ocultar su intimidad. Nunca decía abiertamente qué quería, sino que lo disimulaba todo tras una manera peculiar de expresarse. Cuando dejaba de apreciar a alguien, continuaba alabándolo; si había distinguido a alguien con honores y presentes, poco después lo acusaba de ser violento o estúpido y le hacía sentir que no era digno de los beneficios recibidos. Si deseaba tener a alguien en su corte, lo atraía por un tiempo, le hacía albergar esperanzas y luego lo olvidaba. Cuando dicha persona creía haber sido olvidada, Filippo Maria la llamaba nuevamente a su lado. Si concedía una gracia a alguien que hubiera hecho méritos ante él, interrogaba a otros con gran astucia, como si nada supiese del beneficio concedido. En general, concedía algo distinto de lo solicitado, y siempre de manera diferente a la deseada. Si quería hacer un regalo o' distinguir a alguien, solía interrogarla días antes sobre los asuntos más insignificantes, de manera que el otro no lograse adivinar su intención. Es más, para no revelar a nadie sus intenciones más

secretas, lamentaba a menudo la concesión de gracias otorgadas por él mismo, o también la ejecución de penas de muerte que él había decretado.

En este último caso, parecía que intentaba guardar sus secretas incluso ante sí mismo. El carácter consciente y activo del secreto se le escapaba, y él se sentía impulsado hacia aquella forma pasiva del secreto que llevamos en las tinieblas de la propia caverna corporal, que conservamos allí donde nunca más podrá ser conocida y que finalmente olvidamos.

«Es un derecho de los reyes no revelar sus secretos ante padres, madres, hermanos, mujeres y amigos.» Así dice el *Libro de la corona,* obra árabe que contiene muchas antiguas tradiciones de la corte de los sasánidas.

El rey persa Cosroes Ir el Victorioso había inventado métodos muy particulares para poner a prueba la discreción de la gente a la que quería utilizar. Cuando sabía que dos personas de su entorno estaban vinculadas por una estrecha amistad y de acuerdo en todo, se encerraba con una de las dos y le confiaba un secreto relacionado con la otra: le comunicaba que había decidido hacer ejecutar a su amigo y le prohibía bajo amenaza de castigo que le revelara el secreto. A partir de entonces observaba el comportamiento del presunto amenazado de muerte en sus idas y venidas por el palacio, el color de su rostro y su actitud cuando estaba en presencia del rey. Si comprobaba que su conducta en nada había cambiado sabía que el otro no le había revelado el secreto. En él depositaba entonces toda su confianza y lo trataba con particular consideración, elevaba su rango y le concedía sus favores. Más tarde, cuando estaba a solas con él, le decía: «Tenía la intención de hacer ajusticiar a ese hombre por ciertas informaciones que sobre él me habían llegado; pero al hacer averiguaciones más precisas todo resultó ser falso».

Pero si advertía que el amenazado demostraba temor, se mantenía apartado y volvía el rostro, comprendía que su secreto había sido revelado. Entonces Cosroes hacía caer en desgracia al traidor, lo degradaba y lo trataba con dureza. Al otro, en cambio, le hacía saber que solo había querido poner a prueba a su amigo confiándole un secreto.

Así solo confiaba en la discreción de un cortesano forzándolo a traicionar mortalmente a su mejor amigo. De ese modo se aseguraba la máxima discreción. «Quien no es apto para servir al rey», decía, «carece también de valor por sí mismo, y de quien carece de valor por sí mismo no se puede sacar provecho alguno.»

El poder del callar es siempre altamente apreciado. Significa que somos capaces de resistir a los innumerables motivos exteriores que inducen a hablar. No respondemos a nada, como si nunca fuésemos interrogados. No dejamos percibir si algo nos gusta o no. Somos mudos sin haber enmudecido. Pero hemos escuchado. En su acepción extrema, la virtud estoica de la impasibilidad debería inducimos a callar.

El silencio presupone un conocimiento exacto de aquello que silenciamos. Como en la práctica no enmudecemos para siempre, hemos de elegir entre lo que podemos decir y lo que silenciamos. Lo que mejor conocemos es aquello que pasamos en silencio. Es más preciso y más precioso. Callar no solamente lo protege, sino que lo concentra aún más. Un hombre que calla mucho da en todos los casos la impresión de *ser* más concentrado. Si calla mucho, suponemos que sabe mucho. Suponemos que piensa mucho en su secreto. Se encuentra con él cada vez que debe protegerlo.

El. que calla no debe, pues, olvidar el secreto que le han confiado. Cuanto más arda el secreto en su interior, cuanto más aumente dentro de él sin que lo revele, más se le apreciará.

El silencio aísla: quien calla, está más solo que los que hablan. Así se le atribuye el poder del aislamiento. Es el custodio de un tesoro y ese tesoro está *dentro de él*.

El silencio actúa contra la *metamorfosis*. Quien se ha *re*tirado a su puesto de guardia interior no puede alejarse de él. El que calla puede disimular, aunque con rigidez. Podrá ponerse una máscara determinada, pero deberá limitarse a ella. Le estará vedada la fluidez de las metamorfosis, cuyas consecuencias son demasiado inciertas. Es imposible prever hasta dónde podemos llegar si nos abandonamos a ella. Callamos siempre que no deseamos metamorfoseamos. Al enmudecer desechamos todas las ocasiones que propicien la metamorfosis. Hablando se entreteje la trama de los hilos entre los hombres, el silencio lo paraliza todo.

El que calla tiene la ventaja de que sus palabras son más esperadas. Se les da mayor peso. Son concisas y aisladas y así se aproximan a la orden.

La artificiosa diferenciación de categoría entre quien ordena y quien tiene que obedecerle supone que no tienen una lengua común. No han de hablar entre ellos, es como si no pudiesen hacerla. La ficción de que fuera de la orden no existe comprensión alguna entre ellos se mantiene en todas las circunstancias. Así, los que mandan acaban optando por el silencio dentro de la esfera de su función. Pero así nos acostumbramos también a esperar que quienes guardan silencio digan palabras que sean como órdenes cuando por fin hablen.

La duda, acompañada de desprecio, que nos inspiran todas formas más libres de gobierno -como si no pudiesen funcionar seriamente- está vinculada a su carencia de secreto; Los debates parlamentarios se desarrollan entre cientos de personas, su sentido propiamente dicho es su carácter público. Las opiniones más diametralmente opuestas se exponen y se enfrentan unas con otras.

Incluso las sesiones que han sido declaradas secretas difícilmente lo son del todo. La curiosidad profesional de la prensa y el interés de las finanzas suelen conducir a la indiscreción.

El individuo aislado o un grupo muy pequeño en torno a él pueden, según se cree, conservar un secreto. Lo más seguro parece ser que las discusiones se lleven a cabo en grupos muy pequeños, formados con miras al mantenimiento del secreto, y que hayan impuesto las penas más severas a la traición. Lo óptimo, sin embargo, es que la decisión dependa de un solo individuo que, en principio, no podría haberla conocido antes de tomarla, y una vez tomada, la decisión es rápidamente ejecutada como una orden.

Buena parte de la consideración de la que gozan las dictaduras se debe a que se les concede la fuerza concentrada del secreto, que en las democracias se reparte y diluye entre muchos. Con sarcasmo se destaca que, en estas, todo es *mera palabrería,* que cada cual parlotea a su aire y se inmiscuye en todo, que no ocurre nada porque todo se conoce de antemano. Da la impresión de que las quejas tuvieran por objeto la falta de decisión, cuando en verdad el motivo de la decepción es la carencia de secreto.

Estamos dispuestos a soportar mucho, siempre y cuando nos lo impongan con violencia y desde una esfera desconocida. Ir a parar a un vientre poderoso parece producir, ya que uno mismo no es nada, un placer servil de índole muy peculiar. No sabemos lo que está ocurriendo realmente, ni cuándo; puede que otros tengan prioridad para entrar dentro del monstruo. Aguardamos sumisos y trémulos, esperando llegar a ser la víctima elegida. En esta actitud se puede ver una apoteosis del secreto, a cuya glorificación se subordina todo lo demás. No importa tanto *qué* ocurra, siempre que ocurra con la ardiente brusquedad de una erupción volcánica, de forma inesperada e imparable.

Pero todos los secretos guardados en una sola esfera y en poder de una sola mano acaban siendo forzosamente fatales: no solo para su depositario, lo que en sí no sería relevante, sino también para todos los afecta-dos, y esto tiene una importancia enorme. Todo secreto es explosivo y su calor interno no cesa de incrementarse. El juramento que lo concluye es justamente el punto en el cual se reabre.

Solo hoy podemos damos cuenta de cuán peligroso puede llegar a ser el secreto. En diversos ámbitos, solo en apariencia independientes entre sí, ha ido cargándose con un poder cada vez mayor. Apenas había muerto el dictador por excelencia, contra el cual había combatido el mundo unido, cuando reapareció bajo la forma de la bomba atómica, más peligroso que nunca y acrecentándose a toda prisa en su descendencia.

Llamamos *concentración* del secreto a la relación entre el número de aquellos a quienes afecta y el número de aquellos que lo mantienen. Tras esta definición es fácil darse cuenta de que nuestros modernos secretos técnicos son los más concentrados y peligrosos que ha habido jamás. Nos afectan a *todos,* pero solo un número muy reducido de personas sabe algo acerca de ellos, y de cinco o diez hombres depende el que sean utilizados.

SENTENCIAR Y ENJUICIAR

Es recomendable partir de un fenómeno que nos es familiar a todos, el *placer de enjuiciar*. «Un libro malo», dice alguien; o «un cuadro malo», y aparenta tener algo objetivo que decir. De todos modos, la expresión de su rostro revela que lo dice con gusto. Pues la forma de la declaración engaña, y muy pronto adquiere un carácter personal. «Un mal escritor» o «un mal pintor», se oye enseguida, y suena como si se .dijera «un mal hombre». Por todas partes tenemos ocasión de sorprendemos a nosotros mismos, o a conocidos y desconocidos,

en este proceso de enjuiciar. El placer que produce el juicio negativo es siempre inconfundible.

Es un placer duro y cruel que no se deja turbar por nada.

El juicio solo será un juicio si es emitido con una especie de seguridad inquietante. No conoce clemencia ni cautela alguna. Se emite con rapidez; y la falta de reflexión es lo más adecuado a su esencia. La pasión que revela se debe a su rapidez. El juicio rápido e incondicional es el que se dibuja como placer en el rostro del que enjuicia.

¿En qué consiste este placer? Apartamos algo de nosotros, relegándolo a un grupo inferior, lo cual presupone que nosotros mismos pertenecemos a uno superior. Al rebajar nos encumbramos. La existencia de esta dualidad, que representa valores contrapuestos, se considera algo natural y necesario. Sea lo que sea lo bueno, existe para que se distinga de lo malo. Nosotros mismos decidimos qué pertenece a lo uno y qué a lo otro.

Es el poder del *juez* el que nos arrogamos de esta manera.

Porque solo en apariencia el juez está entre ambos campos, en el límite que separa lo bueno de lo malo. En cualquier caso, él se sitúa en el reino de lo bueno; la legitimación de su cargo se fundamenta, en gran parte, en su irrefragable pertenencia a este, como si hubiera nacido en él. Sentencia, por así decido, constantemente. Su sentencia es vinculante. Las cosas sobre las que debe pronunciarse son muy precisas, su extenso conocimiento de lo malo y lo bueno es fruto de una larga experiencia. Pero incluso aquellos que no son ni han sido designados jueces, y a los que nadie en su sano juicio designaría cómo tales, se permiten sentenciar siempre en todos los ámbitos. Para ello no se presupone ninguna competencia: los que se abstienen de sentenciar por pudor pueden contarse con los dedos de la mano.

La enfermedad de sentenciar es una de las más difundidas entre los hombres, y prácticamente todos se ven aquejados por ella. Intentemos sacar a la luz sus raíces.

El hombre siente la profunda necesidad de clasificar una y otra vez a toda la gente que pueda imaginarse. Al dividir el número vago y amorfo de quienes lo rodean en dos grupos y enfrentarlos como tales, les confiere algo parecido a una *densidad*. Los concentra como si debieran luchar entre sí; los vuelve exclusivos y los carga de hostilidad. Tal como él se los imagina, tal como él los quiere, solo pueden estar unos contra otros. Sentenciar sobre «buenos» y «malos» es el antiquísimo medio para efectuar una clasificación dualista, que, sin embargo, nunca es del todo conceptual ni enteramente pacífica. Lo importante es la tensión entre ellos, que el que enjuicia crea y renueva.

Este proceso tiene como base la tendencia a formar mutas hostiles, tendencia que, en última instancia, acabará por conducir a la muta de guerra. Al extenderse a todos los posibles ámbitos y actividades de la vida, se va *diluyendo*. Pero aunque se desarrolle pacíficamente, aunque parezca agotarse en una sentencia de una o dos palabras, la propensión a llevarla más lejos, hasta la hostilidad activa y sangrienta entre dos mutas, sigue estando siempre latente en ella.

Toda persona inmersa en las mil relaciones de su vida, pertenece así a innumerables grupos de «buenos» que se oponen a un número exactamente igual de grupos de «malos»,. El que uno u otro de estos grupos se convierta en una muta exacerbada y se abalance contra su muta enemiga antes de que esta se le adelante dependerá de una simple ocasión.

Las sentencias en apariencia pacíficas acaban por ser luego sentencias de muerte contra el enemigo. Los límites de los buenos quedan entonces perfectamente definidos ¡y pobre del malo que los

traspase! Nada tiene que buscar entre los buenos y deberá ser aniquilado.

EL PODER DEL PERDÓN. LA GRACIA

El poder del perdón es un poder que todo el mundo tiene y sé reserva. Sería curioso reconstruir una vida según los actos de perdón que uno se ha permitido. Perdonar le resulta muy difícil, cuando no imposible, a la persona de estructura *paranoica* la cual pondera largo tiempo, nunca olvida nada cuando hay algo que disculpar y se imagina actos hostiles para no perdonados. A lo largo de su vida, este tipo de personas suelen resistirse sobre todo a otorgar cualquier forma de perdón. Pero cuando llegan al poder, y para afirmarse en él, se ven *obligados* a perdonar, lo hacen solo en apariencia. El poderoso nunca perdona realmente. Todo acto hostil queda rigurosamente registrado, es encubierto o reservado para más tarde. Algunas veces es canjeado por el sometimiento real; los actos magnánimos de los poderosos van siempre en esta dirección. A tal punto anhelan el sometimiento de todo cuanto se les resiste, que a menudo pagan un precio exagerado por ello.

El que carece de poder, y a quien el poderoso le parece desmesuradamente fuerte, no ve cuán importante es para este último el completo sometimiento de todos. Solo podrá evaluar, si es que tiene sensibilidad para ello, un incremento de poder a partir de su propio peso real, pero nunca comprenderá lo que para el majestuoso monarca significa la genuflexión del último, más olvidado y miserable de sus súbditos. El interés del Dios bíblico por cada persona, la tenacidad y preocupación con la que no olvida alma alguna, puede servir de modelo eminente para cualquier poderoso. También es él quien instituyó el·complicado comercio del perdón; de suerte que quien se le somete vuelve a recuperar su gracia. Pero observa con gran atención la conducta del sojuzgado, y dada su omnisciencia le es fácil advertir hasta qué punto se le engaña.

No puede caber la menor duda de que muchas prohibiciones solo existen para apuntalar el poder de quienes pueden sancionar o perdonar a los que las transgredan. La *gracia* es un acto muy elevado y concentrado del poder, pues presupone la condena, sin la cual no puede tener lugar ningún acto de gracia. En la gracia hay también una *elección.* Por regla general, solo se indulta a un grupo muy concreto y restringido de condenados. Quien castiga se guardará bien de ser excesivamente clemente, y aunque finja que la dureza del castigo es contraria a su naturaleza más íntima, se verá obligado a aplicarlo por mor de la sagrada necesidad de la punición misma, justificándolo así todo. Pero siempre dejará abierto el camino hacia la gracia, ya sea que decida concederla él mismo en ciertos casos especiales, ya sea que la encomiende a una instancia más elevada que se encargue de ella.

El poder alcanza su grado supremo cuando el indulto se produce en el 'último momento posible. Cuando la muerte que se ha decretado debe ejecutarse, en el patíbulo o frente al pelotón de fusilamiento, el indulto aparece como una nueva vida. El límite del poder es la incapacidad de devolver muertos a la vida; pero en el acto largamente prolongado del indulto, el poderoso tiene a menudo la sensación de haber superado este límite.

LA ORDEN

LA ORDEN: FUGA Y AGUIJÓN

«Una orden es una orden»: puede que el carácter definitivo e indiscutible propio de la orden sea la causa de que se haya reflexionado tan poco sobre ella. La aceptamos como algo que siempre ha existido tal cual es, nos parece tan natural como indispensable. Desde pequeños estamos acostumbrados a escuchar órdenes, ellas configuran buena parte de lo que llamamos educación; toda la vida adulta está también impregnada de ellas, ya se trate de las esferas del trabajo, de la lucha o de la fe. Apenas si nos hemos preguntado qué es propiamente una orden; si en realidad es tan simple como parece; si a pesar de la rapidez y facilidad con que obtiene lo que espera, no deja otras huellas más profundas, quizá incluso hostiles, en la persona que la ejecuta.

La orden es más antigua que el lenguaje, si no, los perros no podrían entenderla. El adiestramiento de animales se basa precisamente en el hecho de que estos, sin conocer lenguaje alguno, aprenden a comprender lo que deseamos de ellos. En órdenes breves y muy claras, que en principio en nada se diferencian de las que se imparten a las personas, el adiestrador va manifestándoles su voluntad. Los animales las obedecen, del mismo modo que acatan las prohibiciones. Resulta pues perfectamente legítimo buscar para la orden raíces muy antiguas; por lo menos está claro que, de alguna forma, existe también fuera del ámbito de la sociedad humana.

El tipo de efecto más antiguo de la orden es la fuga. Le es dictada al animal por una criatura más fuerte, ajena a él. La fuga solo es en apariencia espontánea; el peligro siempre tiene una forma; y ningún animal huirá sin antes haberlo presentido. La orden de huir es tan fuerte y directa como la mirada.

La esencia misma de la fuga presupone desde un principio la diversidad de las dos criaturas que de este modo entran en contacto. Una de ellas se limita a manifestar que quiere devorar a la otra; de ahí la mortal seriedad de la fuga. La «orden» obliga al animal más débil a ponerse en movimiento, al margen de que luego sea realmente perseguido o no. Lo único importante es la intensidad de la amenaza: de la mirada, de la voz, de la forma que impone el terror.

La orden deriva, pues, de la orden de fuga: en su forma más primigenia se produce entre dos animales de especie diferente, uno de los cuales amenaza al otro. La gran diferencia de poder entre ambos, el hecho de que uno de ellos casi pueda decirse que está acostumbrado a servir de presa al otro, lo inconmovible de esta relación, que parece como establecida desde siempre, todo esto da al acontecimiento un carácter absoluto e irrevocable. La huida es la única y última instancia a la que puede apelarse contra esta sentencia de muerte. El rugido de un león que sale a cazar es realmente una sentencia de muerte: es el único sonido de su lenguaje que todas sus víctimas entienden; y puede que esta amenaza sea lo único común entre ellas, tan diferentes unas de otras. La orden más antigua, impartida mucho antes de que hubiera hombres, es una sentencia de muerte y obliga a la víctima a la fuga. Haremos bien en recordado cuando hablemos de la orden entre hombres. El carácter terrible y despiadado de la sentencia de muerte se trasluce detrás de toda orden. El sistema de órdenes entre los hombres está constituido de manera tal que, en general, escapamos a la muerte; si bien el terror que esta nos inspira, su amenaza, siguen estando presentes, y el mantenimiento y ejecución de verdaderas sentencias de muerte mantienen despierto el terror ante cualquier orden, ante las órdenes en general.

Pero olvidemos ahora por un momento lo que hemos descubierto sobre el origen de la orden y observémosla sin prejuicios, como si fuera por primera vez objeto de nuestra

consideración.

Lo primero que llama la atención en la orden es que provoca una acción. Un dedo extendido que señala en una dirección puede tener el efecto de una orden: todos los ojos que perciben el dedo se vuelven en la misma dirección. Parecería que lo único importante en la orden fuera la acción que provoca, cuya orientación está determinada. Desplegarse en una dirección es particularmente relevante; invertirla resulta tan inadmisible como modificarla.

Es propio de la orden no admitir desacuerdo alguno. No es lícito discutirla, explicarla ni ponerla en duda. Es clara y concisa, pues debe ser entendida de inmediato. Un retraso en la recepción perjudica su fuerza. Con cada repetición no seguida de su ejecución, la orden va perdiendo algo de su vida; al cabo de un tiempo yace por tierra, exhausta e impotente, y en ese caso es mejor no revivirla. Porque la acción que la orden provoca está ligada a su instante. Aunque pueda ser fijada para un momento posterior, tiene que estar determinada, ya sea en forma expresa, ya sea implícitamente en su propia naturaleza.

La acción que se ejecuta bajo una orden es distinta de todas las demás acciones. Es percibida como algo extraño; su recuerdo nos roza como algo ajeno, como una ráfaga de viento que pasara fugazmente a nuestro lado. Puede que la rapidez de ejecución que exige una orden contribuya a que la recordemos como algo extraño; pero esto solo no basta para explicarlo. Lo que cuenta es que la orden provenga de fuera. A nosotros solos no se nos habría ocurrido. Forma parte de aquellos elementos de la vida que nos son impuestos; nadie los desarrolla dentro de sí mismo. Incluso cuando de pronto surgen personas aisladas con una enorme cantidad de órdenes e intentan con ellas fundamentar una nueva fe o renovar una antigua, tales personas mantienen siempre estrictamente la apariencia de una carga extraña e impuesta. Nunca hablarán en su propio nombre. Lo que exigen a los demás les ha sido

encomendado; y por mucho que mientan en algunas cosas, en este único punto serán siempre sinceros: creen haber sido enviados.

Pero en ese elemento extraño que está en el origen de la orden hay que reconocer también algo más fuerte. Obedecemos porque no podríamos combatir con perspectivas de éxito; el probable vencedor es el que ordena. El poder de la orden ha de ser indiscutible; si ha menguado, deberá estar dispuesto a reafirmarse mediante la lucha. En general, sigue siendo reconocido durante largo tiempo. Sorprende advertir cuán raramente se exigen nuevas decisiones; los efectos de las antiguas persisten. Los combates victoriosos siguen viviendo en las órdenes; en cada orden obedecida se renueva una antigua victoria.

Visto desde fuera, el poder del que ordena crece incesantemente. La orden más nimia le añade algo. No solo se la imparte habitualmente de modo que sea útil a quien se sirve de ella, sino que también en la naturaleza de la orden misma, en el acatamiento con el que se la recibe, en el espacio que atraviesa, en su cortante puntualidad, en todo ello hay algo que garantiza al ámbito del poder seguridad y crecimiento. El poder emite órdenes como una nube de flechas mágicas: las víctimas que son alcanzadas por ellas se ofrendan al poderoso, llamadas, tocadas y conducidas por esas flechas.

Pero la simplicidad y unidad de la orden, que a primera vista parece absoluta e incontestable, se revela, observada con más detenimiento, aparente. La orden puede descomponerse. Es preciso hacerlo, pues de lo contrario nunca llegaremos a entenderla realmente.

Toda orden consta de un impulso y un aguijón. El impulso obliga al receptor a ejecutarla de conformidad con su contenido; el aguijón permanece en aquel que ejecuta la orden. Cuando las órdenes funcionan normalmente, como se espera de ellas, el aguijón

permanece invisible. Es secreto, insospechable; quizá se exteriorice, casi imperceptiblemente, en una leve resistencia antes de obedecer la orden.

Pero el aguijón penetra profundamente en la persona que ha ejecutado una orden y allí permanece, inalterable. Entre todos los elementos psíquicos que nos configuran, no hay ninguno que sea más inmutable. El contenido de la orden queda conservado en el aguijón; su fuerza, su alcance, sus limitaciones, todo ha sido prefigurado para siempre en el momento en que se imparte la orden. Pueden pasar años y décadas hasta que esa parte hundida y almacenada de la orden, su réplica en miniatura, salga nuevamente a la luz.

Pero es importante saber que ninguna orden se pierde jamás, nunca se acaba realmente con su ejecución, es almacenada para siempre.

Entre quienes reciben órdenes, los más afectados por ellas son los niños. Parece un milagro que no se derrumben bajo la carga de cuanto les ordenan y sobrevivan al hostigamiento de sus educadores. Que todo eso lo transmitan más tarde a sus propios hijos, y que lo hagan con no inferior crueldad, resulta tan natural como masticar y hablar. Pero lo que siempre nos sorprenderá es que las órdenes permanezcan intactas desde la más temprana infancia: en cuanto aparecen las víctimas de la siguiente generación, vuelven a estar ahí. Ninguna orden ha sufrido la menor alteración; podría haber sido impartida una hora antes y sin embargo hace veinte, treinta o más años que lo fue. La fuerza con la que el niño recibe órdenes, la tenacidad y fidelidad con que las conserva, no es un mérito individual. Ni la inteligencia ni ningún otro talento especial tienen nada que ver con ello. Ningún niño, por normal que sea, pierde ni perdona ninguna de las órdenes con las que fue maltratado.

El aspecto de una persona, aquello por lo que se hace reconocible, la posición de la cabeza, la expresión de la boca, su manera de mirar, cambiarán antes que la forma de la orden que ha dejado en ella su aguijón y fue almacenada como algo inalterable; e inalterada volverá a expulsarla cuando se presente la oportunidad. La nueva situación en la que la orden se desprenda deberá ser casi idéntica a la antigua en la que fue recibida. La reconstrucción de esas situaciones remotas, aunque invertidas, es una de las grandes fuentes de energía psíquica en la vida del hombre. El «acicate» para conseguir esto o aquello, como suele decirse, es el impulso profundo para liberamos de las órdenes que en algún momento recibimos.

Solo la orden ejecutada deja su aguijón clavado en aquel que la cumplió. Quien elude las órdenes tampoco tiene que almacenarlas. «Libre» es solamente el hombre que ha aprendido a eludir órdenes, y no aquel que solo después se libera de ellas. Y quien más tiempo necesita para esta liberación, o quien no es capaz de conseguirlo es, sin duda, el menos libre.

Ningún hombre sin prejuicios sentirá como carencia de libertad el hecho de seguir sus propios impulsos. Incluso cuando estos son más intensos y satisfacerlos supone las complicaciones más peligrosas, cada cual tiene la sensación de actuar por sí mismo. Pero todos se revuelven en su fuero interno contra la orden que les ha sido enviada desde fuera y que tienen que ejecutar, todos hablan entonces de presión y se reservan el derecho a la subversión o a la rebelión.

LA DOMESTICACIÓN DE LA ORDEN

La orden de fuga, que contiene una amenaza de muerte, supone una gran diferencia de poder entre los implicados. El que pone en fuga al otro podría matarlo. En la naturaleza, esta situación fundamental se debe a que muchísimas especies zoológicas se

alimentan de animales. Ellas mismas viven de otras especies. Así, la mayoría de los animales se sienten amenazados por otros de otra especie y reciben de ellos, extraños y enemigos, la orden de huir.

Pero lo que en la vida cotidiana nosotros llamamos orden se desarrolla entre seres humanos: un amo ordena a su esclavo, una madre ordena a su hijo. La orden, tal como la conocemos, ha evolucionado alejándose muchísimo de su origen biológico, la orden de fuga. Se ha domesticado. La utilizamos en las relaciones sociales en general, pero también para la convivencia más íntima; en el Estado no desempeña un papel menor que en la familia. Su aspecto es totalmente distinto del que hemos descrito como orden de fuga. El amo llama a su esclavo; este acude, aunque sabe que va a recibir una orden. La madre llama a su hijo y este no siempre se escabulle. Aunque lo abrume con órdenes de toda clase, en términos generales, el niño, que sigue confiando en ella, acude a su llamada y permanece cerca. Lo mismo vale para el perro: permanece junto a su amo, a cuyo silbido responde de inmediato.

¿Cómo se llegó a esta domesticación de la orden? ¿Qué hizo inocua la amenaza de muerte? Esta evolución se explica por una especie de soborno que se practica en cada caso. El amo da de comer a su perro o esclavo, la madre alimenta a su hijo. La criatura que vive en estado de sometimiento está acostumbrada a recibir su alimento solo de una mano. El esclavo o el perro reciben alimento exclusivamente de su amo, ningún otro está obligado a ello, en realidad nadie más tiene derecho a alimentarlos. La relación de propiedad consiste en parte en que todo alimento les llega solo de la mano de su amo. A su vez, el niño es totalmente incapaz de alimentarse por sí solo. Desde el primer momento se aferra al pecho de su madre.

Se ha creado un estrecho vínculo entre la orden y el alimento que se dispensa. Este vínculo aparece de forma muy clara en la práctica del adiestramiento de animales. Cuando el animal ha hecho lo que

debe hacer, recibe su golosina de la mano del adiestrador. La domesticación de la orden la convierte en una promesa de alimento. En vez de amenazar con la muerte y provocar la huida se promete lo que toda criatura desea antes que nada, y se cumple estrictamente esta promesa. En lugar de servir de alimento a su amo y ser devorada, la criatura a la que se imparte este tipo de orden recibe alimento ella misma.

Esta desnaturalización de la orden de fuga biológica educa a hombres y animales para una especie de cautividad voluntaria, en la que existen toda clase de grados y matices. Sin embargo, no modifica por entero la naturaleza de la orden. La amenaza se mantiene siempre inherente, solo que atenuada. En caso de desobediencia existen sanciones explícitas que pueden ser muy severas; la más severa es la primigenia: la muerte.

CONTRAGOLPE Y MIEDO A DAR ÓRDENES

Una orden es como una flecha. Es disparada y da en el blanco. El que da la orden apunta antes de dispararla. Su blanco será alguien muy determinado, la flecha siempre tiene una dirección elegida. Queda clavada en el que la recibe; este deberá extraerla y dispararla a su vez, para liberarse de su amenaza. De hecho, el proceso de la transmisión de órdenes se cumple como si el receptor la extrajese, tendiese su propio arco y volviera a disparar la misma flecha. La herida en su propio cuerpo sana pero deja una cicatriz. Cada cicatriz tiene una historia, es la huella de una flecha determinada.

El que dispara la orden, por su lado, recibe a consecuencia de ello un ligero contragolpe. Su efecto, es decir, el con-tragolpe psíquico, lo siente solo cuando ve que ha dado en el blanco. Aquí se acaba la analogía con la flecha real. Pero es tanto más importante examinar entonces las huellas que el disparo certero deja en el afortunado arquero.

La satisfacción que producen las órdenes cumplidas, es decir,

impartidas con éxito, engaña acerca de una serie de cosas que acontecen en el que dispara. Siempre se produce algo parecido a la sensación de un contragolpe; lo que hemos hecho deja su huella no solo en la víctima sino también en nosotros mismos. Muchos contragolpes se acumulan y acaban convirtiéndose en miedo. Es una clase especial de miedo la que resulta de la frecuente repetición de órdenes: por ello la llamo miedo a dar órdenes. Este es mínimo en aquel que se limita a retransmitir órdenes, pero será tanto mayor cuanto más cerca esté el que ordena de la fuente de mando propiamente dicha.

No es difícil comprender cómo se produce este miedo a dar órdenes. Un disparo que mata a un ser aislado no deja tras de sí peligro alguno. La víctima ya no puede hacemos nada. Una orden que amenaza con la muerte pero que al final no mata, deja el recuerdo de la amenaza. Algunas ame-nazas yerran y otras dan en el blanco; son estas las que nunca se olvidan. Quien haya huido ante la amenaza o cedido a ella, seguramente se vengará. Nunca deja de vengarse cuan-do llega el momento, y aquel de quien parte la amenaza es consciente de ello: tendrá que hacer todo lo posible para im-pedir que la situación se invierta.

Esta sensación de que todo aquel a quien hemos dado una orden -es decir, amenazado con la muerte- vive y recuerda, esta sensación del peligro en el que nos veríamos si todos los amenazados con la muerte se uniesen contra nosotros, esta sensación profundamente arraigada aunque imprecisa, pues nunca sabemos cuándo los amenazados pasarán del recuerdo a la acción, esta torturante sensación de peligro, inagotable e ilimitada, es lo que yo denomino miedo a dar órdenes.

Este miedo alcanza su mayor fuerza en los más encum-brados. Es en la fuente misma de la orden, en aquel que imparte órdenes por iniciativa propia, que no las recibe de nadie y que, por así decido, las genera, en quien se concentra al máximo el miedo a dar órdenes.

Este puede permanecer largo tiempo dominado y oculto en los poderosos. Pero también puede acrecentarse en el transcurso de la vida de un gobernante y terminar manifestándose como cesarismo delirante.

LA ORDEN A MUCHOS

Conviene distinguir entre la orden que se imparte a personas aisladas y la que es impartida a muchos a la vez.

Ya en el origen biológico de la orden se da esta diferencia.

Algunos animales viven solitarios y reciben la amenaza de sus enemigos individualmente. Otros viven en manadas y son amenazados colectivamente. En el primer caso el animal huye o se oculta solo. En el segundo, huye la manada ente-ra. Un animal que acostumbra a vivir en manadas pero que, por casualidad, es sorprendido por su enemigo estando solo, procura huir y reintegrarse a su manada. Fuga individual y fuga masiva son, pues, radicalmente diferentes desde sus orígenes. El miedo masivo de una manada que huye es el más antiguo y, podría decirse, el más familiar estado de masa que se conoce.

Es muy probable que de este estado de miedo masivo derive el sacrificio. Un león que persigue a una manada de gacelas que, aterrorizadas, huyen de él todas juntas, pondrá fin a su persecución en cuanto consiga apresar a uno de los animales. Este será su víctima, también en el sentido más amplio de la palabra. Proporciona tranquilidad a los otros miembros de la manada. En cuanto el león tiene lo que quie-re, y en cuanto ellos se dan cuenta, su miedo disminuye. De la fuga masiva vuelven a pasar a la normalidad, cada animal pasta a su antojo y hace lo que le place. Si las gacela s tuvie-sen una religión y el león fuese su dios, podrían, para saciar su avidez, ofrendarle de forma voluntaria una gacela. Esto es exactamente lo que ocurre entre los hombres: del estado de miedo masivo deriva en ellos el sacrificio religioso, que por un

tiempo detiene la carrera y el hambre del poder peligroso.

La masa en estado de miedo quiere permanecer agrupada. Cuando el peligro es máximo, solo se siente protegida si percibe la proximidad de los demás. Es masa sobre todo por la dirección de su huida. El animal que la abandona y sigue una dirección propia queda más expuesto que los otros. Pero sobre todo siente más el peligro porque está solo y su miedo es por eso mayor. La dirección común de los anima-les que huyen podríamos llamarla su «convicción»; lo que los mantiene unidos los impulsa a seguir adelante con más fuerza. No sentirán pánico mientras no sean abandonados, mientras cada animal haga lo mismo que su vecino y ejecute exactamente los mismos movimientos. Por el movimiento paralelo de las patas, de los cuellos, de las cabezas, esta fuga masiva se asemeja a aquello que entre los humanos designo como masa palpitante o rítmica.

Pero cuando los animales se ven cercados, la cosa cambia. Ya no es posible una dirección común de la fuga. La fuga masiva se convierte entonces en pánico: cada animal intenta salvarse por sí mismo y al hacerlo se estorban unos a otros. El anillo va estrechándose en torno a ellos y en la matanza que se inicia entonces cada animal es enemigo del otro, pues cada uno obstruye al otro el camino hacia la salvación.

Pero volvamos a la orden misma. La orden que se impar-te a personas aisladas, hemos dicho, es distinta de la orden a muchos. Mas antes de fundamentar esta afirmación es re-comendable hablar de su excepción más importante.

El ejército nos ofrece un ejemplo de concentración artificial de mucha gente. En él se anula la diversidad de las órdenes; esta es precisamente su esencia. Que la orden se dirija a personas aisladas, a unos cuantos o a muchos significa en este caso exactamente lo mismo. Un ejército existe tan solo cuando la orden tiene un valor siempre idéntico y constante. Viene de arriba y permanece

estrictamente aislada. Por eso el ejército nunca puede llegar a ser masa.

Y es que en la masa la orden se expande horizontalmente entre sus miembros. Puede que al principio, la orden, que proviene de arriba, implique a una persona en concreto. Pero como cerca de esta hay otras semejantes, al punto les transmitirá lo que se le ha ordenado. En su miedo se acercará más a ellas, que son contagiadas de inmediato. Primero se ponen en movimiento unas cuantas, luego más, y al final todas. La propagación instantánea de la misma orden las ha convertido en masa. Y entonces huyen todas juntas.

Como la orden se dispersa de inmediato, no se forma aguijón alguno. No hay tiempo para ello, lo que se habría convertido en un elemento permanente se disuelve enseguida. La orden impartida a la masa no deja aguijón. La amenaza, que induce a la fuga masiva, vuelve a diluirse precisamente en esta fuga.

Es solo la condición aislada de la orden la que acaba por formar un aguijón. La amenaza presente en toda orden dada a un individuo no puede disolverse del todo. Cualquiera que ejecute una orden dirigida exclusivamente a él, seguirá conservando en sí mismo como aguijón su resistencia a obedecer: un duro cristal de rencor. Solo podrá liberarse de él im-partiendo a su vez la misma orden. Su aguijón no es otra cosa que un trasunto fiel y oculto de la orden que recibió y no pudo transmitir de inmediato. Solo en la forma de este trasunto logrará liberarse de él.

Una orden a muchos tiene, pues, un carácter muy peculiar. Su objetivo es convertir en masa a la mayoría y, en la medida en que lo consigue, no despierta miedo. La consigna del orador, que impone una dirección a las personas congregadas, tiene precisamente esta función y puede considerarse como una orden a muchos. Desde el punto de vista de la masa, que quisiera constituirse deprisa y mantenerse como unidad, tales consignas son útiles e

indispensables. El arte del orador consiste en que todo lo que se propone lo resume y expresa vigorosamente en consignas que ayudan a la constitución y el mantenimiento de la masa. Él genera la masa y la mantiene viva mediante una orden superior. Si lo consigue, apenas tendrá importancia lo que luego exija realmente de ella. El orador puede insultar y amenazar a una aglomeración de individuos de la manera más terrible, estos lo amarán si así logra convertidos en masa.

ESPERA DE ÓRDENES

El soldado en activo actúa solo bajo orden. Puede que le apetezca esto o aquello; pero como es soldado sus deseos no cuentan, debe renunciar a ellos. Para él no hay encrucijadas que valgan, pues aunque se le presentase alguna, no es él quien decide cuál de los caminos ha de seguir. Su vida activa se halla limitada por todos lados. Hace lo que todos los demás soldados hacen *con* él; y hace lo que le ordenan. La privación de cuantas acciones otros hombres creen realizar libremente, lo vuelve a él ávido de las que *debe* ejecutar.

Un centinela que permanece horas y horas inmóvil en su puesto constituye el mejor ejemplo de la condición psíquica del soldado. No le está permitido alejarse, dormirse ni moverse, a excepción de determinados movimientos que le son prescritos con total precisión. Su servicio propiamente dicho es la resistencia a cualquier tentación de abandonar su puesto, sea cual sea la forma como esta se le presente. Este nega-tivismo del soldado, como muy bien se lo puede llamar, es su columna vertebral. Reprimirá todas las motivaciones habituales que nos llevan a actuar, como el deseo, el temor, la inquietud, y que tan esenciales son para la vida humana. Su mejor forma de combatidas es evitar confesárselas.

Todo acto que ejecute realmente deberá estar sancionado por una orden. Como para cualquier persona resulta muy difícil no hacer nada, se acumula en el soldado una gran expectativa acerca de

aquello que le está permitido hacer. El deseo de actuar va acumulándose y aumenta sin tasa. Pero como toda acción va precedida de una orden, la expectativa se vuelve hacia esta: el buen soldado está siempre en un estado de consciente espera de órdenes, que es acrecentada en todos los sentidos por su formación y se pone claramente de manifiesto en las posturas y fórmulas militares. El momento crucial en la vida del soldado es aquel en que adopta la posición de ¡firmes! ante su superior. En estado de máxima tensión y receptividad se cuadra ante él, y la fórmula que pronuncia -«¡A la orden! »- expresa con gran precisión qué es lo importante.

Durante su instrucción, al soldado se le prohíben más cosas que al resto de las personas. Cualquier transgresión, por mínima que sea, es severamente castigada. La esfera de lo no permitido, con la que todos nos familiarizamos desde niños, adquiere proporciones gigantescas para el soldado, que ve cómo en torno a él van alzándose muros cada vez más altos, que se iluminan a medida que surgen. Su altura y su firmeza se corresponden con su rotundidad. Siempre se le habla de ellos, no puede decir que no los conoce. Comienza a moverse como si siempre los sintiera alrededor. La angulosidad del cuerpo del soldado es como el eco de la pétrea lisura de aquellos muros, que le confieren ciertos rasgos de figura estereométrica. Es un prisionero que se ha adaptado a las paredes de su celda; un prisionero que está contento de serio y se rebela tan poco contra su condición que los muros lo moldean. Mientras que otros prisioneros solo piensan en una cosa: cómo podrían horadar o escalar esos muros, él los ha aceptado como una nueva naturaleza, como un entorno natural al que uno mismo se adapta y en el cual acaba transformándose.

El que de esta manera intensiva ha llegado a tomar plena conciencia de lo prohibido, el que a través de los quehaceres de toda una jornada, y día tras día, demuestra que sabe evitar de la manera más eficaz lo prohibido, solo él es realmente un soldado. Para é1la

orden tendrá un valor reforzado. Es como salir de una fortaleza en la que se ha permanecido de-masiado tiempo. Cae como un rayo que lo lanzara por encima de los muros de lo prohibido; como un rayo que solo a veces mata. En aquel yermo masivo de lo prohibido, que se extiende por todas partes en torno a él, la orden llega como una redención: la figura estereométrica se anima y se pone en movimiento al oír la voz de mando.

Es parte de la formación del soldado aprender a recibir órdenes de dos maneras: solo o junto con los otros. La instrucción lo ha acostumbrado a movimientos que ejecuta juntamente con los demás y que todos han de efectuar exactamente del mismo modo. Interviene aquí una especie de precisión que se aprende mejor imitando a los otros que solo. Así llega a ser como ellos; se establece una igualdad que en algún momento puede ser utilizada para transformar una división militar en una masa. En general, sin embargo, se de-sea lo contrario: igualar a los soldados entre sí lo más posible sin que de ellos surja una masa.

Cuando están juntos como unidad, los soldados reaccionan a todas las órdenes impartidas en conjunto. Pero ha de subsistir la posibilidad de separarlos, de hacer salir de las filas a uno, dos, tres hombres, la mitad, todos los que el superior desee. El hecho de que todos marchen juntos es accesorio; la división es utilizable en la medida en que pueda escindirse. La orden debe poder llegar a un número de hombres cualquiera: uno, veinte o la división entera. Su efectividad no ha de depender de a cuántos soldados se dirige. Es la misma orden, tanto si es impartida a uno solo como si son todos los que la reciben. Esta naturaleza invariable de la orden es de la máxima importancia; la sustrae a todas las influencias de la masa.

Quien ha de impartir órdenes en un ejército debe poder mantenerse libre -tanto fuera como dentro de sí mismo- de cualquier masa. Lo aprendió cuando le enseñaron a esperar órdenes.

ESPERA DE ÓRDENES DE LOS PEREGRINOS EN EL MONTE ARAFAT

El momento más importante durante la peregrinación a La Meca, su culminación propiamente dicha, es el wuquf o «concentración en el monte Arafat», el alto frente a Alá, a unas horas de distancia de La Meca. Una inmensa multitud de peregrinos -a veces seiscientas mil o setecientas mil personas- acampa en la cuenca de un valle rodeado de cerros pelados y se arremolina en torno al Monte de la Misericordia, que está en su centro. Un orador se instala en lo alto, en el lugar donde en otro tiempo estuvo el Profeta, y pronuncia una prédica solemne.

La multitud le responde con el grito: «¡Labayka, ya rabbi, labayka!», '¡Aguardamos tus órdenes, Señor, aguardamos tus órdenes!'. Este grito es repetido sin cesar durante todo el día, hasta el delirio. Luego, en una especie de repentino miedo colectivo -llamado ifada o 'río'-, huyen todos juntos como poseídos desde el monte Arafat hasta la localidad vecina, Muzdalifa, donde pasan la noche, y a la mañana siguiente prosiguen de Muzdalifa a Miná. Todos corren en terrible confusión, se empujan y se pisotean unos a otros; por lo general, la carrera cuesta la vida a varios peregrinos. Una vez en Miná, se sacrifican y ofrendan un gran número de animales cuya carne es consumida de inmediato por todos los congregados. El suelo queda empapado de sangre y sembrado de restos.

La concentración en el monte Arafat es el momento en el que la espera de órdenes de las masas creyentes alcanza su máxima intensidad. Así lo expresa claramente la concisa fórmula mil veces repetida: «¡Aguardamos tus órdenes, Señor, aguardamos tus órdenes!». El islam, la entrega, es reducido aquí a su denominador más simple, un estado en el que los hombres piensan únicamente en las órdenes del Señor y claman por ellas con todas sus fuerzas. El súbito miedo que entonces se desencadena a una señal y que

conduce a una fuga masiva sin equivalentes tiene una explicación concluyente: sale a la luz el antiguo carácter de la orden, que es una orden de fuga, si bien los creyentes lo ignoran. La intensidad de su espera como masa incrementa al máximo el efecto de la orden divina, hasta que esta se convierte en lo que toda orden era en su origen: una orden de fuga. La orden de Dios pone en fuga a los hombres. La continuación de esta fuga al día siguiente, tras haber pasado la noche en Muzdalifa, demuestra que el efecto de la orden aún no se ha agotado.

Según la creencia islámica, es la orden directa de Dios la que trae la muerte a los hombres que intentan escapar de ella. Pero estos la transfieren a los animales que en Miná, punto final de su huida, son sacrificados. Los animales su-cumben aquí en lugar de los hombres, una sustitución fre-cuente en muchas religiones: pensemos en el sacrificio de Abraham. Así los hombres escapan al baño de sangre que Dios mismo les ha destinado. Se han sometido a su orden a tal punto que han acabado huyendo ante él, y sin embargo no lo han privado de la sangre que le corresponde: el suelo queda finalmente empapado de la sangre de los animales sacrificados en masa.

No hay ninguna otra práctica religiosa que ilustre de for-ma tan evidente la naturaleza propia de la orden como la concentración en el monte Arafat, el wuquf y la fuga masiva que lo sigue, la ifada. Dentro del islam, en el que el manda-miento religioso aún conserva mucho del carácter inmediato de la orden misma, la espera de órdenes y la orden en general han hallado su expresión más pura en estos acontecimientos.

AGUIJÓN DE ORDEN Y DISCIPLINA

La disciplina constituye la esencia del ejército. Pero existen dos tipos de disciplina: una manifiesta y otra secreta. La disciplina manifiesta es la de la orden: hemos mostrado cómo la reducción de la fuente de órdenes conduce a la formación de un ser

extremadamente curioso, más figura estereométri-ca que criatura: el soldado. Lo que lo caracteriza es, ante todo, que vive en estado de constante espera de órdenes. Este estado se refleja en su actitud y su aspecto; el soldado que se desmarca de él ya no está en activo y lleva su uniforme solo en apariencia. Cualquiera puede percibir el ánimo del soldado, no podría ser más evidente.

Pero esta disciplina manifiesta no lo es todo. Junto a ella existe otra de la que el soldado no habla y que tampoco tie-ne por qué manifestarse, una disciplina secreta. Puede que algunos, más obtusos, solo sean conscientes de ella raras veces. Pero la mayoría de los soldados, sobre todo en nuestra época, la tienen siempre presente, siquiera ocultamente. Es la disciplina del *ascenso*.

Puede resultar extraño que califiquemos de secreto algo tan familiar y conocido como el ascenso. Pero el ascenso no es sino la manifestación pública de algo más profundo que permanece secreto porque son muy pocos los que comprenden su funcionamiento. El ascenso es la manifestación de la actividad oculta de los aguijones de orden.

Es evidente que estos aguijones tienen que acumularse de manera desmedida en el soldado. Todo cuanto este hace, lo hace obedeciendo una orden; no debe ni puede hacer otra cosa; esto es exactamente lo que la disciplina manifiesta exige de él. Sus impulsos espontáneos son reprimidos. Encaja órdenes y más órdenes y da igual cómo se sienta al hacerla: nunca le está permitido cansarse por ello. Cada orden que ejecuta -y las ejecuta todas- deja clavado en él un aguijón.

La acumulación en él de estos aguijones se produce con rapidez. Si sirve como soldado raso, en el peldaño más bajo de la jerarquía militar, le está negada toda oportunidad de liberarse de sus aguijones, pues él mismo no puede impartir órdenes a nadie. No puede hacer más que lo que le ordenan. Obedece, y la obediencia le

vuelve cada vez más rígido.

Esta situación, que es en sí algo violenta, solo es posible cambiarla mediante un ascenso. En cuanto es ascendido, el soldado tiene, a su vez, que dar órdenes, y al hacerla co-mienza a desembarazarse de una parte de sus aguijones. Su situación se ha invertido, aunque de manera muy restringida. Deberá exigir cosas que en su momento le fueron exigidas a él mismo. El modelo de la situación es exactamente el mismo, únicamente ha cambiado su propia posición dentro de él. Ahora sus aguijones salen a la luz en forma de órdenes. Lo que antes solía ordenarle su superior inmediato, lo ordena ahora él mismo. No le es dado liberarse de sus aguijones a su antojo, pero es puesto en una situación idónea para ello: debe dar órdenes. Las posiciones, las palabras son exactamente las mismas. Pero ahora son otros los que se hallan frente a él en la posición que él adoptaba cuando recibía órdenes. Le oyen emplear idénticas fórmulas a las que él en su momento escuchaba, repetidas en idéntico tono, cargadas con idéntica energía. La identidad de la situación en-tera tiene algo de siniestro; es como si hubiese sido inventada ex profeso. Por fin tiene el soldado ocasión de disparar aquello que antes le disparaban.

Pero mientras él ha conseguido ahora que sus antiguos aguijones de orden se manifiesten, mientras le exigen, por así decido, que hablen, continúa recibiendo órdenes desde arriba. Ahora el proceso se duplica: al tiempo que se libera de los antiguos aguijones sigue acumulando otros nuevos. Si bien son algo más fáciles de soportar que antes, pues el proceso del ascenso, que ha comenzado ya, les confiere alas: la fundada esperanza de que acabará deshaciéndose de ellos.

Resumiendo, podemos concluir lo siguiente: la disciplina manifiesta del ejército se expresa en el hecho mismo de impartir órdenes; la disciplina secreta consiste en la utilización de aguijones de orden previamente acumulados.

ORDEN, CABALLO, FLECHA

En la historia de los mongoles llama la atención la estrecha y primigenia relación entre orden, caballo y flecha. Cabe ver en ella una de las razones principales del repentino auge de su poderío. Se hace indispensable un análisis de esta rela-ción, y conviene intentado aquí en pocas palabras.

La orden, como es sabido, deriva biológicamente de la or-den de fuga. El caballo, como todos los ungulados que se le asemejan, ha sabido adaptarse a esta fuga a lo largo de toda su evolución, cabría decir que ha sido su protagonista. Siem-pre ha vivido en manadas, y estas manadas estaban acos-tumbradas a huir en masa. La orden de huir les era dada por peligrosos depredadores que andaban al acecho. La fuga en masa llegó pues a ser una de las vivencias más frecuentes y algo así como una característica natural de los caballos. En cuanto pasaba el peligro, o ellos creían que había pasado, volvían al indolente estado de la vida en manada, donde cada animal hace lo que quiere.

El hombre, que se apoderó del caballo, que lo amaestró, constituye con él una nueva unidad. Discurrió para ello una serie de procedimientos que muy bien podríamos concebir como órdenes. Consisten en unos cuantos sonidos y en una gran cantidad de movimientos muy precisos de presión y de tracción que transmiten al caballo la voluntad del jinete. El caballo comprende las instrucciones que le dicta la voluntad del jinete y las obedece. Entre estos pueblos de jinetes, el ca-ballo es tan necesario y familiar a su amo que se forma en-tre ellos una relación muy personal, un vínculo de sumisión tan Íntimo que sería imposible en otras circunstancias.

La distancia física que suele haber entre el que da y el que recibe la orden, incluso entre amo y perro, por ejemplo, que-da aquí abolida. Es el cuerpo del jinete el que imparte sus instrucciones al cuerpo del caballo. El espacio de la orden queda reducido así al

mínimo. Desaparece el componente lejano, ajeno y vago que pertenece al carácter originario de la orden. La orden es aquí domesticada de manera muy es-pecial, introduciendo un nuevo agente en la historia de la re-lación entre las criaturas: la cabalgadura; el sirviente sobre el que se está sentado, el sirviente que está expuesto al peso físico del amo y que cede a cualquier presión de su cuerpo.

¿Cómo repercute esta relación con el caballo sobre la ma-nera de dar órdenes del jinete? Es preciso notar en primer término que el jinete tiene la posibilidad de transmitir a su caballo las órdenes que recibe de un superior. El objetivo que le es fijado no lo alcanza corriendo él mismo en esa di-rección: le indica a su caballo cómo hacerlo. Como esto ocurre de inmediato, el jinete no retiene el aguijón de esta orden. Lo ha eludido transmitiéndola a su caballo. Antes de haber podido experimentarlo de veras, se ha liberado del sentimiento de constricción que esa orden le hubiera ocasio-nado. Cuanto más rápido ejecute el encargo, cuanto más de-prisa monte y cabalgue, menor será el aguijón que quede clavado en el jinete. El arte propiamente dicho de estos jinetes, en cuanto adoptan un carácter militar, consiste en que son capaces de contar con una masa de servidores a los que transmiten sin demora cuanto a ellos mismos les es ordenado desde arriba.

La organización militar de los mongoles poseía una disci-plina particularmente estricta. A los pueblos invadidos y sometidos por ellos, que tuvieron la oportunidad de observarlos de cerca, esta disciplina les parecía la más sorprendente y severa que jamás hubieran visto. Ya fueran persas, árabes, chinos, rusos, húngaros o aquellos monjes franciscanos que llegaron hasta ellos como enviados del papa, a todos les era igualmente incomprensible el que hubiera hombres capaces de obedecer de forma tan incondicional. Esta disciplina era soportada con facilidad por los mongoles o tártaros, como se les llamaba más a menudo, porque la parte de su

pueblo que llevaba la carga principal eran los caballos.

Los mongoles subían a los niños a la silla de montar con solo dos o tres años de edad y les enseñaban a cabalgar. Ya hemos visto cómo muy tempranamente el niño es atiborrado de aguijones de orden en el curso de su educación. Por la madre, muy tempranamente y desde la inmediata proximidad; pero también por el padre, más tarde y a una distancia algo mayor; cualquier persona adulta a quien se le confíe la educación del niño y que pertenezca a su entorno no cesará de dar al niño indicaciones, órdenes, prohibiciones. En este se acumulan, desde muy pronto, aguijones de toda clase, que acabarán convirtiéndose en las coacciones y limitaciones de su vida ulterior. Tendrá entonces que buscar otras criaturas en las que pueda descargar sus aguijones. Su vida pasa a ser así una aventura marcada por la necesidad forzosa de desprenderse de ellos. No sabe por qué comete esta o aquella acción inexplicable, por qué entabla talo cual rela-ción en apariencia absurda.

El niño mongol o kirguís, que aprende a cabalgar a edad tan temprana, tiene, comparado con el niño de culturas sedentarias y superiores, una libertad de índole muy particular. En cuanto se familiariza con su cabalgadura puede transmitirle todo lo que le es ordenado. Muy pronto se descarga de los aguijones que, en medida mucho menor, también forman parte de su educación. Antes que cualquier hombre, el caballo hace lo que el niño quiere. Este se acostumbra a esta obediencia y vive así más aliviado; pero más tarde esperará lo mismo del hombre al que subyugue: un sometimiento físico de naturaleza absoluta.

A esta relación con el caballo, decisiva para el ejercicio de la orden, se añade entre los mongoles, en segundo término, la importancia de la flecha, que es la réplica exacta de la orden primigenia no domesticada.

La flecha es hostil, debe matar. Atraviesa en línea recta una gran

distancia. Hay que esquivarla. Quedará clavada en quien no lo consiga. Puede extraérsela, pero, aun cuando se quiebra, deja una herida. (Hay varios relatos sobre heridas de flecha en la Historia secreta de los mongoles.) El número de flechas que pueden dispararse es ilimitado; la flecha es el arma principal de los mongoles. Matan a distancia; pero tam-bién en movimiento desde el lomo de sus caballos.

Ya hemos observado que toda orden, desde sus orígenes más remotos, lleva implícita una condena a muerte. Todo lo que no huye es alcanzado, y lo alcanzado es desgarrado.

Entre los mongoles la orden ha mantenido en un grado aún mayor el carácter de condena a muerte. Degüellan tan-to hombres como animales. Matar es su tercera naturaleza, del mismo modo que cabalgar es la segunda.

Sus matanzas de seres humanos eran casi idénticas a las que organizaban contra animales, Cuando no estaban en guerra, cazaban; sus maniobras eran cacerías. Debía de resultarles sumamente asombroso encontrarse, en el curso de sus vastas expediciones conquistadoras, con budistas y cris-tianos, cuyos sacerdotes les hablaban del valor particular de toda vida. Difícilmente se ha dado nunca un mayor con-traste: los maestros de la orden en estado puro, que ellos mismos encarnaban instintivamente, confrontados a aquellos que por su fe querían debilitarla o transformada hasta tal punto que perdiera su carácter mortal y se volviera humana.

EMASCULACIONES RELIGIOSAS: LOS SKOPTSY

Sabemos de algunos cultos religiosos que se celebran con tanto fervor que inducen a mutilaciones. En la Antigüedad eran famosos al respecto los sacerdotes de la Gran Madre Cibeles. En un acceso de furor, miles se castraron a sí mismos en honor a su diosa. En Comana, a orillas del Ponto, donde se alzaba un célebre santuario en

honor a la diosa, había diez mil de estos hombres a su servicio. Pero no solo eran hombres los que así se consagraban a ella, sino que también las mujeres que querían manifestarle su veneración se mutilaban los pechos y luego se incorporaban a la corte de la diosa. Luciano, en su obra Sobre la diosa Siria, narra cómo, durante sus ceremonias, los fieles llegaban al paroxismo, y cómo entonces uno de ellos, a quien le tocaba el turno, se emasculaba. Era un sacrificio que se ofrendaba a la diosa para demostrarle de forma definitiva cuán intenso era el vínculo que lo unía a ella y cómo ningún otro amor fuera de este había de tener en su vida importancia alguna.

Lo mismo ocurría en la secta rusa de los skoptsy, las 'palomas blancas', cuyo fundador, Selivanov, en tiempos de la emperatriz Catalina II, causó un enorme revuelo con sus prédicas. Bajo su influencia, también había hombres que se castraban por centenares, quizá millares, y mujeres que se cortaban los pechos por devoción. Es altamente improbable que exista un vínculo histórico entre estas dos manifestaciones religiosas. La secta de los skoptsy surgió en el seno del cristianismo ruso, quizá mil quinientos años después de que se hubiesen cometido los últimos excesos de los sacerdotes frigio-sirios.

Los skoptsy se distinguían por tener un número reducido de mandamientos y prohibiciones, y asimismo por organizarse en pequeños grupos de prosélitos que se conocían muy bien entre sí. También su disciplina se concentraba al máximo en el reconocimiento y adoración de un Cristo viviente entre ellos.

Temían la distracción de los libros y apenas leían. Eran muy pocos los pasajes de la Biblia que significaban algo para ellos.

Su vida comunitaria era muy apretada y estaba protegida de múltiples maneras por juramentos sagrados. Pues el secreto desempeñaba para ellos un papel extraordinario y de-cisivo. Su actividad cultual se desarrollaba principalmente de noche, en un

aislamiento que la ocultaba del mundo exterior. El centro de su vida era aquello que debían guardar en el máximo secreto, precisamente la castración, que ellos llaman el blanqueamiento.

Esta operación estaba destinada a hacerla s puros y blancos y convertidos en ángeles. A partir de entonces vivían ya como en el cielo. La complicada veneración que se dispensaban unos a otros, sus reverencias, adoraciones, promesas y alabanzas eran semejantes a las que los ángeles podrían intercambiar entre sí.

La mutilación, a la que debían someterse, tenía el carácter tajante de una orden. Era una orden que venía de lo alto, deducida de unas palabras de Cristo en los Evangelios y otras de Dios a Isaías.

Recibían esta orden con una enorme fuerza, y con la misma fuerza debían transmitida. La teoría del aguijón puede muy bien aplicarse a ellos. Quien recibía la orden la ejecutaba sobre sí mismo. Hiciera lo que hiciera por otro lado, lo que de verdad tenía que hacer era castrarse.

Para esclarecer los hechos, será necesario examinar una serie de órdenes de índole especial.

Como se trata de órdenes impartidas en el ámbito de una disciplina estricta, se pueden comparar con las órdenes militares. Al soldado también lo educan para exponerse a un peligro. En última instancia, todo su entrenamiento sirve para que, cuando se lo ordenen, se enfrente al enemigo, aunque este lo amenace mortalmente. Que él mismo intente matarlo no es más importante que la resistencia que le oponga, sin la cual jamás sería capaz de lo otro.

Al igual que el soldado, el skoptsy se ofrece en sacrificio. Ambos esperan sobrevivir, pero cuentan con ser heridos, con el dolor, la sangre y la mutilación. En la batalla, el soldado espera convertirse en vencedor. Mediante la castración, el skoptsy se convierte en ángel y

tiene derecho al cie-lo, en el cual a partir de entonces puede decirse que ya vive.

Pero en este caso se trata de una orden secreta, comparable solo a la situación en la que se encontraría quien, bajo coac-ción militar, debiera ejecutar por sí solo una orden secreta, sin conocimiento de nadie más. De ahí que el skoptsy no se haga reconocible por su uniforme y tenga, por lo tanto, que disfrazarse. El uniforme del skoptsy, aquello que lo igualaba a los de su grupo, era su castración, y esta, por su naturaleza, permanecía siempre secreta, no le estaba permitido revelada nunca.

Podríamos decir, pues, que el skoptsy se asemejaba a cualquier miembro de la temida secta de los asesinos, a quien un superior encomendaba un asesinato del que nadie debía enterarse nunca. Aun cuando la ejecución se llevase a cabo con éxito, nadie debía saber cómo había sido cometida. Podía ocurrir que la víctima fuera abatida y el asesino capturado después de cometer su crimen, pero nunca debían quedar esclarecidos el verdadero origen ni los pormenores del mismo. La orden es aquí una sentencia de muerte y se halla así muy próxima a su origen biológico. El emisario era enviado a una muerte segura, de la cual, sin embargo, no se hablaba en absoluto. Pues su muerte, a la que se entregaba voluntariosamente, era utilizada para abatir a otro: la ver-dadera víctima. La orden comprendía así una doble sentencia de muerte, una de las cuales no era pronunciada aunque se contaba con ella, mientras que la otra era un blanco al que se apuntaba con clara y plena conciencia. El aguijón, que había de perecer junto con el subalterno, era así utilizado antes de que este pereciera.

Los mongoles tenían una expresión muy gráfica para describir el acto de matar precipitadamente a otro antes de ser abatido uno mismo. En su Historia secreta, los héroes dicen de un enemigo al que quieren matar estando ellos mismos agonizantes: «Me lo llevo conmigo de almohada».

Pero si con esta reflexión sobre los asesinos nos hemos aproximado a la situación del skoptsy, lo cierto es que aún no la hemos captado con precisión. Pues aquel contra el que tenía que atentar y al cual debía mutilar era él mismo. La orden que había aceptado solo podía ejecutarla en su propia persona, y solo ejecutándola pasaba a ser un verdadero miembro de su ejército secreto.

El hecho de que, en la mayoría de los casos, la castración fuera practicada por otros no debería confundimos. Su sentido era que el skoptsy mismo se enfrentase a ella. En cuanto se declaraba dispuesto a hacerla, ya no importaba real-mente cómo lo hiciera. Más tarde, de todas maneras, querrá él mismo transmitir esa orden, que al fin y al cabo ha recibido desde fuera, y que por eso le ha dejado un aguijón de la misma naturaleza.

Aun cuando, como es probable, hubiera un primer skoptsy que empezó por efectuar la operación en sí mismo, también él actuó por una supuesta orden del cielo. De ello estaba firmemente convencido. Los pasajes bíblicos, con los que convertía a otros, le habían convertido a él primero: transmitía algo que había recibido.

El aguijón en este caso tenía la forma visible de una cicatriz corporal. Era menos secreta que el aguijón dejado habitualmente por la orden, pero seguía siendo secreta ante todos los que no pertenecieran a la secta.

NEGATIVISMO Y ESQUIZOFRENIA

Un hombre puede esquivar las órdenes no escuchándolas; puede esquivarlas no ejecutándolas. El aguijón -nunca se insistirá lo suficiente- solo surge cuando las órdenes se ejecutan. Es la acción misma, que se produce bajo una presión extraña, venida de fuera, lo que provoca la formación de aguijones en el hombre. La orden, cuya consecuencia es una acción, deja impresa su huella exacta en quien la ejecuta. La hondura y la dureza de esta huella dependerán de la

energía con que se haya impartido la orden y de la forma que adop-te en cada caso, es decir, de su preponderancia y de su contenido. Siempre permanece como algo aislado, y así es inevitable que todo hombre acabe acumulando en sí mismo un montón de aguijones, ellos mismos tan aislados como lo fueron las órdenes. Su capacidad de adherirse al hombre es sorprendente, nada se clava en él tan hondo ni es tan difícil de eliminar. Puede llegar un momento en el que alguien esté tan lleno de aguijones que ya no tenga sensibilidad para nin-guna otra cosa, ni sienta nada fuera de ellos.

Su defensa contra nuevas órdenes se convierte entonces en una cuestión vital. Intenta no escuchadas para no tener que acatadas. Si tiene que atenderlas, las incumplirá de ma-nera ostentosa, haciendo lo contrario de aquello que le or-denan. Si le dicen que avance, retrocederá; si le dicen que retroceda, avanzará. No puede afirmarse que así quede libre de la orden. Es una reacción torpe, casi diríamos impotente, porque a su manera está determinada igualmente por el contenido de la orden. Dicha reacción es lo que en psiquiatría se denomina negativismo, y que desempeña un papel particularmente importante en los esquizofrénicos.

Lo que más llama la atención en los esquizofrénicos es la carencia de contacto. Están mucho más aislados que otras personas. Con frecuencia dan la impresión de estar petrificados en sí mismos, como si no existiera relación entre ellos y los demás, como si nada entendieran, como si no quisieran entender nada. Su obstinación es como la de las estatuas. No hay posición en la que no puedan petrificarse. Pero esas mismas personas, en otras fases de su enfermedad, se comportan de pronto de manera diametralmente opuesta. Demuestran ser sugestionables hasta extremos fantásticos. Hacen lo que uno les enseña o les exige con tal rapidez y perfección como si uno mismo estuviese en su interior y lo hiciera por ellos. Son ataques de servilismo, por los que se ven repentinamente afectados. «Esclavitud por sugestión», lo llamó uno de ellos. De

estatuas pasan a ser solícitos esclavos del deber, y llevan al extremo, de una manera que a menudo parece ridícula, cualquier cosa que se les pida.

El contraste entre estas dos actitudes es tan grande que resulta difícil comprenderlo, pero si por un momento hacemos abstracción de cómo se representan ellos mismos estas actitudes, si las observamos, por así decido, exclusivamente desde fuera, no podemos negar que ambos estados son bien conocidos en la vida de las personas «normales». Solo que en ella están al servicio de un objetivo determinado y dan la impresión de ser menos exagerados.

El soldado, que no hace caso de ningún estímulo exterior, que permanece rígido allí donde se lo ordenaron, que no abandona su puesto, al que, en su situación, nada logra inducirá hacer algo que de lo contrario haría y ha hecho a me-nudo con agrado, el soldado debidamente entrenado para el servicio se encuentra artificialmente en un estado de negati-vismo. Es verdad que en determinadas circunstancias tam-bién puede actuar, pero única y exclusivamente por orden de su superior. Ha sido adiestrado en este negativismo para que actúe solo bajo determinadas órdenes. Es un negativismo que se deja manipular, porque puede ser transformado en un estado absolutamente opuesto según la arbitrariedad y el poder del superior. En cuanto la instancia competente ordena algo al soldado, este se comporta con el mismo celo y el mismo servilismo que el esquizofrénico en su estado opuesto.

Debe añadirse que el soldado sabe muy bien por qué ac-túa de esta manera. Obedece porque se halla bajo amenaza de muerte. En un capítulo anterior hemos descrito cómo se acostumbra gradualmente a este estado y acaba adaptándose interiormente a él. Conviene precisar aquí solo una cosa: la inconfundible similitud *exterior* que existe entre el soldado de servicio y el esquizofrénico.

Pero se impone igualmente una idea muy distinta que me parece

no menos importante. El esquizofrénico en un estado de extrema sugestionabilidad se comporta como el miembro de una *masa*. Es igualmente sugestionable y cede de forma exactamente igual a cualquier estímulo externo. Pero resulta difícil imaginar que pueda estar en esta situación, porque está *solo*. Como no vemos masa alguna alrededor de él, no se nos ocurre suponer que, desde su punto de vista, pueda sentirse en el interior de una: es un *trozo de masa desprendido*. Para demostrar esta afirmación hay que examinar las representaciones internas de los enfermos mismos. Los ejemplos que podríamos citar son innumerables. Una mujer declara que «tiene a todos los seres humanos en el cuerpo». Otra escuchaba «hablar a los mosquitos». Un hombre oía a «setecientas veintinueve mil muchachas»; otro, las «voces susurrantes de toda la humanidad». En las representaciones de los esquizofrénicos aparecen, bajo múltiples disfraces, todos los tipos de masas que existen: sería posible incluso emprender un estudio de la masa a partir de aquí.

Cabe preguntarse por qué los dos estados opuestos que hemos mencionado son necesarios para el esquizofrénico. Para comprenderlos es preciso recordar qué sucede con un individuo en cuanto entra en la masa. Hemos descrito su liberación de los lastres distanciadores definiéndola como descarga. A título complementario cabe añadir que de estos lastres distanciado res forman parte los aguijones de orden que han ido acumulándose en cada individuo. Dentro de la masa todos los individuos son iguales, ninguno tiene de-recho a dar órdenes al otro, o más bien podría decirse que todos dan órdenes a todos. No solo no se forman nuevos aguijones, sino que además el individuo se desprende provi-sionalmente de todos los antiguos. Se ha escabullido, por así decido, de su propia casa y los ha dejado en el sótano, donde yacían amontonados. Este salirse de cuanto constituye sus más rígidas ataduras, sus cargas y limitaciones, es la causa propiamente dicha de la euforia que el hombre experimenta dentro de la masa. En ninguna

parte se siente más libre, y si tan ardientemente desea seguir siendo masa es porque sabe lo que le espera luego. Cuando retorna a sí, a su «casa», vuelve a encontrarse con todo, limitaciones, cargas y aguijones.

El esquizofrénico está tan sobrecargado de aguijones, verdaderos cactus de su tormento y desamparo, que estos, a veces, acaban petrificándolo, y sucumbe así a la ilusión del estado opuesto, el de la masa. Mientras se encuentre en esta no sentirá los aguijones. Ha salido, eso es lo que cree, fuera de sí mismo, y aunque esto suceda de manera vacilante y dudosa, parece al menos procurarle cierto alivio al tormento de sus aguijones: tiene la sensación de estar otra vez relacio-nado con los demás. El valor de esta redención es, claro está, ilusorio. Pues precisamente allí donde inicia su liberación le esperan nuevas y más intensas coacciones. No nos corres-ponde estudiar aquí la esencia de la esquizofrenia. Bástenos retener una cosa: nadie necesita más de la masa que el que se halla repleto de aguijones de orden: el esquizofrénico que se asfixia con ellos. Incapaz de encontrar la masa fuera, se abandona a ella dentro de sí.

LA INVERSIÓN

«Porque cualquier alimento que el hombre coma en este mundo, se lo comerá a él en el otro.» Esta enigmática e inquietante frase se encuentra en el Shatapatha-Brahmana, uno de los antiguos tratados sacrificiales hindúes. Más inquietante aún es un relato que aparece en el mismo tratado. Es el relato del peregrinaje del vidente Bhrigu al más allá.

Bhrigu era un santo, hijo del dios Varuna; había adquirido una gran sabiduría brahmánica que se le había subido a la cabeza. Se volvió arrogante y se situó por encima de su padre divino. Este quiso demostrarle lo poco que sabía y le recomendó visitar, una tras otra, las diferentes regiones del cielo: Este, Sur, Oeste y Norte, y observarlo todo con suma atención para, a su vuelta, contar lo que

hubiera visto.

«En primer lugar, al Este, Bhrigu vio hombres que les troceaban a otros las extremidades, una tras otra, y se repartían los pedazos entre sí diciendo: "Esto es tuyo, esto es mío". Cuando Bhrigu vio aquello quedó aterrado, pero quienes troceaban a los otros le explicaron que estos habían hecho lo mismo con ellos en el mundo de los vivos y que ellos ahora no hacían más que proceder en consecuencia.

»A continuación prosiguió Bhrigu su viaje al Sur, donde vio hombres que les cercenaban las extremidades a otros hombres, una tras otra, y se las repartían diciendo: "Esto es tuyo, esto es mío". Al preguntar, Bhrigu volvió a obtener la misma respuesta: los que ahora eran mutilados habían hecho otro tanto en el mundo de los vivos con quienes estaban mutilándolos. Al proseguir, Bhrigu vio en el Oeste gente que en silencio devoraba a otras personas que, a su vez, también permanecían en silencio. Pues estos habían hecho lo mismo con aquellos en el otro mundo. Al Norte, nuevamente vio hombres que dando gritos devoraban a otros hombres, que también gritaban, tal como estos habían hecho con aquellos en el otro mundo.

»A su regreso, Bhrigu fue instado por su padre Varuna a . recitar su lección como un escolar. Bhrigu, sin embargo, dijo: "¿Qué lección he de recitar? ¡Si no hay lección!". Había visto cosas demasiado pavorosas y todo le parecía vano.

»Entonces supo Varuna que su hijo había visto esas cosas y le explicó: "En el Este, los hombres que les troceaban las extremidades a los otros eran los árboles. En el Sur, los hombres que les cercenaban las extremidades a los otros eran los vacunos. En el Oeste, los hombres que en silencio devoraban a otros hombres silenciosos eran los vegetales. En el Norte, los hombres que dando gritos devoraban a otros hombres que gritaban eran las aguas".»

Varuna conocía remedios para todos estos casos. Mediante ciertos sacrificios, que reveló a su hijo, se podían evitar en el más allá las consecuencias de las propias acciones.

En otro tratado sacrificial, eljaiminiya-Brahmana, la mis-ma historia de Bhrigu es contada de manera algo distinta. No recorre las diversas regiones celestiales, sino que va de un mundo al otro. Las cuatro escenas referidas se reducen a tres. En primer lugar Bhrigu ve árboles, que en el más allá han adoptado forma humana y que ahora cortan hombres en pe-dazos y los devoran. En segundo lugar ve a un hombre que devora a otro, que a su vez grita. Se le explica lo siguiente: «El ganado que aquí ha sido sacrificado y comido ha adoptado allí figura humana y ahora hace al hombre lo que este le ha hecho antes». En tercer lugar ve a un hombre que devora a otro, que no dice nada. El arroz y la cebada han tomado apariencia humana y retribuyen así lo que sufrieron.

En este tratado se mencionan también ciertos sacrificios. Quien los realiza correctamente esc.apa al destino de ser devorado en el más allá por árboles, ganado, arroz o cebada. Pero lo que aquí nos interesa no son los remedios contra este destino. Lo importante es más bien la idea popular que se oculta tras el disfraz sacerdotal. Lo que hemos hecho aquí, se nos hará allí a nosotros mismos. No se instituyen servidores especiales de la justicia que ejecuten este castigo, sino que cada cual castiga a su propio enemigo. Tampoco se trata de cualquier tipo de acción, sino de lo que nosotros mis-mos hemos comido. «Así como en este mundo los hombres comen animales, de igual modo los animales comen hombres en el otro.»

Esta frase, sacada de otro Brahmana, y semejante a la que pusimos al comienzo del presente capítulo, encuentra una extraña confirmación en el Código de Manu. En él se explica que no es pecado comer carne, porque es algo natural a las criaturas. Pero a quien se abstenga de la carne se le pro-mete una recompensa especial. La palabra sánscrita mamsa, que significa 'carne', se explica

descomponiéndola en sus distintas sílabas: mam significa 'a mí', sa significa 'él'; mamsa significa por lo tanto 'a mí-él': a mí, él, cuya carne yo he comido aquí, me comerá en el más allá. Es lo que los sabios denominan la «carnalidad de la carne». En ello consiste la naturaleza carnal de la carne, ese es el verdadero sentido de la palabra carne.

La inversión es reducida aquí a la más concisa de todas las fórmulas, y referida a la imagen de la carne. Yo me lo como: él me comerá. La segunda parte, la consecuencia de aquello que he hecho, es precisamente la palabra que desig-na la carne. El animal que hemos comido recuerda quién se lo comió. Con su muerte no desaparece del todo. Su alma si-gue viviendo y en el más allá se convierte en un ser humano, que aguarda pacientemente la muerte de su devorador. En cuanto este muere y llega al más allá, la situación inicial se invierte en su contraria. La víctima encuentra a su devorador, lo atrapa, lo despieza y lo devora.

La relación de esto con nuestro análisis de la orden y del aguijón que deja tras de sí es palmaria. Pero aquí todo está llevado a tal extremo, se ha vuelto tan concreto, que nos aterra. En vez de suceder en esta vida, la inversión solo se produce en la otra. En lugar de la orden, que tan solo amenaza con la muerte y obliga así, bajo extorsión, a realizar toda una serie de actos, se trata realmente de la muerte en su forma más extrema, en la que el muerto es devorado.

Según nuestro modo de ver, que .ya se no toma muy en serio la existencia ultraterrena, el aguijón que deja la ame-naza de muerte existirá mientras viva la víctima. Que esta logre una inversión resulta dudoso, pero en cualquier caso ese será siempre su objetivo. El ser, humano acaba siendo totalmente gobernado por sus aguijones, que determinan su fisonomía interna y constituyen su destino, se libere de ellos o no. Según los hindúes, para los que el más allá es algo seguro, el aguijón subsiste, incluso después de la muer-te, como núcleo duro del alma; la inversión tiene lugar de todos modos, se

convierte en la actividad propiamente dicha de la existencia ultraterrena. Hacemos exactamente lo que a nosotros nos hicieron, y lo hacemos nosotros mismos.

Lo particularmente significativo en este caso es que el cambio de forma no constituya un obstáculo para la inversión. Ya no es el vacuno que hemos comido el que nos apresa y despedaza en el más allá: es un hombre con el alma de aquel vacuno. La criatura se ha transformado exteriormente por completo, pero él aguijón continúa siendo el mismo. En las visiones aterradoras que Bhrigu tiene en el curso de su peregrinaje, el aguijón aparece como el principal motivo de inquietud del alma, podría decirse que esta consta enteramente de aguijones. La esencia propiamente dicha del aguijón, del que tanto hemos hablado en este análisis de la orden, su absoluta inmutabilidad y la muy precisa inversión a la que aspira, han hallado su expresión más concluyente en esta creencia de los hindúes de ser necesariamente devora-dos por lo que ellos, a su vez, devoraron.

LA DISOLUCIÓN DEL AGUIJÓN

El aguijón se forma durante la ejecución de la orden. Se desprende de esta y, con la figura exacta de la orden, se graba en quien la ejecuta. Es pequeño, oculto y desconocido; su atributo más esencial, del que ya hemos hablado repetidas veces, es su absoluta inmutabilidad. Permanece aislado del resto de la persona como un cuerpo extraño alojado en su carne. Por muy hondo que haya penetrado en esta, por enquistada que sea la existencia que luego lleve, siempre le será molesto a su poseedor. Queda misteriosamente incrustado dentro de él, como un prisionero en tierra extraña.

El aguijón quiere salir, pero le cuesta desprenderse. No se deja quitar de cualquier manera. La fuerza con la que se libere deberá ser idéntica a aquella con la que fue recibido al penetrar. La orden concentrada en él deberá pasar a ser otra vez una orden completa.

Para adquirir esta fuerza es necesaria una inversión de la situación original: su recuperación exacta es indispensable. Es como si el aguijón tuviera su propia memoria y esta remitiera a un único proceso; como si llevara meses, años y decenios al acecho de que la antigua situación se reproduzca, hasta que la reconoce. Tiene que reconocerla, ya que solo remite a ella y es lo único que puede reconocer. De pronto todo vuelve a ser exactamente igual que entonces, pero los papeles se han intercambiado por completo. En ese instante aprovecha la ocasión y se lanza con gran fuerza sobre su víctima: la inversión se ha producido finalmente.

Este caso, que podríamos calificar de puro, no es sin embargo el único posible. Una orden puede ser repetida con frecuencia por el mismo agente a la misma víctima, de modo que se siguen formando aguijones del mismo género. Estos aguijones idénticos no permanecen aislados, deben relacionarse entre sí. La forma resultante va creciendo a ojos vistas y ya no puede ser olvidada por su poseedor. Siempre llamativa, siempre incordiante, emerge siempre, como quien dice, por encima de la superficie del agua.

Pero la misma orden también puede ser impartida y repetida por distintos agentes. Si esto sucede muy a menudo y en una sucesión inexorable, el aguijón pierde su forma pura y se desarrolla hasta convertirse -difícilmente podríamos llamarlo de otra manera- en un monstruo mortalmente peligroso. Asume proporciones gigantescas y se transforma en el contenido principal de su poseedor, que, teniéndolo siempre en mente, lo lleva consigo a todas partes e intenta liberarse de él en cualquier ocasión. Creerá reconocer la situación original en un sinnúmero de situaciones que le parecen apropiadas para la inversión. Pero no lo son, pues todo se ha vuelto impreciso debido a la repetición y al encabalgamiento: el poseedor ha perdido la llave de acceso a la situa-ción original. Cada recuerdo ha ido superponiéndose a los otros como han ido amontonándose los aguijones. Su carga ya no puede disolverse en sus distintos

componentes, Inten-te lo que intente, todo queda como antes, y por sí solo él ya nunca podrá liberarse de su carga.

Lo importante aquí es la palabra solo. Porque hay una posibilidad de liberación para todos los aguijones, incluidos los más monstruosos, y esta liberación está en la masa: Ya hemos hablado repetidas veces de la masa de inversión. Pero dilucidar su esencia propiamente dicha no era posible antes de haber estudiado el funcionamiento de la orden.

La masa de inversión está constituida por muchas personas que comparten el objetivo común de liberarse de aguijones de orden a los que, en tanto que individuos aislados, están expuestos sin ninguna esperanza. Un gran número de individuos se agrupa y se vuelve contra otro grupo de personas en las que ven a las causantes de todas las órdenes que durante tanto tiempo han soportado. Si se trata de soldados, cualquier oficial hará las veces de aquellos a cuyas órdenes se hallaban realmente. Si se trata de obreros, podrá ser cualquier empresario el que ocupe el lugar de aquellos para los que trabajaron. En tales momentos, clases y castas se tornan reales, y actúan como si sus integrantes fueran todos iguales. La clase inferior que se ha rebelado forma una masa firmemente cohesionada, mientras que la superior, amenazada y en minoría, va formando una serie de mutas temerosas y dispuestas a huir.

En aquellos que pertenecen, pues, a la masa, aparecen juntos todos los aguijones hasta el momento aislados, producto de circunstancias y orígenes muy diversos. Los otros están allí, frente a ellos, solos o en grupos apretujados, y parecen saber muy bien por qué sienten tanto miedo. No tie-nen por qué ser los causantes reales de talo cual aguijón; lo sean o no, hacen las veces de quienes lo son realmente, y como tales son tratados con todo rigor. La inversión, que en este caso se dirige contra muchos a la vez, consigue eliminar hasta el más doloroso de los aguijones.

En los casos en que la acción se concentra en un único sujeto, un rey por ejemplo, los sentimientos de la masa son diáfanos. El rey era la fuente última de todas las órdenes; sus dignatarios y los nobles de su corte eran los encargados de transmitidas y ejecutadas. Durante mucho tiempo los individuos que integran la masa rebelde habían sido mantenidos a distancia mediante amenazas y obligados a obedecer mediante prohibiciones. Como en una especie de rebote, ahora son ellos quienes, aboliendo las distancias, penetran en el palacio que les estaba vedado y miran detenidamente lo que contiene: los salones, sus moradores, el mobiliario. La fuga a la que antes les obligaba la orden del monarca se invierte en la más íntima familiaridad. Si, por temor, el rey consiente este acercamiento, puede que las cosas no pasen de ahí; pero no por mucho tiempo. Una vez iniciado, el proceso general de liberación de aguijones prosigue imparablemente su curso. Hay que tener presente cuánto ha tenido que ocurrir para obligar a los individuos a obedecer y la cantidad de aguijones que estos han ido acumulando a lo largo de los años.

La amenaza que de hecho se cernía sin cesar sobre las cabezas de los súbditos, era una amenaza de muerte. Las ejecuciones la renovaban cada cierto tiempo, demostrando así de forma inequívoca su seriedad. Solo hay una manera de reparar por completo esta amenaza: el rey, que mandaba de-capitar, ha de ser a su vez decapitado. De este modo el aguijón supremo, que al parecer incluía en sí a todos los demás, es retirado de quienes debían soportado colectivamente.

No siempre el sentido de la inversión puede captarse tan claramente, y no siempre culmina con tanta perfección. Si el levantamiento fracasa y los hombres no logran desprenderse realmente de sus aguijones, conservarán sin embargo el recuerdo de haber sido masa. En ese estado se sintieron libres de aguijones, y no cesarán de recordado con nostalgia.

ORDEN Y EJECUCIÓN. EL VERDUGO FELIZ

Hasta ahora, y deliberadamente, hemos omitido un caso en el presente estudio. Hemos dilucidado la orden como amenaza de muerte; hemos dicho que deriva de la orden de huida. La orden domesticada, tal como la conocemos, asocia la amenaza con una recompensa: el alimento refuerza el efecto de la amenaza, pero no altera en nada su carácter. La amenaza nunca es olvidada. En su forma original subsiste para siempre hasta que se presenta una oportunidad de liberarse de ella traspasándola a otros.

Pero la orden puede consistir también en el encargo de matar, y en este caso entraña una ejecución. Aquí sucede realmente lo que en los demás casos no pasa de ser una amenaza. Pero la operación involucra a dos personas. Una de ellas recibe la orden y la otra es ejecutada.

Como todo aquel que se somete a una orden, el *verdugo* se halla también bajo amenaza de muerte. Pero, al matar, él mismo se libera de esta amenaza. Transmite de inmediato lo que podría sucederle, soslayando así la sanción extrema que pesa sobre él. Se le ha dicho: tienes que matar, y él mata. No está en condiciones de defenderse contra semejante orden, que le es impartida por alguien cuya superioridad él reconoce. Todo ocurre deprisa, por lo común al instante. No hay tiempo para que se forme un *aguijón*.

Pero aunque hubiera tiempo, no hay tampoco *motivo* alguno para ello. Y es que el verdugo transmite exactamente lo que recibe. No tiene nada que temer, pues no queda en él alguna huella. En este caso, y solo en este, la orden se resuelve en una operación sin resto. Su naturaleza más profunda y la acción a la que da lugar son idénticas. Todo está dispuesto para su cumplimiento; nada puede interponerse, es improbable que la víctima escape. Desde siempre, el verdugo es consciente de estas circunstancias. Puede aguardar la orden con toda calma: confía en ella. Sabe que nada cambiará en él

por ejecutada. Por así decido, pasa tranquilamente a través de ella, sin verse afectado en absoluto. El verdugo es el más feliz de los hombres, el más libre de aguijones.

Se trata de una situación monstruosa, y nunca ha sido abordada seriamente. Solo puede comprenderse si se tiene en cuenta la verdadera naturaleza de la orden, que nace y muere con la amenaza de muerte, y que de ella extrae toda su fuerza. El excedente de esta fuerza, que es inevitable, explica la formación del aguijón. Pero aquellas órdenes que tienen por objeto la muerte y conducen efectivamente a ella son las que menos huellas dejan en quien las recibe.

El verdugo es alguien a quien se amenaza con la muerte para que mate. Solo le es lícito matar a quienes debe matar. Nada puede ocurrirle si se atiene estrictamente a las órdenes que ha recibido. Es cierto que, al ejecutar la orden, el verdugo dejará que se filtre algo de aquello con lo que fue amenazado en otras ocasiones. Es de suponer que añada a su ejecución algunos aguijones de muy distinta procedencia que tiene acumulados. Pero lo esencial sigue siendo, con todo, el mecanismo de su tarea propiamente dicha. Él mismo, al matar, se libera de la muerte. Para él es un asunto limpio y en absoluto siniestro. El horror que despierta en otros no lo siente dentro de sí. Es importante vedo claro: cuanto más directamente conduzcan a la muerte las órdenes que reciben quienes matan de manera oficial, más satisfechos estarán en su fuero interno. Hasta para un guardián de prisión el deber es más duro que para un verdugo.

Es verdad que la sociedad le hace pagar la satisfacción que le da su oficio con una especie de proscripción. Pero esta no va acompañada de inconvenientes reales para él. Él sobrevive, «sin poder remediarlo», a cada una de sus víctimas. Incluso recae sobre él, mero instrumento, algo del prestigio del superviviente, y compensa totalmente aquella proscripción. Encuentra mujer, tiene

hijos, lleva una vida familiar.

ORDEN Y RESPONSABILIDAD

Es sabido que quienes actúan bajo orden son capaces de per-petrar los actos más atroces. Cuando la fuente de la que emanan las órdenes se agota y se les obliga a volver la mirada sobre sus actos, ellos mismos no se reconocen. Dicen: eso no lo he hecho yo, y no siempre son conscientes de que están mintiendo. Cuando son confrontados con testigos y empiezan a titubear, añaden: yo no soy así, eso no puedo haberlo hecho yo. Buscan en sí mismos las huellas de sus actos y no logran encontraras. Es sorprendente ver lo intactos que han quedado. La vida que llevan más tarde es realmente otra y no está teñida en absoluto por esos actos. No se sienten culpables ni se arrepienten de nada. Sus actos no los han penetrado.

Son personas que normalmente están muy bien capacita-das para evaluar sus acciones. Lo que hacen por propia iniciativa deja en ellas las huellas que cabría esperar. Se avergonzarían de matar a una criatura desconocida e inerme que no los ha provocado. Les produciría repugnancia torturar a nadie. No son mejores, pero tampoco peores que aquellos entre quienes viven. Más de uno que, por tratados a diario, los conoce íntimamente, estaría dispuesto a jurar que se les acusa de forma injusta.

Pero cuando empieza a desfilar el largo cortejo de los testigos, de las víctimas que saben muy bien de qué hablan; cuando, una tras otra, reconocen al culpable y traen a su memoria cada detalle de su comportamiento, entonces toda duda se vuelve absurda y surge un enigma insoluble.

Para nosotros ya no lo es, porque conocemos la naturaleza de la orden. Por cada orden que el agente haya ejecutado, ha quedado en él un aguijón. Pero este le es tan extraño como lo era la orden misma cuando le fue impartida. Por mucho que el aguijón permanezca en la persona, nunca es asimilado, sigue siendo un cuerpo extraño. Si bien

es posible, como ya hemos mostrado en otro pasaje, que varios aguijones se junten y crezcan hasta dar origen a una nueva formación monstruosa, siempre permanecerán, sin embargo, claramente diferenciados de su entorno. El aguijón es un intruso, nunca queda naturalizado. Es indeseable, queremos deshacemos de él. Es aquello que hemos cometido, y tiene, como sabemos, la forma exacta de la orden. Como instancia ajena sigue viviendo en su receptor y le quita todo sentimiento de culpa. El afectado no se acusa a sí mismo sino al aguijón, la instancia ajena, el verdadero culpable, por decirlo así, a quien siempre lleva consigo. Cuanto más extraña nos resulte una orden, menos culpables nos sentiremos por ella, tanto más claramente seguirá existiendo como aguijón. Este es el testigo permanente de que nosotros mismos no hi-cimos esto o aquello. Nos sentimos como víctimas de él, y por ello no experimentamos sentimiento alguno por la vícti-ma propiamente dicha.

Es cierto, pues, que las personas que han actuado bajo orden se consideran completamente inocentes. Si están en con-diciones de enfrentarse a su situación, puede que sientan algo así como sorpresa por haber estado alguna vez tan absoluta-mente dominadas por órdenes. Pero incluso este impulso esclarecedor carece de valor, pues se hace presente demasiado tarde, cuando todo ha pasado hace ya tiempo. Lo que ha ocurrido puede volver a ocurrir, ya que en estas personas no alcanza a desarrollarse ninguna defensa contra nuevas situaciones idénticas a la antigua. Quedan, en este caso, inermes, de nuevo a merced de la orden, solo vagamente conscientes de su peligrosidad. En el peor de los casos, por fortuna infrecuente, la asumen como una fatalidad y luego cifran su orgullo en haber sido instrumento ciego de ella, como si resignarse a esa ceguera fuera un peculiar rasgo de virilidad.

Sea cual sea el ángulo desde el que se la contemple, la orden, en la forma compacta y acabada que, después de una larga historia, tiene

hoy en día, es el elemento aislado más peligroso para la convivencia humana. Hay que tener el valor de enfrentarse a ella y hacer tambalear su poderío. Hay que encontrar los medios y las vías para que el hombre mantenga su integridad frente a ella. No debemos permitir que nos rasguñe más que la piel. Sus aguijones deberán convertirse en espinas de las que nos podamos desprender con un leve ademán.